

SANCTI ANSELMI ORATIONES (C,G)*

ORACIÓN PRIMERA. A LA SANTA TRINIDAD.

Asiste, santa Trinidad, Dios único omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no desees la muerte, sino el arrepentimiento de los pecadores, no me apartes de tu piedad a mí, miserable y pecador, frágil e indigno. No mires mis crímenes e impurezas, ni los pensamientos viles que lamentablemente me separan de tu voluntad, sino derrama sobre mí la abundante clemencia de tu bondad. No permitas que mis enemigos se regocijen por mi destrucción en el infierno, donde nadie te confesará, sino ten misericordia de mí, oprimido por el peso de mis crímenes y manchado por la corrupción de todas las maldades. Concédeme, te lo ruego, a mí, miserable, tu gracia, y líbrame de todos los males, pasados, presentes y futuros, de la muerte súbita y eterna, de toda pestilencia y calamidad, de todo escándalo y peligro, del deseo maligno, de la obra perversa y de todo pecado. Borra todos mis crímenes, iniquidades, ofensas y negligencias. Sé propicio a mí en todas mis angustias y tribulaciones, en necesidades y tentaciones, en todos mis peligros y enfermedades.

Santa e indivisible Trinidad, bondad inagotable, asiste a mis súplicas, para que, así como me hiciste partícipe de tus sacramentos, no por mis méritos, sino por tu sola bondad gratuita, así hasta la hora en que deba partir de aquí, me hagas perseverar en la fe, la esperanza y la caridad, me protejas y defiendas de todo mal, me concedas todo lo que me sea provechoso, me liberes del castigo eterno y me introduzcas en los gozos eternos, y esa tentación mortal y diabólica, que por mis pecados temo que prevalezca sobre mí, con tu misericordia, clementísimo, hagas cesar desde ahora. Dios trino y uno, recibe ahora las oraciones de tu humilde siervo. Dame, Señor, la diligencia que te busque, la sabiduría que te encuentre, el alma que te reconozca, los ojos que te vean, la conducta que te agrade, la perseverancia hasta el fin, un fin perfecto, la retribución eterna.

Escúchame orando, como escuchaste a Jonás desde el vientre del cetáceo; libérame, tú que liberaste a Susana de la falsa acusación. Escúchame, como escuchaste a Pedro en el mar, a Pablo en las cadenas. Ayúdame, te lo ruego, Señor, y líbrame incesantemente de todo mal, arráncame de las fauces de los demonios, sácame de la muerte eterna, lléname con la abundancia de tu gracia; protege mi pecho con virtud segura, purifica mi mente, santifica mi vida, corrige mis costumbres, ilumina mi corazón con sabiduría celestial, modera el ardor carnal, extingue la ira, refrena mi lengua del vano hablar, que de mi boca salgan palabras de verdad y misericordia, de bondad y concordia. Dirígeme plenamente en toda honestidad de costumbres, y no me reprendas en tu furor, confírmame, clementísimo, en toda buena obra. A ti, Señor, revelo los secretos de mi corazón, a ti confieso todos mis pecados, a ti desnudo la fealdad de mi corazón, a ti descubro las inmundicias de mi vileza. Pues he pecado más gravemente que Sodoma, he delinquido más que Gomorra. Te debo no solo diez mil talentos por mis crímenes, sino que te debo la cuenta de toda mi vida; pues me he hecho transgresor de tu ley, negligente sobre todos, desobediente, transgresor de todos tus mandamientos en toda mi vida. Por eso ahora me adelanto a tu presencia en confesión, suplicando con gran ansiedad de corazón, con contrición de llanto y lágrimas, que en este tiempo aceptable me escuches, y en estos días de salvación me ayudes. Ordena todos mis actos según tu beneplácito, para que progrese de día en día, y pase de virtud en virtud. A ti, Señor, elevo súplicas oraciones, a ti derramo el llanto de mi corazón. Perdona al que confiesa, para que así en esta mortalidad (con tu ayuda) llore mis pecados, de modo que en el día del juicio evite la sentencia de condenación. Tú, luz eterna, abre mis ojos de toda ceguera humana, guarda en mí el propósito y hábito de la religión. Defiende mi corazón de todo impedimento del mundo o deseo secular, y así como llevo el hábito de la inocencia, concédeme el incremento de las

virtudes, para que merezca despojarme del hombre viejo con sus actos, y revestirme del nuevo con justicia y santidad, para que, fortalecido con la ayuda de tu protección, permanezca siempre en tu amor, reciba la bendición celestial, y me regocije con los auxilios de esta vida presente (con tu don), y de la eterna. Amén.

Tu inmensa misericordia, Dios misericordioso y compasivo, nuevamente imploro, perdóname todas las ofensas de temeridad resbaladiza, para que mi alma se llene de la dulzura de tu bondad, y concedido el perdón de plena indulgencia, todo lo que he manchado por mi propia culpa, lo borres y limpies por tu inefable piedad. Que no esté lejos de mí la misericordia de tu clemencia, sino que todo lo que es contrario a tu voluntad, engañado por el diablo, y por mi propia iniquidad y fragilidad, tú, piadoso y misericordioso, lo laves perdonando. Sana las heridas, perdona todos los pecados, para que no separado de ti por iniquidades, sino siempre aquí y en todas partes fortalecido con la ayuda de tu defensa, pueda siempre adherirme a ti, Señor, y alguna vez recibir la porción de la gloria eterna, que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre lo que has preparado para los que te aman (I Cor. II, 9). Amén.

Oh luz bendita Trinidad, y unidad principal, aumenta en nosotros la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad, líbranos, sálvanos, justifícanos. Oh bendita Trinidad, disuelve los crímenes, perdona los pecados, aleja las miserias, aparta las angustias, mira las tribulaciones, aleja las adversidades, concediéndonos el efecto de nuestra petición, escúchanos clementemente, para que despojados de todos los males que sufrimos, siempre nos deleitemos en exultar en tus juicios. Ven, te lo ruego, piadoso Señor, y permanece en medio de nosotros, para que sintamos encontrarte en nuestros corazones. Recibe con agrado la confesión de nuestra boca, y concédenos tener el fruto de la vitalidad, para que, regados por tus lluvias, merezcamos complacerte con la abundancia de frutos agradables, para que nos encendamos en la iluminación de tu amor, y seamos iluminados por el fuego de la verdadera caridad. Y así como iluminaste a tu siervo Moisés con un esplendor maravilloso, así digna iluminar nuestros corazones y sentidos, para que, purificados de la mancha de los pecados, merezcamos llegar a ti, que eres la vida eterna. Da las recompensas de los gozos, da los dones de las gracias, disuelve los lazos de la contienda, estrecha los pactos de la paz. Ilumina el corazón de los hombres, limpia las inmundicias de las mentes, disuelve el vínculo de la culpa, derriba las masas de los crímenes.

Hemos pecado contra ti, Señor, ten paciencia con nosotros, y líbranos de los males que diariamente crecen sobre nosotros. Nuestras iniquidades, Señor, se han multiplicado sobre nuestras cabezas (Sal. XXXIX, 13), nuestros delitos han crecido hasta los cielos. Perdona, Señor, e inclina sobre nosotros tu misericordia. Señor, hemos sido disminuidos por nuestros pecados hoy; pero con un corazón contrito y un espíritu de humildad seamos recibidos, y haz con nosotros según tu mansedumbre, porque no hay confusión para los que confían en ti (Dan. III, 40), Señor. No hay otro Dios fuera de ti, Señor (Eclo. XXXVI, 5), y a ti te importa todo (Eclo. XLII, 4), porque eres el Señor de todos. Perdona a tu pueblo (Joel II, 17), que das generosidad a los que rezan, para que la malicia se convierta en bondad. Escucha, Señor, la súplica de tus siervos, y ten misericordia de tu pueblo, para que todas las naciones sepan que tú eres el Dios de los siglos (Baruc II, 15). Ten misericordia de la ciudad de tu santificación (Eclo. XXXVI, 15), Señor nuestro Dios. Ten misericordia de tu pueblo, Señor, sobre el cual ha sido invocado tu santo nombre (Ibid., 14), para que todos los que habitan la tierra (Ibid., 19) sepan que tú eres el Dios protector de tus pueblos. Perdona, Señor, los pecados de tu pueblo, según la multitud de tu misericordia (Sal. CV, 45). Así como fuiste propicio a nuestros padres, sé propicio también a nosotros, para que tu gloria se llene en toda la tierra.

Escucha, Dios, nuestra súplica, y sé propicio a tu pueblo, y convierte nuestra tribulación en gozo, para que viviendo te bendigamos, Señor. Te suplicamos, Señor, en toda tu misericordia, que se aparte tu furor y tu ira de esta ciudad y de tu casa santa, porque hemos pecado. Inclina, Señor, tu oído, y escucha (Sal. LXXXV, 1); mira desde el cielo, y ve (Sal. LXXIX, 15) la aflicción de tu pueblo. Escucha, Señor, sé propicio. Señor; atiende, no tardes, porque tu santo nombre es invocado sobre nosotros (Eclo. XXXVI, 14). Muchos son, Señor, nuestros pecados; hemos pecado contra ti, paciencia de Israel; líbranos, Señor, en el tiempo de nuestra angustia. Hemos pecado, Señor, y tú te has enojado (Isa. LXIV, 5) con nosotros, y no hay quien escape de tu mano (Tob. XIII, 2); pero suplicamos que venga sobre nosotros tu misericordia (Sal. CXVIII, 41). Tú que perdonaste a Nínive, ten misericordia de nosotros. Recuerda tus misericordias, Señor (Sal. XXIV, 6), y a los que hasta ahora has tolerado, compúlsalos al arrepentimiento. Sé propicio, Señor, a todos los cristianos vivos y difuntos. Ayuda a los mejores, para que siempre permanezcan en la bondad. Ten misericordia de los buenos y mediocres, para que se hagan mejores. Socorre a los que obran mal y delinquen, para que pronto se corrijan. Sé propicio también, Señor, a los herejes y cismáticos, judíos y paganos, para que se aparten de sus malos caminos, y te conozcan a ti, Dios vivo y verdadero, que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay. Ten misericordia de todos los fieles difuntos, dándoles vida bienaventurada por tu piedad.

Acuérdate de nosotros, Señor, en este cuerpo pesado; que tu bondad convierta a aquellos que tu larga piedad ha sostenido. Ten misericordia de nosotros, Dios de todos, y míranos, y muéstranos la luz de tus misericordias (Eclo. XXXVI, 1). Nosotros, miserables, somos tus obras, que diste a tu Hijo como herencia para sí (Sal. XXXII, 12). No cierres tu oído a nuestras oraciones, sino levanta clemente la aflicción de tu pueblo, recordando lo que prometiste diciendo: Convertíos a mí, y yo me volveré a vosotros (Mal. III, 7). Acuérdate de nosotros, Señor, acuérdate de nosotros, para que seamos hechos herederos de tu reino, y viendo tu gloria adoremos tu bondad, y digamos juntos, cuando veamos tu inestimable belleza: Gloria al Padre que nos hizo, gloria al Hijo que nos salvó, gloria al Espíritu Santo que nos renovó, por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN II. AL DIOS PADRE POR LOS MÉRITOS DEL HIJO ENCARNADO.

Te invoco, Dios mío, te invoco, porque estás cerca de todos los que te invocan, pero de los que te invocan en verdad (Sal. CXLIV, 18): pues tú eres la verdad. Enséñame, te lo ruego, por tu clemencia, santa verdad, enséñame a invocarte en verdad, porque no sé cómo debe hacerse esto, pero humildemente imploro ser enseñado por ti, bienaventurada verdad. Pues saber de ti es desvariar: conocerte verdaderamente es saber perfectamente. Instrúyeme, oh divina sabiduría, y enséñame tu ley. Creo que será bienaventurado aquel a quien tú instruyas y de tu ley le enseñes. Deseo invocarte, lo cual te ruego que sea en verdad. ¿Qué es invocar en verdad a la verdad, sino en el Hijo al Padre? Por tanto, santo Padre, tu palabra es verdad, el principio de tus palabras es verdad. Este es el principio de tus palabras, que en el principio era el Verbo (Juan I, 1). En ese principio te adoro, supremo principio; en ese Verbo de verdad te invoco, verdad perfecta: en el cual esa misma verdad, me dirijas y me enseñes en la verdad. Pues ¿qué es más dulce que suplicar al Padre en el nombre del Unigénito, inclinar al Padre a la piedad en la memoria del Hijo, mitigar al Rey con la denominación de la prole más querida?

Así suelen ser liberados los reos de las cárceles, así los encadenados son liberados, así los que reciben la triste sentencia de muerte, no solo son absueltos, sino que además obtienen una gracia insólita, siempre que hayan manifestado a los príncipes airados el amor de la prole amada. Así los siervos delincuentes evitan los castigos de los señores, cuando por ellos

intercede la dulzura de los hijos. Así te pido, Padre omnipotente, por el amor del Hijo omnipotente, saca de la cárcel mi alma para confesar tu nombre, líbrame de las cadenas de los pecados, por el único Hijo coeterno a ti te lo suplico; y a mí, a quien mis propios méritos amenazan con una sentencia letal, restaúrame a la vida, aplacado por la intercesión de la prole preciosísima que se sienta a tu derecha. Pues no sé a quién más dirigir como intercesor por mí ante ti, sino a este, que es propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2), que se sienta a tu derecha intercediendo por nosotros (Hebr. VII, 25).

He aquí mi abogado ante ti, Dios y Padre: he aquí el sumo Pontífice, que no necesita ser expiado con sangre ajena, porque resplandece bañado en su propia sangre. He aquí la hostia santa, agradable y perfecta, ofrecida y aceptada en olor de suavidad. He aquí el Cordero sin mancha, que enmudeció ante los que lo trasquilaban, que golpeado con bofetadas, cubierto de escupitajos, afligido con injurias, no abrió su boca (Isa. LIII, 7). He aquí quien no cometió pecado, llevó nuestros pecados, y con su llaga sanó nuestras dolencias (Ibid., 4). Mira, piadoso Padre, a tu piadosísimo Hijo sufriendo tan impiamente por mí. Mira, rey clementísimo, quién sufre, y recuerda benigno por quién sufre. ¿No es este el inocente, mi Señor, a quien entregaste al Hijo para redimir al siervo? ¿No es este el autor de la vida, que llevado como oveja al matadero, y hecho obediente a ti hasta la muerte (Filip. II, 8), no temió someterse al género más atroz de muerte? Recuerda, dispensador de toda salvación, que este es aquel a quien, aunque lo engendraste de tu virtud, quisiste que participara de mi debilidad.

Verdaderamente esta es tu deidad, que, revestida de mi naturaleza, subió al madero de la cruz, y en la carne asumida soportó el triste suplicio. Vuelve, Dios mío, los ojos de tu majestad sobre la obra de tu inefable piedad, contempla al guía nacido extendido en todo su cuerpo, observa las manos inocentes manando piadosa sangre, y perdona aplacado los crímenes que cometieron mis manos. Considera el costado inerme perforado por la cruel lanza, y renuévame en la fuente sagrada que creo que de allí fluyó. Mira los pies inmaculados, que no se detuvieron en el camino de los pecadores (Sal. I, 1), sino que siempre caminaron en tu ley, clavados con clavos crueles, y perfecciona mis pasos en tus sendas (Sal. XVI, 5); y haz que aborrezca todo camino de iniquidad (Sal. CXVIII, 128); aparta de mí, misericordioso, el camino de la iniquidad (Ibid., 29): y hazme propicio elegir el camino de la verdad (Ibid., 30). Te ruego, rey de los siglos, por este mi Redentor, hazme correr el camino de tus mandamientos (Ibid., 32), para que pueda unirme en espíritu a aquel que no temió vestirse de mi carne.

¿No ves, piadoso Padre, la cabeza queridísima del joven Hijo, inclinada la nívea cerviz, resuelta en la muerte más preciosa? Mira, amabilísimo Creador, la humanidad de la prole amada, y ten misericordia de la debilidad del frágil ser creado. Resplandece el pecho desnudo, enrojece el costado ensangrentado, se tensan las entrañas secas, languidecen los ojos decorosos, palidecen las regias facciones, se endurecen los brazos esbeltos, cuelgan las piernas marmóreas, riega los pies perforados la ola de la sagrada sangre. Contempla, glorioso Padre, los miembros lacerados de la prole gratísima, y recuerda benigno cuál es mi sustancia. Observa el castigo del Dios hombre, y relaja la miseria del hombre creado. Mira el suplicio del Redentor, y perdona el delito del redimido. Este es, mi Señor, a quien heriste por los pecados de tu pueblo, aunque él mismo es el amado en quien te complaciste. Este es el inocente en quien no se halló engaño, y sin embargo fue contado entre los inicuos.

¿Qué cometiste, dulcísimo niño, para ser así juzgado? ¿Qué cometiste, amantísimo joven, para ser así tratado? ¿Cuál es tu crimen, cuál tu culpa, cuál la causa de tu muerte, cuál la ocasión de tu condenación? Yo soy la plaga de tu dolor, la culpa de tu muerte. Yo soy el azote de tu pasión, el trabajo de tu tormento. Yo soy el mérito de tu muerte, el castigo de tu

venganza. ¡Oh condición maravillosa de la censura, y disposición inefable del misterio! peca el iniquo, y es castigado el justo; delinque el reo, y es azotado el inocente; ofende el impío, y es condenado el piadoso; lo que merece el malo, lo sufre el bueno; lo que comete el siervo, lo paga el señor; lo que comete el hombre, lo soporta Dios. ¿A dónde, Hijo de Dios, descendió tu humildad? ¿A dónde ardió tu caridad? ¿A dónde avanzó tu piedad? ¿A dónde creció tu benignidad? ¿A dónde llegó tu amor? ¿A dónde llegó tu compasión? Pues yo actué inicualemente, tú eres castigado; yo cometí el crimen, tú eres castigado; yo cometí el delito, tú eres sometido a tortura; yo me enorgullecí, tú eres humillado; yo me ensoberbecí, tú eres disminuido; yo fui desobediente, tú obedeces al Padre y pagas el crimen de la desobediencia; yo obedecí a la gula, tú eres afligido por el ayuno; me arrastró la concupiscencia al ardor ilícito, a ti la perfecta caridad te lleva a la cruz; yo presumí lo prohibido, tú subiste al potro; yo me deleito con la comida, tú sufres en el madero; yo disfruto de las delicias, tú eres lacerado con clavos; yo el dulzor de la fruta, tú el amargor de la hiel; a mí, reo, Eva se regocija riendo; a ti, piadoso, María compadece llorando.

He aquí, Rey de gloria, he aquí mi impiedad y resplandece tu piedad, en mi injusticia, y tu justicia se hace evidente. ¿Qué, mi Rey y mi Dios, qué te daré a cambio de todo lo que me has dado? (Sal. 115, 12.) No se puede encontrar en el corazón del hombre algo que se compare dignamente con tales recompensas. ¿Puede la sagacidad humana idear algo que se compare con la misericordia divina? No es tarea de la criatura maquinar algo con lo que justamente recompense la protección del Creador. Sin embargo, Hijo de Dios, en esta tu admirable disposición, hay algo en lo que mi fragilidad puede contribuir, si mi mente, compungida por tu visita, crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias (Gal. 5, 24). Y si esto se te concede, es como si ya comenzara a compadecerse de ti, porque tú también te dignaste morir por mi pecado, y así, por la victoria interior del hombre, guiado por ti, se armará para la palma exterior, de modo que, vencida la persecución espiritual, no tema por amor a ti someterse a la espada material. Así, la pequeñez de la condición, si complace a tu piedad, podrá responder con fuerzas a la grandeza del Creador. Y esta es la medicina celestial, buen Jesús, este es el antídoto de tu amor.

Te ruego por tus antiguas misericordias, infunde en mis entrañas lo que, rechazada la bilis del contagio de la víbora, me reintegre a la salud primigenia, lo que, habiendo probado el néctar de tu suavidad, me haga despreciar con todo afecto las prosperidades seductoras del mundo, y no temer ninguna de sus adversidades por ti, y recordando la nobleza perpetua, siempre desprecie los vientos de este temor transitorio. Nada, te ruego, sin ti me sea dulce, nada me complazca, nada precioso, nada me sonría hermoso fuera de ti; que todo me sea vil sin ti, que todo me sea sórdido. Lo que te es adverso, me sea molesto; y tu beneplácito, mi deseo inagotable; que me aburra alegrarme sin ti, y me deleite entristecerme por ti. Que tu nombre sea mi refrigerio, y tu memoria mi consuelo; que mis lágrimas sean mi pan día y noche (Sal. 41, 4), investigando tus justificaciones, que la ley de tu boca me sea mejor que miles de oro y plata (Sal. 118, 72); que obedecerte me sea amable, y resistirte execrable. Te ruego, mi esperanza, por todas tus piedades, que te apiades de todas mis impiedades. Abre mis oídos a tus mandamientos, y no permitas, te lo imploro, por tu santo nombre, que mi corazón se incline a palabras de malicia, para excusar excusas en pecados (Sal. 140, 4). También te pido por tu admirable humildad, que no venga sobre mí el pie de la soberbia, y que la mano del pecador no me mueva (Sal. 35, 12).

He aquí, Dios omnipotente, Padre de mi Señor, dispón benignamente para que te apiades de mí, pues todo lo más precioso que encontré, te lo ofrecí devotamente, todo lo más querido que hallé, te lo presenté suplicante; no me reservé nada que no haya expuesto a tu majestad;

ya no queda nada que añadir, porque toda mi esperanza te la he delegado. Te dirigí a mi abogado, tu amado Hijo, envié a la gloriosa progenie como mediador entre tú y yo. Envié, digo, al intercesor, por quien confío en obtener el perdón; envié al Verbo con las palabras que dije por mis hechos, y te conté la muerte de la santísima descendencia que creo que sufrió por mí. Creo que la Deidad que enviaste asumió nuestra humanidad, en la cual se dignó soportar cadenas, bofetadas, escupitajos, burlas, y también aceptar la cruz y los clavos. A esta, que en otro tiempo fue demolida por los vagidos de la infancia, envuelta en pañales de niñez, atormentada por sudores, macerada por ayunos, afligida por vigiliias, fatigada por viajes, después afectada por azotes, lacerada por suplicios, destinada a los muertos, pero dotada de la gloria de la resurrección, la introdujo en los gozos celestiales, y la colocó a la derecha de tu excelstitud.

Tú eres mi propiciación y mi expiación, aquí atiende piadoso al Hijo que engendraste, y al siervo que redimiste, aquí mira al Creador, y no desprecies la criatura, abraza sereno al Pastor, y recibe misericordioso a la oveja llevada en sus propios hombros. Este es el Pastor fidelísimo, que en otro tiempo buscó con muchos y variados trabajos a la oveja errante por los abruptos montes, por los precipicios de los valles, y que ya moribunda, ya desfalleciente por largos exilios, finalmente hallada, se la puso sobre sí gozoso, y con un admirable esfuerzo de caridad, la levantó del profundo abismo de la confusión, y atada con piadosos abrazos, la devolvió a las noventa y nueve, la una que había perecido (Luc. 15, 4). He aquí, Señor, mi Rey, Dios omnipotente, he aquí el buen Pastor te devuelve lo que le encomendaste. Recibió, disponiéndolo tú, para salvar al hombre, al que te restituyó libre de toda mancha; he aquí que tu amadísimo Hijo te reconcilia la criatura que de ti se había desviado. He aquí que el manso Pastor devuelve a tu rebaño lo que el violento ladrón había arrebatado, devuelve a tus vistas al siervo que su conciencia había hecho fugitivo, para que quien por sí mismo mereció el castigo, por el Creador del mundo merezca el perdón, y quien por sus culpas tenía el infierno reservado, con tan gran guía ya confie en ser devuelto a la patria. Pude por mí mismo ofenderte, santo Padre, pero no pude por mí mismo reconciliarte; mi ayudador se hizo, mi Dios, tu amado Hijo, participando de mi humanidad, para curar la debilidad, de modo que de donde surgió la culpa de la ofensa, de allí te ofreciera el sacrificio de alabanza, y por esto me hiciera aceptable a tu piedad, para que sentado a tu derecha siempre se mostrara ser consorte de mi sustancia. He aquí mi esperanza, he aquí toda mi confianza. Si me desprecias por mi iniquidad, como es digno, mírame al menos compadecido por el amor de la amada descendencia; atiende en el Hijo para que te apiades del siervo. Mira el sacramento de la carne, y perdona la culpa de la carne; recuerda lo que el buen Hijo sufrió, y olvida lo que el mal siervo hizo. Cuantas veces se te abren las heridas de la bienaventurada prole, que se oculten, te lo ruego, mis crímenes; cuantas veces el precioso sangre brota del piadoso costado, que se borre, te suplico, la mancha de mi contaminación. Y porque la carne te provocó a la ira, que la carne te incline, te ruego, a la misericordia, para que así como la carne me sedujo a la culpa, la carne me conduzca al perdón.

Mucho, en verdad, es lo que mi impiedad merecería; pero mucho mayor es lo que la piedad de mi Redentor reclama con justicia; pues grande es mi injusticia, pero mucho mayor es la justicia de mi Redentor. Cuanto más superior es Dios al hombre, tanto mi malicia es inferior a su bondad, tanto en calidad como en cantidad. ¿Qué podría delinquir el hombre que no redimiera el Hijo de Dios hecho hombre? ¿Qué soberbia tan grande podría hincharse, que no derribara tanta humildad? ¿Qué poder de la muerte sería que no destruyera el suplicio de la cruz del Hijo de Dios? Sin duda, mi Dios, si en una balanza justa se pesaran las iniquidades del hombre pecador y la gracia del Redentor, no tanto dista el oriente del occidente, ni el

infierno inferior se separa del más alto cielo; cuanto la piedad del Redentor supera la malicia del pecador.

Ya, óptimo Creador de la luz, ya perdona mis culpas por los inmensos trabajos de tu amado Hijo. Ya, te ruego, que mi impiedad sea perdonada por su piedad, mi perversidad por su modestia, y mi ferocidad por su mansedumbre. Ya su humildad conquistó mi soberbia, su paciencia mi impaciencia, su benignidad mi dureza, su obediencia mi desobediencia, su tranquilidad mi inquietud, su dulzura mi amargura, su suavidad mi ira, su caridad mi crueldad. Que contigo, etc.

ORACIÓN III A DIOS. Contra tres enemigos que muchas veces afligen gravemente al pecador y, a menos que la misericordia de Dios lo proteja, a menudo lo hieren de muerte, a saber, la vana gloria, la envidia, la soberbia.

Señor, Dios mío, en ti he confiado, sálvame de todos los que me persiguen y líbrame (Sal. 7, 2). En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente, en tu justicia líbrame y rescátame (Sal. 70, 2). Señor, Dios mío, mi creador y mi gobernador, como he dicho y siempre diré, en ti he confiado, y en ti espero, ni, mientras haya aliento en mis narices, desesperaré de tu misericordia. De mí mismo, si examino diligentemente todas mis acciones, siempre desespero, porque siempre me conduzco en malas obras; pero mirando a mi dulcísimo Creador, a mi pacientísimo Señor, que ve que vivo mal, y aún espera mi corrección, esperando y tolerando escucha si en algo me preocupo de enmendar mi vida, respiro, e invoco la misericordia de mi Creador, que tan dulcemente me tolera. Por todas partes me invaden mis enemigos y ya casi por todas partes perforan e irrumpen en el interior de mi corazón, y a menos que mi piadosísimo Señor, que me creó, me socorra, socorriendo y aterrando a mis enemigos, que así me afligen, los rechace, mi alma, infeliz, ya pronto será llevada cautiva atada por sus cadenas. Por tanto, líbrame, Señor, de todos los que me persiguen (Sal. 141, 7); y si no es por mí, al menos por ti. Por mí, confieso, dulcísimo Señor Dios mío, no hay razón para que me liberes, porque casi siempre me deleita hacer el mal, y perseverar en malas obras. Pero por ti, líbrame, porque es vergüenza para ti que tus enemigos engañen así a tu criatura, y así engañada y mancillada por sus vicios más sucios la traten mal, a la que creaste tan honesta, con tanto honor de razón la adornaste, a la que formaste a tu imagen y semejanza.

He aquí, dulcísimo Dios mío, he aquí mi infeliz espíritu corroído por malas obras por todas partes, apenas rescatado de los dientes de sus enemigos, por los que infeliz era desgarrado, implora tu ayuda, suspira por la visita de tu gracia, porque a menos que pronto socorras, gravemente fatigado por su persecución, ya ni siquiera podrá suspirar hacia ti. Muchos son mis enemigos, como ves, piadosísimo Creador mío, por cuya crueldad soy gravemente herido, golpeado y burlado, soporto no pocos dolores; pero uno entre los demás siempre me ataca más gravemente, y siempre sin ninguna misericordia intenta derribarme hasta la destrucción. Pues muchas veces cuando mis otros enemigos, como fatigados, cesan de perseguirme, uno más audaz que los demás lanza un dardo más fuerte, a saber, la vana gloria, que no solo mancha al hombre miserable con malas obras, sino que también lo mata de las mismas buenas obras que parece hacer, si no se guarda cautelosamente. Esta peste es engendrada por aquella soberbia que derribó al primer hombre, derribado y herido por aquella felicidad que poseía, lo expulsó. Y para derribar más fuertemente al miserable al que invade, llama a la envidia, por la cual la muerte entró en el mundo (Sab. 2, 24), para que la ayude. La envidia, por tanto, quema al miserable al que atrapa, y quemándolo, lo hace andar triste y como poseído por la languidez. La vana gloria, en cambio, como recreándolo, lo exalta de las mismas buenas obras que finge hacer. Pero para que al miserable al que la vana gloria

intercepta una vez, lo lleve más infeliz cautivo, y no le deje ninguna esperanza de escapar, recurre a la madre soberbia, y animada por su consejo mortal, primero le corta la virtud de amar a Dios y al prójimo. Pues el infeliz, al que la vana gloria infecta, deseando parecer superior a los demás, si ve a alguien mejor que él en buenas obras, y no puede negar que camina más rectamente, lo oprime si puede; si no puede, porque son claramente rectas, al menos intenta de cualquier manera oscurecerlas para que no se crean del todo rectas. Así, el alma miserable poseída por esta cautividad, no hace nada recto, si parece hacer algo recto, porque no ama al prójimo, a quien se le manda amar como a sí mismo (Mat. 19, 19), ni ama a Dios, a quien al hacer esto se demuestra no amar. Pues quien no ama a su prójimo, ni lo ayuda en cuanto puede para que pueda progresar en el bien, ni Dios lo ama, ni mira sus obras, aunque ante los hombres parezcan buenas. ¿Qué, pues, qué puede ser más miserable que un hombre que se exalta por una buena obra? Que, mientras cree exaltarse, cae de lo alto a lo bajo; pues la soberbia siempre yace naturalmente en el profundo infierno, mientras que la humildad siempre habita en los cielos, y permanece en el cielo. Y a quien la vana gloria derriba de lo alto, la soberbia, su madre, lo recibe en los brazos de la perdición eterna; como al contrario, cuya conversación humilde está en la tierra, Dios que mira lo humilde, y conoce lo alto desde lejos (Sal. 136, 6), lo eleva de la baja conversación a los cielos.

Confieso, dulcísimo Dios, confieso que estoy gravemente postrado por estos tres males, o más bien por estas tres furias infernales, y casi hasta la destrucción herido en el alma, y, a menos que tu indulgentísima misericordia pronto socorra, seré condenado más gravemente. Ay de mí, miserable, ay de mí, siempre y en todas partes, ay de mí, cuánta es la cautividad del hombre miserable. Si vive mal, es condenación abierta; si parece vivir rectamente, pero se guarda incautamente, y se gloria de ello, nuevamente es para el miserable muerte cierta, y condenación eterna. Oh Dios, nuestro refugio, oh nuestro Creador, y nuestra fuerza contra aquellos que nos persiguen, y si te ven apartarte de nosotros por nuestros pecados, siempre acechan, ayúdanos, misericordioso, siempre necesitados de tu misericordia, el auxilio de tu misericordia, más de lo que nos convendría, tibia y perezosamente pidiendo. Y si nos desprecias, porque estamos envueltos en muchas iniquidades, al menos vuelve hacia nosotros tus ojos misericordiosos, porque somos tu criatura. Y así como es muy cierto que siempre eres nuestro Creador, así siempre y en todas partes sintamos que eres nuestro defensor, y nuestro protector indeficiente contra nuestros enemigos, para que en la vida presente siempre defendidos y ayudados por ti, terminado el curso temporal, lleguemos a ti, nuestro Creador y Señor, purificados y absueltos de todos los pecados. Amén.

ORACIÓN IV Cuando el pecador está muy angustiado por sus iniquidades, y las expone ante Dios, dejando de lado toda vergüenza.

Altísimo y dulcísimo amante de los hombres, Dios, Creador y gobernador de todas las criaturas, confieso a tu inmensa bondad todos mis pecados, cualesquiera que haya cometido de cualquier manera, desde la hora en que pude pecar hasta esta hora en que aún por tu misericordia me permites vivir. De todos, en verdad, no puedo ser consciente, porque son muchos, y no pueden ser fácilmente enumerados. Pero tú, piadosísimo y misericordiosísimo Dios, que conoces todas las cosas antes de que sucedan, que eres el verdadero inspector de los pensamientos, y el justísimo escudriñador del corazón y los riñones (Sal. 7, 10), tú conoces todos mis pecados, cualesquiera que haya cometido, o aún cometo, ya sea internamente en mi alma por pensamientos ocultos, o externamente por acciones manifiestas. Y por eso, porque verdaderamente entiendes que he hecho todas estas cosas contra tu voluntad, confieso ante tu majestad, y ante todos tus santos, que soy culpable y reo, y a menos que tu indulgentísima misericordia primero socorra, después de la muerte de la carne seré condenado a muerte eterna, y eternamente atormentado con tormentos eternos.

Sé, dulcísimo Dios, sé que me creaste, y creado me amaste misericordiosamente, y que me creaste para que yo también amara a ti, mi Creador, como sería digno, y fuera obediente a tus mandamientos en todo. Y todo esto lo hiciste para mi bien, no para que tú por mí fueras mejor, o en algo más rico. Tú no necesitas ningún bien, porque tú eres esencialmente el mismo bien, y de ti es todo bueno, cualquiera que sea bueno. Y por eso no puedes ser ni mejor, ni más rico; y esto no por una falsa impotencia, sino por una verdadera potencia no puedes. Pues quien puede y hace el mal, lo puede y lo hace para su propio mal, porque por esta potencia no se eleva felizmente hacia lo alto, sino que es atraído infeliz hacia lo bajo. Por esta potencia, o más bien impotencia, miserablemente seducido, y como una vejiga hinchada vanamente inflado, fuera de la razón puesto, y como un animal insensato hecho (Sal. 48, 13), herido y postrado miserablemente por el dardo de la soberbia, desprecié a ti, mi Creador y misericordiosísimo Señor, en tus mandamientos, que me diste para mi bien, si los hubiera observado, despreciándolos, y como si estuviera fuera de mi mente, mientras me llevo aquí y allá como soberbiamente, perdida la verdadera solidez, incurro en los caminos de la perdición y la muerte, y sigo vanamente el viento de la vana elevación.

Fateor, clementísimo Dios, confieso ante tu omnipotencia que soy demasiado orgulloso, vano y lleno de toda clase de altivez. Y pienso que, si en este mundo tuviera algún poder, nadie podría soportar mi soberbia. Pero incluso esta soberbia con la que tan gravemente me atormento ante los hombres, aunque es execrable y muy peligrosa, hay sin embargo otra soberbia, que, cuando examino diligentemente el secreto de mi mente sin adularme, no poco se ve atormentada y dispersa mi infeliz alma. A veces, si sucede (lo cual rara vez ocurre) que hago algo que según la estimación de los hombres parece tener alguna semejanza de bien, no poco me enorgullezco de ello. Y si nadie habla de ello, o de algún modo se preocupa por alabarme, lo desprecio como si fuera un necio y sin conocimiento, o incluso si, como si no me importara, huyo de la vana e inútil alabanza de los hombres, no poco en mi interior, donde solo Dios ve, me glorío de ello, y de manera asombrosa, mientras evito la alabanza, más la busco y deseo la vana gloria. He aquí, mi Dios y mi Creador, he aquí que me ves actuar así, vivir así, y perder todo lo que vivo; he aquí que ves y aborreces, y por tal vida no prometes sino penas y tormentos. Ayúdame, pues, mi Creador, ayúdame, auxilio en las oportunidades, ayúdame y socorre mi alma, y por tu inefable misericordia destruye y confunde mi soberbia. He aquí, mi Dios y mi Señor, he aquí que confieso a tu inmensa bondad que estoy totalmente infectado, corrompido y destruido por el veneno de esta malicia, y ya casi reducido a la nada si no me socorre tu misericordia. Pero ante tu majestad reconozco mi culpa, culpable y reo pido perdón e indulgencia por esto y por todos mis pecados a ti, misericordioso Creador, que no quieres la muerte del pecador, ni te alegras en la perdición de los que mueren (Ezequiel XVIII, 23). Hay también muchas otras cosas que surgen de la raíz de esta peste, que confieso tener y ser no poco inquietado y frecuentemente abatido por sus molestias. Y de igual manera por todas estas cosas pido perdón e indulgencia. Estas son, a saber, la ira, la impaciencia, la discordia enemiga de Dios y odiosa para todos los santos, la indignación, el rencor del alma, el tedio de la mente, la voracidad de la gula, la murmuración, la avaricia, la rapacidad y muchas otras cosas similares, por las cuales veo que mi infeliz alma es atormentada y afectada, lacerada y desgarrada.

Hay además, un mal sobre todos los males, un mal por el cual siento que mi alma está tanto más gravemente y miserablemente lacerada y afligida, cuanto que desde la cuna siempre estuvo conmigo, creció conmigo, en la infancia, en la adolescencia, en la juventud siempre me acompañó, y aún ahora, ya en la vejez con los miembros debilitados, no me abandona. Este mal es el deseo de placer, la delectación de la carne, la tempestad de la lujuria, que de

muchas y variadas maneras ha macerado, disuelto y dejado vacía y débil a mi infeliz alma, despojada de toda virtud. Confieso, dulcísimo y amabilísimo Dios, confieso ante tu omnipotencia que a menudo he sido contaminado por las inmundas memorias de esta nefaria obra, encendido, he sufrido ardores no pequeños e indecorosos, y no solo las malas memorias y necias recordaciones de mis deleites me dañan; sino también las maldades de otros que me han sido narradas, y traídas a la memoria por recordaciones sórdidas, manchan mi corazón con no pequeña mancha de iniquidad.

He aquí, mi Dios, piadosísimo y misericordiosísimo Señor mío, aunque he sufrido no poca vergüenza, he expuesto ante ti mis iniquidades, he mostrado mis heridas y pecados, he mostrado mi alma manchada por malas obras, infectada por las delectaciones de malas obras, mancillada por las recordaciones de malas delectaciones. Dios mío, mi misericordia, mira mi penitencia, mira tu piedad; recibe mi confesión, y haz conmigo según tu misericordia. Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? (Salmo CXXIX, 3) o incluso ¿quién podrá ser liberado por su justicia sin tu misericordia? Sé propicio a mí, Señor, sé propicio a mí pecador (Lucas XVIII, 13); perdona mis pecados e iniquidades, para que por tu misericordia, purificado y limpiado de todos los vicios, y clementemente absuelto de todos los pecados, al terminar la conversación temporal, merezca ser llevado al reino de los cielos, donde con todos los santos pueda alabarte, bendecirte y glorificarte por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN V. A DIOS. Para obtener la compunción del corazón en la oración.

Perdona, Señor, perdona piadosamente, perdona y ten misericordia, perdona mi ignorancia y mi gran imperfección. No me rechaces como temerario, por atreverme a ser tu siervo, ojalá al menos bueno y no también inútil y malo, y por eso muy malo porque te alabo, bendigo y adoro a ti, nuestro Dios omnipotente, terrible y muy temible, sin contrición del corazón y fuente de lágrimas, sin la debida reverencia y temblor. Pues si los ángeles, adorándote y alabándote, tiemblan llenos de maravillosa exultación, yo pecador, mientras estoy ante ti, digo alabanzas, ofrezco sacrificio; ¿por qué no tiemblo de corazón, palidezco de rostro, tiemblo de labios, me estremezco con todo el cuerpo, y así con lágrimas brotando ante ti lloro incesantemente? Quiero, pero no puedo, porque no puedo lo que deseo. Por eso me admiro vehementemente, mientras te contemplo con los ojos de la fe como muy terrible.

Pero, ¿quién puede esto sin la ayuda de tu gracia? Toda nuestra salvación es tu gran misericordia. ¡Ay de mí, cómo se ha vuelto tan insensata mi alma que no se aterra con gran terror, mientras está ante Dios, y le canta sus alabanzas! ¡Ay de mí, cómo se ha endurecido tanto mi corazón que mis ojos no producen incesantemente ríos de lágrimas, mientras un siervo habla ante su Señor, un hombre con Dios, una criatura con el Creador, quien fue hecho del barro con aquel que hizo todo de la nada! He aquí, Señor, me pongo ante ti, y lo que siento en secreto de mí mismo, no lo callo a tus oídos paternos. Tú, rico en misericordia, y generoso en premios, dame de tus bienes, para que con ellos te sirva. Pues no podemos servirte ni agradarte sino con tu don.

Clava, te ruego, con tu temor mis carnes (Salmo CXVIII, 120); alégrese mi corazón, para que tema tu nombre (Salmo LXXXV, 11). Ojalá mi alma pecadora te temiera como aquel santo varón que dijo: Siempre temí a Dios como si olas hinchadas estuvieran sobre mí (Job XXXI, 23). Dador de todos los bienes, Dios, dame entre tus alabanzas una fuente de lágrimas junto con la pureza del corazón y la alegría de la mente; para que amándote perfectamente, y alabándote dignamente, con el paladar del corazón sienta, guste y sepa cuán dulce y suave eres, Señor, como está escrito: Gustad y ved que el Señor es bueno. Bienaventurado el

hombre que en él confía (Salmo XXXV, 9). Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar (Salmo LXXXVIII, 16). Bienaventurado el hombre cuyo auxilio está en ti, ha dispuesto ascensiones en su corazón, en el valle de lágrimas, en el lugar que ha puesto (Salmo LXXXIII, 6). Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos (Salmo LXXXIII, 5).

ORACIÓN VI. A DIOS. Para que el pecador no desespere por ningún pecado, porque el Señor es piadoso y misericordioso, y no quiere la muerte del pecador, sino la vida.

Ten misericordia de mí, Dios, según tu gran misericordia; y según la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad (Salmo L, 3). Creemos que esta oración fue dictada por el Espíritu Santo, cuya inspiración compungió al hombre pecador, pero también fiel, y pide a Dios que tenga misericordia de él, y que sus iniquidades sean borradas según la multitud de sus misericordias, a quien cree ser Dios omnipotente y Señor misericordioso. Esta es la obra del Espíritu Santo, que al pecador le desagradan sus fechorías, y se esfuerza por hacer lo que agrada a su Creador. Pero esto no lo puede lograr con sus propias fuerzas, sino iluminado por la gracia del mismo Espíritu Santo; cuyo corazón, cuando lo visita por su gracia, inmediatamente lo limpia de toda mancha de vicios. En verdad, el Señor es dulce y piadoso con su criatura, a la que creó a su imagen y semejanza (Génesis I, 27); y a la que enriqueció con tanto honor, de ninguna manera permite que perezca sino por su gran iniquidad. Sin embargo, el Creador del universo es completamente dulce y amable, y de gran misericordia para todos los que lo invocan (Salmo LXXXV, 5), para todos los que lo invocan en verdad; y hace la voluntad de los que le temen, y escucha su súplica, y por su gran misericordia los lleva a la gloria eterna (Salmo CXLVIII, 18). Porque se compadece de todos, y no odia nada de lo que ha hecho, disimulando los pecados de los hombres por el arrepentimiento, y perdonándolos, porque el Señor es piadoso (Eclesiástico II, 13). El Señor es misericordioso con los pecadores que cesan de sus maldades, y por la verdadera penitencia y las buenas obras de la verdadera penitencia limpian sus maldades; y por la verdadera confesión, y el sacrificio de la verdadera confesión, se sacrifican a sí mismos. La verdadera penitencia y la verdadera confesión son, pues, lamentar los males perpetrados, y no volver a cometer lo que debe lamentarse. Así como el Padre se compadece de los hijos, y mucho más que un padre carnal de sus hijos, el Señor piadoso y misericordioso se compadece de todos los que le temen. Porque él conoce nuestra formación; también sabe de qué nos hizo, nuestro barro. Recuerda que somos polvo (Salmo CII, 13, 14), y ceniza, pero hechos a su imagen. Mirando y confesando verdaderamente tanta misericordia de nuestro Creador hacia su criatura, no desesperemos del perdón de las culpas. Porque si nos arrepentimos de todo corazón, y perseguimos nuestras iniquidades con dignas lágrimas, sin duda alcanzaremos su indulgentísima piedad.

Pero tal vez alguien, perdido en su mente, y ya sumergido en los abismos de la condenación eterna, considerando la enormidad de sus crímenes, desesperando de la misericordia de Dios, se atreve a decir para sí: ¿Qué consejo para recuperar la salvación podré encontrar ahora, o qué consuelo, alguna promesa de perdón de los crímenes, esperaré? Desde que pude pecar, nunca he cesado de pecar y de hacer malas obras. Siempre he acumulado pecados sobre pecados, y los pecados que alguna vez no pude cumplir con obras, nunca he dejado de cumplirlos con malas voluntades y malos deseos. Envuelto, pues, en tantos males e iniquidades, rodeado de tantos crímenes y pecados, ¿qué puedo esperar ahora sino la eterna perdición y la eterna condenación de la eterna perdición? A veces, si alguna vez hice una confesión de pecados por la misericordia de Dios, y recibiendo la penitencia de los pecados de un sacerdote, prometí alguna enmienda de los males, inmediatamente, o después de un

breve tiempo, cometí los mismos males o peores pecados, y como un perro volví a mi vómito; lo que casi había vomitado por la confesión de boca y corazón, lo retomé más suciamente. También juré muchas veces que de ahora en adelante cesaría de pecar, dejaría completamente el camino de la iniquidad y seguiría el camino de la justicia. Pero ni el temor del mismo perjurio pudo retenerme de pecar, ni el temor de Dios que todo lo ve desde lo alto.

He aquí que ves, dulcísimo amante de los hombres Dios, he aquí que ves desde tu santuario, y miras desde la excelsa morada de los cielos, al hombre miserable dándote la espalda, despreciándote a ti y a tus preceptos, y por sus grandes pecados desesperando de tu gran misericordia, y aunque muy miserable y pecador, lo miras y ves creado por ti, y mientras existe en esta vida, sostenido por tus beneficios. Infunde, buen Dios, en su alma tu temor, y quita de su corazón el temor nocivo. Mira, e ilumina su corazón cegado, para que vea y entienda cuán grande es, y cuán amable es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que desesperan de ti, pero has perfeccionado para los que esperan en ti (Salmo XXX, 20). No lo sumerja, dulcísimo Dios, no lo sumerja la tempestad de las aguas ni lo absorba el abismo, ni lo oprima el pozo con su boca (Salmo LXVIII, 16), es decir, el abismo de sus iniquidades, y la desesperación de tus misericordias. Creemos, clementísimo creador de los hombres Dios, que eres omnipotente, y haces todo lo que quieres. Pues de ti dice el Profeta: Todo lo que quiso el Señor hizo en el cielo, y en la tierra, y en el mar, y en todos los abismos (Salmo CXXXIV, 6). Sabemos, además, que no quieres perder a los pecadores, sino que cesen de pecar, y vivan. Si, pues, eres omnipotente, como verdaderamente eres, porque puedes hacer lo que quieras; y no quieres perder a los pecadores, sino que se arrepientan de sus males, y vivan; de la multitud de tus misericordias no debemos desesperar; sino, seguros de la esperanza del perdón, esperar tu misericordia. Es completamente cierto que nuestros pecados son muchos y grandes, pero estamos seguros de que tu misericordia es mucha y grande.

Sabemos, Dios omnipotente y misericordioso, sabemos que tú eres el supremo espíritu, inmutable y eterno, viviendo de tu vida, que tú mismo eres, y de tu eternidad, y nosotros, tu criatura, creados por ti por tu bondad y misericordia. Pero cuando pecamos, es decir, cuando no hacemos lo que mandas, y hacemos lo que prohíbes, por nuestro pecado morimos, aunque en alguna vida, concedida por tu misericordia incluso a nosotros muertos, existimos. Si, en cambio, volvemos a ser obedientes a ti, y con tu gracia nos mantenemos alejados de las malas obras, y nos unimos a ti, que eres espíritu vivo y nuestro creador, por las buenas obras, revivimos; y después de la muerte, en la gloria eterna, viviremos contigo, si de ahora en adelante, mientras vivamos, perseveramos en las obras rectas. El profeta Eliseo, cuando estaba muerto y sepultado, y un hombre que estaba muerto tocó sus huesos, resucitó vivo, y nuevamente, por los méritos del profeta y el contacto de su cuerpo, se le permitió vivir (IV Reyes XIII, 21). Si, pues, por el contacto del profeta muerto resucitó el que estaba muerto, mucho más revivimos nosotros, si nos unimos a ti, nuestro Creador, por las buenas obras, que eres espíritu vivo e inmortal. Ten misericordia, pues, de nosotros, nuestro Creador, ten misericordia de nosotros según tu gran misericordia, y según la multitud de tus misericordias borra nuestra iniquidad (Salmo L, 3), y resucítanos en esta vida presente de la muerte a la vida, es decir, de la muerte del pecado a la vida de la justicia, y al final del mundo, por tu misericordia justificados, resucítanos a la gloria eterna. Que tú mismo nos concedas esto, que vives y reinas por los siglos eternos. Amén.

ORACIÓN VII. A DIOS. Con confesión de pecados, y humilde petición de gracia.

Dios piadosísimo, Dios clemente y misericordioso, sé propicio a nuestros pecados, y concede que los pecados que cometimos instigados por el autor de la muerte o por nuestra propia

voluntad, no los reserves para ser discutidos en tu juicio, sino que, concedida la gracia, nos regocijemos solo por el perdón, porque si ante tus ojos, Señor, comparamos las culpas que hemos cometido y las heridas que recibimos, es menos lo que sufrimos, mayor es lo que merecemos. Sentimos el castigo del pecado, y no evitamos la obstinación del pecado. En tus azotes nuestra fragilidad se quiebra, y nuestra iniquidad no cambia. La mente enferma se atormenta, el cuello duro no se inclina, la vida suspira en el dolor, y no se enmienda en la obra. Si esperas, no nos corregimos; si castigas, no resistimos. Confesamos en la corrección lo que hemos hecho, olvidamos en la visita lo que hemos llorado. Si imprimes tu mano, prometemos lo que debemos hacer; si suspendes la espada, no cumplimos lo prometido. Si golpeas, clamamos para que perdones; si perdonas, nuevamente provocamos para que golpees. Si viene la angustia, pedimos tiempo para arrepentirnos; si la misericordia nos mira, abusamos de la paciencia que nos perdonó. Aún la plaga infligida apenas pasa, y ya la mente ingrata no recuerda lo que sufrió. Si nos escuchas rápidamente, nos insolentamos por la misericordia; si tardas, murmuramos por la impaciencia. Queremos que guardes lo que prometiste, y no tememos no observar lo que ordenaste. Tienes, pues, Señor, confesos culpables; perdona porque eres piadoso. Sabemos que, si no perdonas, justamente nos castigas, pero en ti hay mucha misericordia y propiciación abundante. Concede, pues, sin mérito lo que rogamos, tú que hiciste de la nada a quienes te ruegan.

Ten misericordia de nosotros, Señor, que claman a ti, que tu piedad se conmueva por la voz fiel y llorosa, y que aquella misericordia de la que todo esperamos no tenga en cuenta lo que ofendimos, mientras considera lo que rogamos. Y aunque sea grande la miseria de ser culpables, sea mayor para ti la clemencia de ser nosotros miserables. Con tu auxilio suplicante ante ti ponemos los males de nuestro crimen y los dolores, y esperando de ti la misericordia que rechazamos al pecar. Da, pues, Padre piadosísimo, que lamentemos lo que hemos cometido, y que a lo largo de todo el día o la noche, libres de todos los ataques del mal, nos concedas servir a tu piedad. Que se nos conceda de tu indulgencia lo que rogamos recibir, a quienes reconoces que no tienen confianza en nuestra justicia. Levántanos, Señor Dios nuestro, y elévanos en tu misericordia, para que con la comunión de la salvación y el gozo de la caridad, mientras deseamos ser salvados por tu don, también nos regocijemos en la fe y la paz de todas las naciones.

ORACIÓN VIII. A DIOS.

Dios de misericordia inestimable, Dios de inmensa piedad, Dios creador y restaurador del género humano, que purificas los corazones de los que te confiesan y absuelves de todo vínculo de iniquidad a los que se acusan ante la presencia de tu divina clemencia, te imploro con todos mis gemidos que, según la multitud de tus misericordias, me concedas realizar una confesión pura ante ti de todas mis iniquidades, de las cuales me acusa mi conciencia, y me otorgues una verdadera y digna penitencia por todo lo que he pecado en pensamientos perversos, en malos consentimientos, en consejos inicuos, en concupiscencia y deleite impuro, en palabras ociosas, en hechos maliciosos, en la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Pues tú, misericordioso, para obrar la salvación de mi alma, me diste miembros aptos para los usos humanos, pero yo, el más miserable de todos y pecador, te desprecié, amante de la salvación eterna, y consentí en los fuegos eternos que el enemigo me preparaba. Caí en pecados, me derrumbé en delitos, y en cada uno de mis miembros excedí el límite, y me hice sujeto a trabajos impíos; pues al narrar esto, Señor, no blasfemo contra tu criatura en mí, sino que pido tu medicina, piadosísimo Dios, porque me reconozco culpable más allá de la medida, porque como las estrellas del cielo y la arena del mar, así reconozco que son innumerables mis delitos. Además, también la ira, la tristeza, la acedia, la jactancia y la

desidia. Por lo cual confieso ser sujeto a los principales vicios; pero tú, que no deseas la muerte del pecador, mira en mí y ten misericordia de este miserable.

ORACIÓN IX. A DIOS.

Dios omnipotente y misericordioso Padre, y buen Señor, ten misericordia de mí, pecador. Concédeme el perdón de mis pecados, evitar y vencer todas las insidias, tentaciones y deleites nocivos, evitar perfectamente con mente y acto lo que prohíbes, hacer y guardar lo que mandas, creer, esperar, amar, querer lo que tú sabes y deseas, compunción de humildad y piedad, discreta abstinencia y mortificación de la carne, para amarte, orar, alabar, meditar, para todo acto y pensamiento según ti, una mente pura, sobria, devota, conocimiento verdadero y eficaz de tus mandamientos, amor, facilidad y efecto, siempre, Señor, progresar hacia lo mejor con humildad y nunca decaer. No me entregues, Señor, a mi voluntad, ni a la ignorancia humana, o a la debilidad, ni a mis méritos, ni a ningún otro que no sea tu piadosa disposición. Sino que tú mismo dispón clementemente de mí y de todos mis pensamientos y actos en tu beneplácito, para que se haga por mí, en mí y de mí, siempre tu sola voluntad. Líbrame de todo mal, y condúceme a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN X. A DIOS. Para cortar los vicios y obtener virtudes.

Señor Dios mío, concede a mi corazón desearte, deseando buscarte, buscando encontrarte, encontrando amarte, amando redimir mis males, y no repetir los redimidos; concede, Señor Dios mío, a mi corazón penitencia, al espíritu contrición, a los ojos fuente de lágrimas, a las manos generosidad de limosnas. Mi Rey, extingue en mí los deseos de la carne, y enciende el fuego de tu amor. Mi Redentor, expulsa de mí el espíritu de soberbia, y concédeme propicio el espíritu de tu humildad. Mi Salvador, aparta de mí el furor de la ira, y concédeme benigno el escudo de la paciencia. Mi Creador, arranca de mí el rencor del alma, y otórgame la dulzura de una mente apacible. Concédeme, clementísimo Padre, una fe sólida, una esperanza adecuada, una caridad continua.

Mi Guía, aparta de mí la vanidad del alma, la inconstancia de la mente, la vagancia del corazón, la escurridad de la boca, la altivez de los ojos, la glotonería del vientre, las afrentas a los prójimos, los crímenes de las detracciones, la comezón de la curiosidad, la codicia de las riquezas, el robo de los poderosos, el apetito de la vana gloria, el mal de la hipocresía, el veneno de la adulación, el desprecio de los pobres, la opresión de los débiles, el ardor de la avaricia, la herrumbre de la envidia, la muerte de la blasfemia. Corta en mí, mi Hacedor, la temeridad, la iniqua obstinación, la inquieta ociosidad, la pereza somnolienta, la torpeza de la mente, la ceguera del corazón, la obstinación de los sentidos, la truculencia de las costumbres, la desobediencia al bien, la repugnancia al consejo, la desenfrenada lengua, el saqueo de los pobres, la violencia de los impotentes, la calumnia de los inocentes, la negligencia de los súbditos, la crueldad hacia los domésticos, la impiedad contra los familiares, la dureza hacia los prójimos.

Dios mío, mi misericordia, te ruego por tu amado Hijo, concédeme obras de misericordia, estudios de piedad, compadecerme de los afligidos, socorrer a los necesitados, ayudar a los miserables, aconsejar a los errantes, consolar a los tristes, aliviar a los oprimidos, recrear a los pobres, confortar a los llorosos, perdonar a los deudores, perdonar a los que pecan contra mí, amar a los que me odian, devolver bien por mal, no despreciar a nadie, sino honrar a todos, imitar a los buenos, evitar a los malos, abrazar las virtudes, rechazar los vicios, en las adversidades paciencia, en las prosperidades continencia, guardar la boca, y una puerta de contención a mis labios (Salmo 140, 3), pisotear lo terrenal, desear lo celestial.

He aquí, mi Creador, he pedido mucho, aunque no he merecido ni poco. Confieso, ¡ay, confieso! no sólo que no se me deben los dones que pido, sino que se me deben muchos y exquisitos castigos. Pero el alma del publicano, las prostitutas y los ladrones, que son rescatados del enemigo por la humildad de un arrepentimiento momentáneo, son recibidos en el seno del Pastor. Pues tú, Dios creador de todo, aunque eres admirable en todas tus obras, se cree que eres más admirable en las entrañas de la piedad. Por lo cual dijiste de ti mismo a través de un siervo tuyo: Sus misericordias están sobre todas sus obras (Salmo 144, 9); y como hablando de cada uno, confiamos que dijiste de todo tu pueblo: Pero no apartaré de él mi misericordia (Salmo 89, 34). Pues no desprecias a nadie, no rechazas a nadie, no temes a nadie, a menos que alguien, loco, te haya temido. Por lo tanto, no sólo no golpeas enojado, sino que das bienes a los que te irritan, si los buscan, Dios mío, cuerno de mi salvación, y mi protector (Salmo 18, 3). Yo, infeliz, te irrité, hice el mal ante ti (Salmo 51, 6), provoqué tu furia, merecí tu ira; pequé, y tú soportaste; delinqué, y aún sostienes. Si me arrepiento, perdonas; si regreso, recibes; además, mientras difiero, esperas. Llamas al errante, invitas al que se resiste, despiertas al que duerme, abrazas al que regresa, enseñas al ignorante, consuelas al triste, levantas al caído, restauras al que ha tropezado, das al que pide, te encuentras con el que busca, abres al que llama (Lucas 11, 10).

He aquí, Señor Dios de mi salvación, no sé qué oponer, no sé qué responder; no hay refugio de ti, no hay escondite de ti. Me mostraste el camino de vivir bien, me diste el conocimiento de caminar, me amenazaste con el infierno, y me prometiste la gloria del paraíso. Ahora, Padre de misericordias, y Dios de toda consolación (2 Corintios 1, 3), clava mi carne con tu temor (Salmo 119, 120), para que, temiendo lo que amenazas, lo evite, y devuélveme propicio la alegría de tu salvación (Salmo 51, 14), para que, amando, reciba lo que prometes. Mi fortaleza, Señor, mi firmeza, y mi refugio, y mi libertador (Salmo 18, 2, 3), sugiéreme qué pensar de ti, enséñame con qué palabras invocarte, dame con qué obras agradarte. Pues sé, sé una cosa, que te aplacas; y otra, que no desprecias. Ciertamente, el espíritu contrito es sacrificio para ti, y aceptas el corazón contrito y humillado (Salmo 51, 19). Con estos dones, Dios mío, mi redentor, enriquéceme. Con estas protecciones, defiéndeme contra el enemigo, con esto, concédeme refrigerio de las llamas de los vicios, con esto, abre un refugio piadoso de las pasiones de los deseos. Haz, Señor, virtud de mi salvación (Salmo 139, 8), que no esté en el orden de aquellos que creen por un tiempo y en el tiempo de la tentación se apartan (Lucas 8, 13). Protege mi cabeza en el día de la batalla (Salmo 139, 8), sé mi esperanza en el día de la aflicción, y mi salvación en el tiempo de la tribulación.

He aquí, Señor, mi iluminación y mi salvación (Salmo 27, 1), he pedido lo que necesito, he manifestado lo que temo, pero me remuerde la conciencia, me reprenden los secretos del corazón, y lo que el amor ministra, el temor disipa, el celo incita, el miedo increpa; mis actos, temor, pero tu piedad infunde confianza. Tu benignidad exhorta, mi maldad retarda; y, para confesar más verdaderamente, acuden a la memoria las fantasías de los vicios, que golpean la audacia de los ánimos presuntuosos. Pues cuando alguien es digno de odio, ¿con qué rostro pide la gracia de los pecados? Cuando se debe un castigo, ¿con qué temeridad se pide la gloria? Insulta al juez quien, posponiendo la satisfacción del delito, busca ser honrado con premios. Insulta al rey, sujeto al castigo, quien exige ser recompensado con un premio indebido. Y el hijo necio exagera el dulce afecto del padre, quien, después de haber infligido injurias, antes del arrepentimiento, usurpa la grandeza de la herencia. ¿Qué, mi Padre, recuerdo haber hecho? Merecí la muerte, y pido la vida; moví a mi Rey, cuyo auxilio impudicamente invoco ahora; desprecié al Juez a quien temerariamente pido ayuda; insolente rehusé escuchar al padre, a quien finalmente presumo tener como protector.

¡Ay de mí! ¡Cuán tarde vengo, ay, ay! ¡Cuán tarde me apresuro, ay de mí! porque corro tras las heridas, desdeñando prevenir las flechas estando ileso; descuidé prever los dardos, ahora me preocupa la muerte cercana. Heridas infligí a las heridas, porque no temí añadir crímenes a los crímenes; con reciente corrupción esparcí las cicatrices, porque los antiguos delitos los reciprocé con iniquidades modernas, y lo que la medicina divina había consolidado, mi prurito frenético lo deshizo. La piel, que cubierta sobre las heridas había ocultado la enfermedad, al brotar la podredumbre, se pudrió, porque la iniquidad repetida vació la misericordia concedida. Pues sé que está escrito: En cualquier día que el justo pecare, todas sus justicias serán olvidadas (Ezequiel 33, 13). Si la justicia del justo que cae es abolida, ¿cuánto más la penitencia del pecador que vuelve a lo mismo? Cuántas veces como perro volví al vómito, y como cerdo repetí el revolcadero del lodo. Me es difícil confesarme, porque es imposible recordar cuántos hombres mortales, ignorantes, enseñé a pecar, persuadí a los que no querían delinquir, obligué a los que resistían, consentí a los que querían, cuántos que caminaban sanos les tendí lazo, a los que buscaban el camino les descubrí el hoyo, no temí cometer males, no temí olvidar los dones de Dios. Pero tú, justo Juez, sellaste como en un saco mis pecados (Job 14, 17), observaste todos mis caminos, y numeraste todos mis pasos (Ibid., 16). Siempre callaste, guardaste silencio, fuiste paciente. ¡Ay de mí! finalmente hablas como parturienta (Isaías 42, 14).

Dios de dioses, Señor, admirable sobre la maldad, sé que vendrás manifiestamente (Salmo 50, 3); sé que no callarás siempre, cuando en tu presencia el fuego arda, y a tu alrededor la tempestad se desate con fuerza, cuando llames al cielo desde arriba, y a la tierra para discernir a tu pueblo (Ibid., 14). He aquí que ante tantos miles de pueblos se desnudarán todas mis iniquidades, ante tantas huestes de ángeles se descubrirán todos mis crímenes, no solo de actos, sino también de pensamientos y palabras. Ante tantos jueces estaré desamparado como los que me precedieron en buenas obras. Ante tantos acusadores seré confundido como los que me ofrecieron ejemplos de vida buena. Ante tantos testigos seré convencido como los que me advirtieron con palabras provechosas, y se dieron a sí mismos como ejemplos a imitar con justas acciones. Señor, mi Dios, no tengo qué decir, no sé qué responder; y aunque ya esté presente en ese juicio, me urge la conciencia, me atormentan los secretos del corazón, me constriñe la avaricia, me acusa la soberbia, me consume la envidia, me inflama la concupiscencia, me ensucia la lujuria, me deshonra la gula, me confunde la embriaguez, la detracción me desgarras, la ambición me suplanta, la rapacidad me obliga, la discordia me disipa, la ira me perturba, la ligereza me derriba, la pereza me oprime, la hipocresía me engaña, la adulación me quiebra, el favor me eleva, la calumnia me punza.

He aquí, mi libertador de las naciones iracundas (Salmo 18, 48), he aquí con quienes he vivido desde los días de mi nacimiento, con quienes he estudiado, a quienes he guardado fidelidad; esos mismos estudios que amé me condenan, los que alabé me vituperan. Estos son a quienes accedí como amigos, a quienes obedecí como maestros, a quienes serví como señores, a quienes creí como cónsules, a quienes conviví como ciudadanos, a quienes envejecí como domésticos. ¡Ay de mí! mi rey y mi Dios, porque mi estancia se ha prolongado (Salmo 119, 5). ¡Ay de mí, mi iluminación! porque he habitado con los habitantes de Cedar (Ibid.). Y cuando el santo David dijo, mucho, cuánto más puedo yo, infeliz, decir, ¡demasiado fue mi alma extranjera! (Ibid.) Mi firmeza, Dios, no se justificará en tu presencia ningún viviente (Salmo 143, 2). Mi esperanza, no está en los hijos de los hombres, que si juzgas sin piedad, encuentres justo; y si no precedes con misericordia al impío, no habrá a quien glorifiques como piadoso. Pues creo, mi salvación, lo que he oído, que tu benignidad me lleva al arrepentimiento (Romanos 2, 4). Torre de fortaleza, tus labios han sonado necesarios para mí: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan 6, 44).

En verdad, porque así me has instruido, y con tan propicia instrucción me has formado, con todas las entrañas del corazón, con todo el esfuerzo de la mente te ruego, Padre omnipotente, con tu amadísimo Hijo; y a ti, dulcísima Prole, con el serenísimo Paráclito te invoco. Atráeme, para que corriendo tras de ti me deleite en el olor de tus ungüentos (Cantar de los Cantares 1, 3). ¡Cuán grande, Señor, mi Dios, es la multitud de tu dulzura, que has reservado para los que te temen! (Salmo 31, 20.) La has reservado, porque la has conservado, no porque la hayas ocultado. La has quitado, cuando más la has multiplicado. A veces lo que se oculta se investiga con más diligencia, y encontrado se ama más intensamente; los deseos dilatados en ti no disminuyen, sino que crecen más; por lo tanto, tu amor no es transitorio, sino eterno. Los que te aman no se enfrían, sino que se encienden. Tu amor no es ocioso, tu memoria es más dulce que la miel y la meditación sobre ti más dulce que el alimento. Hablar de ti es plena satisfacción, conocerte es perfecta consolación, adherirse a ti es vida eterna, separarse de ti es muerte perpetua. Fuente viva para los que te tienen sed, alimento inagotable para los que te tienen hambre. Gloria para los que te buscan, gozo para los que te encuentran. Tu olor resucita a los muertos, tu mirada cura a los enfermos, tu luz disipa toda oscuridad, tu visita aleja toda tristeza. No hay tristeza contigo, lejos de ti todo dolor, no hay tristeza contigo, y no hay necesidad. Donde tú estás, no hay necesidad, no hay dificultad de ningún bien, nunca hay tinieblas, ni se nombra el terror del infierno, no hay ceguera de ninguna noche contigo, ni la maldad del tumulto, nunca hay escasez de hambre y sed, ni la penuria del frío o el calor te rodea, no hay enfermedad del cuerpo, ni corrupción de la mente, no hay celos, ni contienda, ni ambición en absoluto; allí está ausente la preocupación por el fin, y el cuidado de la muerte, el trabajo de la vejez, y la languidez de la enfermedad; allí no se conoce la pasión del aire, ni la variedad del tiempo. Esta es la gran multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen, pero has perfeccionado para los que esperan en ti (Ibid.).

¡Oh, qué buena ocultación, que se convierte en perfección! pues esta ocultación no se estima como pérdida, sino más bien como conservación, que se convierte en perfección. ¡Oh, glorioso Rey, cuán verdaderos son tus juicios justificados en sí mismos, verdaderamente deseables más que el oro y la piedra preciosa, más dulces que la miel y el panal! (Salmo 18, 10, 11.) ¡Oh, mi vida, mi Dios, te ruego por el nombre de mi amado Redentor, tu Hijo, que me concedas propicio que los guarde. Pues he conocido que en guardarlos hay gran recompensa (Ibid., 12). Mi gloria, mi Dios, escondes tu tesoro, para incitar al codicioso, escondes la perla, para aumentar el amor del que busca; difieres dar, para enseñar a pedir; disimulas escuchar al que pide, para hacer perseverante. Finalmente, prometes a los que comienzan; no das la salvación sino a los que verdaderamente perseveran, lo que claramente indica aquella llorosa, que buscaba a tu Cristo en el sepulcro, más bien a ti en Cristo, mientras aún duraban las tinieblas, a quien habías encendido para que buscara; pero al que buscaba le desaparecías, para que perseverara; perseveró esperando, y esperó perseverando; y porque perseveró en la esperanza, mereció verte. ¡Oh, visión bienaventurada, y plena de júbilo! ¡Oh, supremo gozo, y deseo consumado! ¡Oh, rostro deseable, y aspecto agradable! ¡Oh, esperanza bienaventurada, y feliz perseverancia! pues si no esperara, no perseveraría, y si no perseverara, no percibiría el fruto de la esperanza. Así, mi Dios, mi misericordia, te ocultas a los que te temen, para que seas encontrado por los que esperan en ti; así te alejas de los que te buscan, para que te acerques a los que perseveran: Los que se alejan de ti, perecerán (Salmo 73, 27); pero los que te esperan, no serán confundidos (Salmo 25, 3). Los que te temen, esperen en ti, porque eres su protector y ayudador (Salmo 113, 11). Por el temor se llega al amor. Debe ser temido, como Señor; amado, como Padre. Tu temor es santo y permanece, porque hace permanecer santos a los que posee. Nada falta a los que te temen, porque tus ojos están sobre ellos, y tus oídos atentos a sus oraciones (Salmo 34, 16). Mi misericordia y mi refugio, mi protector y mi libertador, así añade a mí el temor para que infundas el amor; así

impón el miedo para que aumentes el deseo de ti; y así hazme participe de los que te temen, para que también me hagas de los que guardan tus mandamientos (Salmo 118, 63), para que por el servicio del temor merezca alcanzar la gracia del amor, por la cual finalmente llegue a tu gloria. Amén.

ORACIÓN XI. A DIOS.

Señor Dios, Padre omnipotente, y buen Dios Jesús, ten piedad de mí, pecador, y concédeme el perdón de mis pecados. Permíteme evitar y vencer todas las insidias de mis enemigos, y las tentaciones y deleites nocivos, evitar perfectamente con mente y acción lo que prohíbes hacer, servirte y amarte tanto como sabes y deseas, y vivir según tu voluntad. Concédeme, Señor, compunción de corazón, ejercicio de piedad, virtud de humildad, discreta abstinencia, mortificación de la carne, un recto acceso a ti para orar y amar, meditar y alabar en cada acción según ti, pensamiento perfecto, sobrio y veraz, y una mente vigorosa y eficaz. Concédeme, Señor, conocimiento, amor y deleite en tus mandamientos, facilidad y efectividad en guardarlos, y perseverancia continua para mejorar, progresar con humildad y nunca fallar. No me abandones, Señor, ni a la debilidad humana o ignorancia, ni a mis méritos, ni a ninguna otra cosa, sino a tu disposición. Tú, Señor, dispón clementemente de mí, y de todos mis pensamientos y acciones en tu beneplácito, para que se haga por mí, en mí y de mí solo siempre tu voluntad. Líbrame, Señor, de todo mal, y concédeme todo bien, es decir, a ti mismo, para que mi gozo esté en ti, que eres vida eterna. Amén.

ORACIÓN XII. A DIOS. Alabanza a Dios, con acción de gracias devota.

Te alabo y te doy gracias, Dios mío, mi misericordia, que te has dignado llevarme a tu pensamiento y, por la ablución del sagrado bautismo, agregarme entre los hijos de la adopción. Te alabo y te doy gracias, que desde los mismos rudimentos de mi infancia hasta esta hora, a pesar de mis muchos pecados, con la paciencia de tu inmensa bondad, esperas mi enmienda. Te alabo y glorifico, que con el brazo de tu virtud me has liberado frecuentemente de muchas angustias, calamidades y miserias, que hasta ahora me has rescatado de los castigos eternos y de los tormentos de este cuerpo. Te alabo y glorifico, que me has concedido la salud de los miembros, la tranquilidad de los tiempos, el amor, el afecto y la caridad de tus siervos hacia mí, que son dones de tu piedad. Santo de los santos, que santificas todo, te bendigo, te glorifico, te adoro, te doy gracias. Bendíganse todas tus criaturas, bendíganse todos tus ángeles y santos. Así te bendigamos en mi vida. Que te adore, glorifique y bendiga toda mi estructura interior y exterior. Mi salvación, mi luz, mi iluminación, que te bendigan mis ojos, que hiciste y preparaste para contemplar la belleza de tu serenidad. Mi dulzura, mi deleite, que te bendigan mis oídos, que hiciste y preparaste para escuchar la voz de tu alegría. Mi suavidad, mi recreo, que te bendigan mis narices, que hiciste para que vivan y se deleiten en el aroma de tus ungüentos. Mi alabanza, mi nuevo canto, mi exultación, que te bendiga y magnifique mi lengua, que hiciste y preparaste para narrar tus maravillas. Mi sabiduría, mi meditación, mi consejo, que siempre te adore y bendiga mi corazón, que preparaste y me diste para discernir tus inestimables misericordias. Mi vida, mi felicidad, que te bendiga, aunque pecadora, mi alma, que hiciste y preparaste para disfrutar de tus bienes.

Adorable, temible, venerable, padre temido, te bendigo, a quien he amado, a quien he buscado, a quien siempre he deseado. Dios mío, mi amante, te anhele, te tengo hambre, te deseo, te suplico, te ansío con todas mis entrañas y con todos mis gemidos. Y como una madre privada de la presencia de su único Hijo se sienta junto a su sepulcro, llorando siempre

y lamentándose, así también yo, no tanto como debería, pero tanto como puedo, recordando tu pasión, recordando las bofetadas, recordando los azotes, recordando tus heridas, recordando cómo fuiste asesinado por mí, cómo fuiste enterrado y dónde, me siento con María llorando junto al sepulcro de mi mente. Donde la fe te ha sepultado, la esperanza busca encontrarte, la caridad para ungirte. Benignísimo, serenísimo, suavísimo, ¿quién me dará para encontrarte afuera y besarte, y rociar con lágrimas los lugares de tus heridas, las perforaciones de los clavos? Hijas de Jerusalén, anuncien al amado que estoy enfermo de amor (Cant. V, 8). Que se me aparezca, que se me muestre. Que me llame por mi nombre, que me calme de mi dolor.

Porque mi dolor no cabe en mí, mientras soy peregrino lejos de ti, Dios mío. Actúa ya, Señor, revela tu rostro, muestra tu misericordia a los suplicantes. Sabemos que la resurrección ha sido cumplida, declara ante nuestros ojos la bienaventurada incorruptibilidad. Admirable, inestimable, incomparable, te deseaba, te esperaba, te buscaba. He aquí que vienes vestido de púrpura; tu vestidura es roja (Is. LXIII, 2). Lavaste en vino tu túnica, y en la sangre de la uva tu manto (Gen. XLIX, 11). Heriste la cabeza de la casa del impío, saliste para la salvación de tu pueblo (Hab. III, 13).

Quédate con nosotros, Señor, quédate al menos hasta la mañana. Disfrutemos mientras tanto de tu presencia. Alegrémonos y deleitémonos en tu resurrección. Las tinieblas se ciernen, el día urge al atardecer. Que nuestro Sol, nuestra luz, Cristo nuestro Dios, ilumine su rostro sobre nosotros (Sal. LXVI, 2). Pero, ¿qué haces, ay! mi Señor, ay! mi alma? ¿Qué diré, o qué haré, o adónde iré? Ya levantas tus manos. He aquí que entras en tus caminos. Los cielos se encuentran, los polos se extienden, la nube se prepara para el que va a ascender; yo te ofreceré solo las lágrimas de mi orfandad al partir. Mis lágrimas serán mi pan día y noche (Sal. XLI, 4). Me alimentaré de mis llantos, saciaré mi alma con mis dolores. Mi vida se consumirá en dolor, y mis años en gemidos (Sal. XXX, 11). ¿Qué tengo en el cielo, y qué he deseado de ti en la tierra? (Sal. LXII, 25). Mi alma te deseará en la noche, pero también mi espíritu en mis entrañas te buscará de mañana (Is. XXVI, 9). Ven a nosotros mientras tanto, Señor, porque eres bueno, y no tardarás (Heb. X, 37), porque eres piadoso. A ti la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XIII. A DIOS. Por el padre, la madre, los parientes y amigos.

Señor Dios soberano, que maravillosamente creaste todas las cosas, y por tu disposición creaste todo; que ordenaste la condición de la procreación de la descendencia del hombre y la mujer, y mandaste mostrar amor hacia el padre y la madre, escúchame, Dios misericordioso, clamando a ti por la salvación de mi padre y mi madre, a quienes tu providencia se dignó prepararme a mí, el más humilde; o por mis hermanos y hermanas, y todos los que están unidos a mí, pecador, por consanguinidad carnal, o familiaridad, o promesa o comisión, tanto vivos como difuntos, cuyos nombres y méritos son conocidos por ti, Señor Dios de todos, para que te dignes conceder vida eterna a los difuntos, y a los vivos los defiendas de todo mal, y los dispongas en el camino de la salvación; para que, mediante una verdadera confesión y verdadera enmienda de todos sus delitos, perdones sus pecados, para que, despojados de la carne, se conviertan en herederos de la participación celestial. Escúchame, Dios clementísimo, suplicando a ti por las almas de tus siervos y siervas, que me desean y hacen bien, y me sirven, y que me han dado sus limosnas, y de quienes he recibido limosnas, cuyos nombres son conocidos por ti, Señor Dios de todos, y que se han encomendado a mis oraciones, para que les concedas los beneficios de tu misericordia, y te dignes colocarlos en el lugar de los que te agradan, Salvador del mundo, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vives y reinas, etc.

ORACIÓN XIV. AL ESPÍRITU SANTO.

Ya también la divina comunicación del amor del numen, del Padre omnipotente, y de la prole beatísima, Espíritu Santo omnipotente, consolador clementísimo de los afligidos, ya penetra con potente virtud en los recintos de mi corazón, y alegra con el resplandor de la luz brillante los oscuros escondrijos de la morada descuidada, piadoso habitante, y fecunda con la abundancia de tu rocío visitando lo que languidece por la larga aridez. Hiende con el dardo de tu amor las heridas del hombre interior, y enciende con las llamas salutíferas las médulas del hígado adormecido, y con el fuego del fervor santo ilumina, devora todo lo íntimo de la mente y del cuerpo. Sacia mi sed con el torrente de tu placer (Sal. XXXV, 9), para que ya no me guste probar nada de lo mundano ante la dulzura venerada. Júzgame, Señor, y defiende mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1); enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios (Sal. CXLII, 10). Creo, por tanto, que a quienquiera que habites, estableces la morada del Padre y del Hijo igualmente. Bienaventurado el que te merezca como huésped: porque por ti el Padre y el Hijo harán morada en él (Juan XIV, 23).

Ven ya, ven, benignísimo consolador del alma doliente en las oportunidades, y en las tribulaciones ayudador (Sal. IX, 10). Ven, limpiador de los pecados, curador de las heridas. Ven, fortaleza de los frágiles, levantador de los caídos; ven, maestro de los humildes, destructor de los soberbios. Ven, piadoso padre de los huérfanos, dulce juez de las viudas. Ven, esperanza de los pobres, reconfortador de los desfallecientes. Ven, estrella de los navegantes, puerto de los naufragos. Ven, singular decoro de todos los vivientes, única salvación de los moribundos. Ven, santísimo Espíritu, ven y ten piedad de mí, adáptame a ti: y condesciende propicio conmigo, para que mi pequeñez complazca a tu grandeza, y mi debilidad a tu fortaleza, según la multitud de tus misericordias, por Jesucristo mi Salvador, que con el Padre en tu unidad vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XV. A CRISTO, Con recordación de sus beneficios, y de la miseria humana.

A ti, dulcísimo y benignísimo Señor Jesucristo, que eres fuente de piedad y misericordia, principalmente me vuelvo; porque por el poder de tu divinidad, con el cual, junto con el Padre y el Espíritu Santo, siendo un solo Dios, creaste todo de la nada, confieso que fui creado; y por tu encarnación, que en la propiedad de tu persona, cooperando sin embargo el Padre y el Espíritu Santo, asumiste, sé que fui restaurado y renovado. Por tanto, oro a tu dulcísima misericordia, piísimo y suavísimo Señor Jesús, por tu santa anunciación, ten piedad de mi infeliz alma. Dulcísimo Señor Jesucristo, por tu santa encarnación y nacimiento, ten piedad de mi alma. Dulcísimo Señor Jesús, por tu circuncisión, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por tu santa infancia, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por tu juventud, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por tu bautismo, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por tu ayuno, hambre y fatiga, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por tus milagros, por los cuales, aunque eras verdadero hombre, eras reconocido como verdadero Dios, ten piedad de mí. Dulcísimo Señor Jesús, por los azotes, escupitajos y bofetadas que por nosotros recibiste, ten piedad de mí. Dulcísimo y misericordiosísimo Señor Jesús, por la corona de espinas que llevaste en tu cabeza, para quitar las espinas de nuestros pecados, ten piedad de mí. Ten piedad de mí, dulcísimo Señor Jesús, por tu cruz, y la muerte que sufriste en esa misma cruz, para redimirnos de la muerte. Ten piedad de mí, Señor Jesús, por tu sepulcro en el que yaciste según la carne, y por tu benignísima bajada a los infiernos, donde visitaste a los fieles y amigos tuyos, que te habían esperado allí como su dulcísimo Redentor durante mucho tiempo; visitándolos, los liberaste misericordiosamente triunfando gloriosamente de la dominación demoníaca; las furias infernales acusaban valientemente a su

príncipe de haberte matado injustamente, a ti en quien no había encontrado nada de suyo; por lo cual, por esa injusta muerte, justamente perdieron entonces a aquellos que habían mantenido cautivos y atados a sus infelices cadenas durante tanto tiempo. Ten piedad de mí, dulcísimo y benignísimo Señor Jesús, por tu gloriosa resurrección, en la cual al tercer día, después de haber sido asesinado por los pecadores, apareciste vivo e inmortal a tus discípulos y amigos que estaban dolidos y muy afligidos por tu muerte, y por tus dulcísimas conversaciones, que tuviste con ellos durante cuarenta días después de tu resurrección; en las cuales, apareciéndoles con muchas pruebas y hablando del reino de Dios, confortándolos y reconfortándolos y frecuentemente comiendo con ellos (Hechos I, 3), habiendo dado signos muy evidentes y la verdad de tu carne, en la cual sufriste la muerte, quitando de sus corazones toda duda, los fortaleciste en la fe y credulidad de tu resurrección. Ten piedad de mí, dulcísimo Señor Jesús, por tu admirable ascensión, en la cual, ante la mirada de tus discípulos y tu madre Virgen, ascendiendo al cielo, colocaste a la derecha del Padre la naturaleza humana que misericordiosamente asumiste por los pecadores, y en la cual, habiendo sufrido la muerte, destruiste la muerte. Ten piedad de mí, dulcísimo Señor Jesús, por la venida del Espíritu Santo, que como prometiste enviaste a tus discípulos en el día de Pentecostés: con el cual llenos y vehementemente fortalecidos, dejando de lado todo temor, anunciaron a todas las naciones la verdad de tu resurrección, y les enseñaron que si creían en ti y obedecían tus preceptos, dejando de lado toda duda, ascenderían al reino de los cielos después de la muerte de la carne, y en la gloria eterna reinarían felizmente contigo. Ten piedad de mí, dulcísimo Señor Jesús, por tu regreso para juzgar a los vivos y a los muertos, en cuyo juicio separarás a los malos de los buenos, condenarás a los malos a la perdición eterna; pero a los buenos, llevándolos contigo al cielo, los colocarás en la felicidad eterna.

Animado por estas dulcísimas recordaciones y piadosas memorias, dulcísimo Señor Jesús, y mientras en el secreto de mi pecho dulcemente y con gran admiración vuelvo y revuelvo estos tan grandes beneficios misericordiosamente otorgados por ti a los débiles y pecadores; a veces rechazo, con tu bondad ayudante, las memorias y recordaciones de pecado que llevan a la condenación y perdición de la condenación; y miro, venero y abrazo aquellas que saben a divino, y que suelen elevar al alma débil y pecadora. Pero ay de mi infeliz alma, dulcísimo y benignísimo Señor! ay de tanta perdición que tan gravemente aflige al alma infeliz, y que si no es sostenida por tu misericordiosísima piedad, en un instante desciende al infierno! Pues al examinar diligentemente el secreto de mi corazón, encuentro que el alma infeliz, que pensaba que estaba limpia e inmaculada ante tu divina majestad, está no poco infectada con el veneno de la malicia y la iniquidad. Muchas veces, cuando comienzo a hablar con alguien por alguna utilidad, inmediatamente, o después de un breve tiempo, caigo en la detracción, o murmuro impudicamente por alguna cosa, o sucumbo al vicio de la curiosidad inepta, o sostengo en mis interiores las impurezas de pensamientos malos y movimientos ilícitos e impúdicos. Una y otra vez, ay de tanta infelicidad, de tanta perdición! Confieso, dulcísimo Jesús, y expongo ante ti mis iniquidades, que sufre mi miserable alma. Pues cuando, olvidando lo que está detrás, quiero extenderme hacia lo que está delante, y deseo deleitarme más tiempo, si pudiera, en estas dulcísimas recordaciones que he mencionado antes, y recogiendo casi todos mis pensamientos como en un haz, removiendo toda perturbación del ánimo, deseo adherirme a Dios con perseverante continuidad, de repente, no sé qué miseria me hace recaer en lo vano y nocivo: y como una muerte repentina, o como un perro rabioso, que ni siquiera con un golpe se detiene de desgarrar a un hombre, la delectación carnal perturba y destruye toda tranquilidad del ánimo, y toda rectitud de justicia que creía tener. Y quien pensaba que estaba en la cima de las virtudes por el suave olor de ellas, siento el intolerable y más horrible hedor de los vicios.

¿Qué haré, entonces, dulcísimo Señor Jesús, amante de los hombres y creador, reformador y Redentor de los pecadores? ¿A dónde me volveré rodeado de tantos males, envuelto en tantas tinieblas de deleites pésimos? Infeliz de mí, hombre, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? ¿Quién sino la gracia de mi Señor Jesucristo? (Rom. VII, 24). Ten piedad, entonces, dulcísimo Señor Jesús, ten piedad de tu criatura, ten piedad de mi alma pecadora. Atiende, dulcísimo Señor Jesús, atiende a su miseria, y libérala; por sus enemigos rescátala (Sal. LXVIII, 19). Ilumina sus ojos, para que nunca duerma en la muerte, para que no diga su enemigo: He prevalecido contra ella (Sal. XII, 4). Juzga, Señor, a los que la dañan, combate a los que la atacan. Toma armas y escudo, y levántate en su ayuda (Sal. XXXI, 1). Creo, dulcísimo Señor Jesús, creo que si tomas tus armas para su defensa, y con el escudo de tu buena voluntad (Sal. V, 13) defiendes el alma que creaste, ningún enemigo, ninguna flecha del adversario, aunque ataquen desde fuera, o incluso intenten saquear desde dentro, podrán de ninguna manera superar el alma que defiendes. Dulcísimo y misericordiosísimo Señor Jesús, sánala, abrumada por muchos males, superada por muchas iniquidades, manchada por muchos crímenes. Ayudador de los pobres, defensor de los huérfanos, sánala y ayúdala, creada por ti, redimida por ti, purificada por ti. Sostén su esfuerzo, fortalece su deseo, y concédele que este espacio de vida, en el que ha de vivir en este mundo, lo recorra así, y todas sus iniquidades, por tu inefable misericordia, las enmiende así, y por verdadera penitencia y verdadera confesión las purifique, corrija, limpie y borre, para que, por tu indulgentísima piedad, purgada, limpiada, corregida y borrada de toda mancha de vicios, después de la muerte de la carne, pueda llegar a ti, su dulcísimo Creador, su piísimo Señor, y poseer tu inenarrable gloria con todos tus santos en eterna felicidad por los siglos eternos. Amén.

ORACIÓN XVI. A CRISTO. Para obtener la gracia de las lágrimas por la recordación de los pecados.

Cristo Señor, Verbo del Padre, que viniste a este mundo para salvar a los pecadores, te ruego por las entrañas de tu misericordia más indulgente, mejora mi vida, perfecciona mis acciones, corrige mis costumbres, quita de mí lo que me daña y te desagrada, y dame lo que sabes que te agrada y me beneficia. ¿Quién puede hacer puro al que fue concebido en impureza, sino tú solo? (Job XIV, 4.) Tú eres Dios omnipotente de infinita piedad, que justificas a los impíos y das vida a los muertos por el pecado, que transformas a los pecadores, y ya no son. Quitá, pues, de mí todo lo que te desagrada en mí. Mis muchas imperfecciones ven tus ojos (Salmo CXXXVIII, 16). Envíame, te ruego, tu mano piadosa sobre mí, y quita de mí todo lo que ofende a tus ojos piadosos en mí. Ante ti, Señor, está mi salud y mi enfermedad. Aquel, te ruego, conserva, esta sana. Sáname, Señor, y seré sanado; sálvame, y seré salvo (Jer. XVII, 14); tú que sanas a los débiles, y conservas sanos a los sanados, tú que con solo tu voluntad restauras lo destruido y derrumbado. Si te dignas sembrar en tu campo, mi corazón, buena semilla, es necesario que primero arranques con tu mano piadosa las espinas de mis vicios.

Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, deseado, amabilísimo, bellísimo, infunde, te ruego, la multitud de tu dulzura y caridad en mi pecho, para que no desee ni piense en nada terrenal o carnal, sino que solo te ame a ti, solo te tenga en mi corazón y en mi boca. Escribe con tu dedo en mi pecho el dulce recuerdo de tu nombre melifluido, que nunca se borre por el olvido. Escribe en las tablas de mi corazón tu voluntad y tus justificaciones, para que te tenga, Señor de inmensa dulzura, y tus preceptos siempre y en todo lugar ante mis ojos. Enciende mi mente con ese fuego tuyo que enviaste a la tierra, y que deseaste ardientemente que se encendiera, para que el sacrificio del espíritu contrito y del corazón quebrantado (Salmo L, 19), con lágrimas derramadas, te ofrezca diariamente.

Dulce Cristo, buen Jesús, como deseo, como pido con toda mi mente, dame tu amor santo y casto, que me llene, me sostenga y me posea por completo. Y dame una señal evidente de tu amor, una fuente de lágrimas que fluya continuamente, para que esas mismas lágrimas en mí testifiquen tu amor, ellas mismas lo revelen, ellas mismas hablen de cuánto te ama mi alma, mientras que por la inmensa dulzura de tu amor no puede contenerse de llorar. Recuerdo, piadoso Señor, a aquella buena mujer Ana, que vino al tabernáculo a rogar por un hijo, de quien la Escritura dice que su rostro después de las lágrimas y oraciones no cambió más (I Sam. I, 18). Pero recordando tanta virtud y constancia, me atormenta el dolor y me confunde la vergüenza; porque me veo a mí mismo, miserable, yaciendo demasiado abajo. Si ella lloró tanto y perseveró en el llanto, buscando un hijo, ¿cómo debe llorar y perseverar en el llanto mi alma, que busca y ama a Dios, y desea llegar a él? ¿Cómo debe gemir y llorar tal alma, que busca a Dios día y noche, que no quiere amar nada más que a Cristo? Es ciertamente sorprendente si ya no se han convertido sus lágrimas en su pan día y noche (Salmo XLI, 4). Mira, pues, y ten misericordia de mí (Salmo XXIV, 16), porque los dolores de mi corazón se han multiplicado. Dame tu consuelo celestial, y no desprecies el alma pecadora, por la cual moriste. Dame, te ruego, lágrimas desde lo más profundo de mi ser, que puedan romper las cadenas de mis pecados, y llenen siempre mi alma de alegría celestial; si no con los verdaderos y perfectos monjes, cuyos pasos no puedo imitar, al menos con las mujeres devotas merezca obtener una pequeña porción en tu reino.

También me viene a la mente la devoción admirable de otra mujer, que te buscaba con amor piadoso en el sepulcro, que no se apartaba del sepulcro cuando los discípulos se retiraban, que se sentaba allí triste y afligida, y lloraba mucho y por largo tiempo; y levantándose, con muchas lágrimas, una y otra vez exploraba con ojos vigilantes las cavernas del desierto del sepulcro, por si acaso pudiera verte en algún lugar, a quien buscaba con ferviente deseo. Ya ciertamente había entrado una y otra vez en el sepulcro, pero para quien ama mucho no es suficiente, pues la virtud de la buena obra es la perseverancia. Y porque amó más que los demás, y amando lloró, y llorando buscó, y buscando perseveró, por eso mereció ser la primera de todas en encontrarte, verte y hablar contigo. Y no solo eso, sino que también fue la mensajera de tu gloriosa resurrección a los mismos discípulos, por tu mandato y amable advertencia: Ve, di a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán (Mat. XXVIII, 10). Si, pues, lloró tanto y perseveró en el llanto una mujer que buscaba al vivo entre los muertos (Luc. XXIV, 5), que te tocaba con la mano de la fe, ¿cómo debe llorar y perseverar en el llanto un alma que cree en su corazón y confiesa con su boca que tú, su Redentor, ya presides en el cielo y reinas en todas partes? (Rom. X, 10.) ¿Cómo, pues, debe gemir y llorar tal alma, que te ama con todo su corazón y desea ardientemente verte?

Único refugio y única esperanza de los miserables, Señor, a quien nunca se suplica sin esperanza de misericordia, concédeme esta gracia por ti, y por tu santo nombre, para que cada vez que piense en ti, hable de ti, escriba sobre ti, lea sobre ti, converse sobre ti, cada vez que te recuerde, te asista, ofrezca alabanzas, oraciones y sacrificios, tantas veces, con lágrimas derramadas, llore copiosa y dulcemente ante ti, de modo que mis lágrimas se conviertan en mi pan día y noche (Salmo XLI, 4). Tú, Rey de gloria y maestro de todas las virtudes, nos enseñaste con palabra y ejemplo a gemir y llorar, diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5). Tú lloraste por un amigo muerto, y lloraste mucho sobre una ciudad que iba a perecer. Te ruego, buen Jesús, por esas preciosísimas lágrimas tuyas, y por todas tus misericordias, con las que te dignaste socorrernos maravillosamente a nosotros, los perdidos, dame la gracia de las lágrimas, que mi alma desea y anhela mucho, porque sin tu don no puedo tenerla, sino por tu Espíritu Santo, que ablanda los corazones duros de los pecadores y los conmueve al llanto. Dame la gracia de las lágrimas, como la

diste a nuestros padres, cuyos pasos debo imitar, para que llore por mí en toda mi vida, como ellos lloraron por sí mismos noche y día. Por los méritos y oraciones de aquellos que te agradaron y te sirvieron devotamente, ten misericordia de mí, tu siervo miserable e indigno, y dame la gracia de las lágrimas. Dame el riego superior y el riego inferior, para que mis lágrimas sean mi pan día y noche, y me convierta ante ti, mi Dios, por el fuego de la compunción, en un holocausto gordo y meduloso; que sea sacrificado por completo en el altar de mi corazón, como un holocausto muy gordo, y sea consumido por ti en olor de suavidad. Dame, dulcísimo, una fuente de riego y una fuente clara, en la que se lave continuamente este holocausto manchado. Aunque me haya ofrecido todo a ti con la ayuda de tu gracia, sin embargo, en muchas cosas ofendo diariamente por mi excesiva fragilidad. Dame, pues, la gracia de las lágrimas, bendito y amable Dios, especialmente por la gran dulzura de tu amor, y la conmemoración de tus misericordias, prepara esta mesa para tu siervo ante ti; y dame el poder sobre ella, para que cada vez que quiera me sacie de ella, concede por tu piedad y bondad, que este cáliz tuyo embriagador y glorioso sacie mi sed (Salmo XXII, 5), para que mi espíritu anhele por ti, y mi mente arda en amor por ti, olvidando la vanidad y la miseria. Escucha, mi Dios, escucha, luz de mis ojos, escucha lo que pido, y concede que pida lo que escuches. Piadoso y exorable Señor, no te vuelvas inexorable conmigo por mis pecados, sino por tu bondad recibe las oraciones de tu siervo, y dame el efecto de mi petición y mi deseo, por las oraciones y méritos de la gloriosa Virgen María, mi señora, y de todos los santos. Amén.

ORACIÓN XVII. A CRISTO. Con ardiente deseo de amar solo a Cristo.

Jesús, nuestra redención, amor y deseo, Dios de Dios, asiste a mí, tu siervo. Te invoco, a ti clamo con gran clamor en todo mi corazón. Te invoco en mi alma, entra en ella, y adáptala a ti, para que la poseas sin arruga y sin mancha. Al Señor más puro le corresponde una morada pura. Santifícame, pues, vaso tuyo que hiciste, vacíame de malicia, lléname de gracia, y consérvame lleno, de modo que me convierta en un templo digno de tu morada aquí y por siempre. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, potentísimo, deseado, preciosísimo, amabilísimo, bellísimo, más dulce que la miel, más blanco que la leche y la nieve, más suave que el néctar, más precioso que las gemas y el oro, y más querido para mí que todas las riquezas y honores de la tierra. ¿Qué digo, mi Dios, mi única esperanza, tan grande es tu misericordia? ¿Qué digo, dulzura feliz y segura? ¿Qué digo, mientras digo tales cosas? Digo lo que puedo, pero no digo lo que debo. ¡Ojalá pudiera decir tales cosas como esos coros angélicos de himnodistas! ¡Oh, cuán gustosamente me derramaría por completo en tus alabanzas! ¡Oh, cuán devotamente pronunciaría incansablemente esos cánticos de melodía celestial para la alabanza y gloria de tu nombre en medio de la Iglesia!

Pero como no puedo hacer tales cosas, ¿acaso guardaré silencio? ¡Ay de los que callan sobre ti, que desatas las bocas de los mudos, y haces elocuentes las lenguas de los niños (Sab. X, 21). ¡Ay de los que callan sobre ti, porque esos locuaces son mudos, cuando no dicen tus alabanzas! ¿Quién puede alabarte dignamente, oh inefable virtud y sabiduría del Padre? Y como no encuentro palabras con las que pueda explicarte suficientemente, Verbo omnipotente y omnisciente, diré mientras tanto lo que puedo, hasta que me ordenes venir a ti, donde pueda decir lo que te conviene, y me corresponde. Y por eso te ruego suplicante que no mires tanto lo que digo ahora, sino lo que deseo decir. Pues deseo con gran anhelo hablar de ti lo que conviene y es apropiado, porque a ti te conviene la alabanza, a ti te conviene el himno (Salmo LXIV, 2), y a ti se debe todo honor. Sabes, pues, Dios conocedor de los secretos, que no solo la tierra, y todo lo que hay en ella, me es más querido que tú; sino que incluso el mismo cielo y todo lo que hay en él me es más aceptable que tú: pues te amo sobre el cielo y la tierra, y todas las demás cosas que hay en ellos; más aún, si no es por amor a tu

nombre, las cosas transitorias, sin duda, no deben ser amadas. Te amo, mi Dios, con gran amor, y deseo amarte más. Dame que te ame siempre tanto como quiero, y tanto como debo; para que tú solo seas toda mi intención, y toda mi meditación. Que te medite durante los días sin cesar, que te sienta durante el sueño en la noche, que mi espíritu te hable, que mi mente converse contigo. Que mi corazón sea iluminado con la luz de tu santa visión, para que, guiado por ti, camine de virtud en virtud, y finalmente vea a ti, Dios de dioses, en Sion, ahora a través del espejo en enigma, pero entonces cara a cara, donde te conoceré, como también soy conocido (I Cor. XIII, 12). Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5).

Por tanto, te ruego, Señor, por todas tus misericordias, con las que hemos sido liberados de la muerte eterna, ablanda mi corazón duro y de piedra, rocoso y de hierro, con tu santísima y poderosa unción, y hazme por el fuego de la compunción ante ti en todo momento una ofrenda viva. Haz que tenga siempre ante ti un corazón contrito y humillado, con abundancia de lágrimas. Haz que por tu deseo me extinga completamente de este mundo, y olvide las cosas pasajeras por la grandeza de tu temor y amor, hasta el punto de que no me lamente ni me alegre por las cosas temporales, ni tema nada temporal ni lo ame, ni me corrompa con halagos, ni me conmueva con adversidades. Y porque tu amor es fuerte como la muerte (Cant. VIII, 6), absorba, te ruego, mi mente de todas las cosas que están bajo el cielo, la ardiente y meliflua fuerza de tu amor, para que me adhiera solo a ti, y me alimente solo de la memoria de tu dulzura. Descienda, Señor, descienda, te ruego, descienda en mi corazón tu suavísimo olor, entre tu amor melifluo. Venga a mí el maravilloso e inefable aroma de tu sabor, que despierte en mí deseos eternos, y de mi corazón broten venas de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 14).

Eres inmenso, Señor, y por eso debes ser amado y alabado sin medida por aquellos a quienes redimiste con tu preciosa sangre. Amante de los hombres, benignísimo, clementísimo Señor, y justísimo juez, a quien el Padre ha dado todo juicio (Juan V, 22), con el sapientísimo juicio de tu equidad decides que es recto y justo que los hijos de este siglo, de la noche y de las tinieblas, con mayor deseo, virtud y esfuerzo amen y busquen las riquezas percederas y los honores fugitivos más que nosotros, tus siervos, te amemos a ti, nuestro Dios, por quien fuimos hechos y redimidos. Pues si un hombre ama a otro hombre con tal amor, que uno apenas soporta la ausencia del otro; si la esposa se adhiere al esposo con tal ardor de mente que por la grandeza del amor no puede disfrutar de descanso, llevando con gran pesar la ausencia de su amado, ¿con qué amor, con qué esfuerzo, con qué fervor debe el alma, que desposaste contigo con fe y misericordias, amar a ti, verdadero Dios, y bellissimo esposo, que nos amaste y salvaste así, que por nosotros hiciste tantas, tan grandes y tales cosas? Aunque estas cosas débiles tienen sus deleites y sus amores, sin embargo, no deleitan de tal manera como tú, nuestro Dios. En ti se deleita el justo, porque tu amor es suave y tranquilo; pues llenas de dulzura, suavidad y tranquilidad los pechos que posees. En cambio, el amor del mundo y de la carne es ansioso y perturbado, ciertamente no permite que las almas en las que entra estén en paz; siempre las inquieta con sospechas, perturbaciones y varios temores. Tú, pues, eres la delicia de los rectos, y con razón; pues hay un descanso fuerte en ti y una vida imperturbable. Quien entra en ti, buen Señor, entra en el gozo de su Señor (Mat. XXV, 21), y ya no temerá, sino que se encontrará muy bien en el mejor lugar, diciendo: Esta es mi morada por los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque la he elegido (Salmo CXXXI, 14). Y aquello: El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugares de pastos me hizo descansar (Salmo XXII, 1).

Dulce Cristo, buen Jesús, llena siempre, te ruego, mi corazón con tu amor inextinguible, con tu continua recordación; de modo que, como una llama ardiente, arda por completo en la dulzura de tu amor, que ni muchas aguas puedan apagar en mí. Hazme, dulcísimo Señor, amarte, y con tu deseo dejar el peso de todos los deseos carnales y la gravísima carga de las concupiscencias terrenales, que atacan y agobian a mi miserable alma: para que, corriendo tras de ti en el olor de tus ungüentos (Cant. I, 3), hasta la visión de tu belleza, merezca llegar cuanto antes, guiado también por ti. Pues dos amores, uno bueno, otro malo; uno dulce, otro amargo, no pueden coexistir en un mismo pecho. Y por eso, si alguien ama algo más que a ti, no está en él tu caridad, Dios, amor de dulzura, y dulzura de amor, amor no atormentador, sino deleitante; amor que permanece sincera y castamente por los siglos de los siglos; amor que siempre arde, nunca se apaga. Dulce Cristo, buen Jesús, caridad, mi Dios, enciéndeme por completo con tu fuego, tu amor, tu suavidad y dulzura, tu alegría y exultación, tu placer y deseo, que es santo y bueno, casto y puro, tranquilo y seguro; para que, lleno por completo de la dulzura de tu amor, encendido por completo con la llama de tu caridad, te ame a ti, mi Dios, con todo mi corazón, y con todas las entrañas de mis entrañas, teniéndote en mi corazón, en mi boca, y ante mis ojos siempre y en todo lugar, de modo que no haya lugar en mí para amores adulterinos. Escucha, mi Dios, escucha, luz de mis ojos (Salmo XXXVII, 11), escucha lo que pido; y concede lo que pida, para que me escuches. Piadoso y misericordiosísimo Señor, no te vuelvas inexorable conmigo por mis pecados, sino por tu bondad recibe las oraciones de tu siervo, y dame el efecto de mi petición y mi deseo, intercediendo, orando e impetrando la gloriosa virgen, tu madre María, mi señora, con todos tus santos. Amén.

ORACIÓN XVIII. A CRISTO. A quien el alma cristiana tiene hambre y sed.

Jesús Señor, Jesús piadoso, que te dignaste morir por nuestros pecados y resucitaste para nuestra justificación, te ruego por tu gloriosa resurrección, resucítame del sepulcro de mis vicios y de todos mis pecados, y dame cada día parte en la primera resurrección, para que en tu resurrección merezca verdaderamente recibir mi porción. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, preciosísimo, deseado, amabilísimo, hermosísimo, ascendiste al cielo con el triunfo de tu gloria, y te sientas a la derecha del Padre; rey poderosísimo, tráeme hacia ti, para que corra tras de ti en el aroma de tus ungüentos (Cant. I, 3), corra y no desfallezca, tú atrayéndome, tú guiándome mientras corro, atrae la boca del alma sedienta de ti a las corrientes celestiales de eterna saciedad: más bien, tráeme hacia ti, fuente viva, para que de allí beba según mi capacidad, de donde siempre viva, Dios mío, mi vida. Pues tú dijiste con tu boca santa y bendita: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). Fuente de vida, da al alma sedienta beber siempre de ti, para que según tu santa y verdadera promesa, de mi vientre fluyan aguas de vida. Fuente de vida, llena mi mente con el torrente de tu placer (Sal. XXXV, 9), y embriaga mi corazón con la sobria embriaguez de tu amor; para que olvide lo que es vano y terrenal, y te tenga solo a ti continuamente en mi memoria, como está escrito: Me acordé de Dios, y me deleité (Sal. LXXVI, 4).

Dame tu Espíritu Santo, que significaban aquellas aguas que prometiste dar a los sedientos. Dame, te ruego, con todo deseo y todo empeño tender hacia donde creemos que ascendiste después de la resurrección el día cuadragésimo, para que en la presente miseria solo esté retenido en el cuerpo, pero contigo esté siempre en pensamiento y anhelo; para que allí esté mi corazón, donde tú eres mi tesoro deseable e incomparable, y muy amado. Pues en este gran diluvio de la vida, donde somos agitados por las tormentas circundantes, no se encuentra un puerto seguro, ni un lugar elevado donde el pie de la paloma pueda descansar: en ninguna parte hay paz segura, en ninguna parte hay descanso seguro; en todas partes hay guerras y

disputas, en todas partes hay enemigos, fuera luchas, dentro temores (II Cor. VII, 5). Y porque somos parte del cielo, parte de la tierra; el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma (Sab. IX, 15). Por eso mi alma, mi compañero y amigo, fatigado del camino, languidece, y yace desgarrado y lacerado por las vanidades que ha atravesado: tiene mucha hambre y sed, y no tengo qué poner ante él, porque soy pobre y mendigo (Sal. XXXIX, 18). Tú, Señor Dios mío, rico en todos los bienes y opulentísimo dador de la saciedad celestial, da alimento al cansado, recoge al disperso, restaura al desgarrado. He aquí que está a la puerta y llama (Apoc. III, 20): te suplico por las entrañas de tu misericordia, con las que nos visitó el sol naciente desde lo alto (Luc. I, 78), abre al que llama la mano de tu piedad, y ordena con tu propicia dignación que entre a ti, descanse en ti, se restaure de ti con el pan vivo celestial: para que saciado, recobradas las fuerzas, ascienda a lo alto, y de este valle de lágrimas, arrebatado por el ala del santo deseo, vuele a los reinos celestiales.

Tome, Señor, tome, te ruego, mi espíritu alas como de águila, y vuele y no desfallezca; vuele y llegue hasta la hermosura de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria (Sal. XXV, 8), para que allí sobre la mesa de la refección de los ciudadanos celestiales se alimente de tus secretos en el lugar de tu pasto (Sal. XXII, 2), junto a las corrientes plenisimas: descanse en ti, Dios mío, mi corazón, corazón mar grande, hinchado de olas. Tú que mandaste a los vientos y al mar, y se hizo gran calma (Mat. VIII, 26), ven y camina sobre las olas de mi corazón; para que todo lo mío se haga tranquilo y sereno, de modo que abrace mi único bien, a ti, y contemple la dulce luz de mis ojos (Sal. XXXVII, 11) sin la ciega oscuridad de las tumultuosas pensamientos. Refúgiense, Señor, mi mente bajo la sombra de tus alas (Sal. XVI, 8) de los ardores de los pensamientos de este siglo, para que escondida en el temperamento de tu refrigerio, cante alegre y diga: En paz me acostaré y dormiré (Sal. IV, 2).

Duerma, te ruego, Señor Dios mío, duerma mi memoria de todas las cosas que están bajo el cielo, velando en ti, como está escrito; Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Que esté segura, que esté siempre segura bajo las alas de tu protección mi alma, Dios mío. Permanezca en ti, y sea siempre alimentada por ti. Contemple en éxtasis de mente, y cante tus alabanzas con júbilo; y que estos dulces bienes tuyos sean entre estos torbellinos mi consuelo mientras tanto, hasta que llegue a ti la verdadera paz, donde no hay arco, escudo, espada y guerra, sino que hay suma y recta seguridad, y tranquila tranquilidad, tranquila alegría, y alegre felicidad, y feliz eternidad, y eterna bienaventuranza, y bienaventurada visión de ti, y alabanza por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XIX. A CRISTO. Cuando deseas disolverte y estar con Cristo según el dicho del Apóstol.

Cristo Señor, virtud y sabiduría del Padre, que pones la nube como tu ascenso, que caminas sobre las alas de los vientos, que haces a tus ángeles espíritus, y a tus ministros fuego ardiente (Sal. CIII, 4), te suplico y humildemente ruego, da alas rápidas de fe, da alas veloces de virtudes, con las cuales elevado pueda contemplar las cosas eternas y celestiales. Adhiérase, te ruego, mi alma tras de ti, y me sostenga tu diestra (Sal. LXII, 9). Levántame sobre la altura de la tierra, y aliméntame con aquella herencia celestial, a la que suspira mi peregrinación día y noche. Y porque los miembros moribundos embotan el vigor del alma,

Disipa las nubes terrenales y el peso de la masa, Detén la mente errante, que por muchos desvíos cae, Y da a la mente celestial ascender al asiento,

para que iluminada por la luz suprema, despreocie la tierra, mire al cielo, odie el pecado, ame la justicia. Pues ¿qué hay más hermoso, qué más dulce, que entre las tinieblas de esta vida y

muchas amarguras aspirar a la dulzura divina, y suspirar por la bienaventuranza eterna, y ser retenido allí en mente donde es certísimo que se tienen los verdaderos gozos? Dulcísimo, amantísimo, benignísimo, carísimo, preciosísimo, deseado, amabilísimo, hermosísimo, ¿cuándo te veré? ¿Cuándo apareceré ante tu rostro? ¿Cuándo me saciaré de tu hermosura? ¿Cuándo me sacarás de esta cárcel tenebrosa, para que confiese tu nombre, de modo que en adelante no me duela? ¿Cuándo pasaré a aquella admirable y hermosísima casa tuya, donde resuena la voz de alegría y de júbilo en los tabernáculos de los justos? (Sal. CXVII, 15.) Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). Bienaventurados, y verdaderamente bienaventurados, aquellos que elegiste y asumiste en aquella herencia celestial (Sal. LXIV, 5).

He aquí que tus santos, Señor, florecen ante ti, como el lirio. Pues se llenan de la abundancia de tu casa, y los sacias con el torrente de tu placer, porque tú eres fuente de vida, y en tu luz ven la luz (Sal. XXXV, 9), hasta el punto de que ellos, es decir, la luz iluminada por ti Dios iluminador, como el sol, resplandecen en tu presencia. ¡Oh cuán maravillosos, cuán hermosos, cuán aceptables son los habitáculos de tu casa, Señor de las virtudes! Mi alma pecadora desea entrar en ellos. Señor, amé la hermosura de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria (Sal. XXV, 8). Una cosa pedí al Señor, y esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Sal. XXVI, 4). Como el ciervo desea las fuentes de agua, así mi alma te desea a ti, Dios. ¿Cuándo vendré, y apareceré ante tu rostro? (Sal. XLI, 2, 3.) ¿Cuándo veré a mi Dios, a quien mi alma tiene sed? ¿Cuándo lo veré en la tierra de los vivientes? Pues en esta tierra de los moribundos no puede ser visto con ojos mortales. ¿Qué haré yo, miserable, constreñido por el peso de las cadenas de mi mortalidad? ¿Qué haré? Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6); no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII, 14). Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado: habité con los habitantes de Cedar, mucho tiempo fue mi alma extranjera (Sal. CXIX, 5). ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Sal. LIV, 7.) Nada me es tan dulce como estar con mi Señor. Pero para mí adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28). Dame, Señor, mientras asisto a estos frágiles miembros, adherirme a ti, como está escrito: El que se adhiere al Señor, un espíritu es con él (I Cor. VI, 17).

Concédeme, te ruego, las alas de la contemplación, con las cuales vestido vuela hacia ti. Y porque todo lo siniestro yace abajo, sostiene mi mente, para que no caiga a lo más bajo del valle tenebroso, para que no se separe de ti, verdadero Sol de justicia, por la sombra de la tierra que interviene, y la nube de las tinieblas [otra versión, la nube de las tinieblas] impida mirar lo alto. Por eso tiendo hacia arriba a los gozos de la paz, y al estado deleitable y serenísimo de la luz. Sostén mi corazón con tu mano, porque sin ti no es arrebatado a lo más alto. Allí me apresuro, donde reina la paz suprema, y resplandece la tranquilidad perpetua. Sostén y gobierna mi espíritu, y asúmelo tú según tu voluntad, para que guiado por ti ascienda a aquella región de abundancia, donde pastoreas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, para que allí al menos con rápida cogitación te alcance a ti, suma sabiduría que permaneces sobre todo, que trasciendes todo, y que gobiernas todo. Pero a la alma que vuela hacia ti muchas cosas le hacen ruido. Por tu mandato, Señor, que todo me guarde silencio. Que mi alma misma se calle, que todo lo atraviere, que todo lo creado lo trascienda de sí misma y llegue a ti, y en ti solo, Creador de todo, fije los ojos de la fe, a ti aspire, a ti atiende, a ti medite, a ti contemple, te ponga ante sus ojos, te gire bajo su corazón como el verdadero y sumo bien, y gozo que permanecerá sin fin.

Finalmente, hay muchas contemplaciones, con las cuales el alma devota a ti se alimenta maravillosamente, pero en ninguna de ellas se deleita y descansa mi alma tanto como en ti, y

cuando solo a ti piensa y contempla. ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, cuán maravillosamente inspiras a los corazones de tus amantes! ¡Cuán maravillosa es la suavidad de tu amor, que disfrutan aquellos que no aman nada fuera de ti, no buscan nada, no desean pensar en nada! Felices aquellos para quienes tú solo eres esperanza, y toda su obra es oración. Bienaventurado el que se sienta solitario y calla, y está sobre su guardia continuamente día y noche, para que aún en este frágil cuerpo pueda saborear de alguna manera tu dulzura. Te ruego por aquellas heridas salvadoras tuyas, que sufriste en la cruz por nuestra salvación, de las cuales emanó aquella preciosa sangre con la que fuimos redimidos, hiere esta alma mía pecadora, por la cual también te dignaste morir, hiérela con el dardo ígneo y potentísimo de tu excesiva caridad. Pues viva es la palabra de Dios y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos (Hebr. IV, 12). Tú, flecha escogida, y espada muy afilada que con tu poder puedes penetrar el duro escudo del corazón humano, atraviesa mi corazón con el dardo de tu amor, para que mi alma te diga: Estoy herida de amor por ti, de modo que de esa misma herida de tu amor fluyan abundantes lágrimas día y noche. Golpea, Señor, golpea, te ruego, esta durísima mente mía con la púa y fuerte punta de tu amor, y penetra más profundamente en lo íntimo con potente virtud, y así de mi cabeza saca agua inmensa, y de mis ojos un verdadero manantial de lágrimas que fluya continuamente, por el excesivo afecto y deseo de la visión de tu hermosura, para que lllore día y noche, sin recibir consuelo en la vida presente, hasta que merezca verte en el tálamo celestial, mi amado y hermosísimo Esposo, mi Dios y Señor, para que allí viendo tu glorioso, admirable y hermosísimo rostro, lleno de toda dulzura, con aquellos que elegiste, adore suplicante tu majestad, y allí finalmente lleno de júbilo celestial e inefable de eterna exultación exclame con los que te aman, diciendo: He aquí lo que deseé ya lo veo, lo que esperé ya lo tengo, lo que deseé ya lo poseo. Pues a aquel en los cielos me he unido a quien en la tierra con toda virtud amé, con toda caridad abracé, a quien con todo amor me adherí, a él alabo, bendigo y adoro. Que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XX. A CRISTO. Para encender en sí el amor de Dios, y el deseo de Cristo.

Señor Jesucristo, mi redención, mi misericordia, mi salvación, te alabo, te doy gracias, aunque muy desiguales a tus beneficios, aunque muy carentes de digna devoción, aunque demasiado escasas de la deseada abundancia de tu dulcísimo afecto, sin embargo, cualesquiera que sean las alabanzas, cualesquiera que sean las gracias, no como sé que debo; pero como puede esforzarse, mi alma te las ofrece. Esperanza de mi corazón, virtud de mi alma, ayuda de mi debilidad, que tu potentísima benignidad complete lo que mi tibia debilidad intenta. Mi vida, fin de mi intención, y si aún no he merecido amarte tanto como debo, al menos deseo amarte tanto como debo. Mi iluminación (Sal. XXVI, 1), tú ves mi conciencia; porque, Señor, ante ti está todo mi deseo, y tú das, si algo bueno quiere mi alma. Si es bueno, Señor, lo que inspiras, más bien porque es bueno que quiera amarte, da lo que me haces querer. Da que tanto como mandas, tanto merezca amarte. Te alabo y te doy gracias por el deseo que inspiraste. Te ofrezco alabanzas y oraciones, para que no sea infructuoso para mí tu don, que espontáneamente diste. Completa lo que comenzaste, y concede lo que benignamente me anticipaste haciendo que lo deseara. Convierte, benignísimo, mi tibieza en el amor más ferviente de ti. A esto, clementísimo, tiende esta mi oración, esta memoria y meditación de tus beneficios, para que enciendas en mí tu amor. Tu bondad, Señor, me creó, tu misericordia me limpió del pecado original; tu paciencia después de aquella limpieza del bautismo, en otras suciedades de pecados revolcado hasta ahora me ha tolerado, alimentado y esperado. Esperas tú, buen Señor, mi corrección; espera mi alma la inspiración de tu gracia para arrepentirse suficientemente y vivir bien.

Dios mío, mi Creador, mi tolerador y alimentador, sé mi ayudador (Sal. XXVI, 9), te tengo sed, te tengo hambre, te deseo, a ti suspiro, a ti te anhele. Y como un huérfano privado de la presencia del padre más benigno, llorando y lamentándose incesantemente abraza con todo el corazón su amado rostro: así también yo, no cuanto debo, sino cuanto puedo, recordando tu pasión, recordando tus bofetadas, recordando tus azotes, recordando tu cruz, recordando tus heridas, recordando cómo fuiste muerto por mí, cómo fuiste sepultado, cómo fuiste enterrado, al mismo tiempo recordando tu gloriosa resurrección y admirable ascensión: estas cosas las tengo con fe indudable, lloro las miserias de mi exilio, espero la única consolación de tu venida, ardo en la contemplación gloriosa de tu rostro. ¡Ay de mí, que no pude ver al Señor de los ángeles humillado a la conversación de los hombres, para que los hombres fueran exaltados a la conversación de los ángeles, cuando Dios ofendido moría voluntariamente para que el pecador viviera! ¡Ay de mí que no merecí estar presente para asombrarme de tan admirable, tan inestimable piedad! ¿Por qué, oh alma mía, no te atravesó presente la espada del dolor más agudo; cuando no podías soportar que la lanza hiriera el costado de tu Salvador, cuando no podías ver que los clavos violaran las manos y los pies de tu Creador, cuando te horrorizabas de que se derramara la sangre de tu Redentor? ¿Por qué no te embriagaste con la amargura de las lágrimas, cuando él bebía la amargura de la hiel? ¿Por qué no te compadeciste de la castísima Virgen, dignísima madre suya, tu benignísima Señora?

Mi Señora misericordiosísima, ¿qué fuentes diré que brotaron de tus castísimos ojos, cuando veías a tu único hijo inocente ser atado, azotado y sacrificado ante ti? ¿Qué llantos creeré que empaparon tu piísimo rostro, cuando recibías a ese mismo hijo tuyo, Dios y Señor tuyo, extendido sin culpa en la cruz, y la carne de tu carne cruelmente desgarrada por los impíos? ¿Con qué sollozos estimaré que fue atormentado tu purísimo pecho, cuando escuchabas: Mujer, he aquí tu hijo; y al discípulo: He aquí tu madre? (Juan XIX, 26.) ¿Cuando recibías por hijo al discípulo en lugar del maestro, al siervo en lugar del Señor? ¡Ojalá con el feliz José hubiera bajado a mi Señor de la cruz, lo hubiera ungido con aromas, lo hubiera colocado en el sepulcro, o al menos, lo hubiera acompañado, para que no faltara algo de mi servicio a tan gran funeral! ¡Ojalá con las bienaventuradas mujeres hubiera sido aterrorizado por la visión resplandeciente de los ángeles, y hubiera escuchado el anuncio de la resurrección del Señor, el anuncio de mi consolación, el anuncio tan esperado, el anuncio tan deseado! ¡Ojalá, digo, hubiera escuchado de la boca del ángel: No temáis, vosotras: Buscáis a Jesús crucificado, ha resucitado, no está aquí! (Mat. XXVIII, 5.)

Benignísimo, suavísimo, serenísimo, ¿cuándo me restaurarás, ya que no he visto aquella bendita incorruptibilidad de tu carne; ya que no he besado los lugares de las heridas y las perforaciones de los clavos; ya que no he rociado con lágrimas de alegría las cicatrices, testigos del verdadero cuerpo? Admirable, inestimable, incomparable, ¿cuándo me consolarás (Salmo CXVIII, 82), y calmarás mi dolor? Pues mi dolor no cabe en mí mientras soy peregrino lejos de mi Señor. ¡Ay de mí, Señor, ay de mi alma! Te has ido, consolador de mi vida, y me has dicho adiós. Entrando en tus caminos bendijiste a los tuyos, y yo no estuve presente. Con las manos elevadas fuiste recibido por una nube en el cielo, y no lo vi. Los ángeles prometieron tu regreso, y no lo escuché. ¿Qué diré? ¿Qué haré? ¿A dónde iré? ¿Dónde lo buscaré; dónde o cuándo lo encontraré? ¿A quién rogaré? ¿Quién anunciará al amado que desfallezco de amor? (Cantar de los Cantares V, 8.) Ha desaparecido la alegría de mi corazón; mi risa se ha convertido en luto (Lamentaciones V, 15). Mi carne y mi corazón han desfallecido; Dios es el Dios de mi corazón, y mi porción para siempre (Salmo LXXII, 26). Mi alma se niega a ser consolada (Salmo LXXVI, 3) si no es por ti, mi dulzura. ¿Qué tengo yo en el cielo, y qué he deseado en la tierra fuera de ti? (Salmo LXXII, 25.) Te quiero,

te espero, te busco, a ti ha dicho mi corazón: Busqué tu rostro, tu rostro, Señor, buscaré; no apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI, 8).

Amante de los hombres, benignísimo, a ti ha sido dejado el pobre, serás el ayudador del huérfano (Salmo X, 14). Mi abogado segurísimo, ten piedad de mí, huérfano abandonado; me he convertido en un pupilo sin padre (Lamentaciones V, 3); mi alma es como una viuda. Mira las lágrimas de mi orfandad y viudez; que te ofrezco hasta que regreses. ¡Oh, Señor, oh, muéstrate a mí, y seré consolado; muéstrame tu rostro, y seré salvo (Salmo LXXIX, 4). Exhibe tu presencia, y alcanzaré mi deseo. Revela tu gloria, y mi alegría será perfecta. Mi alma ha tenido sed de ti, como mi carne te ha deseado (Salmo LXII, 2). Mi alma ha tenido sed de Dios, fuente viva; ¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro del Señor? (Salmo XLI, 3.) ¿Cuándo vendrás, mi consolador, a quien espero? Oh, si alguna vez veré mi alegría, que deseo. Oh, si me saciaré cuando aparezca tu gloria (Salmo XVI, 15), que anhelo. Oh, si me embriagaré de la abundancia de tu casa (Salmo XXXV, 9) a la que suspiro: si me darás de beber del torrente de tu delicia (ibid.) que tengo sed. Sean para mí, Señor, mientras tanto, mis lágrimas mi pan de día y de noche, hasta que se me diga: He aquí tu Dios (Salmo XLI, 4); hasta que escuche: Alma, he aquí tu esposo (Mateo XXV, 6). Aliméntame mientras tanto con mis sollozos, dame de beber mientras tanto con mis lágrimas, reconfortame con mis dolores. Vendrá entre tanto mi Redentor, porque es bueno; y no tardará, porque es piadoso: a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XXI. A CRISTO. Oración del siervo de Dios que humildemente siente sobre sí mismo.

Sé, Señor Jesucristo, sé y confieso que no soy digno de que tú me ames; pero ciertamente tú no eres indigno de que yo te ame. Indigno soy de servirte, pero tú no eres indigno del servicio de tu criatura. Dame, pues, Señor, lo que tú mereces, y seré digno de lo que soy indigno. Hazme de la manera que quieras, cesar de pecar, para que de la manera que debo, pueda servirte. Concédeme por tu piadosísima misericordia guardar, regir y terminar mi vida, de modo que en paz duerma y descanse (Salmo IV, 9) en ti. Concédeme, Señor, que al final mi alma reciba el sueño con descanso, el descanso con saciedad, la saciedad con eternidad, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN XXII. A CRISTO. Oración del penitente que humildemente pide ayuda divina.

Señor Jesucristo, mi Redentor, mi misericordia, mi salvación, mi consuelo, mi vida, te alabo, te doy gracias; tu bondad me creó, tu misericordia me limpió del pecado original; tu presencia después de aquella purificación me ha tolerado en otras suciedades de placeres hasta ahora, me ha nutrido y esperado. Señor Dios, mi Creador, mi tolerador, mi nutridor, y mi ayudador, tengo sed de ti, tengo hambre de ti, te deseo, suspiro por ti, te anhelo. Benignísimo, suavísimo, serenísimo, te quiero, te busco, espero verte. Mi alma se niega a ser consolada (Salmo LXXII, 26), si no es por ti, mi dulzura.

Acércate a mí, Señor; muéstrate a mí, y seré consolado; muéstrame tu rostro, y seré salvo (Salmo LXXIX, 4); exhibe tu presencia, y se cumplirá mi deseo. Revela tu gloria, y mi alegría será perfecta. Mi alma ha tenido sed de ti, como mi carne te ha deseado (Salmo LXII, 2): ¿cuándo vendrás a mí, mi consolador? ¡Oh, si alguna vez veré mi alegría, que deseo! ¡Oh, si alguna vez me saciaré, cuando aparezca la gloria (Salmo XVI, 15) de aquel a quien tengo hambre! ¡Oh, si me embriagaré de la abundancia de la casa (Salmo XXXV, 9) de aquel a quien suspiro! ¡Oh, si me darás de beber del torrente de tu delicia (ibid.), que tengo sed! Dame, Señor, en este exilio el pan del dolor y las lágrimas, que tengo hambre por encima de

toda abundancia de delicias. Sean mientras tanto para mí, Señor, mis lágrimas mi pan de día y de noche, hasta que se me diga: He aquí tu Dios (Salmo XLI, 4); hasta que escuche: He aquí tu esposo. Aliméntame mientras tanto, Señor, con mis sollozos, reconfórtame con mis dolores. Amén.

ORACIÓN XXIII. A CRISTO. Por los amigos.

Dulce y benigno Señor, Jesucristo, que mostraste la caridad, la cual nadie tiene mayor, y a la cual nadie puede igualar; que no debías nada a la muerte, y sin embargo entregaste tu piadosa alma por tus siervos y pecadores, y oraste por tus mismos verdugos, para hacerlos tus hermanos y justos, y reconciliarlos con tu misericordioso Padre, y contigo. Tú, Señor, que hiciste tanta caridad a tus enemigos, tú mismo ordenaste la caridad a tus amigos. Buen Señor, ¿con qué afecto recordaré tu inestimable caridad? ¿Qué retribuiré a tu inmenso beneficio? Pues la dulzura de tu benignidad trasciende todo afecto. La magnitud de tu beneficio supera toda retribución. ¿Qué, pues, retribuiré a mi Creador y recreador? ¿Qué retribuiré a mi misericordioso y redentor? Señor, tú eres mi Dios, no necesitas de mis bienes (Salmo XV, 2). Pues tuyo es el orbe de la tierra, y su plenitud (Salmo XLIX, 12). ¿Qué, pues, yo mendigo y pobre (Salmo XXXIX, 18), yo gusano y ceniza, qué retribuiré (Salmo CXV, 12) a mi Dios, sino obedecer de corazón a su mandato? Y tu mandato es que nos amemos unos a otros (Juan XV, 12).

Buen hombre, buen Dios, buen Señor, buen amigo, todo lo que eres es bueno, a este mandato tuyo desea obedecer tu humilde y despreciable siervo. Tú sabes, Señor, que amo el amor que ordenas, amo el amor, deseo la caridad. Esto pido, esto busco, por esto golpea y clama este tu pobre y mendigo a la puerta de tu misericordia. Y en cuanto ya he recibido la dulce limosna de tu gratuita generosidad, amando a todo hombre en ti y por ti, aunque no tanto como debo, ni tanto como deseo, por todos imploro tu clemencia. Sin embargo, hay muchos cuya amistad, como tu amor ha impreso especialmente y familiarmente en mi corazón, así más ardientemente deseo su bien, y más devotamente deseo orar por ellos. Quiere, quiere, piadoso Señor, quiere tu siervo orar por sus amigos; pero tu culpable es revocado de sus amados. Pues si no soy suficiente para pedir perdón para mí, ¿cómo presumo rogar tu gracia para otros? Y si ansioso busco intercesores, ¿con qué confianza intercedo por otros? ¿Qué haré, Señor Dios, qué haré? Tú me ordenas orar por ellos, y el amor lo desea, pero mi conciencia me clama que esté preocupado por mis pecados, y tiemblo al hablar por otros. ¿Dejaré, pues, lo que ordenas, porque he hecho lo que prohíbes? Más bien, porque he presumido lo prohibido, abrazaré lo mandado, si acaso la obediencia sana la presunción, si acaso la caridad cubre la multitud de mis pecados.

Por tanto, te ruego, piadoso y buen Dios, por aquellos que me aman por ti, y a quienes yo amo en ti; y más devotamente por aquellos cuya amistad hacia mí, y hacia quienes mi amor tú conoces más sincera. No lo hago, Señor mío, como si fuera justo y seguro de mis pecados; sino con cualquier caridad preocupado por los ajenos. Ámalos, pues, tú, fuente de amor, que ordenas y me das que los ame. Y si mi oración no merece beneficiarles, porque te es ofrecida por un pecador; que les valga, porque es hecha por tu mandato. Por ti, pues, tú autor y dador de caridad, por ti, no por mí, ámalos; y haz que ellos te amen con todo el corazón, toda la mente, toda el alma; que solo deseen, hablen y hagan lo que te agrada y les conviene. Demasiado tibia, Señor mío, demasiado tibia es mi oración, porque poco ferviente es mi caridad. Pero no midas, tú rico en misericordia, tu beneficio según la tibieza de mi devoción; sino que así como tu benignidad supera toda caridad humana, así tu escucha trascienda el afecto de mi súplica. Haz por ellos y de ellos, Señor, lo que les conviene según tu voluntad,

para que así sean siempre y en todo lugar gobernados y protegidos por ti, que lleguen a la gloriosa y eterna seguridad. Tú que vives y reinas.

ORACIÓN XXIV. A CRISTO. Por los enemigos.

Omnipotente y piadoso Señor Jesucristo, a quien deseo propicio para mis amigos, ante ti está también lo que mi corazón desea para mis enemigos. Pues tú, que escudriñas los corazones y los riñones, Dios (Salmo VII, 10), tú penetras los secretos de mi mente. Pues a ti te es manifiesto si algo en el alma de tu siervo has sembrado que te sea ofrecido, ni puede ocultarse de ti, si algo yo y el enemigo hemos sembrado allí (Mateo XIII, 28) que deba ser quemado con fuego. No desprecies, benignísimo Dios, lo que tú has sembrado, sino fomenta, aumenta, perfecciona y conserva. Pues así como nada bueno pude comenzar sin ti, tampoco puedo consumir o guardar sin ti. No me juzgues, Dios misericordioso, por lo que te desagrade en mí, sino quita lo que no has puesto, y salva mi alma que creaste. Pues no puedo corregirme sin ti, porque cuando somos buenos, tú mismo nos haces, y no nosotros (Salmo XCIX, 3). Ni podrá soportar mi alma, si la juzgas según su maldad. Tú, pues, Señor, que solo eres poderoso, tú que solo eres misericordioso, lo que tú mismo me haces desear para mis enemigos, concédele a ellos, y retribúyemelo a mí. Y si alguna vez deseo para ellos algo fuera de la regla de la caridad, ya sea por ignorancia, debilidad o malicia, buen Señor, no se lo concedas a ellos, ni me lo retribuyas a mí. Tú que eres la luz verdadera, ilumina su ceguera. Tú que eres la suma verdad, corrige su error. Tú que eres la vida verdadera, vivifica sus almas. Pues tú dijiste por tu amado discípulo que quien no ama, permanece en la muerte (I Juan III, 14). Te ruego, pues, Señor, que les concedas la caridad que ordenas tener, para que no tengan pecado ante ti contra su hermano.

Lejos de mí, oh piadoso Señor, lejos de mí ser ocasión de muerte para mis hermanos, no sea para ellos piedra de tropiezo y roca de escándalo (I Pedro II, 8). Pues ya es suficiente y más que suficiente para mí, Señor, que yo mismo soy escándalo para mí, me basta mi pecado. Te suplica tu siervo por sus consiervos, que no ofendan la benignidad de tan grande, tan buen Señor por mi causa, sino que se reconcilien contigo, y concuerden conmigo según tu voluntad por ti. Esta es la venganza que desea exigir el secreto de mi corazón de mis consiervos y enemigos y compañeros pecadores. Esta es la pena que mi alma ora por sus consiervos y enemigos, que nos amemos a ti y entre nosotros, como tú quieres y nos conviene, para que al buen Señor, como por nosotros mismos, así también por los demás satisfagamos, para que al común Señor en común bien con la maestra caridad concordemente obedezcamos. Esta venganza pide preparar para todos sus malhechores y malintencionados este tu pecador. Esta prepara tú, Señor clementísimo, para tu pecador. Actúa, pues, buen Creador, y misericordioso juez mío, actúa por tu inestimable misericordia, perdóname todas mis deudas, así como yo ante ti perdono a todos mis deudores (Mateo VI, 12). Y si aún no, más bien porque aún no lo hace perfectamente ante tu juicio, pero quiere hacerlo, y forzándose a sí mismo, por ti lo que puede hacer mi espíritu, y esto mismo te ofrezco, para que tú también quieras perdonarme perfectamente mis pecados, y como puedes, perdones a mi alma.

Escúchame, escúchame, gran Señor, y buen Señor, cuyo afecto de amor desea alimentarse, pero no puede saciarse de ti mi alma hambrienta; para invocarte mi boca no encuentra nombre que sea suficiente para mi corazón. Pues ninguna palabra me sabe a lo que mi afecto de ti capta por tu don. He orado, Señor, como he podido, pero he querido más de lo que he podido. Escucha, escucha tú, como puedes, que lo que quieres puedes. He orado como enfermo y pecador, escucha, escucha, tú, como poderoso y misericordioso, y no solo a mis amigos y enemigos, lo que he pedido, concédeles, sino que como sabes que conviene a cada uno, y no es contrario a tu voluntad, distribuye a todos los vivos y difuntos los remedios de tu

misericordia, y a mí no como quiere mi corazón, ni como pide mi boca, sino como sabes y quieres que deba querer y pedir, siempre escúchame, Salvador del mundo, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XXV. A CRISTO. Cuando el sacerdote teme mucho que el oficio del altar, que realiza, le perjudique más que le beneficie; y qué consejo tomar al respecto.

Dulcísimo y benignísimo Señor Jesucristo, altísimo Hijo del altísimo Padre, que con el mismo Padre tuyo, y el Espíritu Santo eres el Creador del universo; a quien todas las cosas son conocidas antes de que sucedan, tú conoces mi insensatez, conoces también cuán débil y frágil es mi alma; y sus pecados y delitos no están ocultos para ti. Te reconozco verdaderamente como mi Creador; y confieso que todo lo que necesito para la necesidad de esta vida presente, tú me lo proporcionas: me creaste, pues, cuando te agradó, y estaré en esta vida mientras te plazca; ni hasta que te plazca, ninguna fuerza podrá expulsarme de aquí. Y porque estoy certísimo de que así es, sobre todo esto te suplico, inmensa bondad tuya, que de cualquier manera que me suceda, mientras viva, al menos de mí haya un buen fin, y que, habiendo dejado todas mis iniquidades por verdadera penitencia, pueda llegar a la gloria de tu visión, para la cual me creaste.

Confieso, dulcísimo Señor Jesús, que todos los bienes que tengo, tú me los diste; y porque por esto me los diste, para que te amara sobre todas las cosas como es digno, y con gran voluntad hiciera todo lo que te agrada; y que de ninguna manera me atreviera a hacer lo que te desagrade. Pero entre los demás bienes que me ordenaste de tu servicio, no sé por qué oculto juicio tuyo permitiste que se me impusiera la carga del sacerdocio. Este servicio, cuando considero diligentemente con cuánta reverencia debe ser realizado, y cuán pura debe ser la conciencia, y cuán libre de toda contaminación de pecado debe estar la mente que asume tan terrible ministerio; y por otro lado, con no menor diligencia miro quién soy yo que me atrevo a tratar esto, no poco temo por mi presunción, y temo vehementemente que sea para mayor juicio, y condenación de mayor juicio para mí, que me atrevo a acercarme a tan digna cosa siendo tan indigno. Sé ciertamente, ni de esto dudo de ninguna manera, que si viviera como debe vivir quien realiza este ministerio, no podría hacer ningún servicio de Dios que me fuera tan provechoso y saludable. Pero así como sería provechoso, si la vida fuera digna, así mayor peligro y mayor condenación amenaza al alma débil y cargada de sus pecados, que se atreve a tratar tan digna cosa siendo indigna. Verdaderamente es así, y más de lo que se puede decir, esta cosa es útil y saludable para el buen sacerdote, y, más de lo que se puede decir, peligrosa para quien la trata indignamente. ¿Qué hará, pues, dulcísimo Señor Jesús, este tu sacerdote, más bien este pecador, qué hará, cargado con el peso de este tu servicio? Pues soy demasiado incierto de qué me es más útil, dejarlo, o hacerlo. Pero si lo dejo por completo, entonces nuevamente temo demasiado que bajo la ocasión de este temor me atreva a comenzar o incluso perpetrar muchos males y muchos pecados, que por el temor de este servicio antes no me atrevía ni a pensar.

Fateor que muchas veces, cuando me preparo para el servicio de este oficio y reconozco los males que he cometido, me duele más intensamente y con mayor rigor en mi interior, y rechazo más rápidamente los pensamientos y deleites vanos que me perturban en ese momento, y después de haber realizado el servicio, recibo con más temor muchos males y pecados que vuelven a surgir, debido al temor del mismo servicio. Cuando esto sucede, tengo alguna consolación por la presunción del mismo servicio, porque entiendo que, por temor a la reverencia de este, me abstengo un poco de mis pecados. Pero, oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, como tú ves, mi corazón está a menudo lleno de toda malicia y

cegado por las tinieblas de todas las iniquidades; de modo que, posponiendo todos estos temores y despreciando conscientemente tus preceptos, como un torrente que arrastra consigo todos los malos olores que fluyen hacia él, y que a veces sube y a veces baja, mi corazón, junto con mi miserable alma, recibe todas las impurezas de los deleites carnales; y como un cerdo en el lodo, así se revuelca y se revuelve en las mismas impurezas. Confieso, oh misericordiosísimo Jesús, ante tu majestad mis iniquidades; confieso mis impurezas, confieso mis inmensas soberbias y mis pensamientos sucios, que mi infeliz alma abraza internamente, habiendo rechazado tu temor. Como tú ves, clementísimo Señor Jesús, como tú ves, a menudo hago esto, y en un vaso tan sucio, o más bien en un corazón tan sucio, recibo tu cuerpo y sangre; digo la verdad, ¡no me perdono a mí mismo! Así, muchas veces, lleno de pecados e iniquidades, me acerco al servicio de tu altar; por lo cual temo mucho que esta presunción sea más para mi perdición que para mi salvación, ya que presumo tocar sacramentos tan puros estando tan fétido y podrido.

Que venga ahora algún fiel, lleno del Espíritu de Dios, e instruya al miserable sacerdote con su consejo espiritual sobre qué es mejor para él, si dejar el servicio del altar debido a tales impedimentos, o realizar el servicio para refrenar muchas iniquidades que a menudo se reprimen por el temor del mismo servicio. Sin embargo, sobre esto (como me parece) es un consejo expedito y saludable cesar de pecar y rendir el servicio que debemos a Dios; aunque seamos indignos de servir a Dios, Dios no es indigno del servicio de su criatura; de los demás no sé qué elegirán más, de mí sé que prefiero servir a Dios, y si no puedo retenerme completamente de la malicia, prefiero eso a dejar su servicio por temor al pecado y yacer más seguro en la condenación de los pecados. Es mejor que nos castigue por alguna ofensa en su servicio, y sin embargo haciendo su servicio, que nos condene por no querer hacer su servicio por temor al pecado. Inmensa es su piedad, inmensa su misericordia, que aunque nos vea caminar por el camino de su rectitud cojeando, aunque a menudo cayendo y recayendo, no queriendo apartarnos de la rectitud del mismo camino; si no nos cansamos, no podrá retenerse por mucho tiempo, sino que ayudará nuestro esfuerzo y dirigirá nuestro paso hacia el camino de la salvación. Sin embargo, si los pecados del sacerdote son criminales, es más útil para él cesar humildemente de la inmolar del sacrificio que, por presunción al inmolar, incurrir en mayor condenación, hasta que, comenzada o completada la penitencia, pueda acercarse más seguro al servicio del altar.

Pero he aquí, dulcísimo y misericordiosísimo Señor Jesús, confieso a tu inmensa bondad que soy un gran pecador, haciendo muchas cosas que te desagradan, y sin embargo presumiendo hacer el servicio de tu altar. No puedo desesperar de tu misericordia, no puedo, ni me conviene, dejar el servicio de tu altar, no tomar tu cuerpo y sangre, que aceptó la muerte para mi redención, y que para la remisión de los pecados salió de tu costado abierto por la lanza del soldado con agua (Juan XIX, 34). Si soy indigno, como lo soy, y lo confieso, castígame, corrígeme y repréndeme, y castiga a tu sacerdote, más bien a tu pecador, hasta que toda la herrumbre del pecado se aleje de mí, que por tanto tiempo ha estado endurecida en los lados de mi alma por gran negligencia. Confieso, confieso, soy pecador, soy impuro, soy indigno, y sin embargo no me aparto de ti, dulcísimo Jesucristo; quieras lo que quieras, no te dejaré, y aunque con mano débil, te sostendré. No te apartarás de mí, hasta que me absuelvas de toda contaminación del pecado; y así, comiendo tu carne diariamente, y bebiendo tu sangre, y adhiriéndome continuamente a tu voluntad, haciendo asiduamente tus preceptos, me llesves después de la muerte de la carne a la verdadera salvación, es decir, a ti, verdadero Sacerdote, donde con otros sacerdotes, es decir, tus miembros, yo también entonces no pecador, sino digno sacerdote y digno miembro de tu cuerpo, te alabe, te glorifique por los siglos eternos. Amén.

ORACIÓN XXVI. A CRISTO. Cuando el sacerdote contempla diligentemente cuán misericordiosamente nuestro Redentor asumió por nosotros la naturaleza de nuestro barro, de donde nos hizo.

Sumo Sacerdote, y mayor que todos los demás sacerdotes, Señor Jesucristo, a quien se adhiere todo sacerdote, más bien todo cristiano que camina ante ti en verdad, escucha con tus oídos de piedad mi voz, y si oro correctamente, escucha mi oración; no quiero, dulcísimo Padre, pedirte algo que al pedirte pueda ofenderte justamente. Y si por alguna ignorancia, o por voluntad carnal, quiero pedirte algo que sea contra la salvación de mi alma, sobre todo esto, misericordiosísimo Señor, te ruego que nunca quieras escucharme en tales peticiones. Sabes, y bien sabes, benignísimo Dios, cuántas ilusiones, cuántas vanidades, cuántos placeres de deseos carnales, cuántas apetencias de codicias mundanas hieren sin cesar y a cada hora mi infeliz alma. Y muchas veces sucede, como tú mismo, dulcísimo Señor, ves, que si me permitieras ir según mi pésima voluntad, me precipitaría completamente en un gran abismo de pecados. Por eso te ruego, dulcísimo Padre, porque sé que soy un gran pecador y que casi no tengo ninguna virtud contra el pecado, que por tu gran misericordia retengas mi furor, que me arrastra al pecado, y confundas y destruyas todo mal deseo, que pervierte en mí todo sentido de rectitud.

A veces, Dios amante de los hombres, cuando pienso más cuidadosamente, y traigo a la memoria los males que muchas veces he hecho y que aún, miserable y pecador, no dejo de hacer, y considero diligentemente cómo vivo, cómo debo lamentar los mismos males que he hecho y aún hago, que soy llamado sacerdote, pero no cumplo con obras dignas el oficio de sacerdote, aunque de muchas otras cosas que he hecho, temo mucho, de la dignidad de este oficio, que indigno porto, sobre todo lo que me puede suceder temo. Sin embargo, la dignidad de este oficio, más de lo que se puede estimar, es grande e inestimablemente querida por Dios y los hombres, si el sacerdote vive como debe vivir quien lleva el cuidado de este oficio. Pero yo llevo el nombre de esta dignidad, pero mi infeliz vida contradice casi en todo, actuando mal, la dignidad de este nombre. Pues mi corazón es impuro, todos los sentidos de mi cuerpo son impuros, y así, interior y exteriormente, todo impuro, no encuentro en todo mí algo puro, donde pueda colocar honestamente y como conviene el cuerpo del Señor. Así, en grandes angustias, y no sé qué debo hacer principalmente, me llevo de un lado a otro, pensando ahora esto, ahora aquello, y reviso más diligentemente toda mi conciencia, si tal vez pudiera encontrar algún consejo saludable que entendiera que podría ser para alguna salvación de mi alma. Por lo tanto, observando todo lo que se hace conmigo, y encontrando casi nada o poco bueno en todo mí, apenas noté este pequeño bien allí, si sin embargo debe llamarse bien lo que yo no tengo, en otro, cuando lo tiene, lo amo, y, cuando no lo tengo, humildemente reconozco no tenerlo, que creo que soy más pecador y miserable que cualquier otro, y sin embargo no desespero de la misericordia de Dios omnipotente. Creo que aquel a quien le importó hacerme cuando no existía, y aún le importa proveerme lo necesario para el uso de esta vida, por su misericordia le importará darme aún alguna buena obra que hacer, o al menos, si no completamente, pueda comenzar algún bien, y, si no completamente, al menos cesar un poco de los males.

Pues Dios es piadoso y misericordioso, y de ninguna manera quiere perder a su criatura, sino que de todas las maneras la amonesta misericordiosamente para que vuelva a su piedad. Cuánto ama a su criatura, cuánto a regañadientes la pierde, lo muestra verdaderamente en esto, cuando descendió del cielo a la tierra, cuando aquel que era sin principio quiso tener un principio por amor a la criatura, y asumió el barro de donde nos hizo para nuestra redención, y ese mismo barro, es decir, su carne, que asumió por nosotros, después de haber sido bien cocida en el altar de la cruz por la pasión de la cruz, nos la ofrece para comer y, al darnos de

beber con la sangre de esa misma carne exprimida en el lagar de la cruz, apaga la sed de nuestra alma. Cuando comemos esta carne de nuestro Redentor y bebemos su sangre, la mezclamos con nuestro barro, y haciendo de esto una especie de emplasto y aplicándolo a las enfermedades de nuestra alma, si lo tomamos dignamente, inmediatamente expulsamos de los interiores de nuestra alma todo lo que nos lleva al peligro de la condenación. ¡Oh inmensa piedad de nuestro Señor Jesucristo! ¡Oh admirable e inefable misericordia! Si algún hombre poderoso, viajando con un gran séquito de hombres, viera por casualidad junto al camino por el que pasaba a algún pobre sumergido en algún lodo, que no pudiera sacarse a sí mismo de ese lodo en el que estaba sumergido, movido por la compasión, sacara a ese mismo pobre de ese lodo por sí mismo, no hay duda de que tal gran misericordia y gran piedad sería alabada por todos, sería ensalzada con grandes alabanzas por todos los que tienen un sentido recto. Y cuanto más hiciera esta obra de misericordia por el pobre y necesitado, tanto más piadoso y misericordioso parecería a todos los piadosos y verdaderamente cristianos. ¿Qué, entonces, qué debe estimarse de la gran piedad de nuestro Señor Jesucristo, de su inefable misericordia y caridad, que siendo él mismo sin principio, asumió un principio mortal y mortalidad por el pobre, y más allá de lo imaginable pobre y necesitado, para sacarlo del lodo más sucio del pecado, en el que se había sumergido a sí mismo miserable e infeliz? Además, el miserable hombre sufría tanta infelicidad, y estaba tan infeliz en los mismos abismos de la perdición eterna, oprimido por grandes angustias y grandes dolores de hambre y sed. Por un lado, soportando el intolerable hedor del lodo en el que estaba sumergido, por otro lado, no encontrando a nadie que compadeciera su miseria y dolor, tanto por el lodo fétido en el que yacía como por la desesperación de consuelo que no separaba de nadie, era afligido por un dolor intolerable. Y, si se difería más tiempo que algún misericordioso le mostrara misericordia, ya moriría irreparablemente por las mismas miserias de la perdición eterna. Vino el misericordioso Creador, teniendo una piedad inefable hacia este pecador que yacía en el lodo de los pecados; no despojándose de su vestidura de gloria, se vistió con los harapos de nuestra miseria. Y vino como el Sol más puro a través de esos hedores, sin sufrir ninguna contaminación del hedor, hasta el mismo miserable pecador, limpiándolo de esos hedores, lo tomó por el brazo, lo sacó a terreno llano. Sacado del pozo de la miseria y del lodo del fango (Salmo XXXIX, 3), lo alimentó con el pan de la sabiduría salvadora (Eclesiástico XV, 3), y después de esto, con su propia carne que había asumido para su redención, y con su sangre que fue derramada para la remisión de los pecados, lo alimentó y lo hizo beber; y así, reconfortado de los mismos dolores que lo afligían tan gravemente, lo alivió. Esta carne que le dio para comer fue de la misma naturaleza del barro de donde plasmó al primer hombre, a quien creó a su imagen y semejanza; semejanza que el mismo primer hombre desfiguró por su culpa, y que por la comida de la carne de Cristo y la fe recta reformó completamente; esta carne, o la naturaleza de este barro, después de que Cristo sufrió en la cruz, después de que resucitó al tercer día, llevándola al cielo, la colocó a la derecha del Padre, y le dio dominio sobre ángeles y arcángeles. He aquí el barro, que por su naturaleza siempre se adhiere a la tierra, llevado por nuestro Redentor al cielo, tiene bajo su dominio el mismo cielo y todo lo que hay en él. A este barro ningún fiel puede ni podrá ascender, a menos que primero lo coma saludablemente en la tierra y beba su sangre. De esta carne y sangre yo, cualquier ministro y sacerdote, al contemplar tanta piedad y dulzura de piedad de nuestro Redentor hacia su criatura, no desconfío de su inmensa bondad. Socorre, pues, Señor Jesucristo, socorre a tu sacerdote, perdona sus pecados y delitos, para que pueda celebrar dignamente el misterio de tu cuerpo y sangre, y celebrando dignamente, pueda comer y beber dignamente la verdad de tu cuerpo y sangre, y así perseverando continuamente hasta el fin, pueda llegar a ti después de la muerte de la carne, donde, no por intervalos, como ahora, sino sin interrupción, con todos los santos pueda comer y beber a ti mismo, que eres la verdad y la vida. Amén.

ORACIÓN XXVII. A CRISTO. Cuando el sacerdote tiene en sus manos el cuerpo y la sangre de Cristo, y recordando dulcemente los dolores que sufrió en la cruz por nosotros.

Dulcísimo, y sobre todo deseable, deseado y suavísimo Jesucristo, atiende mi súplica, y escucha la voz de mi oración (Salmo V, 3), y por tu gran misericordia limpia mi alma de toda contaminación del pecado, para que pueda acercarme dignamente al servicio de tu altar, y tratar dignamente el misterio de tu cuerpo y sangre. Confieso, dulcísimo Señor, ante tu omnipotencia que soy muy culpable, y haciendo muchos males casi cada hora, y sin embargo no desesperando de tu inefable bondad. Eres bueno, Señor, y en tu bondad enséñame tus justificaciones (Salmo CXVIII, 68), para que al entenderlas, y obrando continuamente como conviene, con corazón puro y alma pura pueda recibir tus misterios.

He aquí, alma mía, prepara el hospedaje de tu corazón para recibir el cuerpo y la sangre de tu Creador con pensamientos puros y obras puras, purga de todos tus interiores todo lo que pueda ofender a un huésped de tan inmensa majestad; pues no puede permanecer en esa alma o en ese corazón que posee alguna contaminación de malicia, y a menos que haya allí suma paz y suma caridad, juzgando indigno ese hospedaje por la conversación de su morada, y no soportando por mucho tiempo tal inquietud de perturbación, pronto se aleja de ese hospedaje. ¡Ay de la mente que Cristo abandona por sus iniquidades, y abandonándola y condenándola, permite que sea seducida por las tentaciones y engaños del enemigo!

Por lo tanto, diligentemente, oh alma mía, observa, recoge diligentemente todos los sentidos de tu cuerpo hacia ti misma interiormente, y todo lo que encuentres sucio o impuro, expúlsalo, y habiendo expulsado toda malicia o iniquidad, cierra diligentemente la entrada de tu pecho, para que no puedan volver a ti en algún momento, ni contaminar más tus interiores. Habiendo realizado todo lo que pertenece a la consagración de este venerable misterio, y habiendo expulsado todo lo que suele manchar el arcano de la mente, oh tú, miserable alma mía, con gran diligencia considera todas tus negligencias, todos los males y pecados que solías cometer. Y cuando tienes en tus manos el cuerpo y la sangre de tu Redentor, suplica dulcemente su inefable misericordia, para que por su gran piedad perdone todos tus pecados, y para que no puedas cometer estos u otros más. Sobre todo esto, y como te advierto para tu perdición, evita caer en las trampas del diablo en tales recuerdos, que muchos incautos a menudo caen; que mientras traen sus males ante los ojos de la mente como si lloraran por ellos, por esos mismos recuerdos insensatamente recaen en los deleites de esos males.

Recuerda, tan dulcemente como puedas, la inefable piedad del cuerpo de Cristo que sostienes, y la dulzura más allá de lo que se puede estimar, que por tu redención soportó muchas injurias, y finalmente fue crucificado. Pero también piensa y repiensa en cada uno de los dolores que sufrió en la cruz, es decir, con cuánto dolor fueron clavados sus pies y manos en el madero de la cruz, su costado traspasado por la lanza del soldado, incluso por aquellos por quienes sufría, allí ante la cruz como un malhechor fue burlado, ridiculizado, y soportando tan horribles oprobios, como un Cordero mansísimo mostró una paciencia inestimable. Que aunque fácilmente podía, no se vengó de sus asesinos, sino que oró al Padre para que les perdonara este pecado. Cuando, con tales recuerdos, comiences a descansar como saciada, y sin embargo, descansando, no dejes de rumiar dulcemente y con gran afecto, habla al mismo dulcísimo cuerpo del dulcísimo Señor que tienes en tus manos, y como hablando con alguien presente, expón tus necesidades. De él cree fielmente que este cuerpo es verdaderamente aquel cuerpo que nació de la Virgen, que fue crucificado, que fue puesto en el sepulcro, que resucitó al tercer día de entre los muertos, que ascendió a los cielos, y que está sentado a la derecha del Padre.

No dudes que en aquella hora del sacrificio del cuerpo y la sangre de tu Redentor, los ángeles están presentes ante su Creador, y con gran reverencia ofrecen un servicio inefable a la carne y sangre de su Creador. ¿Qué se debe pensar de todos los santos? ¿Qué se puede imaginar cuando ven que el precio de su redención se celebra en la tierra, mientras ya poseen gran gozo en el cielo por la visión eterna de Él? Pero tú, alma mía, creyendo fielmente en todo esto, y abrazando dulcemente la carne de tu Creador, en esos abrazos de su piedad, expresa tu necesidad, y con la mayor dulzura posible, implora su piedad para que, por su inefable misericordia, limpie toda tu impureza. Entrégate completamente a Cristo, a quien sostienes, y adorándolo primero, presenta una y otra vez tus necesidades.

ORACIÓN XXVIII. A CRISTO. Para ser hecha por el sacerdote antes de la consagración del cuerpo de Cristo.

Oh dulcísimo Señor Jesucristo, que fuiste crucificado y muerto por mi redención, ante ti está todo mi deseo, y mi gemido no está oculto de ti (Salmo XXXVII, 10). He aquí, benignísimo Dios, ante ti está mi miseria, y en mis manos está tu misericordia, la miseria de mi alma pecadora, la misericordia de tu redención. Ten misericordia de mí, Dios, según tu gran misericordia, y según la multitud de tus compasiones borra mi iniquidad (Salmo L, 1-3), y desde esta hora hasta el fin guarda mi vida. Defiende mi alma de toda iniquidad, para que ya no pueda hacer nada que ofenda los ojos de tu majestad. Dame, benignísimo Dios, amarte sobre todas las cosas, como mandas y es justo; y luego amar al prójimo no menos que a mí mismo, como nuevamente ordenas. Esto es justísimo y completamente razonable, que te amemos sobre todas las cosas, e incluso más que a nosotros mismos, porque tú nos amaste antes de que existiéramos, nos creaste amando, y te preocupaste por llevarnos al conocimiento de tu santísimo nombre; nosotros, sin embargo, ni siquiera esto, que te amamos o algo bueno, lo tenemos de nosotros mismos sino de ti. Y tú nos ordenas correctamente amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y no lo amamos correctamente como ordenas, porque con igual amor nos creaste a todos, con igual amor sufriste la pasión por todos, con igual amor preparaste la vida eterna para todos. Da a todos, clementísimo Padre, que tienen la fe correcta, vivir recta y santamente, y no desviarse en absoluto de lo que ordenas; y a aquellos que aún no creen en ti, antes de que salgan de esta vida, dales la fe y el amor de tu santísimo nombre, y que lo recibido lo guarden recto e inviolado hasta el fin. Que para todos los vivos y difuntos el sacrificio de tu cuerpo y sangre sea la remisión de todos los pecados: para los vivos, que viven rectamente, y si aún no viven rectamente, que alguna vez quieran vivir rectamente; y para los difuntos, que por este sacrificio esperan recibir en tu misericordia la remisión de sus iniquidades, y después de esto llegar a la gloria eterna y al reino de los cielos.

Creemos de ti, Señor Jesucristo, que tú mismo, que eres Hijo de Dios, eres Hijo de la Virgen, tú mismo, que en el principio eras el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, y por quien todas las cosas fueron hechas (Juan I, 1-3); engendrado por el Padre antes de todos los siglos, en el tiempo naciste de la Virgen, aunque eres de una naturaleza diferente a la del Padre, después de que te hiciste Hijo de la Virgen y habitaste entre nosotros; existiendo en una naturaleza diferente, según eres Hijo de Dios, aunque en dos naturalezas tu persona, Dios y hombre, existes igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad. Porque tú mismo eres Dios que es hombre, y hombre que es Dios; por eso la santísima Virgen que te llevó, es proclamada y creída por todos los fieles como Θεοτόκος, es decir, Madre de Dios. Y porque tú no eres un Hijo de Dios y otro Hijo del hombre, sino tú mismo Hijo de Dios, que como Hijo del hombre sufriste la pasión y muerte por la salvación del género humano, no en la naturaleza de la deidad, sino en la naturaleza de la humanidad;

tú mismo, no otro por la distancia de la naturaleza, como tampoco una naturaleza existiendo por la unidad de la persona.

Aún hay, dulcísimo Señor Jesucristo, algo que podemos y debemos pensar sobre la inefable caridad con la que nos amas, que a nosotros, miserables pecadores, como muestra de tu gran amor, en este misterio de tu cuerpo y sangre nos muestras. Cuando un hombre ama a otro hombre, tanto como puede, además de otras cosas, por la fuerza del amor quizás puede morir por él, si así lo exige el amor; lo cual, sin embargo, rara vez sucede que alguien quiera sufrir esto por su amado. Y si alguna vez un amigo hace esto por otro amigo, convierte en gran admiración y asombro a todos los que lo oyen. Pero tú, dulcísimo Señor Jesús, no solo quisiste morir por los amigos, sino también por los enemigos, y no solo eso, sino que hiciste lo que nadie quiere hacer por un amigo, y aún lo haces, es decir, cuando te das a ti mismo, que sufriste la muerte por nosotros, para ser comido y bebido en este misterio de tu cuerpo y sangre, comemos tu cuerpo y bebemos tu sangre, es decir, el precio de nuestra redención. Dame, pues, Señor Jesús, vivir así, servir de aquí en adelante a tu altar con castidad y santidad, para que viviendo así, haciendo así, comiendo así la carne y bebiendo así la sangre, después de la muerte de la carne, absuelto de todos los pecados, pueda llegar a ti, mi Creador y Redentor, por el camino recto, donde pueda alabarte y bendecirte con todos los santos en eterna felicidad sin fin.

ORACIÓN XXIX. PARA SER HECHA POR EL SACERDOTE ANTES DE LA MISA.

Sumo Sacerdote y verdadero Pontífice, que te ofreciste a Dios Padre como víctima pura e inmaculada en el altar de la cruz por nosotros, miserables pecadores, y que nos diste tu carne para comer y tu sangre para beber, y pusiste este misterio en virtud de tu Espíritu, diciendo: "Cuantas veces lo hagáis, hacedlo en memoria mía" (Lucas XXII, 19). Te ruego por tu preciosa sangre, gran precio de nuestra salvación, te ruego por este maravilloso e inenarrable amor con el que te dignaste amarnos, miserables e indignos, para lavarnos de nuestros pecados en tu sangre (Apocalipsis I, 5), enséñame, tu indigno siervo, a quien también entre otros dones te dignaste llamar al oficio sacerdotal, no por mis méritos, sino solo por la dignación de tu misericordia, enséñame, te lo ruego, por tu Espíritu Santo, a tratar este misterio con la reverencia y honor, con la devoción y temor que es necesario y adecuado. Haz que por tu gracia siempre crea y entienda, sienta y firme, diga y piense sobre este gran misterio lo que te agrada y lo que conviene a mi alma. Que tu buen Espíritu entre en mi corazón, que suene allí sin sonido, y sin ruido de palabras hable toda la verdad de tan grandes misterios; pues son demasiado profundos, y cubiertos con un velo sagrado. Por tu gran clemencia, concédeme celebrar los solemnes ritos de la misa con corazón puro y mente limpia. Libera mi corazón de pensamientos impuros y nefandos, vanos y nocivos. Protégeme con la piadosa y fiel custodia de los bienaventurados ángeles, y con la más fuerte tutela, para que los enemigos de todos los bienes se alejen confundidos. Por la virtud de tan gran misterio, y por la mano de tu santo ángel, aleja de mí y de todos tus siervos el durísimo espíritu de soberbia y vanagloria, envidia y blasfemia, fornicación e impureza, duda y desconfianza. Que se confundan los que nos persiguen, que perezcan aquellos que se apresuran a destruir todo.

Rey de las vírgenes, amante de la castidad, Dios, extingue en mi cuerpo con el rocío celestial de tu bendición el fomento de la ardiente lujuria, para que permanezca en mí la integridad de la castidad del cuerpo y del alma. Mortifica en mis miembros los estímulos de la carne, y todas las emociones lujuriosas, y dame la verdadera y perpetua castidad con los demás dones tuyos, que te agradan en verdad, para que pueda ofrecerte diariamente el sacrificio de alabanza con cuerpo casto y corazón puro. Pues con cuánta contrición del corazón y fuente de

lágrimas, con cuánta reverencia y temblor, con cuánta castidad del cuerpo y pureza del alma debe celebrarse este divino y celestial sacrificio, Señor, donde verdaderamente se toma tu carne, donde verdaderamente se bebe tu sangre, donde lo más bajo se une con lo más alto, donde está presente la compañía de los santos ángeles, donde tú eres sacrificio y sacerdote de manera maravillosa e inefable.

¿Quién puede celebrar esto dignamente, sino tú, Dios omnipotente, que haces digno al oferente? Sé, Señor, y verdaderamente sé, y confieso a tu bondad que no soy digno de acercarme a tan gran misterio por mis excesivos pecados y mis infinitas negligencias.

Pero sé, y verdaderamente creo con todo mi corazón, confieso con mi boca que tú puedes hacerme digno, tú que solo puedes hacer puro al concebido de semilla impura (Job XIV, 4); solo tú haces dignos a los indignos, puros a los impuros, y justos y santos a los pecadores. Por esta omnipotencia tuya te ruego, concédeme, pecador, celebrar este sacrificio celestial con temor y temblor, con pureza de corazón y fuente de lágrimas, con alegría espiritual y gozo celestial. Que mi mente sienta la dulzura de tu beatísima presencia, y la vigilancia de tus santos alrededor de mí.

Pues yo, recordando tu venerable pasión, me acerco a tu altar, aunque pecador, para ofrecerte el sacrificio que tú instituíste, y ordenaste que se ofreciera en conmemoración tuya por nuestra salvación (Lucas XXII, 19). Acéptalo, pues, te lo ruego, sumo Dios, por tu santa Iglesia, y por el pueblo que adquiriste con tu sangre. Y ya que quisiste que yo, pecador, estuviera entre tú y ese mismo pueblo tuyo, aunque no reconozcas en mí testimonio de buena obra alguna, al menos no rechaces el oficio de la dispensación confiada, ni por mí indigno se pierda el precio de su salvación, por quienes te dignaste ser redención como víctima salvadora. Presento, pues, Señor (si te dignas mirarlo propicio), las tribulaciones de los pueblos, los peligros de las naciones, los gemidos de los cautivos, las miserias de los huérfanos, las necesidades de los peregrinos, la pobreza de los débiles, las desesperaciones de los enfermos, las carencias de los ancianos, los suspiros de los jóvenes, los votos de las vírgenes, los lamentos de las viudas.

Porque tú tienes misericordia de todos, Señor, y no odias nada de lo que has hecho (Sabiduría XI, 24, 25). Recuerda cuál es nuestra sustancia, porque tú eres nuestro Padre, porque tú eres nuestro Dios; no te enojas demasiado, ni retengas sobre nosotros la multitud de tus entrañas. No presentamos nuestras súplicas ante tu rostro por nuestras justificaciones, sino por tus muchas misericordias. Quita de nosotros, Señor, nuestras iniquidades, y enciende en nosotros con clemencia el fuego del Espíritu Santo. Quita el corazón de piedra de nuestra carne, y danos un corazón de carne (Ezequiel XI, 19), que te tema, te ame, te deleite, te siga, te disfrute. Oramos, Señor, tu clemencia para que te dignes mirar con rostro sereno a tu familia, que espera los oficios de tu sagrado nombre, y que ningún voto sea en vano, ninguna petición vacía, sugiérenos las oraciones que tú mismo te deleites en escuchar y conceder propicio.

También te rogamos, Padre santo, por las almas de los fieles difuntos, para que seas para ellos salvación, salud, gozo y refrigerio, este gran sacramento de piedad. Dios mío, que hoy sea para ellos un gran y pleno banquete de ti, pan vivo, que descendiste del cielo y das vida al mundo (Juan VI, 33), de tu carne santa y bendita, del Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo (Juan I, 29), que fue asumida del santo y glorioso vientre de la bienaventurada Virgen María, y concebida por el Espíritu Santo, de esa fuente de piedad, que manó de tu sacratísimo costado por la lanza del soldado, para que, alimentados y saciados, refrigerados y consolados, exulten en tu alabanza y gloria. Te pido, Dios, que descienda sobre ello la plenitud de tu bendición, y la santificación de tu divinidad. Descienda también, Señor,

esa majestad invisible e incomprensible de tu Espíritu Santo, como descendía en las ofrendas de los padres, que haga de nuestras ofrendas tu cuerpo y sangre, y me enseñe a mí, indigno sacerdote, a tratar tan gran misterio con pureza de corazón y devoción de lágrimas, con reverencia y temblor, para que recibas placentera y benignamente el sacrificio de mis manos para la salvación de todos, tanto vivos como difuntos.

Te ruego, Señor, por este mismo sacrosanto misterio de tu cuerpo y sangre, con el que diariamente somos alimentados y bebidos en tu Iglesia, somos lavados y santificados, y hechos partícipes de la única y suprema divinidad, dame tus santas virtudes, con las que, lleno de buena conciencia, me acerque a tu altar, para que estos celestiales sacramentos se conviertan para mí en salvación y vida. Porque tú dijiste con tu boca santa y bendita: "El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre" (Juan VI, 52). Dulcísimo pan, sana el paladar de mi corazón, para que sienta la suavidad de tu amor. Sáname de toda enfermedad, para que no sienta dulzura alguna fuera de ti, no busque amor alguno fuera de ti, no ame belleza alguna fuera de ti. Pan purísimo, que tienes todo deleite y todo sabor de suavidad (Sabiduría XVI, 20), que siempre nos alimentas, y nunca te agotas, que mi corazón te coma, y que las entrañas de mi alma se llenen de la dulzura de tu sabor. El ángel te come con boca llena, que el hombre peregrino te coma según su medida, para que no desfallezca en el camino, recreado con tal viático. Pan santo, pan vivo, pan hermoso, pan puro que descendiste del cielo y das vida al mundo, ven a mi corazón, y límpiame de toda contaminación de carne y espíritu (II Corintios VII, 1), entra en mi alma, y santifícame interior y exteriormente. Sé protección y continua salvación de mi alma y cuerpo. Repele de mí a los enemigos que me acechan; que se alejen lejos de la presencia de tu poder, para que, protegido por ti tanto por fuera como por dentro, llegue por el camino recto a tu reino, donde no en misterios, como se hace en este tiempo, sino cara a cara te veremos (I Corintios XIII, 12), cuando entregues el reino a Dios y Padre (I Corintios XV, 24), y Dios será todo en todos (ibid., 28). Entonces me saciarás de ti con una saciedad maravillosa, de modo que ni tenga hambre ni sed en la eternidad.

ORACIÓN XXX. POR EL SACERDOTE QUE HA DE CELEBRAR.

Me impulsa, Señor Dios, el oficio de ministrar, ofrecer hostias salutíferas por el pecado del pueblo: me aterra la conciencia del sacerdocio indebido por mi propia culpa. Si el sacrificio es ofrecido por mí, que soy el más pecador de todos los sacerdotes, se aumenta el crimen de la conciencia contaminada; sin embargo, si no se ofrece al juez de toda carne, se atribuye a la negligencia. Entre estas cosas, imploro el equilibrio de tu piedad, Dios omnipotente; cuyo día de venganza, acusando la conciencia, temo, no sea que me juzgues indigno de tu misericordia, a quien no excluyes del tiempo de penitencia. Suspende, Señor, el hacha, hasta que el cultivador de la viña, el Espíritu Santo, acerque el cesto de estiércol a la raíz del árbol infructuoso. Perdóname, Señor, perdóname clementísimo, que a David después de su caída benignamente llamaste al perdón; que misericordiosamente miraste las lágrimas de Pedro llorando amargamente; que iluminaste con gracia divina al ladrón culpable de tan gran crimen, a quien pronto la confesión le obtuvo ver al Hijo de Dios, la fe el premio, el castigo el perdón, los lamentos el gozo eterno; mientras que el confesor en la cruz, se convirtió en poseedor del paraíso después de la cruz. Pero como las palabras necesitan de la piedad de tu perdón, que las obras del indigno sacerdote no recomiendan, al menos acepta los votos de los presentes; para que por sus oraciones ante ti obtenga el perdón, y por sus méritos los sacrificios de nuestras heridas nos confieran saludablemente la medicina. Y porque, Dios omnipotente, te hiciste víctima por los pecados por todos nosotros, sé para nosotros satisfacción en el sacrificio por los delitos, tú que vives y reinas, etc.

ORACIÓN XXXI POR EL SACERDOTE QUE VA A CELEBRAR.

Con la conciencia temblorosa, Dios omnipotente, me acerco a tu altar, pero me retiene la confianza en la misericordia de tu piedad. Y aunque siempre me encuentro indigno de celebrar los sacrificios para ti; sin embargo, si me retiro, temo ser condenado por desobediencia. Por lo cual, digna, piadosísimo Padre, mirarme con piedad paterna y rostro apacible, y purificar mientras tanto la boca de mi corazón. Y si yo estoy constreñido por el peso de mis pecados y culpa; sin embargo, por el mérito de mis oraciones, que sean, te lo ruego, Señor, en todo agradables los misterios a consagrar. Por nuestro Señor, etc.

ORACIÓN XXXII. PARA HACER LO MISMO.

Consciencia culpable, vida temerosa y ansiosa, cautivo por las cadenas de los crímenes, te suplico, Señor, único refugio y singular remedio de los miserables, que te apiades de mí, tu indigno sacerdote, y me perdones por atreverme a consagrar con labios pecadores y tocar con manos profanadas ese sacramento salvador, temido y adorado por ángeles y arcángeles, y por todas las alturas. Pero mientras me acerco por mí mismo, confieso, Señor, que presumo de ti, recordando mis males y tus bienes que son desde la eternidad. Aún así, Señor, me atrevo a rogarte que tu sacrificio sacrosanto no sea para mí juicio ni condenación, sino más bien liberación de mis pecados y angustias, y para la salvación eterna de mi alma. Lo mismo, Señor Dios, suplicante repito, no con presunción altiva, como tú mismo ves, sino con presunción humilde y temerosa, porque, miserable e impuro, me atrevo a consagrar el sacramento de tu santa carne y preciosa sangre con manos impuras. Suplicante te ruego y suplico, Señor, mira tu ministerio, y ten misericordia de mí, tu miserable ministro, purifica al sacrificador y santifica el sacrificio. Dios Padre, escúchame; quita de mí, clementemente, todo lo que en mí está contra mí; prepárame para tu santo servicio, y hazme un ministro idóneo para ti, y concede que pida lo que te es grato entre estos santos misterios, y que, por tu misericordia más benigna, reciba lo que pido. A ti el honor, a ti la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XXXIII. PARA HACER LO MISMO.

Si solo pensamos, Señor, en la culpa de nuestra falta, no cumplimos el ministerio asignado de observancia: pues es grave que no vengamos a tu mesa con corazón puro y manos inocentes; pero es más grave si, mientras tememos los pecados, tampoco ofrecemos el sacrificio. Permítasenos, pues, asistir por desobediencia, pedir por indulgencia, ministrar por oficio, inmolar por remedio, suplicar por el pueblo. Te ruego, por tanto, fortalece en mí lo que tiembla, cura lo que cansa, reconcilia lo que discorda, vacía lo que corrompe, humilla lo que se enorgullece. Que la pía justicia sea una corrección clemente; nunca absorba al pecador, sino que reconcilie al penitente. Da disciplina para la salvación, no sentencia para la muerte: escucha la súplica del pecador, que visitas en el dolor gimiendo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN XXXIV. A CRISTO. Antes de la recepción del cuerpo y sangre de Cristo.

Señor Jesucristo, que, por disposición del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo, por tu muerte voluntaria redimiste misericordiosamente al mundo del pecado y de la muerte eterna, te adoro y venero en la medida de mis posibilidades, aunque con afecto tibio y devoción humilde, dando gracias por tan gran beneficio, este santo cuerpo y esta sangre tuya, que deseo recibir para la purificación y defensa de los pecados. Confieso, Señor, que soy demasiado

pecador (Luc. V, 8), e indigno de acercarme a su contacto. Pero confiando en aquella clemencia, que por los pecadores, para que fueran justos, entregaste tu alma, y quisiste que fuera sacrificada como piadosa ofrenda al Padre; presumo, aunque pecador, recibirla para ser justificado por ella. Suplicante, pues, te ruego, piadoso misericordioso de los hombres, que lo que diste para borrar los pecados no sea para mí aumento de pecados, sino indulgencia y protección. Hazme, Señor, recibirlos así con la boca y el corazón, y sentirlos con fe y afecto, para que por su virtud merezca ser conformado a la semejanza de tu muerte y resurrección, por la mortificación del hombre viejo y la novedad de vida justa, para que sea digno de ser incorporado a tu cuerpo, que es la Iglesia, y sea tu miembro, y tú mi cabeza, y permanezca en ti, y tú en mí: para que en la resurrección reformes el cuerpo de mi humildad, configurado al cuerpo de tu gloria, según la promesa de tu Apóstol (Filip. III, 21), y en ti goce eternamente de tu gloria, que con el Padre y el Espíritu Santo, etc.

ORACIÓN XXXV. A CRISTO. Antes de la recepción del cuerpo de Cristo.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo, vivificaste al mundo por tu muerte, adoro y venero este santo cuerpo tuyo, y esta sangre tuya, que fue entregada, y que por muchos fue derramada para la remisión de los pecados (Mat. XXVI, 28): y suplico tu clemencia, misericordiosísimo Señor, que por la virtud de estos, me hagas uno de esos muchos, y me hagas sentir esto así por la fe y el afecto, para que lo sienta por el efecto de la salvación. Y absuelve y libera a tus siervos y siervas, a mí y a todos los que me han confesado sus pecados, y por quienes he prometido, o estoy obligado a orar, y que esperan o piden ser ayudados por mis oraciones ante ti, de todo pecado, y pena del pecado; y haz que la Iglesia se regocije con tu continua protección y consuelo.

ORACIÓN XXXVI. A DIOS, Y A TODOS LOS SANTOS.

Señor Dios omnipotente, eterno e inefable, sin fin ni principio, a quien confesamos uno en Trinidad, trino en unidad. A ti solo Dios adoro, a ti alabo, a ti bendigo, y a ti glorifico, a ti doy gracias, a ti me entrego con toda devoción; atiende a la voz de mi oración (Sal. V, 3), Padre de los cielos Dios, mi rey y mi Dios. Hijo, Redentor del mundo, Dios, ten misericordia de mí, no me pierdas con mis iniquidades (Sal. XXV, 9), ni en tu ira reserves mis males hasta el fin. Espíritu Santo, benigno Dios, inspírame el aliento de tu gracia, y dirígeme en el camino de la salvación eterna: enséñame a hacer tu voluntad (Sal. CXLII, 10): quita de mí todo lo que te desagrada. Trino y uno, omnipotente, piadoso y misericordioso Señor, mira en mí (Sal. CXVIII, 132), y convierte mi tribulación en gozo, y no des tu heredad (Joel II, 17). Altísimo en perdición. Dominador de todos y protector de los que en ti esperan, Señor, recibe mi súplica; y por las intercesiones de la gloriosa virgen María, aparta tu ira de mí (Sal. LXXXIV, 5), Señor Dios de mi salvación, y no recibas mi alma antes de que todos mis pecados sean perdonados.

Oh gloriosa Madre de Dios, madre de misericordia, siempre virgen María, que mereciste llevar al Señor de todos, y sola virgen amamantar al rey de los ángeles, ayúdame en el día de mi tribulación, para que sostenido por tus patrocinios merezca llegar a los reinos celestiales.

Oh san Miguel, arcángel de Dios, prepuesto del paraíso, ven en mi ayuda, y defiéndeme del enemigo maligno en la hora de mi muerte, y lleva mi alma al paraíso de eterna exultación. Todos los santos ángeles y arcángeles de Dios, todas las virtudes de los cielos, y todos los órdenes de los espíritus santos, repriman las fuerzas de la condenación adversa, expulsen a los que me atacan (Sal. XXXIV, 1), defiéndanme poderosamente de la saña del enemigo

rugiente, custodíenme en el camino de la verdad fielmente caminando a toda hora, día y noche, y en la hora de mi salida reciban mi alma en paz con ustedes.

San Juan Bautista, todos los santos patriarcas y profetas, les ruego con humilde súplica, extiendan su mano hacia mí, bríndenme ayuda en todas mis necesidades e infirmitudes; pidan para mí de Dios indulgencia, paciencia, constancia, justicia, obediencia, continencia, y santa perseverancia.

San Pedro, príncipe de los apóstoles, beatísimo, y todos los santos apóstoles y evangelistas, príncipes de las Iglesias, y triunfales soldados de la corte celestial, concédanme una vida honorable, grandeza de virtudes, consumación loable y eterna bienaventuranza; que por ustedes me llegue paz, virtud y perpetua salud.

Sacerdotes dulcísimos de Cristo, y doctores ilustres, y todos los santos confesores, que aumentaron el talento confiado a ustedes por el fruto imperecedero de las buenas obras, que por la inefable piedad de Dios me sea dada por ustedes la indulgencia de los pecados, la abundancia de todo bien, la concupiscencia celestial, la benevolencia grata de los hermanos, la reverencia de las costumbres, la observancia de los mandamientos de Dios. Te ruego, beato N., con devotísima súplica, digna reconocerme entre los tuyos, cuando te sientes poderoso en el juicio a juzgar el mundo con el Señor.

Todas las santas vírgenes, que adhiriéndose con mente perenne al celestial Esposo pisotearon el lujo del mundo, y todas las santas viudas, obtengan para mí el don de la gracia perenne, la santidad de vida, la pureza del cuerpo, la inocencia del corazón, la firmeza de la fe, la caridad de la fraternidad.

Intercedan por mí, todos los santos, quienes agradaron a Dios desde el principio del mundo. Prepárenme para cumplir la voluntad de Dios en toda buena obra, para que muerto al pecado, viva para Dios, y los votos que hice a Dios, con sus méritos intercediendo, los cumpla con todo afecto, para que merezca llegar al puerto de la salvación eterna, y en la eterna felicidad gozar con ustedes sin fin. Amén.

ORACIÓN XXXVII. A DIOS.

Señor Jesús, benignísimo, fuente de vida, fuente de misericordia, de la cual beben todos los santos, beben y se embriagan de inefable dulzura, viven de eterna saciedad, concédeme por sus méritos en la vida presente tener siempre sed de ti, para que en el futuro siglo con esos mismos santos tuyos pueda saciarme eternamente de ti. Por tanto, oro a tu dulcísima misericordia, piadosísimo, suavísimo Señor Jesús, alimenta mi miserable alma con el recuerdo de tus beneficios, para que no desfallezca en la peregrinación fatigada por el peso de sus pecados. Tu bondad, Señor, me creó, y por tu bautismo me recreó, pacientemente hasta ahora me espera pecando cada día. La potencia de tu divinidad me hizo, la humildad de tu humanidad me rehizo. He aquí, Señor Jesucristo, por tu gracia donante, que eres mi Señor, mi Dios, he aquí recuerdo que, como anunciaste por tus santos desde el principio del mundo, nacido de la santa Virgen tomaste de ella verdadera carne, verdaderamente succionaste los pechos de la madre Virgen, alimenta mi alma pecadora con tu santa carne, sáciala con tu dulzura. Puesto en el pesebre, fuiste envuelto en pañales, envuelve mi alma con los pañales de tu misericordia, para que no quede desnuda ante ti. Los pastores y los Magos venidos de oriente te adoraron en el pesebre yacente, hazme, Señor, adorarte fielmente ahora sentado en el cielo. Permitiste que tu carne fuera circuncidada, circuncida de todo pecado mi mente. Fuiste presentado en el templo, Simeón te recibió en sus brazos, preséntame a tu santa

majestad, para que te abrace con los brazos de mi alma. Estabas sujeto a tus padres en tu pureza, hazme sujeto a ti, y a todos a quienes me sujete tu disposición. Fuiste bautizado por Juan, en la infancia tú me bautizaste, después de tu santo bautismo muchas veces me he contaminado, por la verdadera confesión y penitencia bautízame. Ordenaste a los pecadores hacer penitencia, prometiste indulgencia a los que dignamente se arrepienten, hazme arrepentirme de mis pecados para que merezca obtener de ti su perdón. Enseñaste la verdad, la mansedumbre, la justicia, enseña e ilumina mi corazón, para que merezca ser uno de aquellos a quienes enseñando interiormente iluminaste. Hiciste milagros, virtudes, sanidades en los cuerpos y almas de los hombres, cuanto te plació; sana las enfermedades de mi alma, porque he pecado contra ti. Ayunaste por mí, hazme abstenerme de todo pecado por tu amor. Tuviste hambre por mí, hazme tener hambre de ti, que eres el verdadero pan. Te fatigaste por mí, fortalece, repara el cansancio de mi alma. Dulcísimo y misericordiosísimo Señor Jesucristo, mientras cenabas con tus amigos, les lavaste los pies, los alimentaste con tu cuerpo y sangre; lava mi cuerpo y alma de toda suciedad, y con ese mismo cuerpo y sangre tuya, para que no desfallezca, fortalécela. ¿Qué más diré, Señor Jesucristo? Tú eres mi vida, mi salvación, mi dulzura, mi fortaleza, mi alegría, mi gozo, mi redención, mi resurrección. Tú fuiste entregado por mí, no entregues mi alma a las bestias. Fuiste atado por mí, desata las ataduras de mis pecados. Fuiste burlado por mí, líbrame de las burlas de los demonios. Dulcísimo Señor, tú solo hombre sin pecado fuiste azotado por mí, líbrame de los azotes que merecen mis iniquidades. Misericordiosísimo Señor, fuiste coronado de espinas por mí, quita de mí las espinas de mis pecados. Señor Jesús, benignísimo, tú llevaste sobre tus santos hombros tu cruz, hazme seguirte y llevar tras de ti mi alma. Altísimo Señor, tú exaltado en la cruz atrajiste todo hacia ti, atraeme hacia ti. Dulcísimo Señor, permitiste que tus manos y pies fueran perforados con clavos de hierro, que tu costado fuera abierto con una lanza, que tu sangre fuera derramada por los pecadores, por esa misma sangre lava mi alma de todos los pecados, y quita de ella todo dolor por las angustias que sufriste por nosotros. Dulcísimo Señor, recibiste la petición del ladrón, recibe la oración de mí pecador. Fuiste dado a beber vinagre por mí, embriaga mi alma con la miel de tu dulzura. Buen Pastor, pusiste tu vida por tus ovejas, no permitas que perezca y muera mi alma pecadora. Libraste del infierno las almas de los piadosos, libra mi alma de la condenación de los impíos. Fortísimo, potentísimo Señor Jesucristo, tú después de vencer la muerte, resucitando de entre los muertos vivo e inmortal apareciste a tus discípulos. Alegraste a los que estaban tristes por tu muerte, comiendo y bebiendo frecuentemente con ellos en la fe de tu santa resurrección fortaleciste su corazón, alegría y conforta mi alma, alma de tu siervo, en la fe de tu santa resurrección.

ORACIÓN XXXVIII. A CRISTO.

Señor Jesucristo, dulcísimo, suavísimo, bellísimo, hermosísimo, deseabilísimo, mi Señor y mi Dios, después de tu resurrección al cuadragésimo día, viendo tu piísima madre Virgen y gozando inefablemente, viendo tus amigos apóstoles y alegrándose inefablemente de tu glorificación, bendiciéndolos subiste al cielo y te sientas a la derecha del Padre. Bendícenos también a nosotros y haznos partícipes de tan gran exultación, que ellos tuvieron por la gloria de tu exaltación, y por estos beneficios tuyos, y otros innumerables con los que llamaste al hombre perdido a la salvación, mientras en esta vida soy retenido, repara y conforta mi miserable alma, para que cuando haya partido del cuerpo, alimentada y reconfortada con tan piadosas recordaciones y memorias, bajo las alas de tu misericordia, bajo los pies de tus santos apóstoles, bajo los pies de tu gloriosísimo testigo Esteban, y de los demás siervos tuyos que están contigo en tu santo lecho, pueda descansar, por tu misericordia, por tu don, Salvador del mundo, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XXXIX. A CRISTO, Y A TODOS LOS SANTOS.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, mi Señor y mi Dios, tú eres mi vida, mi salvación, sin quien no puedo vivir bien ni estar bien, porque incluso antes de que existiera y viviera, estaba contigo y vivía en ti, y antes de conocerme, tú ya me conocías. Benignísimo, suavísimo, dulcísimo, haz que recuerde tus misericordias que misericordiosamente has derramado sobre el género humano, haz que al recordarlas mi corazón se encienda con el fuego de tu amor en una llama perpetua. Poderosísimo Señor, tú me formaste en el vientre de mi madre, con tu poder me santificaste al nacer de mi madre con tu bautismo, inspiraste a mis padres para que me entregaran al estudio de las letras y a la sociedad de los monjes, me diste un ingenio para aprender las letras, tanto como te agradó, a pesar de mi ingratitud. Me has esperado pacientemente hasta ahora, pecando diariamente. Te ruego, te suplico, benignísimo Señor, que tu dulcísima misericordia no me permita nunca volver a las antiguas inmundicias de mis pecados, sino que me hagas perseverar en tu servicio con tus siervos. Sé, Señor, que no soy digno de ser escuchado por mis pecados, pero dame el consuelo y la intercesión de tus santos a quienes me atrevo a invocar ante ti, para que lo que no merezco por mis pecados, pueda obtenerlo con el apoyo de sus méritos, y no me excluyas de su compañía. Vosotros, todos los santos, hijos de la misericordia, siervos del Señor Salvador, que ya descansáis con Él en el descanso eterno, a quienes la misma caridad ha engendrado de sus entrañas, yo, pecador, os invoco, elevad mi oración a los oídos de vuestra madre, la altísima caridad. En primer lugar, me atrevo a suplicarte, tú que estás más cerca de nuestra salvación, tú que diste a luz nuestra vida, trajiste remedio al mundo perdido, bendita sobre las mujeres, Virgen madre de la misma misericordia, santa María, Señora del mundo, Reina del cielo, a tu santísima piedad encomiendo mi oración, para que la ofrezcas a tu amadísimo Hijo, nuestro Señor. Vosotros también, santos ángeles y arcángeles, san Miguel, san Rafael, san Gabriel, y todos los santos órdenes celestiales de virtudes, me atrevo a invocar para elevar mis oraciones a Dios. Vosotros, todos los santos patriarcas y profetas, que precedisteis y anunciasteis la venida de nuestro Salvador, sed ayudantes de mis oraciones. San Juan, tú, Bautista del Señor, amigo del mismo sumo Esposo, sé ayudante de mis oraciones. San Pedro, a quien el sumo Pastor encomendó apacentar sus corderos. San Pablo, vaso de elección del Señor Jesucristo, doctor de las naciones. San Andrés, san Jacobo, san Jacobo, san Juan amado del Señor Jesús, san Tomás, san Felipe, san Bartolomé, san Mateo, san Simón, san Tadeo, san Matías, san Marcos, san Lucas, san Bernabé. Todos los santos apóstoles y evangelistas, orad por mí, pecador; encomiendo mis oraciones a vuestros méritos. San Esteban protomártir de nuestro Señor Jesucristo, amigo de Dios, me encomiendo a tus méritos. Santos mártires, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan, Pablo, Cosme, Damián, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Vicente, Sebastián, y todos los mártires que por amor al Salvador derramasteis vuestra sangre, orad por nosotros. San Vedasto, Remigio, Benito, Martín, Ambrosio, Agustín, Hilario, Basilio, Nicolás, Amando, Gregorio, Germán y todos los santos confesores que por la santidad de vuestra vida agradaron a Dios, orad por nosotros. Santa María Magdalena, que mereciste besar los pies del Señor Salvador, regarlos con lágrimas, ser la primera en ver al resucitado de entre los muertos, santa Felicidad, Perpetua, Águeda, Inés, Cecilia, Lucía, Anastasia, y todas las santas vírgenes, viudas y continentes, orad por nosotros. ORACIÓN XL. RITMO A DIOS Y A TODOS LOS SANTOS.

Dios Padre de los creyentes, salvación de los que en ti esperan, escucha las oraciones de tu siervo, que derrama con corazón suplicante. Hijo de Dios piadosísimo, que te dignaste nacer de la Virgen, escucha la ofrenda del corazón, sentado a la derecha del Padre. Espíritu Santo de ambos, dedo de la diestra de Dios, visita el secreto de la mente, y llénala de tu gracia. Personas de la santa Trinidad, pero unidad en la deidad, asiste a mis plegarias, favoreciendo

mis súplicas. Aumenta la fe, tú Trinidad, aumenta la esperanza, santa Unidad, para que al adorarte, deidad, me fortalezca tu caridad. Tú que eres llamado Dios hombre, y verdadero hombre eres conocido, acuérdate de mí, hombre, cuando vengas a juzgar. En esto que permaneces deidad, borra las cargas de culpa, para que esto que eres humanidad, aún desvíe la piedad. Juraste el reino a los Padres, lo prometiste a los seguidores, para que se conserve la promesa, concede el reino al siervo. Conceda tu piedad lo que demanda la humanidad, para que lo que prometió la caridad, lo alcance la herencia. María, virgen de las vírgenes: puerta de la redención, puerta de la salvación íntegra, levanta a los caídos. Extiende la mano poderosa, concede la ayuda del descanso, y por tu auxilio procura aplacar al Hijo. Reina del cielo, hija, Madre de Dios castísima, para que la mano del Hijo conceda lo que el siervo pide, socorre. Tú, Miguel arcángel, príncipe de la milicia celestial, ora, sacude al dragón, para que no cause daño en la herida. Intérprete de Dios, Gabriel, y medicina, Rafael, con querubines y serafines, matad la herejía del enemigo. Todos los espíritus del cielo, divididos en nueve grados, presentes ante los rostros de Dios, favoreced mis voces. Veinticuatro ancianos, ofreced esto que suplico. Vosotros que con cítaras y copas derramáis oraciones. Dignidad de los patriarcas, sublimidad de los profetas, ante la presencia de vuestro rey, soltad con la palabra del que suplica. Juan, precursor de Cristo, Bautista del rey ilustre, apresúrate, no tardes en cortar la mancha de la herida. A quien, encerrado en el vientre de la madre, saliste con movimiento corporal, a quien señalaste con el dedo, haz que socorra al miserable. Llave del reino celestial, portador de la señal de los apóstoles, Pedro, primero en el orden, mira la fragilidad. Que por ti tu mente vea, cuánto vale la suerte humana; y mientras te recuerdes, recuerda la caída del hombre. Tú pidiendo clemencia, extiende hacia mí la diestra, quien te suspendió en el río, cuando te dijo: Hombre de poca fe. Salve, cadenas de culpa, a esto dada la potencia, a quien nombras Verbo de Dios, de quien eres llamado Barjona. Pablo, tú doctor de las naciones, y testimonio de Cristo, mientras predicas al mundo entero, procura ofrecer ayuda. Juan, gracia de Dios, sutil como águila, sacia mi fuente, de cuyas aguas bebiste. Quien te asocia a la madre, y abre lo cerrado del cielo, perdone mi miseria, por el don de tu oración. Los demás apóstoles, otros evangelistas, las huestes de los discípulos, ayudad estas súplicas. Vosotros, niños inocentes, que por Cristo sois mutilados, dad vuestro auxilio, que clamáis: Vénganos. Y tú, protomártir Esteban, primero en la contienda, heredero del nombre sagrado, asiste a los deseos. Desnudas la cabeza a las piedras, se abre la entrada del cielo, ves a Jesús de pie, soportas a los enemigos con seguridad. Oraste de rodillas por los enemigos, postrado, por el siervo suplicante intercede, te lo pido. Tú, mártir invictísimo, piadoso asiste al siervo que te suplica con diligencia. Tú que sediento de martirio, con oración secaste el río, buscando los reinos celestiales, con sentencia capital. Disuelve los lazos del crimen, por Jesucristo nuestro Señor, para que contigo en los celestiales me una a las huestes de los santos. Vicente, mártir ilustre, carbones floreciendo en sangre, teniendo el cielo en don, procura interceder por mí. Lorenzo, soldado pertinaz, en la fe piadosamente contumaz, a quien sirves en el fuego, procura orar por mí. Todos los coros de mártires, despreciando el cuidado de los cuerpos, a quien derramáis sangre, hacedlo propicio. Silvestre admirable, noble en confesión, hecho cabeza de la Iglesia, mira la oración. Puesto en la sede de Pedro, su vicario, consorte de su gloria, gozando en la cumbre del cielo. Atiende mis gemidos, ayudando con tus oraciones, quien multiplica el talento, para que agrade a tu rey. Gregorio, prelado óptimo, flor de toda la Iglesia, candelabro de la casa de Dios, ruega al Señor que perdone. Martín, estrella de Galia, ferviente en el don de las virtudes, a quien el rey... Haz que el Señor socorra. Confesión de sacerdotes, oración de confesores, ante la presencia del sumo rey ofreced las oraciones del siervo. Verdaderamente feliz Felicidad, que primera entre otras, por el mérito de la caridad, tienes este privilegio. Mientras contemplas a Cristo con la mente, desprecias todas las cosas terrenales, ayúdanos ante Él, en cuya gloria te regocijas. Oh María Magdalena, apresúrate a dar ayuda, a quien primero se ofreció Cristo, cuando la

muerte pereció. Paloma sencilla de ánimo, asiste al que ora, te lo ruego, que corona del martirio buscas el abrazo del Señor. Todas las vírgenes consagradas, llevando lámparas al esposo, teniendo aceite en las vasijas, buscad mi bien. Santa asamblea de los santos, una comunión, socorredme, e interceded ante Cristo. Sé, Cristo, propicio, ve los gemidos que derramo, y a quien creaste con tu diestra, líbrame de todo mal. Tú que naces, mueres, resucitas, quieres ascender al cielo, y envías al Espíritu Santo, límpiame de la mancha de los crímenes. Cuando vengas, juez del mundo, a dar recompensa a los siervos, colócame con las ovejas a la derecha, no con los cabritos. Prepara el pan de la Iglesia, protegiéndola al gobernarla, que aunque en parte se divida, al final se cree simple. Al señor de la sede romana, y al rebaño sometido a ella, a quienes redimiste con sangre, digna siempre gobernar. Al prelado de este lugar, estable en tu fe, conserva a tu pueblo, protegido con el escudo de la cruz. A las almas de los fieles que carecen de esta luz, para alabanza perpetua tuya, prepara el descanso eterno. Cordero de Dios, suavísimo, que purgas al mundo del crimen, escucha, perdona, ayuda, ten piedad y libera. Cristo, camino, luz, verdad, esplendor de Dios y caridad, Salvador y esencia, Alfa y Omega, ten piedad. Amén.

ORACIÓN XLI. A LA CRUZ DEL SEÑOR.

Santa cruz, por la cual se nos recuerda aquella cruz en la que nuestro Señor Jesucristo nos resucitó de la muerte eterna a la que todos miserablemente nos dirigíamos, a la vida eterna que habíamos perdido pecando; te adoro, venero y glorifico en ti aquella cruz que nos representas, y en ella al mismo misericordioso Señor nuestro, y lo que por ella misericordiosamente obró. ¡Oh cruz amable en la que está nuestra salvación, vida y resurrección! ¡Oh madero precioso, por el cual fuimos salvados y liberados! ¡Oh signo venerable, por el cual fuimos marcados por Dios! ¡Oh cruz gloriosa, en la que solo debemos gloriarnos!

No debes ser recibida según la insensata impiedad de los crueles que te prepararon para el más benigno, sino según la sapientísima piedad de aquel que te asumió voluntariamente. Pues ellos no pudieron hacer nada, sino con su sabio permiso; ni él sufrió nada, sino con su misericordiosa voluntad. Ellos te eligieron para perpetrar a través de ti el crimen de su impiedad; él te eligió para consumir a través de ti la obra de su piedad. Ellos, para entregar a la muerte al justo; él, para liberar a los pecadores de la muerte. Ellos, para matar la vida; él, para destruir la muerte. Ellos, para condenar al Salvador; él, para salvar a los condenados. Ellos, para mortificar al vivificante; él, para vivificar a los muertos. Ellos insensata y cruelmente; él sabiamente y misericordiosamente. No debes, oh cruz admirable, ser estimada según la intención de la insensata crueldad, sino según el efecto de la misericordiosa sabiduría.

¿Cómo, pues, te alabaré? ¿Cómo te exaltaré? ¿Con qué afecto te oraré? ¿Con qué júbilo me gloriaré en ti? Por ti el infierno es despojado, y a todos los redimidos por ti se les cierra. Por ti los demonios son aterrados, reprimidos, vencidos y pisoteados. Por ti el mundo es renovado, y con la verdad brillando en él y la justicia reinando, es embellecido. Por ti la naturaleza humana pecadora es justificada, la condenada salvada, la esclava del pecado y del tártaro liberada, la muerta resucitada. Por ti aquella ciudad bienaventurada en los cielos es restaurada y perfeccionada. Por ti el Hijo de Dios quiso ser obediente al Padre hasta la muerte (Filip. II, 8, 9); por lo cual exaltado recibió un nombre que es sobre todo nombre. Por ti preparó su trono (Salmo IX, 8), y restauró su reino.

Oh cruz, que para tan inefables bienes has sido elegida y preparada, te alaban y exaltan no tanto la mente y lengua humana o angélica, como las obras que por ti han sido hechas. Oh tú,

en la que y por la que está mi salvación y vida. Oh tú, en la que y por la que está todo y todo mi bien, lejos esté de mí gloriarme sino en ti (Gálatas VI, 14). Pues ¿de qué me sirve concebir, nacer, vivir y disfrutar de todos los bienes de esta vida, y luego descender al infierno? Ciertamente, si así fuera para mí, mejor me hubiera sido no haber sido concebido. Y ciertamente así sería, si no hubiera sido redimido por ti.

¿Con qué afecto, pues, me gloriaré en ti, sin la cual no solo no tendría ninguna gloria, sino que además me poseería eternamente el luto infernal y la miseria? ¿Con qué deleite me regocijaré en ti, por la cual en lugar de la servidumbre de los tártaro, se me ha dado la herencia del reino de los cielos? ¿Con qué gozo me alegraré en ti, sin la cual hubiera sido para mí horroroso ser siquiera por un momento, y por la cual espero que me alegraré de estar bien eternamente? Pues aunque aún sirva a Dios entre la esperanza y el miedo; estoy seguro de que a estos bienes, si dando gracias, amando, viviendo en ti me gloriaré, por ti llegaré.

Sea, pues, por ti y en ti mi gloria, sea por ti y en ti mi verdadera esperanza. Por ti sean borrados mis pecados, por ti mi alma sea mortificada de la vida vieja, y resucite a la nueva vida de justicia. Haz, te lo ruego, haz que así como en el bautismo me limpiaste de los pecados en los que fui concebido y nacido, así me purifiques de aquellos que contraí después de haber renacido: para que por ti llegue a aquellos bienes para los que el hombre fue creado, por el mismo Señor nuestro Jesucristo, que sea bendito por los siglos. Amén.

ORACIÓN XLII. A LA SANTA CRUZ. De la edición de Gerberon aquí se recuerda.

Salve cruz gloriosísima, y de todos los maderos la más preciosa y espléndida, que con el toque de nuestro Creador fuiste santificada y con su preciosísima sangre teñida. Permaneces feliz, y permanecerás por los siglos: que si no naciste en la tierra del paraíso, no por el decoro de tus hojas propias o la belleza de tus hojas, sino por los castísimos miembros del rey eterno, que sostuviste, mientras redimía al mundo entero. Ahora no solo tu virtud resplandece, sino que también tu nombre es el más precioso para todo el mundo. Brillas en la tierra y en el cielo, llenas el mundo, iluminas el infierno. Las potestades angélicas te admiran, los príncipes del mundo te adoran, los satélites de los demonios te temen. Tú restauras lo perdido, conservas lo restaurado, santificas lo consagrado, reparas lo destruido, consuelas lo débil y roto, alegras lo doliente, salvas a los heridos por las artes demoníacas.

En tu presencia el infierno gime, los demonios tiemblan y huyen, la muerte se estremece, toda virtud contraria al escuchar tu santo nombre se aterroriza. Pues así como las maravillas de Jesucristo, que es la hostia viva, prevalecen, y son grandes e incomprensibles; así tu alabanza y tu virtud ninguna lengua mortal puede jamás expresar: allí está Cristo, tu fruto dulcísimo, él mismo tu flor hermosísima, tu olor suavísimo, tu adorno preciosísimo. Dulce madero, dulce fruto, dulce carga. Tú feliz, sola sostuviste el talento del mundo. Por lo tanto, ninguna compra hay en ti, ningún precio hay por ti, ninguna apreciación hay sobre ti. En comparación contigo el oro es como paja, las gemas como ceniza, y como estiércol toda gloria. Sol y nubes, luna y estrellas, y todo lo que pasa no te es igual. Ninguna parte del mundo cuadriforme lleva un árbol tan feliz en raíz, en fruto, en hoja, en flor, en santo germen.

Por eso yo, tu siervo inútil, cantando, gimiendo y lamentando, me postro ante tu presencia, y a ti oro y confieso, cruz venerable, por cuyo madero fui redimido, cuyo signo me ha confirmado, cuyo estandarte me ha protegido, cuyo nombre me ha defendido, cuya virtud hasta ahora me ha salvado, te adoro, te invoco, te suplico. Tú eres mi salvación, tú mi virtud, tú mi protección, tú mi muro, tú mi defensa, tú mi gozo y mi consuelo. En esta vida en la que estoy, sálvame; en las angustias, renuévame; en las adversidades, fortaléceme; en las

enfermedades, fortaléceme; en la muerte, líbrame de los demonios; de la muerte eterna, sácame: abre la puerta del paraíso, y a mi Redentor, mi Señor Jesucristo, que colgó crucificado en ti, después de esta vida miserable, úname. Amén.

ORACIÓN XLIII [antigua XLII]. A LA CRUZ DEL SEÑOR. De la santa cruz, y la bienaventurada Virgen, y el buen ladrón.

Salve cruz santa, mi salvación y vida. Salve cruz, que adora y desea el ejército de los ángeles. Salve cruz, que adora e invoca todo el coro de los santos. Oh verdadera santa y venerable cruz. He aquí un pecador y hombre infeliz, ante ti, y en ti crucificado permanece, aunque indigno; pero por sus pecados está tan ansioso, que casi no sabe qué debe hacer. Desea adorarte; pero no se atreve a levantar los ojos hacia ti. Tiene un buen deseo en ti; pero no siente ningún mérito en sí mismo, por el cual confíe en ti. Permanezco, pues, en tu presencia temeroso y dudoso; tanto que me avergüenzo de estar ante ti, y temo alejarme de ti. Me anima a estar ante tu presencia la memoria de la divina y tu piedad; pero me desanima la conciencia de mi miserable e inveterada iniquidad. También me veo gravemente presionado por estos dos, y casi no sé qué elegir. Sin embargo, he elegido más bien asistir inoportunamente a tu presencia, aunque debas matarme. Pues es mejor para mí morir junto a ti, que vivir lejos de ti; porque no hay muerte peor para el hombre, que cuando el hombre está lejos de ti.

Por tanto, te suplico humildemente, querida majestad y gran caridad, que cuelgas en la cruz, que no recibas inoportunamente mi importunidad, sino que mires oportunamente y misericordiosamente a mi necesidad. Tú eres mi esperanza, tú mi refugio, tú mi misericordia. Ten piedad, pues, ten piedad de mí, y enséñame cómo debo adorarte, y cómo puedo amarte. Aunque por mis pecados no sepa cómo debo adorarte y amarte; sin embargo, este es mi deseo, adorarte y amarte. Te suplico, Jesús verdaderamente piadoso y escuchable, por todo el amor que tienes en el hombre, mientras cuelgas en el madero, que hagas este bien especialmente con tu siervo, que no me canse ni me aburra estar en tu presencia y ante tu cruz, sino que más bien me deleite y agrade. Que deleite a mi alma asistir fielmente en tu presencia; y que agrade a los ojos de tu Divinidad mirarme misericordiosamente. Que me deleite llorar mi miseria, y que agrade a tu omnipotencia convertir mi tristeza en gozo.

Delecta, sin embargo, recordar lo que, colgado en la cruz, dijiste a tu bendita madre virgen: Mujer, he ahí a tu hijo (Juan XIX, 26). Y ahora, te ruego, benignísimo Señor, que me digas a mí, tu siervo: Hombre, he aquí a tu Dios, he aquí a tu redentor. A ti también, te suplico, virgen bendita entre todas las mujeres, que me digas: Hombre, he aquí a mi hijo, he aquí a tu Salvador. Veo, venerable señora, a tu hijo yaciendo en el pesebre, reconozco a tu hijo enseñando en el templo; pero en ningún lugar lo reconozco más ciertamente que colgado en la cruz. Pues allí él mismo da testimonio de sí diciendo: Mujer, he ahí a tu hijo (ibid.). Aquí, pues, feliz madre y digna de toda alabanza, intercede por mí, miserable, ante aquel que, al llamarse a sí mismo tu hijo, de algún modo se obliga como deudor a recibir tus plegarias con amor. Dile, pues: Hijo, este pecador clama a mí y suplica con lágrimas que interceda por él ante ti, para que le perdones sus pecados, que insensatamente cometió contra ti. Es verdad, Señor mío, es ciertamente verdad. Yo, culpable, confieso ante ti, Dios, y ante tu Madre, que desde mi infancia hasta ahora, al venir ante tu gloriosa cruz y ante la vista de tu santa majestad, no he venido, suplicado ni adorado como debía. Pero tú, que tienes por naturaleza perdonar y tener misericordia, no mires mi fragilidad y mi inmundicia pésima, sino perdona todo lo que he cometido negligentemente; porque tú eres mi única y verdadera esperanza, y no tengo mi confianza en otro, sino en ti solo, Dios vivo y verdadero.

Me da también gran confianza, sumo Redentor mío, aquella piadosa y dulce oración que hiciste por los que te crucificaban ante el Padre, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Pues si así oraste por tus crucificadores, ¿no orarás por tus adoradores? Y si en la cruz recordaste la indulgencia, ¿no te habrás olvidado de la misericordia en el cielo? Ten misericordia, te ruego, Señor, ten misericordia de mí, tu siervo; y o bien perdona tú, o intercede ante el Padre para que perdone. Por esto permanezco ante ti, y adoro tu santa cruz por la cual redimiste al mundo. Creo y confieso que por la elevación y extensión de tu cuerpo en el madero atrajiste a todos hacia ti que te aman rectamente. Atráeme, pues, dulcísimo Señor, atráeme y mi deseo tras de ti (Cantar de los Cantares I, 3); para que yo sienta el poder de tu cruz en mí.

Sienta, Salvador mío, el poder y el aroma que emana de tu cruz, como lo sentía aquel ladrón que decía: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Juan XXIII, 42). Quizás aquel ladrón te había visto antes iluminando a los ciegos o resucitando a los muertos, y no te había adorado. Pero entonces, al verte colgado en el madero, te adora diciendo: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Esto hizo en él tu cruz, lo que no pudieron hacer tus milagros. Este te conoció más verdadera y perfectamente colgado en la cruz, que enseñando en el templo o haciendo milagros. ¡Oh cuán grande es el poder de tu cruz, cuán grande es la gloria del que cuelga en el madero! Este ladrón, al ver tu madero, pronto reconoció tu reino; y al verte colgar, entendió que reinabas. ¡Oh cuán grande aroma salía de la cruz, que repelía toda infidelidad de él! ¡Oh cuán dignamente te llamaba su Señor, quien verdaderamente sabía que era tu siervo; porque con sus ojos contemplaba el precio con el que redimías completamente al mundo entero!

Pero, buen Jesús, ¿qué respondiste al ladrón que te oraba en la cruz? Hoy estarás conmigo en el paraíso (ibid. IX, 43). ¿Y qué es esto, oh rey deseable? Tú eres afligido con clavos, y prometes el paraíso. Tú cuelgas en el madero, y al ladrón le dices: Hoy estarás conmigo en el paraíso. Y, oh deseo de las almas, ¿dónde está el paraíso, porque le dices al ladrón: Hoy estarás conmigo en el paraíso? ¿Acaso el paraíso está contigo, y donde tú quieras, allí está el paraíso? ¿O eres tú indudablemente el paraíso, porque tan confiadamente prometes: Hoy estarás conmigo en el paraíso? Creo, Señor, creo ciertamente que donde tú quieras, y donde tú estés, allí está el paraíso; y estar contigo, eso es estar en el paraíso. Pues aquel venerable confesor y glorioso mártir estuvo contigo durante todo aquel hoy, y después por todo el tiempo. ¡Oh cuán bueno es estar contigo! ¡Oh cuán bienaventurados son aquellos que están contigo! Ellos verdaderamente están en el paraíso, verdaderamente están en los reinos, quienes están contigo en fe y amor.

Tu cruz, Señor, promete el paraíso y otorga el paraíso. Y por eso humildemente adoro tu cruz, te adoro en la cruz, y la cruz en ti. Finalmente, adoro la cruz por el que cuelga en la cruz. Adoro a quien el ladrón adoraba, y oro como él oraba: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Reconoce en mí, Señor, esta oración, como la reconociste en el ladrón. Recibe esta oración de tu siervo, como la recibiste de tu siervo. Acuérdate de mí en el reino, como te acordaste de él en el madero. Di, pues, di, te ruego, Señor, di a tu siervo, di a mi alma: Hoy estarás conmigo en el paraíso, para que yo, fortalecido por tu deseable promesa, permanezca fielmente en tu fe y amor, mi Redentor, mediador entre Dios y los hombres; que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XLIV [antigua XLIII]. A LA CRUZ DEL SEÑOR. Alabanza de la santa cruz.

Salve, santa cruz, nuestra fortaleza. Salve, cruz adorable, nuestra alabanza y gloria. Salve, cruz, nuestro auxilio y refugio. Salve, cruz, consuelo de todos los afligidos; salve, cruz, nuestra victoria y esperanza; salve cruz, nuestra defensa y vida. Salve, cruz, nuestra redención y liberación. Salve, cruz, signo de salvación, y muro inexpugnable contra toda fuerza del enemigo. Que la cruz sea siempre la esperanza de mi cristiandad. Que la cruz sea mi resurrección, mi muerte. Que la cruz sea mi triunfo contra los demonios. Que la cruz sea la madre de mi consuelo. Que la cruz sea el descanso de mi tribulación. Que la cruz sea el bastón de mi vejez. Que la cruz sea la medicina de mi enfermedad. Que la cruz sea la protección de mi desnudez. Que la cruz sea el consuelo de mi vida. Que la cruz sea en todas mis angustias mi solaz. Que la cruz sea el remedio en mis tribulaciones. Que la cruz sea en mis enfermedades mi medicamento, y contra todas las adversidades mi protección. Amén.

ORACIÓN XLV [antigua XLIV.] A LA CRUZ DEL SEÑOR. Elevación a la santa cruz.

Sálvame, santa cruz, que en el cuerpo de Cristo fuiste consagrada, y adornada como con perlas por la unión de sus miembros; que fuiste digna de llevar nuestro precio y nos trajiste la vida eterna. Buen Jesús, concédeme que por el signo y la reparación de la santa cruz, me libres de todas las incursiones de los enemigos y me conserves con tu bondad, perdones mis pecados, me otorgues el perdón de la indulgencia; tú que vives y reinas Dios, etc.

ORACIÓN XLVI [antigua XLV]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. Con el recuerdo de sus méritos y de nuestros males.

Oh beatísima y santísima siempre virgen María, he aquí que estoy afligido ante tu rostro de piedad, y me confundo mucho por las abominaciones de mis pecados, por los cuales me he vuelto deforme y horrible ante Dios y ante ti, y ante sus ángeles y todos los santos. Temo vehementemente el juicio extremo de condenación, cuando a cada uno se le retribuirá divinamente, según haya hecho bien o mal (II Cor. V, 10). Y porque por esto el temor y el temblor han venido sobre mí, y me han cubierto las tinieblas (Salmo LIV, 6), de mis malas acciones, y me veo leproso e inmundo; por eso sé que soy digno de ser separado de la sociedad de los fieles, a quienes me distingue de ellos el candor y la pureza de la castidad: por eso llorando y lamentándome, te ruego, Señor, que no apartes tu rostro de mí, muerto ya de cuatro días, lleno de un hedor intolerable; sino que más bien mires cuán gravemente he sido herido por la úlcera, y consideres cómo me curas con medicina celestial, y me restaures limpio a tu Hijo nuestro Señor Jesucristo, de quien tú eres madre y quien nació de ti. Pues tú sabes, misericordiosísima reina, que para esto naciste, para que por ti naciera el mismo Señor nuestro Jesucristo, verdadero Dios, verdadero hombre, en quien creo verdaderamente, y de cuya piedad no desespero; para que él, que era el Creador de los hombres, se hiciera también Salvador; y tuviera una madre tal, que intercediendo por los pecadores, obtuviera para él la salvación perfecta. Tú, sin embargo, señora madre de él, virgen en el parto, virgen antes del parto, y virgen después del parto. En ti permanece intacta la castidad, la pureza íntegra, y la firme constancia. Que te alegras de haber concebido virgen, y de haber llevado en tus castos entrañas al Señor del cielo, y de haber dado a luz virgen, y de haber sido saludada por el ángel, y de haber sido cubierta por el Espíritu Santo (Lucas I, 35). Y lo que la pureza angélica anunció, la Deidad inefable lo perfeccionó, y mereciste engendrar a aquel Dios, que permitió que todo naciera por su voluntad.

Tú, señora, te maravillabas tanto de la integridad de tu cuerpo, como de la fecundidad de tu concepción, y te alegrabas de dar a luz a tu padre, nuestro Señor Jesucristo: pues te alegraste con dos dones. Te maravillas de haber dado a luz virgen, y te alegras de haber dado al Redentor del mundo, Jesucristo Hijo de Dios. Por lo tanto, reina de la misericordia inefable,

creo que no estás vacía de las entrañas de la piedad, tú que engendraste la fuente de todo. Y tú que amamantaste al Ángel del gran consejo, puedes ser para mí también el ángel del gran consejo, si intercedes por mí ante el Hijo de Dios, que por ti apareció en carne al mundo, para que aquel que estaba oculto ante el Padre, desconocido por el mundo, al aparecer en carne fuera reconocido, y al ser reconocido, creído, y al creer en él, se salvara por la fe. Quien con su don inefable concedió que la naturaleza humana, creada a semejanza de su Creador, hecha disímil por el pecado y la muerte, no pereciera en la condenación eterna; sino que por ti la reparara con su inmensa piedad, y que tú, nueva e inmaculada virgen, expiaras la falta de la antigua mujer.

¡Oh admirable operación de la divina dispensación! Tú, bendita entre todas las mujeres, no conociste varón; y eres madre, y después de dar a luz al Hijo, permaneciste virgen. Esta fe santa, después de haberla recibido, señora, no siempre la mantuve por el camino recto, pues no obedecí a sus preceptos. Si hubiera procurado obedecerles, fácilmente me escucharías clamando a ti, a quien sabrías que agrado a tu hijo. Pero como el enemigo antiguo me sedujo, y me hirió con sus flechas, y me despojó de vestiduras blancas, y me vistió de negras y lacrimosas y medio quemadas por el fuego de mis pecados, por eso, vestido con vestiduras deformes, me presentaré ante ti. Por eso, clementísima reina y señora, no me desprecies; sino que, recordando la fragilidad humana, concede que no huya desesperado, sino que espere tu consuelo, que entonces probaré que ha llegado, si los incendios de crímenes e iniquidades que hay en mí, y especialmente aquellos en los que me quemo incansablemente, poco a poco en mí disminuyen por tu virtud y el rocío de tus intercesiones se extinguen en mi corazón y cuerpo.

Oh mi señora, ¿qué diré, o qué haré? Estoy en tinieblas, y no veo la luz del cielo. ¿A dónde iré, o a dónde huiré de la faz de tu hijo que juzga? (Salmo CXXXVIII, 5.) No tengo refugio en el oriente o el sur, ni en el occidente o el norte, ni en el abismo profundo; en todas partes está tu hijo, en todas partes entero, en todas partes presente, en todas partes discerniendo y juzgando todo, y habitando sobre las cosas celestiales. Que si me juzga justamente por mis actos, me habría convenido más no haber sido concebido, o haber muerto inmediatamente después de nacer. Ni esto me habría podido aprovechar, porque concebido y nacido en pecados, y muerto sin bautismo, sin duda habría perecido. Pues yo, concebido de pecadores y nacido pecador, bautizado y salvado, de nuevo me he hecho pecador. Y no tal como antes, sino más sucio y más inmenso; pues soy tal que el mundo no tiene peor. Por eso busco un ayudador tal, que después de tu hijo no puede encontrar el mundo mejor ni más excelente. El mundo tiene apóstoles, patriarcas, profetas, mártires; confesores, vírgenes, buenos y óptimos ayudadores, a quienes yo, suplicante, deseo orar. Tú, sin embargo, señora, eres mejor y más excelsa que todos estos ayudadores; porque a estos y a todos los demás santos, incluso a los espíritus angélicos, así como a los reyes y potestades del mundo, ricos, pobres, señores, siervos, mayores y menores, eres señora, y lo que todos estos pueden contigo, tú sola puedes sin todos ellos. ¿Por qué puedes esto? Porque eres madre de nuestro Salvador, esposa de Dios, reina del cielo y de la tierra, y de todos los elementos. Por eso te busco, a ti acudo, y te suplico que me ayudes en todo. Si tú callas, nadie orará, nadie ayudará. Si tú oras, todos orarán, todos ayudarán.

Miles de cientos de miles de hombres (reina piadosísima) claman a ti, y todos son salvados; ¿y yo clamaré a ti, y no seré ayudado? tal vez no; porque soy peor y el más malo de todos ellos. ¿Qué importa? Por eso no callaré. Clamando, pues, vocifero a ti. Egregia virgen, y piadosísima señora, perdóname y escúchame. Escucha al miserable, y consuela al afligido; recoge al errante, reanima al desesperado. Sana en mí las heridas que ves, por tus santas medicinas, y quitándome las vestiduras sucias, ofréceme vestiduras verdes y

resplandecientes, con las que renovado me presentes a tu hijo nuestro Señor Jesucristo. Sé para mí contra el diablo torre de fortaleza, muro inexpugnable, brazo de defensa. Recibe a aquel que se enfurece contra mí, y para que no me hiera con su astucia, tú lucha invenciblemente. Él es astuto y fraudulento, y no teme luchar contra los fuertes, sino que inflige mayores fuerzas de tentación contra los valientes que contra los débiles. Tú, sin embargo, celestial auxiliadora, que conoces sus astucias, así vence su fuerza común, para que ninguna de sus sugerencias astutas me engañe tentando; sino que cuando intente engañar, él mismo, confundido, se retire vencido por tu virtud, y yo, miserable, protegido por tu defensa, nunca cese de alabar a ti y a tu hijo.

Haz, oh feliz señora y dignísima de toda alabanza, que yo, tu siervo, que en toda la larga duración de mis días miserablemente he caído por los abismos de los pecados, ahora en los últimos días, haga penitencia por mis pecados cualesquiera que haya cometido en pensamiento, voluntad, obra y negligencia. Y aunque por mucho tiempo, es decir, desde el comienzo de mi vida, hasta esta hora, he perseverado en los mismos pecados que comencé; tú, sin embargo, reina de los cielos, obtén ante tu clementísimo hijo, que ya no reine la iniquidad en mí, sino la virtud de la divinidad. Que la abundancia de virtudes y oraciones me justifique, me limpie y me proteja, y conduciéndome por los caminos de la justicia me lleve y me eleve al bien de la perseverancia. En los últimos momentos de la vida, que ninguna olvido me embote, que ningún defecto de pasión impida el oficio de la lengua. Y completado el número de mis días, y perfeccionado en mí el santo ministerio de la Iglesia, merezca ser recibido por el ángel de luz, y liberado del ángel de la muerte, y llevado ante el tribunal del piísimo juez, donde por ti, señora, reciba la paz de la vida eterna. Amén.

ORACIÓN XLVII [antigua XLVI]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA.

Beatísima Madre de Dios y virgen perpetua María, santuario de todas las virtudes, al engendrar al Señor de las virtudes y rey de la gloria Cristo, por el mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo a quien mereciste engendrar, te ruego que para eterna gloria tuya, y para eterna salvación nuestra, por tu clemencia intercedas por mí, indigno de toda misericordia, ante la divina majestad, y te muestres propicia a las súplicas de tan gran pecador, señora, no te demores, de quien nos vino la felicidad de la bienaventuranza y la redención. Pues ciertamente, santísima María, portadora de Dios, soy indigno de dirigirme a ti en oración; pero la memoria de muchos que negaron a Cristo y a ti, que finalmente convertidos merecieron por tus intercesiones la integridad de su mente, me da confianza en mi esperanza, aunque soy más pecador de lo que mi lengua puede confesar; ¡ay de mí! mis pecados son más numerosos de lo que apenas pueden contarse. Y aunque no he observado correctamente la profesión de la cristiandad después del bautismo, sin embargo, nunca caí en el abismo de la negación con el corazón o la boca. Doy gracias a Dios Todopoderoso, que me sostuvo con tus santas oraciones. Para esto te hizo Dios, como esperamos, su madre; para que debieras ser madre de todos los que creen en él, a quien nos mandó llamar Padre.

¿Qué puede ser considerado más digno que ser madre de aquellos de quienes Cristo se digna ser padre y hermano? Él mismo, por su inusual bondad, ofrecerá a todos los progresos paternos, si siente, señora, que no niegas los afectos maternos. ¿De qué manera no te compadecerás de mí, madre de misericordia? ¿Dónde está mi esperanza sino en Dios y en ti? Por lo tanto, sin ti no hay piedad, ni bondad, porque eres madre de la virtud y de todas las virtudes. Por eso, ayúdame, señora, te lo ruego; porque no soy nada y sé que a la nada llegaré, a menos que te dignes ayudarme. Ayúdame, pues, y no niegues a uno el beneficio que a todos ofreces incluso sin ser solicitada. No tengo a dónde ir buscando consuelo en la vida, sino a ti,

a quien todos los culpables acuden. A ti acudo, porque tu hijo, nuestro Señor Jesucristo, nos proveyó de refugio en ti después de él. Acógeme, y ora a él para que me haga tal como me manda ser; y no permita más que sea engañado por las sugerencias de los demonios, sino que, por su piedad y tu intercesión, me permita disfrutar de la vida temporal, para que pueda alcanzar la eterna, con su ayuda, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN XLVIII [ol. XLVII]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA.

Santa y gloriosa Madre de Dios, siempre virgen María, que mereciste dar al mundo al Salvador, escúchame y ten misericordia de mí ahora y siempre por el honor de tu santa y excelentísima virginidad. Te suplico humildemente, sé mi salvadora y ayudante ante Dios omnipotente, para que él, como pastor piadoso y príncipe de la paz, me limpie de las manchas de mis pecados, me libre de las tinieblas del infierno y me conduzca a la vida eterna. Y aquel que por ti, castísima virgen, vino a este mundo, y salvó al género humano con su sangre, destruyó las puertas del infierno y abrió las del reino celestial; que él, por su misericordia, se digne salvarme y conservarme; y después del fin de esta vida pasajera, que por tus ruegos me conceda alguna parte de la eterna bienaventuranza en la compañía de los santos.

ORACIÓN XLIX [ol. XLVIII]. A LA MISMA MADRE DE DIOS.

De mérito singular, única sin igual, madre y virgen María, a quien Dios guardó inviolada en mente y cuerpo, para que fueras digna de que el Hijo de Dios, precio de nuestra redención, tomara cuerpo de ti: te ruego, misericordiosísima, por quien todo el mundo fue salvado, intercede por mí, miserable y manchado de todas las iniquidades, para que el Señor conceda a mi alma infeliz el amor de la pureza, el afecto de la limpieza, la constancia de la castidad. Yo, infeliz, he perdido la gracia de toda inocencia, de toda santidad; he violado de múltiples maneras el templo santo de Dios. Pero, ¿qué hago, refiriendo mis obscenidades a oídos inmaculados? Temo, señora, temo; y con la conciencia acusándome, me avergüenzo desnudo ante ti. ¿A quién, moribundo, ofreceré mi herida? ¿A quién iré, y ante quién lamentaré mi dolor, o cuándo esperaré beneficios de salud de otro lugar, si se me cierra ese único refugio de eterna piedad? Escucha, pues, señora, escucha propicia, escucha y atiende al ciudadano perdido de la herencia tuya, después de largos exilios, después de largos suspiros, después de crueles burlas, después de muchos suplicios, regresando a los pechos de tu consuelo.

Recuerdo y es deleitable recordar cómo, para encomendar a los miserables tu único patrocinio, revelaste a un siervo tuyo en sus últimos momentos tu memorable nombre. Apareciéndole en sus angustias, y preguntándole si te reconocía, cuando él, temblando, respondió: "No, señora", tú, por tu benignidad, le dijiste tan suavemente, tan familiarmente: "Yo soy la madre de misericordia". ¿Ante quién, pues, los miserables, ante quién los desolados gemimos más rectamente lamentando los males de toda nuestra calamidad y miseria, que ante ti, verdadera e indudable madre de misericordia? Madre santa, madre única, madre inmaculada, madre incorrupta, madre de misericordia, madre de piedad e indulgencia, abre el seno de la piedad y acoge al muerto en pecados. He aquí, señora, el hijo pródigo, desnudo y desgastado de pies, desde el lugar del horror, desde la nube de inmundicia y hedor suspira, clama, y llama a la madre que no olvida cuántas veces lo has protegido, cubierto, excusado ante el Padre. Y ciertamente, aquel piadosísimo y benignísimo padre, tú tan dulce y suave madre. Reconoce, bendita, a tus hijos a quienes tu amado unigénito no se avergonzó de llamar sus hermanos. Y si por aquel hijo tuyo inocente crucificado una espada atravesó tu alma (Luc. II, 35), ¿cómo te contendrás sobre tus huérfanos muertos en pecado; cómo, señora, podrás contener tus lágrimas y llantos maternos? Somos arrastrados, somos

arrebatados, somos capturados; no hay quien nos libere, no hay quien nos redima, quien se levante temprano y se comprometa por nosotros. Levántate, piadosa; levántate, propicia; entra en el santuario de la escucha, y extiende tus manos inmaculadas ante aquel altar dorado de la reconciliación humana. Será por ti alcanzable lo que por ti pedimos, será por ti excusable lo que tememos. Y no podrá sostenerte mucho tiempo suplicando por nosotros, a quien tú tan frecuentemente has consolado, dulce madre, al infante llorando. ¿Quién, pues, más poderosa en méritos para aplacar la ira del juez, que tú, que mereciste ser madre de ese mismo Redentor y juez? No dudes, señora mía; él es mi boca y mi carne, mi salvación y mi gloria, él nuestra cabeza, él conoció nuestra formación (Sal. CII, 14).

Ornamento de las vírgenes, señora de las naciones, reina de los ángeles, fuente de los jardines, ablución de los pecados, santa y perpetua virgen María, socorre al miserable, ayuda al perdido; para que quien ya, ¡ay dolor!, no se atreve a esperar aquella estola virginal angélica; por tus méritos, gloriosa, reciba alguna vestidura nupcial. Finalmente, y si no mereceré, más bien porque no mereceré acercarme más e intervenir en los coros floridos y fragantes de vuestra gloria; al menos, puesto a distancia y colocado lejos, merezca ver y oír vuestros procesos, vuestros tambores, vuestros conciertos, y cualquier cosa de gloria y exultación que sea, cuando bailéis siguiendo al cordero dondequiera que vaya.

Virgen singular, suma y perpetua virgen, única madre y virgen, santa María, al final de mi oración, en el extremo de esta fatuidad de súplica, indigno, esto uno ruego, esto uno suplico y pido en el nombre de tu amado hijo, concédeme, miserable, la memoria continua y perenne de tu dulcísimo nombre. Sea alimento dulcísimo, alimento suavísimo de mi alma. Que esté presente en mis peligros, esté presente en mis angustias, esté presente en el principio de mi alegría. Pues si por este don de Dios y tuyo merezco obtenerlo, ciertamente nunca, nunca temo perecer completamente. Pues siempre estará presente tu gracia, estará presente tu misericordia y protección. Y si en el infierno fuere sumergido, allí me buscarás, y de allí me sacarás, y me devolverás a tu hijo, quien me redimió y lavó con su sangre, Jesucristo nuestro Señor, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios.

ORACIÓN L [ol. XLIX]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. Con el recuerdo de los pecados, para despertar la apatía.

Santa, y entre los santos después de Dios singularmente santa, María, madre de admirable virginidad, virgen de amable fecundidad, que diste a luz al Hijo del Altísimo, que diste al perdido género humano al Salvador, Señora resplandeciente de tanta santidad, sobresaliente de tanta dignidad, que ciertamente es seguro que no estás dotada de menor poder y piedad. A ti, oh madre de la vida, oh madre de la salvación, oh templo de piedad y misericordia, a ti se esfuerza por presentarse mi miserable alma, enferma de los vicios, desgarrada por las heridas de los crímenes, podrida por las úlceras de los delitos, a ti se esfuerza cuanto puede la moribunda por suplicar, para que con tus poderosos méritos y tus piadosas oraciones te dignes sanarla. Pues así, piadosa señora, está alienada de sí misma por la inmensidad del estupor, que apenas tiene sentido del enorme languor. Así está manchada de suciedad y hedor, que teme que tu rostro misericordioso se aparte de ella; así se consume desesperando de la conversión de tu mirada, que incluso su boca enmudece para la oración.

Mis pecados, mis maldades, si tenéis mi alma muerta por vuestro veneno; ¿por qué la hacéis tan horrible con vuestra fealdad, que la misericordia no pueda mirarla? Si la cubrís de la esperanza de ser escuchada con vuestro peso, ¿por qué le obstruís la voz de la oración con vuestra vergüenza? Si habéis hecho su mente demente por vuestro amor, ¿por qué le devolvéis su sentido con vuestro entumecimiento no sintiente? ¡Ay, vergüenza de la

iniquidad sucia, en presencia de la santidad resplandeciente! ¡Ay, confusión de la conciencia inmunda, ante la limpieza resplandeciente! Oh tú, bendita sobre las mujeres, que superas a los ángeles en pureza, superas a los santos en piedad; el espíritu moribundo anhela el respeto de tanta benignidad; pero se avergüenza ante la vista de tanto resplandor. Pues deseo, señora, rogarte que, por el respeto de tu misericordia, cures las heridas y úlceras de mis pecados; pero me confundo ante ti por el hedor y la suciedad de ellos. Temo, señora, aparecer ante ti en mis inmundicias y horrores, no sea que tú me aborrezcas por ellos, y no puedo, ¡ay de mí!, ser visto sin ellos.

Oh condición perturbada y confusa del pecado. He aquí, pues, vosotros, mis pecados, ¿cómo desgarrando me distraéis, distrayendo me corroéis, corroyendo atormentáis mis entrañas? Pues los mismos pecados míos, oh Señora, desean ser conocidos por ti, por la curación, huyen de aparecer ante ti, por la execración: pues no se sanan sin confesión, ni se revelan sin confusión. Si se ocultan, son incurables; si se ven, son detestables. Me queman con dolor, me aterrorizan con miedo. Me abruman con su peso, me oprimen con su carga, me confunden con su vergüenza.

Oh tú, piadosa y poderosa, y poderosamente piadosa María, de quien nació la fuente de la misericordia, no contengas, te ruego, tan verdadera misericordia, donde reconoces tan verdadera miseria. Pues si yo me confundo en la obscenidad de mi iniquidad ante el resplandor de tu santidad, ¿te avergonzarás tú, señora, ante el miserable afecto de la piedad innata? Si yo confieso mi maldad, ¿negarás tú tu benignidad? Si mi miseria es mayor de lo que me conviene, ¿será tu misericordia menor de lo que te corresponde? Pues cuanto más, oh señora, mis delitos ante Dios y ante ti son sucios; tanto más necesitan de su curación y de tu ayuda. Sana, pues, clementísima, la enfermedad; y borrarás la fealdad que te ofende. Quita, benignísima, el languor, y no sentirás el hedor que aborreces: haz, piadosísima, que no haya lo que duela; y no habrá lo que a tu pureza ofenda. Haz, señora; escúchame, señora. Sana el alma del pecador, tu siervo, por la virtud del bendito fruto de tu vientre, que se sienta a la derecha de su omnipotente Padre, superlaudable y superglorioso por los siglos (Dan. III, 53).

ORACIÓN LI [ol. L]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. Cuando la mente está oprimida por el miedo.

Virgen venerable en el mundo, madre amable para el género humano, mujer admirable para los ángeles, María santísima, cuya bendita virginidad consagra toda integridad, cuyo glorioso parto salva toda fecundidad. Gran señora, a quien agradece la alegre asamblea de los justos, a quien acude la aterrada multitud de los culpables. A ti, poderosa y misericordiosa señora, yo pecador y ciertamente muy pecador, ansioso acudo. Viéndome, señora, ante la justicia omnipotente del juez estricto, y considerando la intolerable vehemencia de su ira, pondero la enormidad de mis pecados, y la condigna inhumanidad de los tormentos. Por tanto, señora clementísima, turbado por tanto horror, aterrorizado por tanto pavor, ¿a quién imploraré más fervientemente la intervención, que a quien su vientre acogió la reconciliación del mundo? ¿De dónde esperaré más seguramente la rápida ayuda en la necesidad, que de donde sé que vino la propiciación al mundo? ¿O quién intercederá más fácilmente por el reo para obtener el perdón, que quien amamantó a aquel justo vengador y misericordioso perdonador general y singular? Pues así como, beatísima, es imposible que olvides estos méritos tan singulares y tan necesarios para nosotros; así, suavísima, es increíble que no te apiades de los miserables suplicantes. Bien sabe el mundo, y nosotros, pecadores del mundo, de ninguna manera permitimos disimular: sabemos bien, digo, señora, sabemos bien quién es el Hijo del hombre, o de qué hombre es hijo, que vino a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). ¿Acaso tú, señora mía, madre de mi esperanza, acaso olvidarás tú, por odio hacia mí, lo que tan

misericordiosamente fue revelado al mundo, tan felizmente divulgado, tan amorosamente abrazado? Aquel buen hijo del hombre vino a salvar al perdido voluntariamente, y la madre de Dios podrá no cuidar al perdido que clama? Aquel buen hijo del hombre vino a llamar al pecador al arrepentimiento (Luc. V, 32); y la buena madre despreciará al que suplica en penitencia? Aquel, digo, buen Dios, hombre manso, misericordioso Hijo de Dios, piadoso Hijo del hombre vino a buscar al pecador errante; y tú, buena madre suya, poderosa madre de Dios, ¿rechazarás al miserable que ora?

He aquí, oh Virgen, el hombre de quien nació Dios hombre para que el pecador hombre fuera salvado, he aquí ante el buen hijo tuyo, y ante la buena madre suya, se arrepiente y confiesa, gime y ora el pecador hombre. Os ruego, pues, buen Señor y buena señora, os ruego, piadoso hijo y piadosa madre, os ruego por esta misma verdad, por esta singular esperanza de los pecadores, que así como verdaderamente tú eres su hijo, y tú su madre para que el pecador sea salvado, así así sea absuelto y curado, sanado y salvado este pecador. Que pruebe en sí, que pruebe este vuestro pecador que verdaderamente sois, que sienta en sí que para la salvación de los pecadores sois tú hijo, y tú madre. Ciertamente vuestro pecador de ambos. Pues cuando pequé contra el hijo, irrité a la madre; ni ofendí a la madre, sin injuria al hijo. ¿Qué hará, pues, el pecador? ¿A dónde huirá, pues, el pecador? ¿Quién te reconciliará con el hijo, con la madre enemiga; quién te aplacará a la madre con el hijo enojado? pero si ambos estáis ofendidos, ¿no sois ambos clementes? Huya, pues, el reo del justo Dios a la piadosa madre del misericordioso Dios. Refugie el reo de la madre ofendida al piadoso hijo de la madre benigna. Ingrése el reo de ambos entre ambos, introdúzcase entre el piadoso hijo y la piadosa madre. Piadoso Señor, perdona al siervo de tu madre; piadosa señora, perdona al siervo de tu hijo; buen hijo, aplaca a tu madre por tu siervo; buena madre, reconcilia a tu siervo con tu hijo. Quien me introduzco entre dos tan inmensas piedades, no caeré en dos tan poderosas severidades. Buen hijo, buena madre, no sea en vano para mí que confieso de vosotros esta verdad, ni me avergüence de esperar en vosotros esta piedad. Amo, pues, la verdad que confieso de vosotros, y suplico la piedad que espero en vosotros.

Di, juez del mundo, ¿a quién perdonarás? Di, reconciliadora del mundo, ¿a quién reconciliarás: si tú, Señor, condenas; y tú, señora, te apartas del hombrecillo que confiesa vuestros bienes con amor, sus males con dolor? Salvador singular, di a quién salvarás? Madre de la salvación, di por quién orarás? si tú, Señor, ordenando, y tú, señora, consintiendo, los tormentos afligen al pecador que se execró, os suplica; si el infierno absorbe al reo que se acusa, os implora; si el tártaro devora al pobre que desespera de sí, en vosotros espera.

Dios, que te hiciste hijo de mujer por misericordia; mujer, que te hiciste madre de Dios por misericordia, o tened misericordia de los miserables, tú perdonando, tú intercediendo; o mostrad a quiénes más seguros huiré más misericordiosos, y mostrad en quiénes más ciertamente confiaré más poderosos. Pues si hay, más bien porque hay tan grande mi iniquidad, y tan poca mi fe, tan tibia mi caridad, tan fatuo mi oración, tan imperfecta mi satisfacción, que no merezco el perdón de los delitos, ni la gracia de la salvación; esto es lo que suplico: que en lo que veis que mis méritos no me son suficientes, en eso vuestras misericordias se dignen no faltar. Ruego, pues, ruego, escuchadme, pero por vosotros no por mí, por la piedad que desbordáis, por el poder que abundáis, para que escape de los dolores merecidos de los condenados, y merezca entrar en las alegrías de los bienaventurados, para alabar a Dios, que es bendito y superlaudable por los siglos (Dan. III, 52) de los siglos. Amén.

ORACIÓN LII [ol. LI]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. Con meditación y alabanza de sus méritos.

María, tú, la gran María, tú, la más grande de las bienaventuradas Mariás, tú, la más grande de las mujeres. A ti, señora grande y muy grande, mi corazón desea amarte, mi boca anhela alabarte, mi mente desea venerarte, mi alma anhela suplicarte, porque a tu protección encomiendo toda mi existencia. Esfuércense las entrañas de mi alma; esfuércense cuanto puedan, si es que pueden, todos mis interiores, para que alaben tus méritos, amen tu bienaventuranza, admiren tu grandeza, supliquen tu bondad, de cuyo patrocinio diariamente necesitan, deseando imploran, implorando obtienen. Y si no según su deseo, al menos por encima o ciertamente contra su mérito. Reina de los ángeles, señora del mundo, madre de aquel que limpia el mundo, confieso que mi corazón es demasiado impuro, como para que con razón se avergüence de mirar a tan pura, ni pueda dignamente alcanzarla mirando. A ti, por tanto, madre de la iluminación de mi corazón, a ti, nodriza de la salvación de mi mente, te suplican, cuanto pueden, todas mis entrañas. Escucha, mi señora, asiste propicia, ayuda poderosísima, para que se limpien las impurezas de mi mente, se iluminen mis tinieblas, se encienda mi tibieza, se despierte mi letargo, para que así como tu bienaventurada santidad ha sido exaltada sobre todo después del supremo de todos, tu hijo, por tu omnipotente hijo, por tu glorioso hijo, por tu bendito hijo: así sobre todo después de mi Señor y Dios y de todos, tu hijo, mi corazón te entienda y venere, te ame y suplique con el afecto, no con el que deseo imperfecto, sino con el que debo hecho y salvado por tu hijo, redimido y resucitado. Oh madre de la vida de mi alma, nodriza del restaurador de mi carne, lactante del Salvador de toda mi sustancia. Pero, ¿qué diré? Mi lengua falla, porque mi mente no es suficiente. Señora, mi señora, todas mis entrañas están solícitas, para que te den gracias por tantos beneficios; pero ni pueden pensar en dignas, y les avergüenza proferir indignas. ¿Qué diré dignamente a la madre de mi Creador y Salvador, por cuya santidad se purgan mis pecados, por cuya integridad se me concede la incorruptibilidad, por cuya virginidad mi alma es amada por su Señor y desposada con su Dios? ¿Qué, digo, dignamente devolveré a la madre de Dios y de mi Señor, por cuya fecundidad fui redimido cautivo, por cuyo parto fui exento de la muerte eterna; por cuya prole, perdido, fui restituido, y del exilio de la miseria a la patria de la bienaventuranza fui llevado? Bendita entre las mujeres (Luc. I, 28): todo esto me dio el bendito fruto de tu vientre (ibid., 42) en la regeneración de su bautismo, unas cosas en esperanza, otras en realidad; aunque todo esto yo mismo me lo quité pecando, de modo que ni tengo la realidad, y apenas mantengo la esperanza. ¿Qué, pues? Si por mi culpa se desvanecieron; ¿acaso seré ingrato a aquella por quien me sucedieron tantos bienes gratuitamente? Lejos de mí, no añada esta iniquidad sobre iniquidad. Más bien doy gracias, porque lo tuve; me duele, porque no lo tengo, oro para tenerlo: pues estoy seguro de que así como por la gracia del hijo pude recibirlo; así por los méritos de la madre puedo recuperarlo. Por tanto, oh señora, puerta de la vida, puerta de la salvación, camino de la reconciliación, acceso de la recuperación, te suplico por tu fecundidad salvadora, haz que se me conceda el perdón de mis pecados y la gracia de vivir bien, y hasta el fin este tu siervo sea custodiado bajo tu protección. El mundo envuelto en tinieblas estaba sujeto a las insidias y opresiones de los demonios; pero al salir el sol de ti, iluminado, evita sus lazos y pisotea sus fuerzas.

Tú, sala de la propiciación universal, causa de la reconciliación general, vaso y templo de la vida y salvación de todos, demasiado contraigo tus méritos, cuando en mí, pequeño hombre vil, recuento singularmente tus beneficios, que el mundo amante se alegra, clamando gozoso que son suyos. Tú, señora admirable por tu singular virginidad, amable por tu fecundidad salvadora, venerable por tu inestimable santidad, tú mostraste al mundo a su Señor y Dios, a quien no conocía: tú exhibiste visible al mundo a su Creador, a quien antes no veía: tú engendraste al mundo a su restaurador, a quien el perdido necesitaba: tú diste a luz al mundo a su reconciliador, a quien el reo no tenía. Por tu fecundidad, señora, el mundo pecador ha

sido justificado; el condenado, salvado; el exiliado, devuelto: tu parto, señora, redimió al mundo cautivo, sanó al enfermo, resucitó al muerto.

El cielo, las estrellas, la tierra, los ríos, el día, la noche y todo lo que está sujeto al poder o utilidad humana, se congratulan en el perdido decoro, resucitados de algún modo por ti, señora, y dotados de una nueva e inefable gracia. Pues todo parecía muerto, cuando había perdido la dignidad congénita de favorecer el dominio o los usos de los que alaban a Dios, para lo que fueron hechos; eran oprimidos por la opresión, y descoloridos por el abuso de los que servían a los ídolos, para los que no fueron hechos. Casi resucitados se alegran, cuando ya son gobernados por el dominio de los que confiesan a Dios, y decorados por el uso. Pero con una nueva e inestimable gracia casi exultaron, cuando sintieron no solo invisiblemente sobre ellos al mismo Dios, su Creador, gobernándolos, sino también visiblemente dentro de ellos, santificándolos al usarlos. Estos tantos bienes provinieron por el bendito fruto del bendito vientre de la bendita María.

Pero, ¿por qué solo hablo, señora, de que el mundo está lleno de tus beneficios? Penetran los infiernos, superan los cielos. Pues por la plenitud de tu gracia, también los que estaban en el infierno se alegran de ser liberados; y los que están sobre el mundo se regocijan de ser restaurados. Pues por el mismo glorioso hijo de tu gloriosa virginidad, todos los justos que murieron antes de su muerte vital, exultan por la ruptura de su cautiverio, y los ángeles se congratulan por la restauración de su ciudad semiderruida. Oh mujer maravillosamente singular, y singularmente maravillosa, por quien los elementos se renuevan, los infiernos se remedian, los demonios son pisoteados, los hombres son salvados, los ángeles son reintegrados. Oh mujer llena y superllena de gracia, de cuya plenitud desbordante toda criatura revive. Oh Virgen bendita y superbendita, por cuya bendición toda naturaleza es bendecida, no solo creada por el Creador, sino también el Creador por la criatura. Oh demasiado exaltada, a quien el afecto de mi alma intenta seguir, ¿a dónde huyes de la mirada de mi mente? Oh hermosa de contemplar, amable de contemplar, deleitable de amar, ¿a dónde escapas de la capacidad de mi corazón? Espera, Señora, al alma enferma que te sigue: no te escondas, señora, de quien poco ve, del alma que te busca. Ten piedad, señora, del alma que languidece suspirando tras de ti.

Es asombroso, en qué sublime lugar contemplo a María. Nada es igual a María: nada, excepto Dios, es mayor que María. Dios dio a su Hijo, a quien solo de su corazón, engendrado igual a sí mismo, amaba como a sí mismo, lo dio a María: y de María hizo para sí un hijo, no otro, sino el mismo; para que naturalmente fuera un mismo Hijo común de Dios y de María. Toda naturaleza es creada por Dios, y Dios nace de María. Dios creó todo, y María engendró a Dios. Dios que hizo todo, él mismo se hizo de María; y así todo lo que había hecho, lo rehizo. Quien pudo hacer todo de la nada, no quiso rehacerlo violado sin María. Dios, por tanto, es el padre de las cosas creadas, y María es la madre de las cosas recreadas. Dios es el Padre de la constitución de todo, y María es la madre de la restitución de todo. Dios engendró a aquel, por quien todo fue hecho; y María dio a luz a aquel, por quien todo fue salvado. Dios engendró a aquel, sin el cual absolutamente nada es; y María dio a luz a aquel, sin el cual absolutamente nada es bueno. Oh verdaderamente el Señor contigo, a quien el Señor dio, para que toda naturaleza tanto te debiera junto con él.

María, te suplico por la gracia, por la cual el Señor quiso estar contigo, y quiso que tú estuvieras con él; haz por la misma gracia, tu misericordia conmigo; haz que el amor por ti siempre esté conmigo, y el cuidado de mí siempre esté contigo. Haz que el clamor de mi necesidad, mientras persista, esté contigo; y la mirada de tu piedad, mientras yo subsista, esté conmigo; haz que la congratulación de tu bienaventuranza siempre esté conmigo, y la

compasión de mi miseria, cuanto me convenga, esté contigo. Pues como, oh beatísima, todo aquel que se aparta de ti y es despreciado por ti necesariamente perece, así todo aquel que se vuelve a ti y es mirado por ti es imposible que perezca; pues como, Señora, Dios engendró a aquel en quien todo vive, así tú, flor de la virginidad, engendraste a aquel por quien también los muertos reviven. Y así como Dios por su Hijo preservó a los ángeles bienaventurados del pecado, así tú, decoro de la pureza, por tu Hijo salvarás a los miserables hombres del pecado. Pues como el Hijo de Dios es la bienaventuranza de los justos, así, oh tú, salud de la fecundidad, tu Hijo es la reconciliación de los pecadores. No hay reconciliación, sino la que tú casta concebiste; no hay justificación, sino la que tú íntegra en el vientre llevaste; no hay salvación, sino la que tú, virgen, diste a luz. Por tanto, oh señora, eres madre de la justificación y de los justificados, eres madre de la reconciliación y de los reconciliados, eres madre de la salvación y de los salvados. Oh bienaventurada confianza, oh refugio seguro. La madre de Dios es nuestra madre; la madre de aquel en quien solo esperamos, y a quien solo tememos, es nuestra madre; la madre, digo, de aquel que solo salva, solo condena, es nuestra madre.

Pero, oh bendita y exaltada no solo para ti, sino también para nosotros, qué grande, qué amable es lo que veo que nos sucede por ti, lo que viendo me alegro, lo que alegre no me atrevo a decir. Pues si tú, señora, eres madre de él, ¿no son también otros hijos tuyos sus hermanos? Pero, ¿qué hermanos, y de quién de él, hablaré de lo que alegra mi corazón; o callaré, para que mi boca no sea acusada de arrogancia? Pero lo que creo amando, ¿por qué no lo confesaré alabando? Diré, pues, no por soberbia, sino dando gracias. Pues quien hizo que él mismo por la generación materna participara de nuestra naturaleza, y nosotros por la restitución de la vida fuéramos hijos de su madre, él mismo nos invita a confesar que somos sus hermanos. Por tanto, nuestro juez es nuestro hermano; el Salvador del mundo es nuestro hermano; en fin, nuestro Dios se ha hecho por María nuestro hermano. ¿Con qué certeza debemos esperar, con qué consuelo podemos temer, de quienes ya sea la salvación, ya sea la condenación, dependen del juicio de un buen hermano y de una piadosa madre? ¿Con qué afecto debemos amar a este hermano y a esta madre? ¿Con qué familiaridad nos encomendaremos a ellos? ¿Con qué seguridad acudirémos a ellos? ¿Con qué dulzura seremos recibidos al acudir? Que el buen hermano, pues, nos perdone lo que hemos delinquido; él mismo aparte lo que merecimos delinquiendo, él mismo nos conceda lo que pedimos arrepentidos. Que la buena madre ore e interceda por nosotros, ella misma pida e impetre lo que nos conviene. Ella misma ruegue al hijo por los hijos, al unigénito por los adoptados, al señor por los siervos. Que el buen Hijo escuche a la madre por los hermanos, al Unigénito por aquellos que adoptó, al Señor por aquellos que liberó. Oh María, cuánto te debemos, señora madre por quien tenemos tal hermano. ¿Qué gracias, qué alabanzas te devolveremos?

Gran Señor, tú nuestro mayor hermano, gran señora, tú nuestra mejor madre, enseñen a mi corazón con qué reverencia debe pensar en ustedes. Bueno tú, y buena tú; dulce tú, y dulce tú, digan y den a mi alma, con qué afecto al recordarlos se deleite, deleitándose se regocije, regocijándose se enriquezca. Enríquezcanla y enciéndanla con su amor; que mi corazón languidezca con su continuo amor, que se derritan todos mis huesos, que desfallezca mi carne. Ojalá así las entrañas de mi alma ardan con el dulce fervor de su amor, que las entrañas de mi carne se sequen. Ojalá así el interior de mi espíritu se enriquezca con la dulzura de su afecto, que las médulas de mi cuerpo se sequen.

Señor Hijo de mi señora, señora madre de mi Señor, si yo no soy digno de ser así beatificado por su amor, ciertamente ustedes no son indignos de ser así, más aún, más amados. Por tanto, benignísimos, no me nieguen a mí, que pido, lo que confieso que no merezco, para que no se les quite a ustedes lo que ciertamente no pueden negar que merecen. Den, pues, piísimos,

den, les suplico, a mi alma suplicante, no por mi mérito, sino por su mérito; denle cuanto son dignos, su amor. Den, digo, a mí lo que soy indigno, para que se les devuelva lo que son dignos. Pues si no quieren dar, para que tenga lo que deseo, al menos no nieguen para que les devuelva lo que debo.

Quizás hable presumiendo, pero ciertamente su bondad me hace audaz. Hablaré, pues, aún a mi Señor y mi señora, aunque sea polvo y ceniza (Gen. XVIII, 27). Señora y señora, ¿no es mucho mejor cuando ustedes dan gratuitamente al que pide lo que él mismo no merece, que cuando se les quita lo que justamente se les debe? Pues aquello es de misericordia digna de alabanza, esto es de injusticia nefanda. Impongan, pues, písimos, la gracia, para que reciban lo debido; hagan ustedes conmigo su misericordia que me conviene y les conviene, para que no haga yo con ustedes mi injusticia que a nadie conviene y a nadie conviene. Sean ustedes misericordiosos conmigo, lo que les suplico, para que no sea yo injusto con ustedes, lo que detesto. Den benignamente y benigna, para que no sean difíciles de suplicar, den a mi alma su amor, que ella no injustamente pide, y ustedes justamente exigen; para que ella no sea ingrata a sus bienes; lo que ella justamente teme, y ustedes no injustamente castigan.

Ciertamente, Jesús hijo de Dios, y tú, María madre, y ustedes quieren, y es justo que todo lo que ustedes aman sea amado por nosotros. Por tanto, buen Hijo, te ruego por el amor con que amas a tu madre, que así como tú verdaderamente la amas, y quieres que sea amada, así me des para que verdaderamente la ame. Buena madre, te ruego por el amor con que amas a tu hijo, que así como tú verdaderamente lo amas y quieres que sea amado, así me impetres para que verdaderamente lo ame. Pues aquí pido lo que para que se haga verdaderamente está en su voluntad. ¿Por qué, entonces, por mis pecados no se hará, cuando está también en su poder? Amante y misericordioso de los hombres, tú pusiste a tus reos y hasta la muerte amar, y ¿podrás negar a quien te ruega el amor de ti y de tu madre? Madre de este nuestro amante, que mereciste llevarlo en el vientre, y amamantarlo en el seno, ¿acaso no podrás, o no querrás impetrar al que pide el amor de él y el tuyo? Que, pues, te venere, como eres digna, mi mente; que te ame, como es justo, mi corazón; que te ame, como le conviene, mi alma; que te sirva, como debe, mi carne, y en esto se consuma mi vida, para que eternamente cante toda mi sustancia. Bendito sea el Señor por siempre; así sea, así sea.

ORACIÓN LIII [antigua LII]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA, Y A SAN JUAN EVANGELISTA.

Oh inmaculada y eternamente bendita, especial e incomparable virgen, Madre de Dios María, templo gratisimo de Dios, santuario del Espíritu Santo, puerta del reino de los cielos, por quien después de Dios vive todo el orbe de la tierra, inclina tus oídos de piedad, y esos tus ojos misericordiosos a mis indignas súplicas, y sé para mí, pecador, piadosa en todos los auxilios.

Y, oh beatísimo Juan, amigo familiar de Cristo, que fuiste elegido por el mismo Señor nuestro Jesucristo, y entre los demás más amado y más instruido en los misterios celestiales, hecho su apóstol y evangelista clarísimo, y guardián indiviso de su madre, te invoco también con la madre de este Salvador, para que te dignes llevarme tu ayuda con ella.

Oh dos gemas celestiales, María y Juan. Oh dos luminarias divinas que brillan ante Dios. Con sus rayos disipen las nubes de mis pecados. Ustedes son aquellos dos, en quienes Dios Padre por su Hijo edificó especialmente para sí una casa, y en quienes el mismo Hijo de Dios unigénito, por el mérito de la virginidad purísima, confirmó el privilegio de su amor, colgando en la cruz, diciendo a uno de ustedes: Mujer, he aquí tu hijo (Juan XIX, 26). Luego

al otro: He aquí tu madre (ibid., 27). En esta dulzura del amor sacratísimo, con la que así entonces por boca del Señor como madre e hijo fueron unidos mutuamente, a ustedes dos, yo N. pecador encomiendo mi cuerpo y mi alma, para que en todas las horas y momentos sean firmes guardianes y piadosos intercesores ante Dios para mí. Pues creo firmemente, confieso sin dudar que su voluntad, es la voluntad de Dios; y su no querer, es el no querer de Dios. Por lo tanto, y lo que sea que pidan, sin demora lo obtienen. Por esta tan potentísima virtud de su dignidad, pidan para mí la salud del cuerpo y del alma. Actúen, les ruego, actúen con sus gloriosísimas oraciones para que el Espíritu Santo se digne visitar e inhabitar mi corazón, que me purifique de todas las inmundicias de los vicios, me adorne con virtudes sagradas, me haga estar y perseverar perfectamente en el amor de Dios y del prójimo, y después del curso de esta vida me lleve a las alegrías de sus elegidos el benignísimo Paráclito, el mejor dador de gracias, que con el Padre y el Hijo coeterno y consustancial con ellos, y en ellos vive y reina el Dios omnipotente por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LIV [antigua LIII]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA.

Oh santa, oh bendita, en nuestras necesidades dignaos asistirnos con vuestro consejo y ayuda, tú que eres más pronta, más poderosa, más eficaz, más amable, más graciosa y más dulce que todos. Dulce eres en la boca de quienes te alaban, en el corazón de quienes te aman, en la memoria de quienes te invocan. Eres magnífica en todo sexo, en toda edad, en toda condición, en tribus, pueblos y lenguas. Tú eres la luna en medio del firmamento, el candelabro en medio del mundo, el árbol de la vida en medio del paraíso; tú eres mirra escogida, piscina en Hesbón, vara de humo de aromas, racimo de mirra e incienso entre los pechos del esposo, terebinto extendiendo ramas de gracia y salvación, entre las benditas eres superbendita, superelegida, superspeciosa, supergraciosa, supergloriosa, madre de aquel que otorga gracia, gloria, honor y eternidad.

Levántate, beatísima Virgen, misericordiosamente ora por nosotros; levántate y abraza la misericordia del Redentor; y ofrece oraciones continuamente por nosotros, a quienes ves tan gravemente ofendidos ante los ojos del Creador. Por ti, señora gloriosa, merezcamos ascender a Jesús, tu hijo, quien por ti se dignó descender a nosotros. Por ti, bienaventurada Virgen, podamos llegar a su gloria, quien por ti vino a nuestra miseria. Por ti tengamos acceso a tu Hijo, quien por ti redimió al mundo. Oh bendita inventora de la gracia, generadora de la vida, madre de la salvación, por ti nos reciba quien por ti nos fue dado. Excuse, piadosísima señora virgen María, ante tu piadosísimo hijo, tu integridad la culpa de nuestra corrupción, y tu humildad grata a Dios nos obtenga el perdón de nuestra vanidad. Tu copiosa caridad nos confiera la gloriosa fecundidad de méritos. Generalmente a todos los que te invocan, gloriosa virgen María, escucha, asiste a todos, socorre a todos, que todos en angustias y necesidades te sientan como ayudadora quienes creen que eres la madre de Dios.

Especialmente, que tu oración cotidiana y asidua defienda a aquellos cuya frecuente devoción te sirve, y quienes te recuerdan en la tierra, recuérdalos ante tu piadosísimo hijo, nuestro Señor en los cielos. Nuestra señora, nuestra mediadora, recomiéndanos a tu hijo, reconcílianos con tu hijo, preséntanos a tu hijo. Haz, oh bendita, por la gracia que encontraste, por la prerrogativa que mereciste, por la misericordia que engendraste, que quien se dignó hacerse partícipe de nuestra miseria e infirmitud por tu mediación, también por tu intercesión nos haga partícipes de su gloria y bienaventuranza eterna.

ORACIÓN LV [al. LIV]. A LA MISMA SANTA VIRGEN MARÍA.

Oh alma virgen María, más gloriosa que todos los espíritus de los ángeles y todas las almas de los elegidos, en toda la herencia de tu hijo Cristo nuestro Señor, cuanto más por él mereciste ser bienaventurada. Te suplicamos, pues, con suspiros lacrimosos, que ahora inclines tus oídos a los gemidos de nuestro dolor con magnífica piedad. Nosotros, pecadores inclinados a innumerables delitos, hemos merecido el suplicio infernal, donde de ningún modo se da lugar a la penitencia, ya que alguna vez prometimos fe a Dios, pero viviendo mal hasta ahora hemos mentido. Oh santa Madre de Dios, la más digna y purísima de todas las criaturas, limpia los ojos de los corazones ciegos, y muéstranos los caminos de la justicia. Orando, aparta de nosotros los vicios, e implanta los plantíos de las virtudes sagradas. Obtén el curso del eterno júbilo, que asiduamente sigue el premio supremo.

Así, te ruego, piadosísima señora, ora por nosotros en los cielos, para que borres todo lo que hemos delinquido en la tierra. No hay nada tan pequeño en nosotros que la oración, si te place, no pueda borrar. Oh santísima virgen María, nosotros que creemos que eres virgen y madre de Dios, creyendo sentimos que intercedes por nosotros. Y quienes confesamos que diste a luz a Dios y hombre, nos regocijemos de que por ti nos llegue la salvación. Y quienes afirmamos que eres mejor que todos los hombres, nos regocijemos de recibir por ti la felicidad. Y cuantas veces se acerque a nosotros tu divina misericordia, que no nos inflemos, esté presente tu protección. Y si viene la tribulación o la tentación, que no caigamos, esté presente tu santa oración. Así te ruego, señora clemente, por nuestra salvación derrama oraciones en los cielos, para que merezcamos disfrutar de las alegrías del paraíso después de la muerte.

Oh bienaventurada Madre de Dios, virgen María, templo del Dios vivo, aula del Rey eterno, santuario del Espíritu Santo. Tú vara de la raíz de Jesé, tú cedro del Líbano, tú rosa púrpura en Jericó, tú ciprés en el monte Sión; que con singular privilegio, así como no conoces comparación en todo, no obstante superas también la dignidad angélica, a quien por nuevo e inaudito milagro se le dio que el Verbo que antes de los siglos Dios engendró, se hiciera tu hijo, Dios y hombre. Tú lo engendraste al final de los siglos, para que fuera verdadero y perfecto Hijo de Dios, con doble naturaleza, pero una sola persona, Dios y hombre, un Emmanuel. Oh gloriosa parturienta, en quien sola se encuentra la fecunda virginidad, que así con entrañas inmaculadas diste a luz al Hijo de Dios que la integridad de la castidad intacta creció, no violó el sello de la integridad virginal.

A ti, mientras concebías, el Espíritu Santo te cubrió; no (¡Dios no lo quiera!) para que él mismo en tu santísimo vientre se hiciera por semilla de descendencia, sino más bien por virtud y poder del Creador. De ti nuestro sumo Pontífice tomó la hostia de su cuerpo, que en el altar de la cruz ofreció como sacrificio por la salvación de todo el mundo. Tú luz naciente de Nazaret. Tú alegría de Israel. Tú ornamento del mundo. Tú nobleza del pueblo cristiano. Oh reina y señora del mundo, escalera del cielo, trono de Dios, puerta del paraíso, escucha las oraciones de los pobres, no desprecies los gemidos de los miserables. Que por ti se presenten nuestros votos y suspiros ante el Redentor; para que quienes somos excluidos por nuestros méritos, por ti obtengamos lugar ante los oídos de tu piedad. Borra los pecados, relaja los crímenes, levanta a los caídos, libera a los encadenados. Que por ti se corten las zarzas y brotes de vicios, surjan flores y ornamentos de virtudes. Aplaca con oraciones al Juez, a quien con singular parto engendraste Salvador, para que quien por ti se hizo partícipe de nuestra humanidad, por ti también nos haga partícipes de su divinidad. Quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

284 ORACIÓN LVI [al., LV]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. En su Natividad.

Dígnate permitirme alabarte, virgen sagrada; dame fuerza contra tus enemigos, y contra el enemigo de todo el género humano. Dame fuerza para suplicarte humildemente. Dame fuerza para alabarte fervientemente con oraciones, por los méritos de tu sacratísima natividad, que naciste en el mundo como alegría para toda la cristiandad, esperanza de vida y consuelo. Cuando naciste, Virgen santísima, entonces el mundo fue iluminado. Raza bendita, raíz santa, y bendito tu fruto, que sola mereciste concebir a Dios virgen llena del Espíritu Santo, llevar a Dios virgen, dar a luz a Dios virgen, permanecer virgen después del parto. Ten misericordia, pues, de mí pecador, y ayúdame, señora, para que así como tu gloriosa natividad, de la semilla de Abraham, nacida de la tribu de Judá, clara de la estirpe de David, anunció alegría al mundo entero; así me llene de verdadera alegría, y me limpie de todo pecado. Ora por mí, Virgen providentísima, que tus alegrías salubérrimas de tu natividad confieran el velo de indulgencia a todos mis pecados. Santa Madre de Dios, floreciente como el lirio, ora a tu dulce hijo por mí, miserable pecador. Amén.

ORACIÓN LVII [ol. LVI]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. En su Anunciación.

Te ruego, Virgen dulcísima, por los méritos de tu salubérrima anunciación, y por aquel saludo angélico ave, que recibiste del santo Gabriel mensajero de tu salvación, mensajero de la Encarnación del Verbo divino, mensajero de la vida eterna, mensajero de nuestra salvación por ti, que recibas nuestras oraciones. Misericordiosísima señora, grandes son mis pecados, pero mayor es tu gracia; porque tú eres llena de gracia, y el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Madre de toda gracia, ora por mí, para que así como tu anunciación fue el fin cercano de la antigua culpa, esperanza de la gracia prometida, y para todos los que la esperaban en verdad fue origen y camino de la gracia futura; así en mí, en honor de tu alegría, pensada en el corazón, pronunciada con la boca, el recuerdo de tu misma anunciación sea en mí fin y abolición de toda mi culpa antigua y nueva, y gracia salvadora de castidad continua. Ayúdame, mi señora, esperanza de los vivientes, y consuelo de los tristes, socorredora de los necesitados, misericordiosa con todos, para que reconociendo mi culpa por los mismos azotes de dolor y tristeza e infirmitud; por las alegrías de tu santísima anunciación merezca obtener por tu misericordia remedio de la infirmitud, y alegría del dolor; para que en útil dolor, en castidad de corazón y cuerpo, en humildad de mente, en integridad de fe, y en toda bondad me esfuerce en adelante por agradar a Dios, y se regocije mi espíritu en Dios mi salvador todo el tiempo de mi vida. Santa Madre de Dios, socorre e intercede ante tu dulce hijo por mí pecador. Amén.

ORACIÓN LVIII [ol. LVII]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. En su Parto.

Virgen santísima, dame fuerza por los méritos de tu santísimo parto virginal, contra tus enemigos. Bendita eres, María, que llevaste al Señor de todos, Creador de los siglos. Engendraste a quien te hizo, y permaneces virgen eternamente. Benditas entrañas, que llevaron al Hijo del eterno Padre. Benditos tus pechos, que amamantaron a Cristo el Señor. Bendita y venerable eres, Virgen María, llena de la bienaventuranza de todos los bienes. Bendita madre, que sola sin dolor diste a luz, porque tú sola pariste Virgen. Bendita y bendecida entre las mujeres; porque nacido de ti Virgen, Cristo nuestro Dios, con su santísima natividad, al resolver la maldición del primer padre y de la primera mujer que paría con dolor penalmente, dio por ti, que pariste sin dolor, dejando la antigua culpa, la bendición meliflua de la nueva gracia y salvación eterna. Por las alegrías de tu santísimo parto virginal, ten misericordia de mí, mi señora, y escucha mi oración. He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 6).

En pecados nací, y en pecados he vivido todo el tiempo de mi vida. Tú, sin embargo, mi señora, sin tocar tu pudor fuiste hallada madre del Salvador. Ten misericordia de mí, inmundo, que en pecados fui concebido y nutrido; y ayúdame con tus santas oraciones, Virgen serenísima: para que así como la natividad de tu hijo nuestro Señor Jesucristo fue la ruina de la horrible tristeza, la natividad para todos los fieles de la nueva exultación; así también para mí estas mismas alegrías de la Natividad del Señor sean el inicio de la vida religiosa y de la continencia salvadora, y la ruina de toda injusta tristeza y tristeza iniqua, y la natividad del gozo espiritual y exultación, y amor y deseo de la patria celestial y de la alegría suprema. Santa Madre de Dios, socorre e intercede ante tu dulce hijo por mí pecador. Amén.

285 ORACIÓN LIX [ol. LVIII]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. En su Purificación.

Oh virgen serenísima, por los méritos de tu piísima purificación, dame fuerza contra tus enemigos; Virgen santísima, de cuerpo castísimo, de costumbres la más hermosa de todas. Virgen de las vírgenes, nunca contaminada ni de corazón ni de boca, sino toda hermosa, toda sin mancha. Virgen inmaculada de cuerpo, virgen inmaculada de mente, no debiendo nada a las leyes, no tocada por excesos, para mostrar en ti el ejemplo de humildad, cumpliste el oficio de purificación establecido para las madres impuras. Al templo llevaste contigo para ser purificado, quien te aumentó el decoro de la integridad como hombre nacido. Intacta madre llevaste contigo al templo para ser purificado, quien entendiendo nuestros delitos, porque para él todo está desnudo y abierto, de nuestros ocultos diariamente por confesión y penitencia nos purifica, y de los ajenos por el espíritu de continencia perdona a sus siervos (Salmo XVIII, 14). Al templo llevaste contigo para ser purificado, cuya sangre en la cruz de su pasión lavándonos del contagio original, diariamente también en el altar de la cruz por los sagrados misterios nos purifica a nosotros penitentes y confesos de nuestros crímenes. Al templo llevaste contigo para ser purificado, quien por nosotros hecho Pontífice según el orden de Melquisedec diariamente compadece nuestras infirmitudes, y es misericordioso con nosotros, y Pontífice fiel a Dios propiciando los pecados del pueblo, diariamente nos reconcilia con Dios Padre, y por lo que ofrece a Dios Padre, Dios de Dios diariamente, si nos convertimos y confesamos nuestros pecados. Fiel y justo y paciente Dios nos perdonará y nos absolverá.

En su nombre, Virgen integrísima, me refugio en ti. En su nombre dulcísimo y amor, recíbeme, mi señora clementísima, refugiándome en ti, y ayúdame por los méritos de tu castísima purificación, para que sienta y me regocije de ser purificado perpetuamente de las inmundicias de la conciencia, para que nunca lamente de aquí en adelante ser contaminado por alguna mancha o perpetración de crimen. Santa Madre de Dios, recibe e intercede por mí pecador ante tu dulce hijo Jesucristo, bendito fruto de tu vientre, y ten misericordia de mí.

ORACIÓN LX [ol. LIX]. A LA SANTA VIRGEN MARÍA. En su Asunción.

Virgen serenísima, santa Madre de Dios, María, por los méritos de tu gloriosa asunción, y por el amor de tu dulcísimo hijo, por quien fuiste asumida al cielo, dame fuerza contra tus enemigos, y para entrar en el reino eterno. Feliz eres, sagrada virgen María, y dignísima de toda alabanza, porque de ti nació el sol de justicia Cristo nuestro Dios. Como cedro exaltado en el Líbano, y como ciprés en el monte Sión, como mirra escogida dando suavidad de olor (Eclesiástico XXIV, 17, 20). Exaltada sobre los coros de los ángeles gozosa y gloriosa en perpetuo reina de los cielos, donde ayudas a todos los que te glorifican como señora, y frecuentan tu santo nombre con humilde oración.

Bienaventurada y venerable virgen María, que eres benigna con todos los que te claman con piadoso corazón, sé piadosa y accesible a mí pecador que te invoco humildemente; bajo tu protección me refugio, donde enfermo recibí fuerza. Hazme recibir aquella fuerza del alma y del cuerpo con tu protección, para que por ti, libre de pecados y deseos de pecadores, sin temor de la mano de enemigos visibles e invisibles liberado, pueda bendecir a tu hijo nuestro Señor Jesucristo en todo tiempo, y siempre tener su alabanza en mi boca. Oh Virgen gloriosa, que sufriste la muerte, pero no pudiste ser oprimida por los lazos de la muerte, porque tú sola Virgen engendraste a aquel que era la muerte de la muerte, y el mordisco del infierno. Ayúdame por tu muerte, y por las alegrías de tu ascensión al cielo, para que el resto de mi vida pueda llevarlo con sincera fe con tu ayuda, y terminar felizmente el fin de mi vida en ceniza y cilicio postrado en tierra con lágrimas; en confesión y penitencia de mis pecados; además, lo que es más, en confesión del nombre de Cristo, y en la percepción de su cuerpo y sangre; y en la encomienda de mi espíritu en las manos de su misericordia. Ora por mí, santa Madre de Dios, para que consciente de mis muchos pecados, temblando y temeroso del tribunal de tu hijo, por tu venerable intercesión me regocije de ser limpiado de todos mis crímenes, con la compunción del corazón regando, y con el rocío de la piadosísima confesión que tú exhibiste. Ninguna mancha de pecado de aquí en adelante manche mi alma; sino que con corazón puro y cuerpo casto por el mérito de tu salubérrima natividad, anunciación, y santísimo parto virginal, y castísima purificación, y gloriosísima ascensión en el excelso palacio de los cielos pueda ser presentado, en el cual gloriosa exultas y reinas reina de los ángeles y de los hombres, Madre de nuestro Señor Jesucristo. Socorre mis crímenes, madre de misericordia, obteniéndome el perdón con tus virginales oraciones ante tu dulce hijo Jesucristo nuestro Señor. Quien con el Padre, y el Espíritu Santo vive y reina bendito, etc.

286 ORACIÓN LXI [ol. LX]. RITMO A LA SANTA VIRGEN MARÍA Y A TODOS LOS SANTOS.

María, templo del Señor, Santuario del Paráclito, Adorno de las vírgines sagradas, Consuelo de los afligidos. A ti suspiro, señora, Acepta mis lágrimas, Dignate abrirme el seno de tu misericordia. Reina del cielo ilustre, Lámpara estrellada del orbe, Enjuga mis lágrimas, Y las nubes de mis pecados. Lo que deseas, el Hijo unigénito Te lo concederá, Por quienes deseas, obtendrás el perdón Y la gloria. Pero ay de los pecados de los hombres Que viven en tinieblas, Me aterra la conciencia, Como Adán esconderme, O como Caín huir, Mis crímenes me obligan, Porque son muchos y graves. Pero entre tantas nubes, Y el peso de los pecados, Recordando al Padre de las luces No desespero de la ayuda. Nada es peor que desesperar, Nada más perverso he pensado, Especialmente si tú, señora, Aceptas mis súplicas. Con la mente trato a los ángeles, Profetas y apóstoles, Mártires victoriosos, Y vírgenes castísimas: Ninguno me parece más poderoso, Ninguno más misericordioso, Con su paz lo diré, Que la madre del Señor. Por lo tanto, hacer de ella especialmente Mi patrona, Nada más religioso, Nada creo más saludable. Así que madre meliflua, Y virgen castísima, Ahora en el presente siento. Lo que de ti opino. Mi queja de gemidos A ti impongo primero, Que la llesves al Señor, Y a tu verdadero hijo. María, luz etérea, Para que llesves mis oraciones, Postrado a tus pies Con mente suplicante te lo pido. Se han corrompido las antiguas Contagios de pecados, Pero el médico es sabio; El Señor es omnipotente. De la mala costumbre, Es eficaz librarne, Quien resucitó a Lázaro Muerto de cuatro días. Después de la caída, Pedro lo mira, Y con gran llanto lo conmueve, Ni a las súplicas de la cananea Niega aquí su favor. David, después de tan enormes Crímenes, se arrepintió, Y después mereció ser alabado Por la boca del mismo Señor. Por lo cual seguro creí, De las cadenas de los pecados Pronto poder ser liberado, Si tú solo lo pides. Madre de misericordia, Así puedes despreciar el afecto Que llamas a los impíos, Y no desprecias a los incrédulos. Lo que hiciste en María, A

esa egipcia me refiero, La Iglesia lo sabe completamente, Y se regocija en la gracia. Teófilo, dado al diablo Con su escritura, Como desde el fondo del abismo, Por ti pudo ser devuelto. Pero ¿quién con palabras puede comprender O con escritura dirigir, A quienes diariamente liberas, Y reconcilias con Dios? Advertido ya hace tiempo, A ti confío creyente, No me rechaces piadosa, Suplico humildemente que difieras . Lágrimas de devoción Obtén para mí cuanto antes, Para que sean suficientemente idóneas Para lavar mis suciedades. La concupiscencia vil No contamine el cuerpo ni la mente, Que bajo tu custodia Ya he confiado, señora. Pues la autoridad de las Escrituras, Y la sagrada verdad clama Que el cuerpo sometido a los pecados, Odia al espíritu santo, La furia y la indignación Sean alejadas del alma Que a la tutela santísima Ha elegido encomendar. No exaspere el odio, No eleve la jactancia, No aguce la envidia devoradora, Sino que la verdadera paz posea. Si el mundo se ríe, huiré; O si se enfurece, me burlaré; Porque quien lo ama, Deja de estar firme en Cristo. Pero la lectura diligente, Y la oración compungida, Satisfagan al que se inclina. Y embriaguen al que se adhiere. En ti el enfoque de la mente, El aguijón de la muerte, Y si tanto más sospechoso, Cuanto más permanece adornado . 287 Oh Jesús, Rey altísimo, Oh fuente de misericordia, La hora terrible de la muerte, Por una buena esperanza hazla fácil. La conciencia segura No tiembla mucho allí Porque con la esperanza hecha más robusta Pasa mucho más constante. No haya otro gozo, Ni mi deseo Que despojado del cuerpo Pueda estar ante ti. Oh vosotros, habitantes de los cielos, Ciudadanos de la patria celestial, Que disfrutáis de Dios, Compadeceos de nosotros . Miguel en los cielos Que resplandeces sobre las huestes, Por especial gloria. Concédenos consuelo. Ángeles a quienes no oprime La pesada carga de la carne, Rogad por los hombres. Que bajo ella trabajan. Juan, el más grande de los profetas, Recibe las palabras de los que oran, Y al número de los profetas A esto asocia como compañero. Pedro, pescador de hombres, Y Pablo, doctor de las naciones Con los demás apóstoles Ayudad con pronta ayuda. Esteban con Lorenzo, De gran mérito preeminente, Con la multitud de mártires, Traed gran protección. Vosotros confesores ilustres, Dotados de vida eterna, No os olvidamos, Sino que fervientemente pedimos. Para que quienes pasasteis por lo temporal Y frágil, Aún por los que luchan Tanto más os esforcéis con prontitud. Inés, Tecla, Cecilia, Y también Escolástica, Y todas las santas vírgenes, Estad por nosotros suplicantes .

ORACIÓN LXII [ant. LXI]. AL ÁNGEL DE LA GUARDA.

Te ruego, espíritu angélico, a quien he sido encomendado por Dios para que me proveas, que me guardes incesantemente y me protejas, me visites y defiendas de todo ataque del diablo, vigilante y durmiente, noche y día, en horas continuas y momentos, consuélame; acompáñame dondequiera que vaya. Repele de mí toda tentación de Satanás, y lo que mis méritos no exigen, obtén con tus oraciones ante el juez misericordiosísimo y nuestro Señor, quien te asignó como mi tutor, y me encomendó a ti, para que nada en mí tenga lugar la mezcla de la virtud contraria. Y cuando me veas desviarme por los abruptos caminos de los vicios, esfuérzate por llevarme por los senderos de la justicia a mi Redentor, y en cualquier angustia que me veas, sienta que la ayuda de Dios omnipotente está sobre mí por tu intercesión. Te ruego, por tanto, si es posible, que me hagas conocer mi fin, y cuando haya sido sacado de este cuerpo, no permitas que los espíritus malignos me aterren, o me engañen, ni me lleven a la fosa de la desesperación. Y no me abandones, hasta que me lleves a la visión de mi Creador, donde merezca alegrarme eternamente con todos los santos por tu intervención, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN LXII [ant. LXIII] . A SAN JUAN BAUTISTA. Con recordación de los pecados.

San Juan, tú aquel Juan, que bautizaste a Dios, tú alabado por el arcángel antes de ser engendrado por tu padre; lleno de Dios antes de nacer de tu madre; conociendo a Dios antes

de ser conocido en el mundo, tú antes mostrando a la madre embarazada la Madre de Dios, que tu madre embarazada te dijera: tú eres de quien dijo Dios: Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor (Mat. XI, 11). A ti, señor, tan grande, tan santo, tan bienaventurado, a ti viene un gusano criminal, un hombrecillo afligido, ya con el sentido muerto apenas doliente, pero con el alma muerta demasiado doliente para sí mismo como pecador. A ti, tan gran amigo de Dios, viene muy temeroso dudando de su salvación, porque está seguro de su gran culpa, pero esperando de tu mayor gracia. Pues mayor es tu gracia, señor, que mi culpa, porque puedes más ante Dios que borrar mis crímenes. A ti, pues, señor, a quien la gracia hizo tan amigo de Dios, a ti huye ansioso, a quien la iniquidad hizo tan reo de Dios; a ti, a quien la gracia hizo tan bienaventurado, yo a quien la maldad hizo tan miserable. En verdad, señor, confieso, mi iniquidad me hizo tal; pero a ti tal, no tú, sino la gracia de Dios contigo. Recuerda, pues, señor, que así como la gracia de Dios te elevó así, así tu misericordia levante a quien su culpa así humilló.

¡Ay de mí, cómo me hice! ¿Cómo era? Dios, ¿cómo me hiciste, y cómo me hice de nuevo? En pecados fui concebido y nacido; pero me lavaste, pero me santificaste, y yo me ensucí con peores. En lo necesario nací entonces, ahora estoy revolcado en lo voluntario; en aquellos concebido sin saber, en estos lleno y cubierto queriendo; de aquellos misericordiosamente sacado por ti, en estos miserablemente inducido por mí; de aquellos piadosamente redimido, en estos impiamente destruido. Sanaste, piadoso Dios, el alma herida por los padres, yo impío maté al sanado. Quitaste, misericordioso Señor, los viejos harapos del pecado original, y me vestiste con la vestidura de la inocencia, prometiendo otra de incorruptibilidad, y yo, rechazando la que diste, me cubrí con las suciedades de la maldad; despreciando aquella que prometiste, preferí los dolores de la miseria eterna. Hiciste hijo de tu ira hijo de tu gracia; y yo, despreciando aquella, me hice hijo de tu odio. Reformaste en mí tu imagen amable, y yo sobreimpuse una imagen odiosa. ¡Ay, ay! ¿De quién? ¿De quién, miserable y demente hombrecillo, de quién sobreimpuse la imagen sobre la imagen de Dios? Oh, ¿por qué no me avergoncé de hacer lo que así temo decir? Oh, ¿por qué no odio su imitación, de quien así aborrezco el nombre? Él cayó voluntariamente, yo me ensucí queriendo. Pero él, sin ninguna venganza precedente del delito, pecó soberbiamente; yo, viendo su castigo, despreciando, me apresuré al pecado. Él una vez constituido en inocencia, yo restituido; él contra aquel que lo hizo y lo lleva, él abandonó a Dios prometiendo, yo huí de Dios persiguiendo; él persiste en la malicia con Dios reprobando, yo corrí a ella con Dios llamando; él endurecido al castigador, yo endurecido al que halaga. Aunque ambos contra Dios, él contra ni buscándolo, yo contra por mí muriendo.

Oh infeliz y demasiado infeliz hombrecillo, si aún no toda humanidad ha desaparecido donde tanta inhumanidad de maldad ha entrado. He aquí de cuya imagen temía el horror, en muchos me veo más horrible. Huye, huye, tú, horrible no sé qué sustancia, huye de ti misma aterrada de ti misma. Pero, ay, no puedes huir de ti. No mires, pues, a ti, porque no te toleras. Pues si puedes tolerar sin horror de dolor, no toleres eso mismo, porque puedes tolerar. Cuanto más puedes esto, tanto más semejante al primer pecador, y más intolerable a Dios. No es fortaleza, sino torpeza de mente, no es salud, sino iniquidad endurecida; no es por consuelo, sino por condenación. No toleres, pues, sin vano rugido de tu corazón el horror de tu rostro interior. Porque no puedes huir de ti, al menos no te mires, porque no te toleras. Pero he aquí peor, si no me miro; pues yo mismo me engaño.

Oh angustia demasiado grave! si me miro, no me tolero; si no me miro, no me conozco. Si me considero, me aterra mi rostro; si no me considero, me engaña mi condenación. Si me veo, el horror es intolerable; si no me veo, la muerte es inevitable. Mal de aquí, peor de allá; mal por todas partes. Pero demasiado mal de aquí, demasiado peor de allá, y demasiado mal

por todas partes. Demasiado miserable, a quien atormenta su conciencia que no puede huir. Demasiado más miserable a quien espera su condenación que no puede evitar. Demasiado infeliz quien es horrible para sí mismo. Demasiado más infeliz, a quien la muerte será eternamente sensible. Demasiado afligido, a quien atormentan los continuos horrores de su fealdad. Demasiado más afligido, a quien atormentarán los eternos dolores por su iniquidad. Mal esto, y mal esto; pero demasiado esto, y demasiado esto.

¡Pecar, qué cosa mala y amarga eres! pecados, qué fáciles accesos, qué difíciles salidas tenéis! Pecadores, ¿a dónde os inducís? ¿Dentro de qué rejas os encerráis? Entended, entended cuán malo y cuán amargo es haber dejado al Señor. Los que pecasteis, devolved; los que queréis pecar, no lo hagáis. No lo hagáis, digo, no lo hagáis. En verdad es malo y amargo, lo he experimentado; en esto mismo estoy. O los continuos dolores atormentarán mi vida penitente, o los eternos tormentos afligirán mi alma castigada. Sin duda es malo y amargo ambos. Y ciertamente con justicia se angustia el reo de Dios entre mal y peor; demasiado malo, entre demasiado malo, y demasiado peor. Con justicia se hace, con rectitud se hace, con justicia mi juez; pero sin duda tú eres el mismo Dios y Señor y Creador mío. Quita, pues, Creador, quita tanto mal de tu criatura, si da gracias porque es tu obra. Libera, Señor, libera de tantos males a tu siervo, si se alegra de confesarte como su Señor. Perdona, Dios, perdona a tu pecador, si no desespera de tu bondad; pues aunque juzgue que he pecado más malvadamente que aquel primer pecador, no te odio como él, ni detesto tu bondad. Renueva, pues, por los méritos de tu gran bautista, renueva en mí la gracia de tu bautismo. Me precedió tu gracia, me siga tu misericordia. Da por el lamento de la penitencia lo que diste por el sacramento del bautismo. Da al que pide lo que diste al que no sabía. Reforma el rostro que ensucié, restaura la inocencia que violé. Tú que quitaste los pecados que traje al nacer, quita los pecados que contraí viviendo. Quitá, tú que quitas los pecados del mundo, porque estos son los pecados del mundo, que llevo de la conversación del mundo. Quitá, tú que quitas los pecados del mundo, por los méritos de aquel que con este testimonio te mostró al mundo, quita los pecados que contraí en el mundo. Quitá de mí lo que no es de tí, porque odio lo que es de mí, y aún espero de tí.

Y tú, San Juan, que mostraste al mundo al que quita sus pecados, por la gracia que te fue dada, hazme esta misericordia para que quite mis pecados. Tú, Dios, quitas los pecados del mundo; tú, su amigo, dices: Este quita los pecados del mundo (Juan I, 29). He aquí ante vosotros cargado con los pecados del mundo. Tú quitas, y tú dices: He aquí a mí a quien tú quites, lo que tú dices. He aquí el médico, y su testigo; y he aquí el enfermo, siervo del médico, y su obra, rogando al médico y a su testigo. Verdadero médico, te ruego, sáname. Veraz testigo suyo, te ruego ora por mí. Prueba en mí lo que oigo, siente lo que creo. Jesús, buen Señor, si tú obras lo que él testifica, hágase en mí tu obra. Juan, mostrador de Dios, si tú testificas lo que él obra, hágase en mí tu palabra. Sáname, Señor, tú cuyo es sanar. Impétrame esto, señor, tú que puedes impetrar. Pues tú eres gran Señor, y tú ante el Señor grande. Tú sumamente poderoso por tí mismo, y tú muy poderoso ante él. Tú sumamente bueno Dios, y tú muy buen amigo suyo, que es eternamente misericordioso y bendito Dios. Amén.

ORACIÓN LXIV [ant. LXIII] . A SAN PEDRO APÓSTOL. Con lamentable deploración de los pecados.

San Pedro, benignísimo, Pastor fiel de las ovejas de Dios, príncipe de los apóstoles, príncipe de tantos príncipes, que atas y desatas lo que quieres, que sanas y resucitas a quien quieres, que das el reino de los cielos a quien quieres: gran Pedro, gran Pedro, enriquecido con tantos y tan grandes dones, elevado con tantas y tan grandes dignidades; he aquí yo, pobrísimo e ínfimo hombrecillo, rodeado de muchas y graves angustias de aflicciones, miserablemente

necesito la ayuda de tu gran poder: pero ni mi boca tiene palabras, con las que exprese mi necesidad, como es, ni mi corazón tiene devoción que de tan ínfimo alcance a tu tan gran sublimidad. Una y otra vez intento incitar mi mente torpe, y restringida por lo vano: pero con todas las fuerzas reunidas, ni puede romper las tinieblas de su torpeza, que contrajo de las suciedades de sus pecados, ni puede permanecer más tiempo en la misma intención. ¡Ay de mí, miserablemente miserable! Así es, no es simulación; así es.

¿Quién, pues, socorrerá al miserable, que ni puede exhibir la voz del atribulado, ni la mente del doliente? Oh gran Pedro, si el clamor de mi tribulación no asciende hasta ti; que el respeto de tu piedad descienda hasta mí, rompa mi dureza, rasgue mis tinieblas, contemple mis aflicciones. Mira, benigno pastor, la oveja de tu rebaño encomendada, y ten misericordia del que miserablemente trabaja, y, no cuanto exigen sus males, sino cuanto permiten, orando. He aquí que ante el fiel pastor yace y gime la oveja enferma ante el Señor del pastor y de la oveja. La fugitiva regresa, pide perdón por su error y desobediencia. Al médico piadoso y pastor revela las mordeduras de los lobos y las heridas de las laceraciones, que incurrió errando, y las úlceras que la larga negligencia alimentó, y se suplica que tenga misericordia de sí misma mientras aún respira, más extendiendo su miseria ante el pastor misericordioso que suplicando.

Buen pastor Pedro, no seas difícil de suplicar, no apartes tus ojos misericordiosos; mira, te ruego, no rechaces al penitente, no difieras escuchar al suplicante. Porque despreciando los pastos saludables, languidece por falta de fuerzas; porque se entregó a los pestilentes, se atormenta por el contacto de las enfermedades. Las úlceras maduras, y las heridas golpeadas empeoradas por la putrefacción pronto la arrastran a la muerte. Los lobos ya habiendo probado su sangre, esperando ser arrojada, acechan en las emboscadas. Su enemigo, como león rugiente, ronda buscando devorarla (I Pedro V, 8). Pastor fiel, vuelve tus ojos hacia ella, y reconoce a la que te fue encomendada. Pues si erró, sin embargo no negó al Señor y pastor. Mira su rostro, y advierte la señal de tu Señor y de ella. Si bajo tanto desaliño no reconoces el rostro lavado y blanqueado en la fuente de Cristo, reconoce la voz de la confesión bajo el nombre de Cristo, quien preguntándote tres veces si lo amabas, a ti que tres veces confesaste, te dijo: Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17). Ciertamente es amante de la oveja, quien antes de la encomienda así examina el amor del pastor. He aquí que confiesas ser su amante, y esta confiesa ser su oveja. ¿Por qué, pues, desprecias la oveja de Cristo, su pastor? Pedro, pastor de Cristo, recoge la oveja de Cristo. Tu Señor la puso sobre sus hombros gozoso buscada y encontrada (Lucas XV, 5), no la rechaces regresando y suplicando; el Señor la compró con su sangre aún no nacida, su pastor no la desprecies ya renacida, y tan diligentemente encomendada a ti. ¡Ay! ¿Cuánto tiempo no sentirá ser recibida, curada y reconfortada?

Oh San Pedro, si no te mueve el nombre de pastor y oveja, que te mueva el nombre de apóstol, príncipe de los apóstoles, y el nombre de alma cristiana. Pues esta es la oveja que te ofrezco, mi alma, regenerada por el bautismo de Cristo. Estas heridas, que dije, estas úlceras, estas laceraciones no son de la carne ovina, sino del espíritu racional. Esta hambre, estas faltas de fuerzas, estas torsiones no son del vientre ovino, sino de la mente humana. Estos lobos y estos leones no son cuadrúpedos, sino demonios. Estos tantos males, es pobreza de virtudes, y pecados acumulados. Porque aún no siento ser escuchado, urgido por las angustias, desde el principio repetiré mi narración, y multiplicaré mi oración. Expondré ante el portero del reino de los cielos y príncipe de los apóstoles el alma fiel miserable bajo el reino de los pecados, anhelando el reino de los cielos, y por esto invocando a Pedro, portero del reino de los cielos y príncipe de los apóstoles.

Ecce, pues, misericordioso Pedro, ante ti presento mi alma debilitada por los nervios de las virtudes, atada por las cadenas de los vicios, agravada por el peso de los pecados, manchada por las inmundicias de las faltas, desgarrada por las heridas de los demonios, podrida y fétida por las úlceras de los crímenes. Aplastada, oprimida, rodeada, envuelta por estos y otros graves males que mejor que yo ves, desprovista, como ves, del alivio de todos los bienes. He aquí el alma miserable, y el apóstol misericordioso Pedro, ante el Dios misericordioso, que hizo misericordia al apóstol Pedro y le mandó hacerla, y le dio el poder de hacerla. He aquí la miseria, y he aquí la misericordia. La misericordia de Dios, y de su apóstol Pedro; la miseria del alma que confiesa a Dios, e invoca a Dios y a Pedro. ¿Acaso la miseria oprimirá por más tiempo al alma que mira a Dios y a Pedro, y verá esto la misericordia de Dios y de Pedro?

Oh Dios, y tú mayor, de sus apóstoles, ¿cuál es esta inmensidad de mi miseria, si no puede contra ella la inmensidad de vuestra misericordia? O si puede, pero no quiere, ¿cuál es esta enormidad de mis culpas, que excede la multitud de vuestras misericordias? ¿O es porque no confieso todo lo que he pecado? He aquí que confieso que todo lo que sabéis que he pecado es verdad. ¿O es porque no satisfago suficientemente con penitencia, ni compenso los males con bienes? Ciertamente así es, lo confieso; pero esta es la misma miseria que me atormenta. Entonces, cuanto más oprime la miseria, ¿más lenta será la misericordia? ¡Oh inaudita palabra de un misericordioso a un suplicante! Pero entiendo, justo Dios, entiendo lo que respondes a mi alma: Merecidamente sufre lo que voluntariamente asumió, y dignamente no es escuchada la que no obedeció. ¡Ay! ¿amargura de la desesperación? Reconozco ciertamente, reconozco que esta sentencia es de justicia, no de misericordia. ¿Quién llamó a la justicia en mi causa? Con la misericordia era mi discurso, no con ella. Mendiga el pan de la misericordia de ti, Dios, en la tribulación angustiosa mi alma. ¿Por qué con la piedra de la justicia rompes sus huesos? Tu misericordia, Dios misericordioso, por los méritos e intercesión del bienaventurado apóstol Pedro, acelere y la libere perdonando sus pecados. San Pedro, príncipe de los apóstoles, por la misericordia hecha a ti y el poder dado a ti, desata sus cadenas, sana sus heridas. Libérala de la miseria del reino de los pecados; e introdúcela en la bienaventuranza del reino de los cielos, para que contigo gozosa, dando gracias, alabe a Dios por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LXV [ant. LXXII]. AL SANTO APÓSTOL PABLO. Con el terror del juicio final y de los pecados.

San Pablo, tú gran Pablo, tú aquel que, siendo uno de los grandes apóstoles de Dios, siguiendo a todos los demás en el tiempo, los precediste en el trabajo y la eficacia en la agricultura de Dios. Tú que, aún cargado de mortalidad, fuiste arrebatado hasta el tercer cielo, y arrebatado al paraíso, escuchaste cosas que no es lícito al hombre hablar. Tú entre los cristianos no solo como nodriza cuidando a sus hijos, sino también con la solicitud de un afecto admirable, engendrando de nuevo a tus hijos. Tú, digo, hecho todo para todos, para ganar a todos. A ti, señor, a ti, conocido en el mundo por estas y muchas otras palabras y hechos, como de gran poder ante Dios, y de inmensa piedad hacia los hombres, a ti viene uno ciertamente demasiado pecador, uno demasiado acusado ante el poderoso y estricto juez Dios, no por uno, no por pocos, sino por innumerables crímenes; no solo pequeños, sino también inmensos; no dudosos, sino ciertos; no con breve acusación, sino tan larga como larga es su vida; no con un solo acusador, sino tantos como conocen sus delitos. Pues el mismo juez es mi estricto acusador, y yo soy su manifiesto pecador. Todos los espíritus buenos y malos también me acusan ante Dios con él: los buenos, porque deben equidad a Dios; los malos, porque guardan mi iniquidad: los buenos, porque testifican la verdad que consideran; los malos, porque buscan mi castigo que desean. Ellos también juzgan en esto mi maldad, porque saben que debo ser condenado según la justicia.

¡Ay! ¡cuántos jueces, cuántos acusadores sobre un miserable! ¡cuán graves sobre un débil! ¡cuán estrictos sobre un manifiesto! ¡Ay! ¿quién tendrá excusador, quien tiene a Dios acusador? ¿Quién será su intercesor, si todos son sus acusadores y jueces? Pero yo mismo, obligado por la conciencia, soy mi acusador y juez. Confieso que he delinquido demasiado, y por eso he merecido una grave condenación.

Oh, incluso las cosas irracionales e insensibles, si no soy insensible, me confunden. Entiendo que debo avergonzarme ante toda criatura, porque he pecado contra aquel que es tan poderoso que puede, y tan bueno que quiere hacerlo. Me avergüenzo también de mí mismo, porque yo también fui hecho por él. ¡Ay, de dónde surgen tantos y tan grandes males, que así aplastan a este miserable! Mis malos pecados, de vosotros fluyen en mí todos estos males. Vosotros atraéis a los acusadores, vosotros removéis a los excusadores, vosotros traéis al condenador; vosotros excluís al intercesor, vosotros provocáis al vengador, vosotros apartáis al indulgente, vosotros inducís vuestro entendimiento en temor y confusión, vosotros cortáis de él la esperanza y la consolación, vosotros empujáis al eterno exterminio, vosotros rechazáis toda ayuda. Y para que sea más miserable todo lo que miserablemente me hacéis, añadís además para acumular la miseria, que aunque realmente sea así, para mí sea como si no lo fuera. Pues así lo muestra la verdad, y sin embargo el afecto no lo siente. Así lo enseña la razón, y el corazón no duele. Así veo que es, y, ¡ay!, no puedo disolverme todo en lágrimas, porque así es. Si pudiera, tal vez esperaría, esperando oraría, orando obtendría. Pero como no hay en mí sentido y dolor según mis miserias, ¿cómo esperaré? ¿cómo oraré sin esperanza? ¿qué obtendré sin oración?

Infeliz hombrecillo, ¿a qué ha llegado tu oración? ¿dónde se ha desvanecido tu esperanza y confianza? Comencé a orar con la confianza de la temeridad, y la desesperación surgió del entendimiento de la verdad, y la oración falla por la desesperación de alguna piedad hacia mí. Pues si todo lo que es, justamente está contra mí, ¿de quién es la piedad conmigo? Si todo lo que es, rectamente me es adverso, ¿de quién será la misericordia hacia mí? Si el Creador y la criatura con razón me desprecian, ¿de quién será la mirada que me contemple? Miserable pecador, si es así, nada te queda, sino languidecer en la esperanza, y callar en la oración, y así siempre yacer en tu miseria. Ciertamente quien voluntariamente te hiciste miserable, justamente es necesario que siempre seas miserable. Ciertamente miserables delitos, así cumplís vuestras promesas. Mientras atraéis, prometéis dulzuras; cuando arrastráis, inundáis de amargura a vuestro poseído. Mientras persuadís, unguís; después de persuadir, hasta la muerte del alma herís. Mientras llamáis a vuestra fosa, mostráis como fácil el retorno por el dolor de la penitencia; pero cuando precipitáis, al precipitado aplastáis, al aplastado cegáis, al cegado endurecéis, al endurecido cerráis toda salida. Y así hacéis desesperar, callar, e insensible, como perdido de Dios y olvidado de Dios, yacer a vuestro miserable engañado, cautivo, atado, hasta que lo vendáis a los mercaderes del infierno, que llevan sus mercancías al lago de la muerte. Todo esto habéis hecho de mí, todo esto he experimentado, salvo que aún no he sido entregado a esos mercaderes. Lo cual también espero miserablemente temiendo, y ellos esperan malignamente gozando.

¡Ay! ¡qué mal es así desesperar, así callar, así yacer! Y ¡ay! ¡qué vano es clamar sin esperanza, intentar sin esperanza! Dios, cuya bondad no se agota, cuya misericordia no se vacía, cuya ciencia no falla, cuyo poder lo que quiere efectúa, ¿de dónde podré respirar yo que así por mis pecados me veo obligado a desesperar? Pues aunque te enojas con los pecadores, sueles, benigno Señor, dar consejo a los que piden; enséñame, Señor, de dónde debo esperar para poder orar. Quiero orarte; pero ni sé, por mi ignorancia, ni puedo, por mi dureza, y me lo impide la desesperación, por mi iniquidad. Busco algo que me excuse, y no

hay nada que no me acuse. Busco quién ore por mí, y encuentro que todo lo que hay está contra mí. Busco quién se apiade del miserable, y todo lo que hay se opone al miserable.

Jesús, buen Señor, ¿por qué viniste del cielo? ¿Qué hiciste en el mundo? ¿Para qué te entregaste a la muerte, sino para salvar a los pecadores? San Pablo, ¿qué otra cosa enseñaste recorriendo el mundo? A esta fe tú y sus apóstoles, y tú especialmente, nos invitáis a los pecadores, nos mostráis este único refugio seguro. ¿Cómo, pues, no esperaré, si esto creo, y en esta fe pido? ¿O cómo me frustrará esta esperanza, si de donde nace, no me falla esta fe? Jesús Dios, y tú su apóstol, a esta fe el pecador por vuestro consejo cree, en esta me arrojo, más bien ya me arrojé hace tiempo. Conducido por esta me acerqué a vosotros para orar. En esta pido, en esta busco, en esta llamo, para que os apiadéis del pecador; tú perdonando, tú intercediendo; tú salvando, tú orando. En esta fe me envuelvo ante vosotros, para poder ocultarme de los inquisidores y cobradores de mis pecados, y de la percusión de tu, Dios, estricto juicio. Esta ocultación pide el pecador por vuestro consejo; os ruego, que no sea expuesto a vuestro juicio para condenación.

Pero ¡ay! he aquí que surge también otro grave mal. Esperaba obtener esperanza por la fe, y he aquí que veo que ni siquiera tengo fe. Pensaba estar envuelto en esta fe, y reconozco que estoy despojado de ella. Confiaba en ocultarme en ella, y siento que estoy exiliado de ella; pues la fe sin obras está muerta (Sant. II, 20); y la fe muerta, no es fe. Quien, por tanto, tiene fe muerta, no tiene fe. ¡Ay! la fecundidad de las malas obras me impedía tener esperanza, y la esterilidad de las buenas obras prueba que carezco de fe. ¡Ay del que obra mal! ¡ay del que descuida el bien! pues así como es necesario desagradar a Dios con las malas obras, así es imposible agradar a Dios sin la fe, que sin buenas obras no es nada.

Más bien, si el justo vive por la fe, quien no tiene fe, está muerto. Pero si el estéril de bienes está muerto, el fecundo de males, ¿cuánto más está muerto? Pues si el árbol que no da buen fruto, se corta como seco, el que da mal fruto, ciertamente se arranca como nocivo. Esta muerte no es de la carne, sino del alma. Cuánto más, y cuán peor muere quien muere de esta muerte, que quien muere de la muerte de la carne. Pues toda carne humana muerta resucitará alguna vez, pero no toda alma muerta resucitará. Y más destruye esa muerte, que quita la vida tal vez nunca retornable, que la que quita la vida que necesariamente alguna vez retornará. Y peor muere quien pierde la vida de la justicia, por lo que pierde la vida bienaventurada, que quien pierde esta miserable vida. En fin, mucho más y más miserablemente perece quien abandona la vida, que conservada y perdida la vida del cuerpo, mejor la restituye, y sin la cual es mejor no haber nacido, que quien abandona aquella, sin la cual nada impide que el alma sea bienaventurada. Esta miserable vida vivo, y de esta bienaventurada vida estoy muerto. En lo que vivo es lo más vil de mí; en lo que estoy muerto es lo mejor. Por tanto, estoy más muerto que vivo; y peor muerto estoy que cuando moriré en la carne. Pues aquella muerte no me será mala, sino porque esta ya la precede.

San Pablo, vine a ti como pecador para ser reconciliado, y he aquí que me encuentro ante ti muerto para ser resucitado. Vine como reo necesitado de intercesor, y me encuentro mal muerto, necesitado de resucitador. Vine como miserable, y me encuentro más miserable. Me acerqué como vivo acusado, y he aquí que estoy ante ti muerto condenado. Pues aunque aún no he sido entregado a la muerte torturante, ya he sido entregado a la muerte que la atrae. Pues aunque aún no he sido arrojado al calabozo de los tormentos, ya estoy encerrado en la fosa de los pecados. Aunque aún no estoy sepultado en el infierno, ya estoy, sin embargo, como para ser sepultado, envuelto en delitos. Esto era ciertamente, que no podía ni sabía orar. Esto era verdaderamente, porque me entendía execrable a toda cosa, y como insensible no me

dolía. Entendía por la racionalidad de la naturaleza, no sentía por la insensibilidad de la muerte. Verdaderamente estaba muerto, y muerto vine, y por eso me encontré muerto.

Oh Dios, ¿quién orará por este muerto? San Pablo, te lo he traído; no lo rechaces; ora por él. Señor, Elías y Eliseo, para resucitar a los muertos, se unieron a los muertos, y miembros a miembros, vivos a muertos, unieron. Señor, los vivos tocaron a los muertos y los vivificaron, y los muertos no trajeron nada a los vivos sino gloria. Señor, tú también dices que te has hecho todo para todos, para ganar a todos. Amigo de Dios, los ejemplos de otros me hacen presumir, tus palabras me animan a confiar. Diré, pues, señor, diré; señor, señor, desciende a este muerto, extiéndete sobre este muerto, hazte no muerto, sino como este muerto. Caliente, confortado por el toque de tu compasión, este muerto, reviva por el efecto de tu poder este muerto, para que vivo glorifique a Dios y a ti este muerto. Señor, no eres impotente para resucitar a este muerto, porque Dios testifica que te basta la gracia de Dios. Pues si en la tierra te bastó, ciertamente en el cielo no te ha faltado. ¿Por qué, señor, yacerá más tiempo el muerto ofrecido a ti sin vida, cuando Dios testifica tu poder, y tú mismo testificas tu piedad? Señor Dios, tú dices a Pablo: Te basta mi gracia (II Cor. XII, 9). San Pablo, tú nos dices: Me he hecho todo para todos (I Cor. IX, 22). Y he aquí que el efecto de vuestras palabras espera el muerto, traído a vosotros con esta esperanza. Vosotros decís, y el muerto oyendo espera. Vosotros prometéis, y el muerto orando espera. Vosotros decís, y de vosotros ha sido pronunciado, os ruego, sienta con afecto lo que el mundo se alegra de que por vosotros haya sido proclamado. Si no negáis lo dicho por vosotros, ¿por qué negáis el efecto al que pide? ¿o a quién más seguro se lleva el muerto para ser resucitado, si ofrecido por vosotros, por vosotros el muerto es devuelto? ¿A dónde lo enviáis, si así lo dejáis? ¿A dónde irá, si de vosotros se va? Oh Dios, ¿quién resucita, si Dios no resucita? ¿De quién se espera, si de Dios se desespera? ¿De quién se recibe la vida perdida, sino de quien primero se recibe?

San Pablo, ¿quién será piadoso con el necesitado y doliente, si aquel que promete hacerse débil con los que se debilitan, será duro? ¿Quién se dignará a orar por el miserable, si aquel que se proclama hecho todo para todos, se desdeña? ¿O quién será escuchado, si aquel a quien le basta la gracia de Dios, no es escuchado? ¿Acaso le falta piedad o poder a aquel a quien le basta la gracia de Dios? Oh vosotros ambos, ¿qué os mueve, si estas cosas no os mueven? ¿De dónde tomaré, sino de vosotros, lo que para excitar vuestra misericordia os ofrezca? ¿Qué ofrecerá el alma muerta de sí misma, sino que es pecadora y miserable? Sin embargo, el penitente y doliente ora. Oh si aquel que vino del cielo a llamar a los pecadores al arrepentimiento, y aquel que después de él trabajó más que todos para esto mismo, si por eso desprecian al alma penitente porque es pecadora. Si aquel que salió del seno del Padre para llevar nuestros dolores, y aquel que dice hacerse débil con los que se debilitan, si por eso desprecian al doliente, ¡qué miserable es! Si aquel que para resucitar a las almas muertas, se hizo muerto, y aquel que se proclama hecho todo para todos, si por esto rechazan al que ora, porque está muerto. No así Dios, no así sea: ¡Lejos de ello! no así sea. Si así es, pereció la compasión. Si así es, murió la misericordia.

Alma proyectada y rechazada, cuando pecaste fuiste proyectada, cuando suplicas eres rechazada, ¿a dónde te volverás? Vuélvete a la importunidad. Buscan al importuno doliente, desean al pertinaz miserable, aman al que incesantemente llora. Busca, pues, en ellos lo que infatigablemente le presentes. Oh, San Pablo, ¿dónde está aquella nodriza fiel de los fieles, que cuida a sus hijos? ¿Quién es esa madre afectuosa que se proclama en todas partes que da a luz a sus hijos de nuevo? Dulce nodriza, dulce madre, ¿qué hijos das a luz o nutres, sino aquellos que engendras y educas en la fe de Cristo enseñando? ¿O qué cristiano después de ti no ha nacido y ha sido confirmado en la fe por tu doctrina? Pues aunque esta bendita fe

también nos haya sido dada y nutrida por otros apóstoles, ciertamente más por ti, porque más que todos trabajaste y lograste en esto. Así que, si ellos son nuestras madres, tú eres más nuestra madre. Por lo tanto, San Pablo, este es tu hijo muerto. Madre, este muerto ciertamente es tu hijo. Dulce madre, reconoce a tu hijo por la voz de la confesión, que él reconozca a su madre por el afecto de la compasión. Reconoce al hijo por la confesión de la cristiandad; que él reconozca a su madre por la dulzura de la piedad. Ofrece, madre, tú que das a luz a tus hijos de nuevo, ofrece a tu hijo muerto para que sea resucitado por aquel que con su muerte resucitó a tus siervos. Ofrece, madre, a aquel que con su muerte indebida revocó a sus culpables de la muerte debida, ofrece a tu hijo para que le devuelva la vida perdida. Pues por el bautismo fue sacado de la muerte, por la esterilidad y la depravación fue devuelto a la muerte. Madre de famoso afecto, que tu hijo sienta las entrañas de la piedad materna. Preséntalo a aquel que te resucitó y te conservó vivo. Ruega por tu hijo, porque es su siervo; ruega por su siervo, porque es tu hijo.

Pero tú también, Jesús, buen Señor, ¿no eres también madre? ¿No eres madre, que como la gallina que reúne bajo sus alas a sus polluelos? Verdaderamente, Señor, tú también eres madre. Pues lo que otros engendraron y dieron a luz, lo recibieron de ti. Tú primero por ellos, y a quienes dieron a luz, muriendo diste a luz, y dando a luz moriste. Pues si no hubieras dado a luz, no habrías muerto; y si no hubieras muerto, no habrías dado a luz. Por el deseo de engendrar hijos para la vida, probaste la muerte, y muriendo engendraste. Tú por ti mismo, ellos ordenados y ayudados por ti. Tú como autor, ellos como ministros. Por lo tanto, tú, Señor Dios, eres más madre. Ambos, por lo tanto, madres. Pues aunque padres, sin embargo, también madres. Vosotros lo hicisteis, tú por ti mismo, tú por él, para que nacidos para la muerte renaciéramos para la vida. Sois padres por el efecto, madres por el afecto; padres por la autoridad, madres por la benignidad; padres por la protección, madres por la misericordia. Por lo tanto, tú también madre, y tú madre; aunque en cantidad de afecto desiguales, en calidad no disímiles. Aunque no igualando en magnitud de benignidad, concordando en voluntad; aunque no coincidiendo en plenitud de misericordia, no discordando en intención. ¿Por qué callo lo que decís? ¿Por qué oculto lo que reveláis? ¿Por qué escondo lo que hacéis? Vosotros os divulgáis como madres, yo confieso ser hijo. Doy gracias; me engendrateis como hijo cuando me hicisteis cristiano; tú por ti mismo, y tú por el mismo; tú por la doctrina hecha por ti, y tú por la doctrina inspirada por ti; tú por la gracia concedida por ti a mí, y tú por la gracia aceptada de él. Pablo madre, y él mismo te engendró. Coloca, pues, a tu hijo muerto ante los pies de Cristo, tu madre, porque es su hijo. Más bien, lánzalo en el seno de su piedad, porque él es más madre. Ruega para que resucite al hijo muerto, no tanto tuyo, como suyo. Ruega por tu hijo porque eres madre, para que vivifique a su hijo, porque es madre. Haz, madre de mi alma, lo que haría la madre de mi carne. Ciertamente, si esperara, oraría cuanto pudiera, y no cesaría hasta que obtuviera si pudiera. Ciertamente, si quieres, no puedes desesperar; y si oras, puedes obtener. Insiste, pues, para que el alma muerta, que tú diste a luz viva, sea restituida a la vida; y no ceses hasta que te sea devuelta viva.

Tú también, alma muerta por ti misma, corre bajo las alas de Jesús, tu madre, y queja bajo sus plumas tus dolores. Pide que cure tus heridas, y que al ser curadas vuelva la vida. Cristo madre, que reúnes bajo tus alas a tus polluelos, este polluelo tuyo muerto se somete bajo tus alas. Pues por tu suavidad los aterrados son consolados, por tu fragancia los desesperados son reformados. Tu calor vivifica a los muertos, tu toque justifica a los pecadores. Reconoce, madre, a tu hijo muerto, ya sea por la señal de tu cruz, o por la voz de tu confesión. Revive a tu polluelo, resucita a tu muerto, justifica a tu pecador. Que tu aterrado sea consolado por ti, que el desesperado por sí mismo sea confortado por ti, y que en tu gracia íntegra e

inseparable sea reformado por ti. De ti fluye la consolación de los miserables, que seas bendito por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LXVI [antigua LXIV]. AL SANTO APÓSTOL ANDRÉS

Santo y piadoso Andrés, hermano del príncipe de los apóstoles, piadosísimo de los apóstoles, suavísimo de los santos; tú discípulo de Juan y atento oyente; tú seguidor pronto del Cordero que quita los pecados del mundo, e investigador diligente de su morada; en Simón tu hermano y en Felipe vuestro conciudadano ávido conductor hacia Jesús: tú, digo, predicador y amante de la cruz, y piadoso imitador del buen maestro por ella, a la puerta de tu piedad se sienta y clama mendigando mi alma. Presta oído de misericordia, abre la puerta de la piedad, y admite el clamor del pobre que a ti acude: tú, cuya piedad fue tanta que por todos eres conocido como el piadoso Andrés. No hay intercesor que te sugiera por mí; no hay quien exponga ante ti la necesidad de mi indigencia. Así que, que tu misma piedad sugiera por mí ante ti, y te haga propicio hacia mí. Si mi alma miserable y miserablemente se aparta de ti, si no recibe de ti el pan de la misericordia, ¿a quién irá? ¿A quién suplicará? Excluida por otros, acude a ti, a quien oyó predicable por inmensa piedad. Consumida por el hambre, perecerá por completo, porque viniendo de lejos no tiene qué comer, ni hay quien se apiade de ella, y le dé algo bueno. Además, cayó en manos de ladrones, que por amor de Dios y de todas las virtudes la despojaron, y con armas mortales de vicios la hirieron, dejándola no digo medio viva, sino casi completamente extinguida. Venga a tu mente aquella misericordia que el manantial de toda piedad mostró sobre tales, de quien bebiste tanta piedad. Me compadezco, dijo, de la multitud hambrienta, porque ya llevan tres días conmigo, y no tienen qué comer (Mateo VIII, 2). Oíste, estuviste presente, participaste, cuando compadeciéndose de ellos, con cinco panes sació plenamente a más de cinco mil hombres. ¿Contendrás, pues, las entrañas de tu piedad sobre un alma ya desfalleciente de hambre, que busca de ti el pan de la misericordia, y que ya te sostiene? ¿Serás impío solo conmigo? ¿O porque he pecado demasiado, he merecido que se me niegue por completo la misericordia? Ciertamente, la misericordia y la piedad no son necesarias donde no hay miseria o indigencia. Y cuanto mayor es la indigencia que apremia, tanto más loable es la misericordia. ¿Quién, pues, imitará al maestro de la piedad en cumplir el precepto de la piedad, si tú no imitas, que eres predicado piadoso sobre los demás? ¿Te inquieta mi importunidad? Pero, ¿qué haré? Si no clamo, es muerte para mí, porque desfalleceré y pereceré. Pero si no dejo de clamar, temo ser molesto para ti. Buen maestro, enseña a mi corazón qué orar, y cómo debe suplicarte con alguna eficacia.

Buen maestro, instruido por aquel que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, mira con mirada de misericordia al alma pecadora, que desea convertirse y volver a su Creador. Sumergida en el lodo de los vicios, se esfuerza y trata de levantarse, pero no teniendo fuerzas para erguirse, desfallece ya con miserable cansancio. Ya hace tiempo que clamando trabaja, y te espera. Sus ojos desfallecieron mientras espera en su Dios (Salmo LXVIII, 4). ¿Dónde, pues, está tu piedad, dónde tu bondad, dónde tu misericordia? Para que no perezca por completo en la desesperación, extiende la mano al que pide, levanta, sostiene, hasta que llegue a aquel a quien anhela, a quien desea, es decir, a la misericordia de su Creador. Pastor de la Iglesia, admite a la oveja errante, que desea volver, explora e implora, para que merezca ser admitida. ¿Excluyes a quien quiere entrar, a quien llamarías de regreso si no quisiera volver, y la llevarías sobre tus hombros? Si la excluyes, el sumo pastor sentirá la pérdida de su rebaño. Pues el león que ronda busca a quien devorar, de quien tú mismo temías ser devorado, cuando clamabas con piadosa y suplicante oración desde la cruz: No me permitas, Señor, que tu siervo se separe de ti por más tiempo errante, como oveja sin pastor. Oyó y escuchó entonces tu clamor el sumo pastor, y de inmediato te colocó con él en el cielo.

Escucha, pues, ahora el clamor de la oveja perdida, que regresa de lejos, y suplica ser admitida. Bríndale la misma ayuda de misericordia que te brindó el pastor piadoso, cuando enfrentabas la misma necesidad. Recíbela deseando volver al redil, anhelando con todo su corazón ser unida al rebaño del que se había apartado. Pues de aquel herido que el Samaritano curó, cuando el Señor lo mencionó, ¿qué añadió finalmente? Ve, y haz tú lo mismo (Lucas X, 37). He aquí que ante ti yace herida y maltratada mi alma. Infunde el aceite de la misericordia, ofrece los auxilios de tu intercesión, si de alguna manera puede escapar del peligro de la muerte eterna. Te escuchará gustosamente suplicando por nosotros, quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32). Tú también, alma mía, oveja enferma, oveja perdida por ti misma, corre al pastor. Y como por ti no mereces ser admitida, ruega al piadoso Andrés, que te admita en el seno de su protección, para que por su intercesión el piadoso Salvador, que vino a buscar lo que se había perdido, y a salvar lo que había perecido (Lucas XIX, 10), sane a la enferma, salve a la perdida, y la devuelva al redil, y la una al rebaño, que es bendito por los siglos. Amén.

ORACIÓN LXVII [antigua LXV]. AL SANTO EVANGELISTA JUAN. Por el temor a la condenación.

Santo y bendito Juan, altísimo de los evangelistas de Dios, amadísimo de los apóstoles de Dios; tú así especialmente amado por Dios entre sus tan especialmente amados, que la sobreeminente dilección es tu signo propio entre ellos; tú aquel Juan, a quien le fue familiar recostarse sobre aquel glorioso pecho del Altísimo; tú, a quien Dios sustituyó como hijo para su madre en lugar de él, cuando corporalmente la dejaba al morir: A ti, oh bienaventurado tan amigo y tan amado de Dios, a ti acude este pequeño hombre, reo de Dios, para que por tan amado intercesor evite la ira de Dios que se le avecina. Pues, Señor, su necesidad obliga al criminal a buscar un intercesor, y le viene a la mente aquella tu famosa familiaridad con aquel a quien teme como vengador. Cierto, pues, Señor, por esa misma familiaridad de tu poder, que ante él lo que quieras lograrás, y esperando de tu piedad, porque no despreciarás al miserable que en sus angustias clama a ti, me vuelvo a ti, aunque tibio, con todo el afecto de mi mente, y presumo pedir tu poderosa intercesión para mi alma pecadora, para que por ti sea retraída de los tormentos, a los que la arrastran mis múltiples iniquidades. Pero ¡ay de mí, miserable! ¡Cuán contrariamente me prometen mis delitos! Pues mientras trato de confortarme por tu familiaridad con Dios, más me veo obligado a aterrarme por esa misma razón, debido a mi depravación contra Dios. Pues, oh Amado de Dios, habiendo pecado contra tu amado, estoy seguro de haber merecido también tu odio.

¡Oh culpa desmedida! Culpa contra Dios, que no solo ofende a él, sino también a aquellos que pueden interceder ante él. Es cierto que el criminal de Dios, es dignamente odioso a los amigos de Dios, y no solo a sus amigos, sino ciertamente a sí mismo, y a toda su creación. Pecados, pecados, ¡cuánto más horribles sois cuanto más se os considera! Vosotros, vosotros, ¿de dónde apartáis, a dónde lleváis al miserable hombrecillo, a quien seducís? ¿De dónde cae, a dónde se precipita el alma infeliz que os sigue? ¿Qué pierde, digo, qué adquiere esa alma afligida, que al ser apartada del amor de Dios, que pudo haber mantenido por la inocencia, es empujada al horror de Dios y de todas sus criaturas por vuestra malicia? Si, pues, los pecados así contraen una execración universal para aquel a quien apartan de Dios, ¿dónde se esconderá, a quién se mostrará el hombrecillo, llevando la carga de sus pecados, que él mismo no puede deponer, horrendo y apestando con las heridas y llagas de sus delitos, que él mismo no puede sanar? Tal se presenta, amado de Dios Juan, tal se presenta ante ti mi alma, más bien esta es, esta es mi miserable alma, que haciéndose amiga de este mundo, y abrumándose con la multitud de pecados, se constituyó enemiga de Dios. ¡Ay! ¡Nombre execrable para toda cosa, nombre de enemigo de Dios! ¡Ay! ¡Cuán inicuaamente atraído por

mí, cuán justamente imputado a mí! ¡Angustias! Me convence la verdad de ser enemigo de Dios, y me prohíbe confesar la inmensidad del horror. ¡Angustias! He provocado a Dios y a todo a vengarse, y no me he reservado nada sin ofender para interceder. ¡Dolores, penas, gemidos, rugidos, dónde estáis, si aquí faltáis? ¿Dónde hervís, si aquí estáis tibios? Romped desgarrando mi estructura, consumid quemando mis entrañas, tumultuad en mis entrañas, si acaso alguna misericordia mira mi miseria. Oh vosotros, misericordiosos amigos de Dios, tened piedad de tan necesitado, por aquella misericordia que Dios os hizo. Socorred, para que no me envuelva la ira de Dios con sus enemigos. No quiero, detesto, execro ser o ser llamado enemigo suyo; aunque confieso ser pecador suyo. Socorred, o alguno.

Tú aquel, discípulo, a quien amaba Jesús, si reconoces tu signo, te ruego por ese mismo amor, reconozca yo en tanta necesidad tu auxilio. Juan, Juan, si tú eres aquel discípulo a quien amaba Jesús, te ruego por eso mismo, sea yo por ti aquel pecador, a quien Jesús perdona. Si para ti aquel glorioso pecho fue un reclinatorio familiar, te ruego sea el mismo para mí por ti un propiciatorio salvador. Confieso, Señor mío, amado de Dios, que tú también justamente estás airado con el pecador contra tu amado: pero ciertamente el Señor suele ser apaciguado por un amigo que intercede por un siervo suplicante. Por lo tanto, oh bienaventurado Juan, que estás dotado de tanto amor ante Dios, te suplica el siervo reo suyo, que lo reconcilies. No es, amado de Dios, no es contra el amor de Dios, si socorres a su reo, no defendiendo, sino por intercesión. No ofrezco defensa de mi iniquidad, ni deseo defensor si presento confesión, y busco intercesor. Amigo de Dios, no consideres enemigo de Dios o tuyo a aquel que, cuanto puede, amando cree y confiesa que tu Dios es amigo. Si creo, si confieso, si quiero amar el amor de Dios concedido a ti, te ruego por esta gracia dada a ti, aparta de mí el odio de Dios que me es debido. Haz, Señor, por tu mismo amado, haz porque soy su obra y su siervo y su redimido, haz, pues, por él ante él, que no pierda lo que hizo, que no destruya lo que redimió. Haz, como verdaderamente amas su obra y la confesión de su bendito nombre.

Jesús, a quien inicualemente he pecado; Señor, a quien neciamente he despreciado; omnipotente, cuya ira soberbiamente he irritado, amado de tu bienaventurado apóstol Juan, a él huye tu reo aterrorizado, tu pecador, tu ofensor, por más criminal que sea, por más escandaloso que sea, presenta el nombre de tu amado, entre él y la inminente sentencia de tu justo juicio. Por ese bendito amor, perdona al que busca su protección. Señor, por cuyo nombre te apiadas de tu pecador, ¿si condenas al que ora por el nombre de tu amado? Señor, bajo cuya protección se protege, ¿si bajo el nombre de tu amado es golpeado? ¿Dónde está el refugio, si bajo tu amado hay peligro? No sienta, Señor, no sienta tu odio, quien huye a tu amado. Señor, Señor, no más valga mi iniquidad para la condenación, que su gracia para la misericordia. Bueno, bueno, no más pueda mi odio para perder la obra, que hiciste; que su amor para perdonar al siervo, que redimiste.

Benignísimo, que no odiaste nada de lo que hiciste, he aquí a quien hiciste y rehiciste. ¿Por qué, pues, condenarás, Señor, al que se acusa, al que te invoca, si no odiaste nada de lo que hiciste? Haz, pues, buen Señor, por aquel, a quien entre tus discípulos familiarmente amaste, que no seas para mí condenador, porque tú solo eres salvador. Bendito seas por los siglos. Amén.

ORACIÓN LXVIII [antigua LXVI]. AL MISMO APÓSTOL. Para obtener el doble amor de Dios y del prójimo.

San Juan, tú, aquel Juan, uno de los grandes apóstoles de Dios, de los grandes príncipes del reino de Dios; uno, digo, de los más ricos en el amor con el que Dios ama y es amado, y

riquísimo en el amor de aquellos a quienes Dios ama. He aquí, oh opulento en tan bienaventuradas riquezas, y rico en tan bienaventurada opulencia, he aquí un alma afligida pero cristiana, pobre y necesitada de estas riquezas de las que tan opulentamente abundas, hambrienta se acerca a la puerta de tu clemencia, suplicando humildemente una limosna de tu opulencia, para que de lo que a ti y a muchos puede bastar sin disminución, al menos le impartas tanto como para que ella pueda vivir. Extiende, pues, rico amigo de Dios, extiende al alma del pobre siervo de tu amante Dios, de esa opulenta celda de tu mente, esta pequeña para ti, grande para mí; fácil para ti, vital para mí limosna, para que mi Señor, a quien le agradó enriquecerte para enriquecer a muchos, se digne reanimarla por ti al menos para sostener la vida. Ciertamente es pobre, mi Señor, amado de nuestro Señor, pobre es mi alma, lo que me veo obligado y avergonzado a confesar, de ambos amores de Dios; porque ama a Dios mucho menos de lo que debe, y es amada por Dios mucho menos de lo que necesita. En verdad, en una cosa confieso ser muy injusto, en la otra justo Dios; en ambas me siento muy miserable, por el justo juicio de Dios. No he olvidado al decir esto, oh tú justo y misericordioso Dios: ni soy ingrato por los múltiples beneficios de tu amor hacia mí desde el inicio de mi creación; pero mientras no se sacie de ambos amores tuyos, siempre se proclama pobre y necesitada mi alma hambrienta.

Porque esto mismo es uno de los mayores, de los más gratos beneficios tuyos para mí, que por el dulce sabor de ti has despertado en mí esta avidez, para que mi alma rehúse consolarse (Salmo LXXVI, 3), sino por su saciedad. Para obtenerla, ya que no basta la súplica de tu pecador menos amado; para obtenerla, invoco los méritos de tu amante mucho más amado. Por tanto, tú, buen dulce, y dulce bueno, de quien proviene todo bien, hazlo a él para mí y a ti para él, o mejor aún, a ti él para mí accesible, para que por él alcance el bien deseado de esta saciedad. Sé, Señor, sé y confieso que yo no soy digno de que tú me ames; pero ciertamente tú no eres indigno de que yo te ame. Dame, pues, Señor, por sus méritos, de lo que tú eres digno, y seré digno, de lo que soy indigno. Pero que ore por mí más bien, porque él puede más eficazmente, ese tu amado, Señor Jesús. Que ore él a tu piadoso pecho, su dulce reclinatorio por mí; y escucha tú mi deseo por él por ti.

San Juan, amado de Jesucristo mi Señor, te ruega el siervo de tu amigo, que por el nombre de su Señor, tu amante, le obtengas el amor mutuo de Dios, obtén, pues, para mí que sea amado por él, para que yo también lo ame dignamente. Ciertamente, amado de Dios, si él nos ama por ti, nos concedes misericordia; y si nosotros lo amamos por ti, le devuelves gracia. Ciertamente, Señor, si lo conviertes a él para amarnos, nos haces deudores tuyos de tan gran bien; y si nos enciendes a nosotros para amarlo, te haces a ti deudor de él. Ciertamente, bienaventurado, cuanto más haces que ame a más, nada te disminuyes; y cuanto más haces que más lo amen, tanto más le retribuyes. Haz, pues, Señor, esta misericordia a tu suplicante, de modo que me hagas a mí deudor tuyo de tan gran bien, y a ti deudor de Dios de un alma. Haz, te ruego, Señor, haz que no rehúses, de lo que a nadie le vendrá daño, sino que a tu siervo le vendrá salvación, a ti gracia, y a Dios gloria. Amadísimo discípulo de la piedad, ¿por qué negarás al abundante al necesitado, al poderoso al que pide lo que a nadie es nocivo y a tantos bienes es propicio? Pues si sus pecados se oponen al que desea; ¿por qué no más bien asisten tus méritos al que ora? ¿Acaso mis pecados tienen poder para dañar, y tus méritos son impotentes para socorrer? Lejos de mí, Señor, que me vea obligado a sentir lo que temo decir. ¿Por qué, finalmente, se le negará al que pide por sus pecados, quien confesándolos, no busca nada por sus méritos sino por los tuyos? ¿Por qué, digo, cuando son mayores los méritos que él presenta, que los delitos que se le imputan? Estoy seguro, Señor, porque si quieres, tu gracia vale más ante Dios tu amante, que para que, perdonados mis pecados, me haga amando su amante.

Por tanto, oh bienaventurado Juan, haz que quien te ama, me ame también a mí por esa amplitud de caridad que enseñaste y tienes; y que no envidias a nadie, sino que deseas que sea un bien común del que te alegras. Haz por el amor que le debes, que también pagues mi amor con el tuyo, a quien por su sola no solo le debes la tuya, sino muchas. Pues, bienaventurado Juan, tú mismo has experimentado en tu bienaventuranza que así como nadie puede dar a Dios antes de lo que debe; así tampoco puede retribuir más de lo que debe. Si, pues, todos los que aman a Dios tu amante por ti, no pueden ser compensados; te ruego, Señor, que no rechaces a quien en ellos pide ser contado. Enciende con su amor al tibio, y hazlo ferviente. Ayuda al que se esfuerza, escucha al que ora.

Jesús Señor, a quien deseo como oyente; Juan, a quien pido como intercesor, así me impulsa mi deseo, que mi corazón desea impulsaros; pero no como a reacios, sino como a espontáneos; no como a no dispuestos, sino como a dispuestos. Sufrid, pues, y perdonad; y si algo concibe mi corazón, torcedlo hacia el amor. Sostenedme, digo, porque el amor del amor de Dios me impulsa. Señor y Señor, creo, sé que os amáis mutuamente. Pero ¿cómo lo experimentaré yo mismo; si lo que pido por uno y otro, no lo concedéis? ¿Jesús? ¿cómo me pruebas tú a mí, o yo a cualquiera, que lo amas, si ni me das ser amado por ti, ni siquiera amarte a ti, a mí que lo deseo por él? Juan, ¿cómo sentiré yo que él te ama, si no me obtienes que me ame también a mí; o que tú lo amas, si no me ayudas, para que yo también? Excusa mi exceso; tu amor de Dios me obliga a hablar así. Por tanto, oh tú Dios, y tú su amado, no queráis amaros solo a vosotros bienaventurados, sino también a nosotros miserables. Alegrémonos con vosotros, compadeceos de nosotros. No queráis cerrar tanto bien solo disfrutándolo entre vosotros; sino que fluya algo sobre nosotros, que difundido dentro de nosotros, unja y alegre nuestras almas.

Amado amante de Dios, Juan, que seguro de ti mismo en esa bienaventurada plenitud de vuestro amor mutuo te glorías, sé tanto más generoso con el pobre que te mendiga el amor mutuo de Dios, cuanto más te sientes en su mayor abundancia, y me ves en mayor necesidad. Sabes bien tú, Señor, sabes tú aquel que en su epístola decretó que nadie teniendo los bienes del mundo, y viendo a su hermano en necesidad, cierre sus entrañas a él (1 Juan III, 17). ¿Qué, pues, Señor, si alguien teniendo los bienes de la vida eterna, viera el alma de su prójimo en necesidad, cerrará sus entrañas a él? Misericordioso preceptor, si quisiste que no se cerraran las entrañas del que tiene los bienes del mundo al que sufre necesidad, ¿no mucho más del que tiene mejores bienes al que sufre mayor necesidad? He aquí que te oigo ordenar que se abran las entrañas, y te veo tener la sustancia de amar a Dios y de ser amado por Dios, y tú ves que mi alma tiene necesidad. He aquí que ordenando y teniendo, y ante él el necesitado, se miran mutuamente. Si, pues, Señor, tu visión es más piadosa que mi oración devota; tu visión sea mi oración. No escribiste: si alguien viendo a su hermano orar cierra sus entrañas; sino, si viendo a su hermano en necesidad.

Actúa, pues, Señor, ve mi necesidad, más bien he aquí que la ves. Alma, alma mía, recoge todo tu afecto, e ingrésate en su vista; clama, repite con íntimo afecto en su presencia: Me ves. Alterna allí, e importunamente repite: Me ves; y: Mírame; Juan ciertamente me ves, me ves. Por tanto, mírame, Señor; me ves conociendo, mírame compadeciendo. Ves y sabes, ve para que sepa. Ves y sabes mi necesidad, ve para que sepa tu piedad. Ve, mírame, porque me ves. Hace tiempo que sé; ahora sentiré que me ves. Sé, sentiré. Oh, ¿qué escucha mi entendimiento que se me objeta? Concedo, Señor, porque ordenaste que se abrieran las entrañas al hermano. Pero si soy hermano o prójimo, ni me atrevo a afirmar lo que deseo, ni quiero conceder lo que no me conviene. Jesús, su maestro, míranos, Señor, ante el arroyo mi alma se angustia de sed; pero no hay qué beber, a menos que fluya de la fuente. Fuente de misericordia, fluya de ti en él para que beba de ti en él. Bueno, responde por mí. Recorro a la

fuelle; no puedo más. No perezca ante la fuente viva el alma por sequedad; no se obstruya el sorbo al sediento. Que tu saciado escuche tu sentencia, y que tu sediento beba de tu clemencia. Dile: Juan, ¿quién te parece que fue prójimo de aquel que cayó en manos de ladrones (Lucas X, 36): Responde, bienaventurado Juan, lo que el género humano responde de su Samaritano, dándole gracias: Responde, el que hizo misericordia con él (ibid., 37). Actúa, buen Jesús; comenzaste a ayudar mi oración, ya en tus manos la encomiendo (Salmo XXX, 6); tú, como perfectamente bueno eres, perféctala. Di, te ruego, a Juan tu amado, y preséntame a él tu siervo. Ve y haz tú lo mismo (Lucas X).

Espera y alégrate, alégrate y ama, alma mía. Aquel a quien tú deseabas dudando como oyente, él mismo te prepara como intercesor. Mendigando suplicabas por otro, porque por ti no confiabas en él; y he aquí que él acude, y aboga donde tú desfallecías. Oh bondad, oh piedad, oh amante! He aquí cuánto te muestra que te ama; y cuánto te enciende, para que lo ames. Insiste, pues, y espera, no de ti, sino de él; porque escuchará tu deseo, quien así consume tu oración. Mi corazón, y mi carne, exultad en él (Salmo LXXXIII, 3), y amadlo, y todo lo que hay dentro de mí (Salmo CII, 1), bendecirlo. Amén.

ORACIÓN LXIX [ant. LXVII]

A SAN ESTEBAN. Con retractación de caridad, y dormición del mismo.

San Esteban, bienaventurado Esteban, benigno Esteban, fuerte soldado de Dios, primero en el bienaventurado ejército de los mártires de Dios, poderoso príncipe, uno de los grandes príncipes del cielo; aprendí, Señor, y creí, y con gozo abrazo que aún estando en la tierra resplandeciste con tanta luz de santidad, que tu venerable rostro brillaba con dignidad angélica; que resplandeciste con tanta pureza de corazón, que tus bienaventurados ojos veían a Dios en su gloria; que ardías con tanta piedad de caridad, que tu piadosa boca oraba piadosamente por los impíos que te mataban. Así fue, buen Esteban, así fue. Así me alegro de que haya sido; y así me alegro, me regocijo, y exulto de haberlo conocido. Pues temiendo la estricta sentencia del justo juez, temiendo, digo, yo pecador y culpable, el merecido castigo, necesito un ayudador, y tengo dulce y seguro enviarte como intercesor, para que complazcas a mi omnipotente amigo, mi Señor y Creador y tuyo. Sé, Señor, y estoy seguro por tus grandes méritos de que puedes; confío por tu copiosa caridad que querrás; espero por la inmensa misericordia del juez que no lo negará. Ansioso y tembloroso, pues, huyo a ti, mal consciente de sí mismo pecador.

Mira, pues, piadoso Esteban, mi angustia, y extiende sobre ella tu caridad. He aquí que el culpable está ante el temible juez. Es acusado de muchas y grandes ofensas. Es convencido por el testimonio de su propia conciencia, y por los ojos del mismo juez. No ha hecho el bien, que compense con malas acciones. No ha merecido ningún intercesor familiar del juez por algún servicio pasado, ha merecido a todos como acusadores ofendiéndolos. El juez terriblemente estricto, intolerablemente severo, desmesuradamente ofendido, vehementemente enojado. Su sentencia una vez pronunciada es inmutable, la cárcel irremediadamente abierta. En la cárcel tormentos inmensos dispuestos, torturadores preparados, para que, dada la sentencia, lleven al condenado a los tormentos. Tormentos sin fin, sin intervalo, sin temperamento, torturadores horribles, que nunca se cansan, que nunca tienen misericordia. El temor turba al culpable, la conciencia lo confunde, los pensamientos lo increpan, no se le permite huir. Así está suspendido a la gravísima sentencia. He aquí al miserable en peligroso aprieto, en angustiosa necesidad. He aquí al hombre necesitado de rápida ayuda. ¿Dónde está ahora? Ahora que venga en su ayuda, quien bajo la presión de las piedras se compadeció de los que lo lapidaban. Ahora que ore por él, quien ante el mismo

juez fue intercesor por sus homicidas. Esteban, Esteban, y verdaderamente Esteban, porque verdaderamente coronado. Esteban, digo, Esteban, he aquí el lugar de la piedad, he aquí el tiempo de la misericordia, he aquí ciertamente la ocasión de mostrar caridad. En este peligro estoy constantemente, salvo porque no siempre lo pienso; y entonces más miserable y más lamentable, cuando puedo olvidarlo. Siempre me ve Dios, y mis pecados; siempre su estricta justicia amenaza a mi alma pecadora. Siempre el infierno abierto, y sus tormentos preparados, siempre los invisibles acechadores listos, para que allí lleven al alma miserable.

Así estoy puesto, cuando vigilo; así estoy cuando duermo, así estoy cuando río; así estoy cuando bromeo; así estoy cuando me enorgullezco, cuando difamo; así cuando me enojo, cuando me vengo; así así estoy cuando abrazo miserablemente las delicias del cuerpo. En fin, así estoy siempre y en todo lugar. Apresúrate, pues, piadoso, te ruego, apresúrate antes de que sea condenado, antes de que me lleven los torturadores, los enemigos del género humano, antes de que me absorba la cárcel infernal, antes de que me consuman los tormentos del infierno.

Pero oh vosotros, oh vosotros, mis pecados, sois demasiado grandes, sois demasiado numerosos, para que con razón se niegue el perdón a mi alma por vuestra causa. Lo sé: ciertamente, así es, lo confieso, así es. Pero cuanto más grave es mi infelicidad, cuanto más angustiada es mi necesidad; tanto más admirable será la piedad del que perdona, tanto mayor aparecerá ante el perdonador la gracia del intercesor. Sé bien, Señor, amado de Dios Esteban, que ofendí a Dios, también a ti y a todos sus santos ofendí. Pero tan grande es mi necesidad, que me obliga a pedir ayuda incluso a aquellos de quienes merecí castigo. Y tan llenos estáis tú y los otros santos de esa copiosa, esa inestimable fuente de piedad, que os deleita incluso liberar piadosamente a aquellos que justamente podéis condenar. Grandes son, gran Esteban, grandes son tus méritos, para que puedan bastar para ti y para mí; y si me benefician a mí, nada se te disminuirá. He aquí ante Dios, y ante ti, bienaventurado Esteban, están todos mis pecados, que aterrizan, que preocupan, que pesan sobre mi alma. Di, pues, oh piadoso, al piadosísimo y amadísimo amante tuyo, di, Señor, no les imputes este pecado (Hechos VII, 59). Di, digo, por el necesitado que te suplica, lo que dijiste por el pueblo que te mataba. Que lo diga solo tu piadosa caridad; y estoy seguro de que el benignísimo Dios perdonará todos mis males. Él mismo es misericordioso y mi Creador, yo miserable y su obra, tú su amado amigo que es bendito por los siglos. Amén

Retractación de la caridad de San Esteban.

Pues cuando tus enemigos insensatos te oprimían, amigo suyo, como la Escritura veraz testimonia, tú, puesto de rodillas, clamaste con gran voz: Señor, no les imputes este pecado (Hechos VII, 59). Oh corazón opulento en la abundancia de la caridad; del cual, cuando era afligido, tan copiosa misericordia fluía! Oh mente ardiente en amor, copiosamente unguada en caridad; de la cual, cuando era atribulada, tan suavemente ardientes y tan ardientemente suaves chispas brillaban! Oh panal rico en miel de amor; del cual, cuando era presionado, tan opulentas, tan agradables gotas destilaban. Señor, no les imputes este pecado. Hombre bienaventurado, cuánta esperanza das a los pecadores amigos tuyos, cuando oyen que fuiste tan solícito por tus impíos enemigos? Vaso de caridad sobreabundante en plenitud, ¿con qué abundancia saciarás a los que desean abrazarte dentro de su corazón, cuando así bañas a los que te expulsan de su ciudad?

Cuando así ofreces a los que respiran furia arremetiendo contra ti: ¿cómo reanimarás a los que respiran temor huyendo hacia ti? Señor, no les imputes este pecado. ¿Cómo responderá invocado, quien así reprendía provocado? ¿Con qué benignidad sostendrá a los humildes

exaltado, quien así socorría a los soberbios humillado? ¿Con qué celeridad liberará a los afligidos poderosamente liberado, quien así socorría a los afligidos afligido? Ellos se apresuraban a quitarte la vida; tú te afanabas en devolverles la vida a sus almas. Ellos con cuello rígido, con gran furia rugían, para matarte; tú, puesto de rodillas, con gran voz orabas, para que ellos no perecieran. Ciertamente con gran voz, porque con gran caridad; y puesto de rodillas, porque con verdadera simplicidad. La soberbia afligía la humildad bajo la piedra de la tribulación, y el olor de la caridad de allí emanaba. La caridad era golpeada por el odio con la piedra, y el sonido de la piedad se devolvía. La impiedad oprimía la piedad con la piedra, y el aceite de la misericordia brotaba.

294 ¡Oh, si alguna vez mereciera, por la caridad de Esteban, obtener el óleo con oraciones, lo que él pudo extraer con piedras! Pues mi alma languidece con un gravísimo mal, que no se cura sino con el óleo de la misericordia. Ojalá al menos una vez suplique a Dios por mí y por todo mi pecado: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Enséñame, alma bienaventurada del bienaventurado Esteban, con qué sabor te deleitabas, con qué saciedad ardías, cuando tu corazón exhaló una palabra tan buena (Salmo 44, 2). ¡Cuán dulce es a la garganta de mi alma tu elocuencia (Salmo 118, 103), más que la miel y el panal (Salmo 18, 11) a mi boca! Al masticarla, se vuelve más y más dulce; al succionarla, su sabor suavísimo fluye más y más. Cuanto más la veo, más resplandece; tratada de cualquier manera, siempre crece en deleite. Lleva la forma de la fe, tiene la solidez de la paciencia. Brilla con la pureza de la simplicidad, resplandece con el color de la benignidad. Sabe a caridad, huele a piedad, al tacto devuelve mansedumbre, con su sonido representa misericordia. Dime, pues, bienaventurado Esteban, ¿qué albergabas dentro de ti, de dónde brotaban tantas mezclas de suavidades? Sin duda, estabas lleno de todas ellas, adornado con todas ellas, encendido con todas ellas. Por todas estas virtudes de las que abundabas, te ruego, oh caritativo Esteban, ora para que con la grasa y la abundancia de la caridad se llene mi alma árida (Salmo 62, 6). Ayuda a que mi alma hambrienta se sacie con el pan de la caridad. Haz que mi alma fría arda con el fuego de la caridad, por la gracia de aquel que la creó.

Retractación de la dormición de San Esteban.

Y dicho esto, se durmió en el Señor (Hechos 7, 59). ¡Oh, se durmió! ¡Oh, sueño con descanso, descanso con seguridad, seguridad con eternidad! Descansas, oh feliz, en el gozo, te gozas en el descanso. Te glorías, oh seguro, en la saciedad, te sacias en la gloria. Tu alegría no cambiará, tu luz no se apagará. Todo lo que no deseas está lejos; todo lo que deseas está a tu disposición. Tu alma tenía sed de Dios, fuente viva (Salmo 41, 3). Has llegado a Él, y bebes del torrente de su delicia cuanto quieres, como quieres, cuanto tiempo quieres. Siempre saciado, siempre bebes, porque siempre te deleita beber, y nunca te cansas. Ni bebes para alcanzar una saciedad como si aún no la tuvieras; sino que siempre bebes para que siempre dure la saciedad que ya posees. Siempre deseas lo que siempre tienes, y lo que siempre estás seguro de tener. Incesantemente y con deleite deseas ese deseo deleitable; y siempre bebes con deleitable ardor ese deseo, con copiosa saciedad. ¡Oh suficiente bienaventuranza, y bienaventurada suficiencia! ¡Qué feliz es dormir, dormir en el Señor! ¡Con cuánta paz duermen los que duermen en el Señor! Pues ya no los agobiarán más los pesos de la carne, no los afligirán los dolores de la corrupción. No los atacarán los estímulos de las tentaciones, no los aterrará la conciencia de los pecados. Ninguna necesidad los inquietará. Dios ha secado toda lágrima de sus ojos (Apocalipsis 7, 17).

¡Oh rica y bienaventurada paz, cuán lejos estoy de ti! Pues he aquí que, al intentar siquiera probar tenuemente la saliva de la felicidad ajena, me veo obligado a tragar abundantemente

los amargos tragos de mi infelicidad, que me mueven a callar esos bienes que ni siquiera puedo imaginar, y a llorar los graves males que sufriendo puedo palpar. ¡Ay de mí, miserable! Dónde no estoy, y dónde estoy, que no sé dónde estaré. Pues mi alma se encuentra miserablemente en discordia con mi carne unida a ella, a la que no quiere seguir, ni puede sin temor: no se atreve a dejarla, ni puede sin dolor; quiere arrastrarla tras de sí, y no puede ni con esfuerzo. ¡Infeliz de mí, hombre! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Romanos 7, 24). Te ruego, oh bienaventurado Esteban, te ruego, compadécete de mí, miserable necesitado, que me alegro contigo, bienaventurado, aunque no necesitado. Que me libere de este cuerpo de muerte por tus méritos la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, para que algún día en paz me duerma y descanse (Salmo 4, 9) en el Señor, que vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LXX [antigua LXVIII]. A SAN LORENZO.

Beatísimo mártir y ferventísimo amante del Salvador, coronado con laurel de verdadera felicidad, Lorenzo, tú, aquel precioso vaso de la casa de Dios, tú, aquel fiel dispensador del tesoro celestial, y benignísimo proveedor de los pobres de Cristo, te invoco en ayuda mía, deseando suplicar el rostro de Dios, pero por la magnitud de mis pecados no atreviéndome a levantar mi rostro hacia Él. Actúa, pues, testigo fortísimo del poder de Cristo, muestra en mí tu benevolencia, y atiende mi necesidad, y lleva ante Él mi oración. Vacía con piadosa intercesión mis pecados, extirpa con misericordiosa ayuda mis vicios, para que, arrancado de ellos, mi alma pueda de alguna manera encenderse en aquella caridad, en la que felizmente ardías en el deseo de Cristo. Por esto, Señor preciosísimo, acudo principalmente a ti, porque considero en ti la maravillosa llama de esta caridad. Pues, ¿quién puede pensar, qué mente puede estimar, qué entendimiento puede captar con qué ardor, con qué afecto de santo fervor, mantenías fijo en tu corazón su amor; más bien, habías fijado tu corazón en su amor, cuando así interiormente te llenabas de su dulzura, que despreciabas las llamas que te oprimían exteriormente? Entra, alma mía, en los interiores del espiritual entendimiento, y penetra si puedes el secreto del bienaventurado corazón, tan encendido amante de tu Señor, y considera cuán nectáreamente estaba ligada su feliz mente con el vínculo de la divina caridad; mientras el cruel incendio exteriormente asaba su carne, y el afecto interior exultando dirigía alabanzas al cielo. Atiende, digo, y admira, admira y alégrate, alégrate y ama, ama y alaba; pues por mucho que te esfuerces en considerar, la dulzura con la que él se deleitaba por el afecto, y se beatificaba por el efecto, supera con mucho tu entendimiento. Sin embargo, al pensar en ello, avanzas para que desees saciarte de ello, y mientras la saciedad esté ausente, sufras su hambre. Porque, sin duda, cuanto más te afecte el hambre, tanto más abundantemente te alegrarás con la saciedad percibida. No ceses, pues, de clamar, no te avergüences de mendigar a la puerta de este rico tesorero, cuyo auxilio imploras; orando suplicante para que, así como distribuyó los tesoros de la Iglesia como fiel y prudente dispensador a los pobres; así del tesoro de la caridad al menos te destile tanto, que cada día te hagas más hambriento de su deseo, y siempre desees su saciedad.

A ti, pues, potentísimo y preciosísimo testigo del Salvador del mundo, Lorenzo, a la puerta de tu piedad clama este hambriento, este pobre hambriento; no para que evacues su hambre, sino para que, al ser refrescado con cualquier gusto de caridad, lo enciendas más, infundiéndole cualquier gota de su dulzura en mi alma sedienta, aumentes su sed en mí; para que toda dulzura que no mana de su fuente me sea onerosa; si es que, sin embargo, puede llamarse dulzura la que no tiene sabor de ella. No permitas, pues, benignísimo señor, que la saciedad de alguna voluptuosidad mundana evacue la demasiado tibia hambre de mi corazón, que padece esta hambre; no extinga su sed cualquier deleite carnal; sino que en la mente de tu humilde amante crezca cada día. Que mi alma sea ávida de esta hambre, fastidiosa a todas las

cosas terrenas, para que, deficiente en ellas, progresando en aquella, por el hambre espiritual llegue a la bienaventurada saciedad, con la que tú, rico en insignes méritos, mereciste ser saciado y beatificado. Que otros pobres acudan a las puertas de los ricos, para que, saciados con banquetes terrenales, expulsen las incomodidades del hambre corporal; yo llamo a las puertas de tu piedad, para que merezca evadir la saciedad de la delectación terrena, y obtener la hambre indeficiente de la dulzura suprema. Esta hambre, esta sed, a esta gemir, a esta suspirar ardo.

Consúltame, mártir gloriosísimo. He aquí que tal vez la verbosidad indiscreta dice: Ya se ha orado bastante, y el afecto del deseo clama: Insiste aún más ardientemente en la oración. ¿Es así, dulcísimo señor y ferventísimo amante de Cristo, que la devoción no fingida de orar se comporta de tal manera que cuanto más se aplica a la oración, más se enciende? ¿Es así que el incomparable olor de la caridad atrae a los que oran en espíritu y en verdad, que mientras se dice que la oración ha llegado a su término, más deleita orar por más tiempo? Así es, ciertamente. Bienaventurada es aquella mente que tal incendio verdaderamente inflama. Pero para que ya se cierre mi oración, sea cual sea, te ruego, beatísimo mártir y principal columna de la Iglesia de Dios, Lorenzo, que felizmente mereciste oír del benignísimo Jesús: Ven, buen deseador; te recibirán mis ángeles, porque asado no me negaste, probado me confesaste: a ti, digo, te ruego, eleva con tus sublimes y potentísimos méritos mi oración, para que lo que sumamente deseo (a saber, que toda iniquidad sea extirpada de mí, y la verdadera caridad hasta el fin en mí progrese), por tu intercesión, y con el favor del buen Señor Jesús, merezca obtener, por el mismo Señor y Redentor nuestro, que es con el Padre y el Espíritu Santo vida y reino en los siglos eternos. Amén.

ORACIÓN LXXI. A SAN MARTÍN. Por un hombre que está en el abismo de los pecados.

Pecadorcito, tú que mucho necesitas, tú que tanto has contristado a Dios, despierta tu mente, atiende a tu necesidad, e invoca la misericordia sobre tu miseria. Alma mía, despierta; mi miseria, despierta, mi pecadora, clama a tu Dios airado, si acaso suaviza su rostro sobre ti. Pero Él es altísimo, y yo soy ínfimo. ¿Cómo alcanzará mi voz a Él? Levantaré sobre mí mi alma, para que atiende a Él que está sobre ella, si acaso, llamado, la escuche. Pero ciertamente Él es justísimo, y yo soy demasiado iniquo. ¿Cómo escuchará mi clamor? Entraré dentro de mí mismo, excluiré todo, excepto a Él y a mí mismo; y derramaré mi alma y lo que hay dentro de mí ante Él. Despertaré, como doliente y digno de compasión, mi afecto; expondré mis miserias ante Él, si acaso su gran piedad lo conmueve. Pero mis delitos son demasiado inmensos, demasiado infinitos; no basta sin intercesor, ni es aceptable mi oración.

Rogaré a alguno de esos grandes familiares de Dios, si acaso Dios lo escucha por mí. Llamaré a Martín, aquel gran confesor, cuyo nombre ha sido glorificado por el mundo. Martín. Oh, si tú también me escucharas; tú, aquel, gran Martín. Pero si Dios me desprecia, ¿quién me mira? Si Dios aparta su rostro de mí, ¿quién vuelve el suyo hacia mí? O si Dios me odia, ¿a quién escucha por mí? Misericordioso y compasivo Dios, ¿acaso detestas tanto al que vuelve a ti, que no puedes soportar tener misericordia de él, a quien se adhiere alguno de los tuyos? ¿O tanto aborreces a uno de tus dolientes, que por él no escuchas a ninguno de tus amigos? Tú, digo, que eres llamado benigno y misericordioso, admirable sobre la maldad (Salmo 2, 13), ¿acaso te enciendes tanto contra el pecador penitente, que olvidas lo que eres? Por ti mismo, o escúchame, o concede escuchar a alguno que me escuche, a quien escuches por mí. Señor, si retienes tu oído del pecador, porque eres justo; al menos no prohíbas el oído ajeno al misero suplicante, porque eres piadoso. Benigno, eres más clemente de lo que puedo pensar, no menos lo sentiré de lo que presumo esperar. Tanto confía, Señor, en tu piedad, tu siervo creado y recreado por ti, que se atreve a pedirte un intercesor, tu reo. Pues nadie me mirará,

sino por tu mandato: nadie me ayudará, sino por tu consentimiento. Y sin embargo, espero que lo que me niegas por mis pecados, me lo concedas por los méritos de alguno de tus familiares. Bueno, no te muestres vengador, a quien pido intercesor; si no das por pan una piedra, por pez una serpiente (Mateo 7, 9), por huevo un escorpión (Lucas 11, 12). Da, pues, Señor, a mí intercesor a Martín, aquel gran confesor, cuyo nombre bienaventurado has glorificado por todo el mundo.

San Martín, por Él te ruego, que hace que todo el mundo venere tu nombre, no niegues tu auxilio al necesitado y suplicante. ¿Por qué eres, señor, llamado por todos en el mundo, sino para que seas el abogado de todos los que te ruegan? ¿Para qué suena en la boca de todos: Mi señor San Martín; mi señor San Martín, sino para que puedan decir: Mi ayudador San Martín; mi ayudador San Martín? ¿Para qué está difundido tu nombre por todas partes, sino para que por esto se infunda algún gran bien al mundo? Tu fama me llama a ti, tus milagros me envían a tu intercesión, tus obras me atraen a tu intercesión, tus obras me atraen a tu auxilio. Pero, ¿por qué narrar tus milagros, si es mayor tu poder? ¿Para qué repasar tus obras, si tu gracia ante Dios sobresale? ¿Por qué recitar las ayudas que a muchos has prestado, si son mejores las espirituales que puedes, que las corporales que haces habitando en el cielo, y peregrinando en la tierra hiciste? Pues no solo puedes estas, y aquellas no puedes. No, digo, en estas solas eres poderoso, que a nada llegan, y en aquellas impotente, que a la eternidad llegan. Sin duda, no para hacer solo estas cosas has progresado así. No para otorgar solo estas has ascendido tanto. Imparte los bienes espirituales, con los que te glorías; alegra con los eternos, con los que te alegras; infunde los celestiales, en los que te mueves. Sintamos, necesitados, la abundancia de aquellos por ti, de los cuales lleno recibes la inundación perpetua.

Oh inundación de tus bienes, y abundancia de mis males. ¿Cuánta es la distancia entre ellos? ¿Cuán vehementemente te hace feliz aquella; cuán demasiado infeliz me hace esta? Aquella desciende de la plenitud de Dios; esta asciende de mi indignancia. Aquella fluye de la abundancia de Dios, esta surge de mi escasez. ¡Oh, si la abundancia de aquella inundación inundara, para lavar la abundancia de mis males! ¡Oh, si la plenitud de aquella saciedad llenara la vacuidad de mi indignancia! No dudo, señor, que me obtendrás esto, si tan solo quisieras rogar por mí a mi juez, tu amado amante. No esperes, Señor, a escuchar mi importunidad; porque tú sabes mi debilidad para orar por mucho tiempo. Pues soy veloz para desfallecer; pero sé tú más veloz para socorrer. Ciertamente, si mi corazón se contrita, si mis entrañas se conmueven, si mi alma se licua, si ríos fluyen por mucho tiempo de mis ojos; entonces esperaré porque Martín está presente en mis oraciones. Sacude, pues, señor San Martín, sacude mi espíritu, despierta mi corazón, conmueve mi mente al afecto según su necesidad, para que sienta el efecto de tu misericordia según tu poder.

Pero ¡ay! ¿cuánto tiempo languidece mi mente, cuánto estupor endurece mi corazón, cuánto letargo abrumba mi alma? San Martín, ¿qué es lo que así me impide? ¿Qué es lo que así oprime mi cuello? ¿De dónde se oscurece así mi mirada? ¿De dónde se cierra así mi entorno? Quiere, señor, quiere mi alma levantar su rostro hacia Dios y hacia ti, y se ve agobiada por un peso de plomo. Desea dirigir su mirada hacia vosotros, y se oscurece con tenebrosas sombras. Intenta liberarse, y se ve atada con cadenas de hierro. Intenta salir, y se ve encerrada en una cárcel de bronce. ¿Qué son estas cosas, Dios, qué son estas cosas, que así oscurecen y agobian mi alma, cierran y atan? Tal vez son mis pecados; en verdad, estos son mis pecados. Ciertamente, estos son. El afecto carnal ha insensibilizado en mí el sabor de las cosas espirituales; la intención de las cosas bajas ha inclinado mi alma del enfoque de las cosas superiores; el amor de las cosas terrenales ha extinguido en mí el deleite de las cosas celestiales; con el uso de los vicios ha desaparecido en mí el sentido de los verdaderos bienes. De aquellos bienes estoy alejado, en estos males ocupado, excluido de aquellos, incluido en

estos; de aquellos caído, en estos envuelto. De aquí es esa cárcel y esas cadenas. De aquí son esas tinieblas y esos pesos.

Mis pecados, ¿a quién guardáis en estas cadenas y esta cárcel, bajo estas tinieblas y este peso? ¿A quién sino al juez estricto, y a vuestros torturadores, y a los tormentos eternos? ¿A quién, sino a la cárcel del infierno, y a las cadenas sempiternas? ¿A quién, sino a la oscuridad de la noche perpetua, y al peso de la muerte interminable? Ciertamente, a estos males me guardáis, a estos males me arrastráis. Ciertamente, en estos estaré envuelto, si antes no soy liberado de vosotros. Verdaderamente, seré un siervo inliberable de estos, si antes no soy liberado de vosotros. Sin duda, está cerca ese día, cerca, digo, está y desconocido. Viene de repente, y tal vez será hoy.

Delicta mea, ¿eran tan nocivos mis pecados futuros, cuando mi alma se embriagaba con vuestra dulzura, cuando mi corazón se unguía con vuestro placer? ¿Por qué me ocultabais esto? ¿Por qué me traicionabais? En realidad, no fuisteis vosotros quienes me traicionasteis, sino yo mismo, que confíe en vosotros. No me engañasteis; fui yo quien se engañó al acogeros en mi interior. ¡Oh inaudita locura! Sabía que en vosotros no había fidelidad, y sin embargo, os tuve fe. En realidad, no tuve fe, ni os creí; pero de un modo horrible, viendo, ciego me entregué a vosotros. Veía, porque os conocía, y sabía los males que os seguían; era ciego, porque no me cuidaba de lo conocido. ¡Ay pecado, nombre horrendo, cosa detestable, incomparable a ningún mal! El ciego no ve el hoyo en el que cae; el insensato cree que debe hacer lo que hace: pero quien peca voluntariamente, viendo y sabiendo, se entrega al precipicio. La muerte y cualquier tormento, son solo tormentos; no son en sí mismos repugnantes, porque están ordenados. El pecado en sí mismo tiene su fealdad, y conlleva la infelicidad eterna. Por tanto, era mejor elegir un tormento eterno que no atrae por sí mismo la fealdad eterna, que un pecado que con su fealdad une dolores eternos. Y ciertamente, oh hombre miserable, la sola fealdad del pecado debía ser más evitada por ti que cualquier inmensidad de tormentos. Pues al pecar, con la más vil perversidad te antepusiste a Dios tu Creador, lo cual es lo más injusto: en la tolerancia de los tormentos, con el más bello orden, la criatura se sometería a su Creador, lo cual es lo más justo.

Oh hombre, ¿dónde se desvaneció tu humanidad? Aprendiste que quien comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34); y para ser esclavo de tan gran mal, pecaste. Sabías que eres un espíritu que va y no vuelve (Salmo LXXVII, 39); y te arrojaste al abismo del pecado, irremediable y sin fondo. Verdaderamente, mis pecados son un abismo, porque son incomprensibles en peso y profundidad; e inestimables en número e inmensidad. Este abismo es irremediable, porque nadie regresa de él, a menos que sea retraído por la gracia; y sin fondo, porque quien peca voluntariamente, con razón cae infinitamente, si no es retenido por la misericordia. Oh abismo llama al abismo (Salmo XLI, 8) mis pecados! Los tormentos también, que me guardan, son un abismo; porque son infinitos y completamente incomprensibles. ¡Ay, la cárcel y las cadenas, las tinieblas y los pesos de los pecados me aterran; pero me convertí en esclavo de un mal incomparable a ningún otro mal: y así me sumergí en el abismo, y con esta lamentable servidumbre, y abismo, seré sepultado en otro abismo. ¡Ay sobre ay, temor sobre temor; dolor sobre dolor. He aquí un tercer abismo, y este demasiado terrible: los juicios de Dios son un gran abismo (Salmo XXXV, 7); tal vez en la voz de estas cataratas mi abismo llama al abismo (Salmo XLI, 8). Las cataratas son ocultas, los juicios de Dios son ocultos: el abismo llama al abismo en la voz de las cataratas de Dios, porque el abismo de los pecados merece el abismo de los tormentos, que los juicios de Dios pronuncian. Si mis pecados no fueran un abismo, sin embargo, el gran abismo de los juicios de Dios era muy temido; porque están ocultos sobre el entendimiento humano.

Ahora, por tanto, los juicios de Dios son un abismo, mis pecados son un abismo, los tormentos que me corresponden son un abismo, el abismo de los juicios está sobre mí, el abismo del infierno debajo de mí, el abismo de los pecados en el que estoy, y este dentro de mí. Temo aquel que amenaza desde arriba, no sea que caiga sobre mí, y me hunda con mi abismo en aquel que se abre debajo, donde los tormentos nunca borrarán los pecados; pero los pecados siempre mantendrán los tormentos.

Miserable, ¿a quién he pecado? ¿A dónde he llegado? ¿De dónde me he alejado de Dios? ¿Dónde me he perdido de él? ¿Quién me buscará en el abismo entre los abismos? ¿O quién encontrará al perdido de Dios? ¿O quién fuera del abismo de los pecados escucha al que clama desde sus profundidades? Pero, oh tú Señor, que miras los abismos, ¿a dónde fui de tu espíritu, y a dónde huí de tu rostro? Ciertamente, no donde aún estoy, estás ausente; porque si descendiera al infierno, allí estás (Salmo CXXXVIII, 8). Y si maliciosamente huí de ti, y en mi abismo me escondí condenablemente; allí también me ves. ¿Quién sino tú mueve mi alma al arrepentimiento? ¿O cómo la mueves, si no la ves en su abismo? Buen Señor, tú llamaste y despertaste mi alma en el abismo de sus pecados, como a una que duerme en su lecho. Tú sacudiste al que languidece, tú incitaste al negligente, tú hiciste que se arrepintiera de lo que le alegraba, y que doliera de lo que le deleitaba. Tú, para que pidiera un intercesor, aconsejaste; tú se lo mostraste. Buen Dios, todo esto hiciste en el abismo; ¿y no escuchas al que clama desde el abismo? Esto hiciste anticipándote a tu fugitivo; ¿y no sigues al que quiere volver a ti, para que completes lo que comenzaste?

Buen Señor, gracias a ti. Verdaderamente buscaste en el abismo a tu perdido: y encontraste a quien así aterrorizaste de sus pecados. Por los méritos de San Martín, tu amado, saca del abismo de los pecados a quien buscaste y encontraste perdido; no pierdas más a tu hallado, no pierdas en el abismo del infierno, donde no encuentras a nadie, a tu siervo buscado y hallado. Oigo, Señor, que me ordenas regresar, pero miserablemente atado, y con un peso excesivo no puedo salir.

Pero, oh San Martín, ¿por qué entonces oro a Dios por tus méritos: cuando tú puedes hacerlo mejor, que estás ante él? Te ruego, señor, por su nombre, que no te apartes de quien él ya ha mirado, aunque sea su siervo culpable; asísteme, te ruego, ante Dios, no para que me defiendas, sino para que ores por mí. Pues no definiendo mis pecados ante él, sino que los nuestro; no los excuso, sino que los acuso. Soy culpable, yo mismo soy bajo él y por él mi propio acusador.

No me acuse quien me hizo; solo basté para pecar, solo bastaré para acusar: en fin, si es juez para juzgar a su culpable, es también Señor para proteger a su siervo; es también Creador para salvar su obra; es Dios para salvar a su creyente y bautizado. ¿O cómo juzgará al pecador, como al despreciador, que se reconoce miserable por sus pecados y confiesa arrepentido? ¿O cómo condenará como adversario al pecador, que se duele de haber pecado, y huye a tan amigo intercesor suyo? Dios, en ti pongo mi esperanza. San Martín, a ti encomiendo mi oración. Sobre ambos arrojo mi cuidado; más bien a vosotros arrojo mi alma, esto es, lo que más exigís de mí, tú ordenando, tú aconsejando. Recibidla arrojada a vosotros, tenedla postrada ante vosotros. Sacadla del abismo de los pecados: a quien buscasteis y encontrasteis perdido, no perdáis hallado. Guardadla, cuando duermo; conservadla, cuando hago otra cosa; vedla, cuando pienso en otra cosa: tú por concesión, tú por intercesión, tú por los méritos de tu tan amado confesor, tú por el nombre de tu y mi Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

ORACIÓN LXXII [antigua, LXX]. A SAN BENEDICTO.

Santo y bienaventurado Benito, a quien la gracia celestial enriqueció con tan abundante bendición de virtudes, que no solo te elevó a la gloria deseada, al descanso bienaventurado, al asiento celestial; sino que también atrajo a innumerables otros a la misma bienaventuranza tu admirable vida, incitó tu dulce amonestación, instruyó tu suave doctrina, provocaron tus milagros: a ti, digo, Benito de Dios, a quien Dios bendijo con tan amplia bendición, a ti acude mi angustiada alma y se postra ante ti con la mayor humildad que puede; a ti derrama sus plegarias con el mayor afecto que puede. Implora tu ayuda con el mayor deseo que puede. Pues su necesidad es demasiado inmensa e intolerable: la vida de santa conversación, que prometí, profeso en nombre y hábito de monje; pero al estar lejos de esta vida, mi propia conciencia me convence de mentir a Dios, a los ángeles y a los hombres. Asiste, piadoso Padre, asiste al suplicante. Te ruego que no aborrezcas a un ser tan defectuoso y tan mentiroso; sino que atiendas al confiado, y más de lo que merezco, te apiades del doliente.

Ciertamente, oh ilustre líder entre los grandes líderes de los ejércitos de Cristo, me he entregado a tu liderazgo, aunque sea un soldado débil. Me he sometido a tu enseñanza, aunque sea un discípulo perezoso. Según tu regla me he comprometido a vivir, aunque sea un monje carnal. Pues mi corazón perverso es de piedra y árido para llorar los pecados cometidos; pero para resistir a los que se presentan es blando y de barro. Mi mente depravada es veloz e incansable para realizar lo inútil y dañino; pero para siquiera pensar en lo saludable, es fastidiosa e inmóvil. Mi alma cegada y torcida es fácil y pronta para precipitarse y revolcarse en los vicios; pero para al menos recordar las virtudes, es difícil y perezosa. Es demasiado largo, queridísimo Padre, enumerar cada cosa. Demasiado, digo, es largo enumerar la glotonería, la somnolencia, la ligereza, la impaciencia, la vanagloria, la detracción, la desobediencia, y otros vicios, por los cuales mi infeliz alma se ha convertido en un juego diario, que ahora se atraen y se distraen mutuamente para burlarse de este hombre miserable, y casi harapiento; ahora con una multitud le insultan pisoteándolo, y lo pisotean insultándolo. He aquí, bienaventurado Benito, cuán valientemente lucha este soldado de Cristo bajo tu liderazgo; he aquí cuán eficazmente progresa este tu discípulo en tu escuela; he aquí al buen monje, que así mortifica los vicios, y las voluptuosidades de la carne, así arde y vive solo en las virtudes; más bien a quien así domina la multitud de vicios, lo oprime el peso de los pecados. ¡Oh vergüenza!

Oh monje impudente, ¿con qué cara te atreves a llamarte soldado de Cristo, discípulo de San Benito; falso profesor, con qué impudencia puedes soportar ver en ti la tonsura y el hábito de la profesión, cuya vida no tienes? ¡Ay dolor! ¡Oh angustias, que me rodean por todas partes! Pues si niego a mi sumo rey, y a mi buen maestro, y la profesión hecha, es muerte para mí; pero si me profeso su soldado, y discípulo, y monje, cuando la vida me acusa de mentira, es juicio para mí. Se angustia en mí mi espíritu, se turba en mí mi corazón. Rompe y clama, alma mía: Jesús, buen Señor, mira mi humildad, y mi trabajo, y perdona todos mis pecados (Salmo XXIV, 18). Sé mi ayuda, Señor, no me abandones, ni me desprecies (Salmo XXVI, 9), sino enséñame y ayúdame a hacer tu voluntad (Salmo CXLII, 10) para que mi vida testifique lo que mi corazón y mi boca confiesan con gusto.

Atiende a la voz de mi oración, mi rey y mi Dios (Salmo V, 3), por los méritos e intercesión del piadoso Benito, tu amado, mi líder y mi maestro. Oh tú mi buen líder, oh dulce maestro, oh dulce Padre Benito, te ruego y suplico por la misericordia que tuviste hacia otros, y por aquella que Dios tuvo hacia ti, compadécete de mi miseria, que me congratulo de tu felicidad. Socorre al que clama a ti como patrón; alivia al oprimido por el peso de los pecados, desata al atado por las cuerdas de los delitos, libera al enredado en crímenes, levanta al caído, sostiene

al que vacila, instruye con armas espirituales, es decir, virtudes al desarmado, enseña y protege al que lucha, combate a los que atacan (Salmo XXXIV, 1); otorga la victoria, y condúceme a la corona. Actúa, abogado de los monjes, por la caridad, con la que fuiste solícito de cómo deberíamos vivir; sé solícito, para que queramos suficientemente y podamos eficazmente vivir como debemos; para que tanto tú te gloríes de nuestro discipulado, como nosotros de tu enseñanza ante Dios que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LXXIII [antigua LXXI]. A SAN DUNSTAN. Con el recuerdo de sus milagros.

San Dunstan, dulce para invocar, y benigno para escuchar, piadoso para socorrer; tú, refugio nunca incierto para los que huyen a ti, tú, ayuda nunca desprevenida para los que claman a ti; santo, benigno y piadoso Dunstan, mira la miseria de mi alma: pues si miras, si atiendes a mi calamidad y miseria, ciertamente no podrás contener las entrañas de tu misericordia. Mi alma es atormentada por el miedo, el temblor, el horror; teme, tiembla y se horroriza de los inmensos castigos que merece; y no hay a dónde huir estando ante el juez. Está sola; no hay nadie que actúe por ella. Se examina la vida, se encuentra condenable. Se buscan las buenas obras; apenas, o ninguna se encuentra. Se presentan las faltas; no pueden negarse tantas y tan grandes, que excluyen toda esperanza de perdón. El juez exige mostrando su paciencia hacia ella; esta no muestra más que su pertinaz impenitencia. Los acusadores rodean, repiten y reiteran, replican y explican las acusaciones presentadas. Por todas partes es acusada, por nadie es defendida. Están presentes y esperan los crueles y horrendos torturadores, para que, pronunciada la sentencia de condena, la arrastren inmediatamente a torturarla. Aplastada por tal peso de miserias, la miserable alma busca y mira alrededor; y he aquí, no ve a nadie que se levante y responda por ella.

Tú, pues, piadoso, misericordioso y clemente Dunstan, levántate, levántate, muestra la acostumbrada ayuda de tu misericordia, aplica las entrañas de piedad, ofrece el auxilio de tu intervención: tus obras de piedad, que se predicaban de ti, invitaban y exhortaban a clamar a ti; pero las obras de impiedad, que cometí, te repelen y te abominan con horror intolerable. He aquí la miseria, he aquí la angustia; donde el reo es condenado, y todo seno de misericordia y piedad de Dios está cerrado; así es acusado, confundido, aplastado, por la conciencia acusadora, que ni se atreve a suplicar al juez, ni hay quien suplique por ella: pero, oh tú, misericordioso y piadoso, ¿dónde está la piedad, dónde la misericordia, dónde la compasión, sino donde hay miseria? ¿A quién serás piadoso, a quién misericordioso, sino al miserable? Reconozco, reconozco, reconociendo enmudezco. Contemplando la enormidad de mis crímenes; sin embargo, cuanto mayor es la miseria, tanto más se hace laudable la misericordia; ni mi miseria será tan grande, que se agote la potencia de tu virtud. ¿Acaso mi miseria se amplía tanto, que se estrecha tu misericordia? ¿O mi debilidad prevalecerá sobre los potentísimos méritos tuyos? Más bien, la gracia preponderante de tus méritos levante, alivie y evacue el peso de mis impiedades. Con mucho gusto el mismo juez te concederá lo que tu tan amada y querida familiaridad le pida: no te negará la salvación de un miserable, la misma salvación a quien eres tan familiar; fácilmente te devolverá la vida de un muerto, la misma vida ante quien tienes tanta gracia.

No falte, te ruego, en mí solo la munificencia de tu benignidad, cuyos beneficios abundan en muchos y tan innumerables. Obtenga por ti el perdón, para que todos prediquen y magnifiquen la misericordia de tan amado y diligente Dios, y Señor tuyo. ¡Oh cuán predicables mostraba Dios con señales cuán grato y familiar le eras! ¡Oh inestimable pureza de tu corazón, con la que tan frecuentemente conversaban los ángeles de Dios! ¡Oh inestimable familiaridad con Dios, a quien tan familiar era la dignidad de los ángeles! ¡Oh decoro y premio de la virginidad, a quien así se alegra la naturaleza de la dignidad angélica!

Eras conducido al cielo, asistías a las bienaventuradas huestes de ellos, te deleitabas con las modulaciones angélicas, cantando con ellos el cántico que solo canta el coro virginal. De nuevo, mientras celebrabas el himno en la tierra, te asistía y consonaba la melodía celestial; cantaban las huestes de la virginidad, la suma dignidad de la ciudad celestial. Potente y muy potente gracia, a la que así obedecía la potencia de la dignidad angélica! ¡Eminente y muy eminente mérito, que así mostraba la divina superexcelencia como acepto y precioso! Nunca, por tanto, rechazará la oración de su tan amado y familiar, para que no conceda el perdón a un solo reo. En fin, él mismo testifica que no quiere que el pecador muera (Ezequiel XXXIII, 11): por tanto, con gusto dará la salvación al alma pecadora, de cuya muerte testifica que no quiere.

De nuevo surgen la esperanza y la confianza de mi liberación ante el mismo juez, los signos de tu familiaridad. ¿Qué mensajeros, qué heraldos te envió, cuando adjudicó tu bienaventurada alma, ya a punto de dejar la carne, para ir a él, y permanecer con él? para que no se aterrara con ningún miedo, no se turbara con estupor, no se inquietara con incertidumbre, se predice el día, se promete la mansión de la eterna bienaventuranza, se conduce la escolta de la corte celestial; por la cual con alegre seguridad, y segura alegría es conducida.

Cuánta y oh cuánta, con qué y oh qué clase de exultación es recibido aquel que es conducido con tal y tan grande aparición. Cuánto se regocija y glorifica el recibido, cuyo advenimiento es así honrado. Con cuánta veneración, con cuánta exhibición de glorificación se realiza el anuncio mismo de tu migración. A través de una visión, mientras estás sentado en tu cátedra pontifical, la multitud de ángeles, la corte de ciudadanos celestiales, te rodea y pregunta cuánto tiempo deseas permanecer en esta carne; te traen un mensaje, indican el deseo de toda la asamblea celestial que desea, ora y suplica que ya cantes con ellos ante el sumo pontífice perpetuo en los cielos. Respondiste que ahora no podías partir, porque se acercaba la fiesta de la Ascensión del Señor, en la cual ibas a hablar y comunicarte con el pueblo que te fue encomendado. Se concede la justa y caritativa excusa; se fija un día en el que no habría causa de dilación. Oh insigne y admirable gracia de familiaridad; a cuya sola voluntad cede el deseo y la voluntad de toda la dignidad celestial. Concede la dilación de su cumplimiento, para que no se realice lo que no desea, prefiere que no se haga lo que no quiere, a que no se haga lo que desea. ¿Con qué amor se ama y abraza su presencia, cuya ausencia es tan deseada y esperada? ¿Qué don de gracia recibió de Dios en los cielos, a quien se le concedió tal don de gloria en la tierra? Resplandeciente en la estola de la virginidad, cuán reverentemente es recibido en las bodas del Cordero. Se sienta entre los primeros, porque con el decoro de la integridad está vestido con la virtud de la humildad; y dotado de la gracia de la caridad y de toda virtud, sigue al Cordero dondequiera que va (Apoc. XIV, 4). ¿Cómo, entonces, siendo tan amado, tan familiar ante el autor de la salvación, la misericordia y la piedad, no obtendrás la salvación de un pecador, si la voluntad está presente, es evidente que la posibilidad no falta; ni es lícito que falte la voluntad, porque no es lícito que seas contrario a su voluntad, quien quiere que todos los hombres se salven. Obtén, pues, lo que deseas, y lo que puedes obtener: que mi alma sea liberada y viva por tu intercesión, por la cual, para que viviera, quiso morir la vida bienaventurada, Dios mismo mi misericordia, quien es bendito por los siglos. Amén.

299-301 ORACIÓN LXXIV [ant. LXXIII]. A SANTA MARÍA MAGDALENA, Con retractación del amor a Cristo.

Santa María Magdalena, que con la fuente de lágrimas llegaste a la fuente de misericordia, Cristo, de quien, sedienta ardientemente, fuiste abundantemente reconfortada, por quien, siendo pecadora, fuiste justificada, de quien, dolida amargamente, fuiste dulcemente consolada. Tú, mi señora queridísima, por ti misma experimentaste cómo el alma pecadora se reconcilia con su Creador, qué consejo conviene al alma miserable, qué medicina devuelve la salud al enfermo. Sabemos bien, querida amiga de Dios, a quien se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VII, 47). No yo, el más criminal, señora beatísima, no yo, el más criminal, reprocho tus pecados; sino que trato la inmensidad de la clemencia, por la cual fueron borrados; y por ella respiro para no desesperar, y a ella suspiro para no perecer; yo, digo, miserablemente precipitado en el abismo de los vicios, yo, cargado con el excesivo peso de los crímenes, yo, empujado por mí mismo al oscuro calabozo de los pecados, y envuelto en las tinieblas de la pereza.

Por tanto, elegida amante, y amada elegida de Dios, yo, miserable, te ruego, bienaventurada, iluminada en la oscuridad, justificada pecadora, purificada impura. Recuerda, benignísima, qué fuiste, y cuánta misericordia necesitaste, y pide para mí indulgencia, como quisiste que se te hiciera a ti. Consígueme compunción de piedad, lágrimas de humildad, deseo de la patria celestial, hastío del exilio terrenal, amargura de penitencia, temor del tormento eterno. Que me aproveche, queridísima, la familiar conversación que tuviste y tienes alrededor de la fuente de misericordia; sácame de allí con qué lavar mis pecados; dame de allí con qué saciar mi sed; infúndeme de allí con qué regar mi sequedad: pues no te será difícil obtener lo que desees de tu amadísimo y suavísimo Señor y amigo.

¿Quién, pues, puede explicar, oh bienaventurada esposa de Dios, con qué benigna familiaridad y familiar benignidad, él mismo se oponía a los que te calumniaban, respondiendo por ti; con qué piedad, al indignarse el soberbio fariseo por ti, él mismo te defendía; cómo él mismo te excusaba, cuando tu hermana se quejaba de ti; cómo él alababa tu obra, cuando Judas se enfurecía contra ti? ¿Qué, en fin, qué diré, o más bien cómo diré, cuando, ardiendo de amor por él, llorabas buscándolo en el sepulcro, y llorando lo buscabas? Con cuánta afabilidad, con cuánta amabilidad, él, que había venido a consolarte, más bien te encendía; cuando él mismo se ocultaba al que veía, y se mostraba al que no veía; mientras él mismo, presente, preguntaba a quien buscabas, a quien buscabas y por qué llorabas.

Pero, oh tú, piadosísimo Señor, ¿por qué preguntas por qué llora? ¿Acaso no había visto su corazón, y la dulce vida de su alma, cruelmente sacrificada? ¡Oh estupenda piedad! ¡Ay, horrenda impiedad! cuando en cierto madero extendido y clavado con clavos de hierro colgabas, como un ladrón para burla de los impíos: y dices: Mujer, ¿por qué lloras? (Juan XX, 19) y porque no pudo ayudar, para que no te mataran; o quería conservar tu cuerpo con unguentos para que no se pudriera: para que, ya que no podía hablar con el vivo, al menos pudiera llorar al muerto; y la doctrina vital, que había oído del vivo, junto al muerto, odiando la vida, recitara con palabras entrecortadas. Ahora, además, el mismo cuerpo, que de alguna manera se alegraba de que le fuera dejado, cree perdido: y dices: Mujer, ¿por qué lloras? ¡Oh incitación al llanto! sus ojos vieron (si es que pudo mirar), lo que cruelmente hicieron en ti; y el resto de sus manos, como pensaba, había perdido. Toda esperanza de ti ya había huido porque ni siquiera pudo conservar tus reliquias para tu memoria: y alguien pregunta, ¿a quién buscas, por qué lloras? Al menos tú, oh singular alegría suya, ¿por qué provocas su dolor? porque tú sabías, y así querías que fuera, porque podría narrar la causa de tanto llanto, si no interrumpiera frecuentemente las palabras y estallara en gemidos repetidos. No ignorabas el amor, que tú mismo inspirabas. Conocías ciertamente tú, aquel jardinero, lo que habías plantado en el jardín de su alma. Creo que lo que plantaste, regabas. ¿Regabas, digo, o probabas? Pero, para decirlo más verdaderamente, ¿regabas y probabas? Pero, oh buen Señor;

oh benigno maestro, he aquí la fiel sierva y discípula tuya recién redimida con tu sangre, he aquí que arde y se angustia por el deseo de ti, mira alrededor, pregunta, y en ninguna parte aparece, a quien desea: le desagrada todo lo que ve, porque a ti solo, a quien mira, no ve. ¿Qué, entonces? ¿Sufrirá esto mucho tiempo mi amado Señor suyo? ¿O perdiste la compasión, porque encontraste la incorruptibilidad? ¿O perdiste la piedad, porque adquiriste la inmortalidad? ¡Lejos de ello, Señor! porque no desprecias a nosotros mortales, porque te hiciste inmortal, por quienes te hiciste mortal, para hacernos inmortales: pues la pía dilección no puede tolerar más tiempo ni a ella gimiendo, ni a sí mismo ocultándose. Estalla la dulzura del amante, para que no estalle la amargura del que llora. El Señor nombra el nombre acostumbrado de la sierva, y la sierva reconoce la voz acostumbrada del Señor. Creo, o ciertamente afirmo que sintió la suavidad acostumbrada, con la que solía ser llamada, María. ¡Oh voz deleitable! ¡Oh cuánto halago! ¡Cuánto supo a amor! ni más breve ni más rápido pudo expresarse esto. Sé quién eres, y qué quieres. He aquí, no llores. He aquí, a quien buscas. Inmediatamente las lágrimas cambiaron: pues no creo que se detuvieran de inmediato: sino que las que el corazón contrito exprimía antes torturándose, después el corazón gozoso las derramaba exultando. ¡Oh cuán diferentes son: Raboni; y: Si tú lo llevaste, dime! ¡Oh cuán disonantes son: Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto; y aquello, porque vi al Señor, y esto me dijo! (Juan XX, 13.)

Pero, ¿qué, entonces, miserable sin afecto, presumo expresar el afecto de Dios, y de la bienaventurada amiga de Dios? ¿Cómo, pues, eructará el corazón buen olor, de donde dentro no tiene sabor? pero tú me eres consciente, verdad: tú me eres testigo, mi dulcísimo Señor Jesús, porque por amor de tu amor hago esto. Deseo encender tu amor en mí, porque solo a ti, y lo que ordenas, deseo amar; ofrecerte un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado (Salmo L, 19) como sacrificio. Dame, Señor, en este exilio el pan del dolor y de las lágrimas, que tengo hambre sobre la abundancia de delicias. Escúchame por el amor y los caros méritos de esta tu amada María, y de tu beatísima madre la gran María. No, piadosísimo Redentor Jesús, no desprecies la oración de tu indigno pecador, sino ayuda el esfuerzo de tu débil amante; sacude la tibieza de mi corazón, y por el fervor de tu amor, concédeme alcanzar la eterna contemplación de tu gloria, que con el Padre, y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN LXXV [ant. LXXIV]. DEL PRELADO A CUALQUIER SANTO PATRONO DE SU IGLESIA.

San N. piadoso N. bienaventurado N. uno de los gloriosos apóstoles de Dios, uno de los bienaventurados amigos de Dios; este pecador, este necesitado, este tuyo, aunque indigno, aunque inepto, aunque demasiado inconveniente vicario, una y otra vez vuelve a ti dudoso, ignorante, solícito por tu pueblo, por tu congregación, y por su peligro. Yo, ciertamente persona inútil, adornada con ningún bien, sino oscurecida por profunda ignorancia, deformada por innumerables vicios, cargada con inmensos pecados; yo, digo, a quien Dios y tú después de Dios, no sé si ordenasteis, o permitisteis ser llamado rector en la Iglesia bajo ti como abogado, bajo ti como tutor, bajo tu nombre constituido, ansioso por mí y por los que me fueron encomendados, te ruego como consejero, te suplico como ayudador, te espero en todo como operador por mí. Pues soy llamado maestro, pero no sé serlo; soy nombrado pastor, pero no puedo serlo; soy llamado obispo, pero no lo soy. Pues me ven sentarme donde se sienta el obispo, pero yo veo que no hago lo que hace el obispo; me ven proceder como obispo, pero yo veo que no vivo como obispo; me exhiben honores de obispo, pero yo no les muestro costumbres de obispo. Aún no he llevado la vida de un buen laico, y de mí esperan cómo vivirán los clérigos. ¿Qué hice, hombrecillo, gusano y podredumbre? ¿Qué hice? ¿qué presumí? ¿qué consentí? Más bien tú, Dios, y tú N. apóstol suyo, ¿qué hicisteis? pues

vosotros hicisteis esto, ya sea ordenando, ya sea permitiendo. Vosotros, pues, que de cualquier modo lo hicisteis, haced, tú orando, tú donando, para que no me perjudique a mí, ni a nadie; sino que me beneficie a mí y a muchos lo que hicisteis: vosotros que hicisteis un doctor ignorante, un guía ciego, un rector errante; enseñad al que establecisteis como doctor, guiad al que pusisteis como guía, dirigid al que concedisteis como rector. Enseñad, os lo ruego, qué debo enseñar, guiad a dónde debo guiar, dirigid para que dirija; más bien enseñad a ellos, y a mí en ellos; guiad a ellos, y a mí con ellos; dirigid a ellos, y a mí entre ellos.

Jesús, buen Señor, no son ellos míos, sino tuyos; porque ni yo soy mío, sino tuyo. Tuyo soy, Señor, y tuyos son; porque tú me hiciste a mí, y a ellos con tu sabiduría, y los compraste con tu alma. Tuyo, pues, somos, buen Señor, tuyos somos; a quienes tan sabiamente hiciste, y tan caro compraste. Si, pues, me los encomiendas, Señor, no por eso me abandones, ni a ellos: me los encomiendas, te encomiendo a mí y a ellos. Tuyo es, Señor, el rebaño, y tuyo el pastor; sé pastor de tu rebaño y pastor. Señor, por los méritos del bienaventurado N. tu amigo, escucha la oración de tu pecador. Haz, Señor, que él sea solícito por nosotros, a quien nos diste como abogado; sintamos que él ora por nosotros, por quien imploramos tu ayuda diariamente. Obtengamos por él tu gracia, por quien imploramos diariamente tu majestad; lo confesamos, Señor, como nuestro abogado, por él sintamos que eres nuestro Salvador: que no prevalezcan, Señor, nuestros deméritos sobre sus méritos; sino que sean borrados nuestros pecados por sus ruegos. Y tú, oh bienaventurado, oh santo N., tú eres mi abogado, sé mi intercesor ante el Señor. Te ruego, intercede por mí; te pido, obtén de él. Lleva a él mi oración, y tráeme su respuesta. Que por ti le sea comunicada mi angustia, y por ti me sea devuelta su consolación: muéstrale mi peligro, y preséntame su ayuda. Pues he asumido gobernar la Iglesia de Dios bajo ti, quien aún no he comenzado a gobernar mi alma. Por tanto, temeroso de mí mismo, me veo obligado a ser solícito por los demás. Cargado con el peso de los pecados, se me ordena aliviar a otros; encorvado por el peso de los crímenes, se me exige levantar a otros. Por tanto, santo, bienaventurado y piadoso N., reconoce a tu vicario, cualquiera que sea, para que siempre me preceda tu consejo, y me siga tu ayuda para gobernarme a mí mismo, y al rebaño que me fue encomendado. Pues primero te fueron encomendados a ti que a mí: y cuando me fueron encomendados, no fueron abandonados por ti, sino que yo fui más bien encomendado. Lo que, pues, se me ha encomendado de ellos, haz tú de mí y de ellos; haz por mí lo que se me ha encomendado hacer por ti; haz, Señor, lo que se me ha encomendado hacer por ti; haz, Señor, haz por mí, porque tú ves que ni sé, ni puedo, por ti; más bien haz no por mí, sino por ti; porque primero y más te pertenece a ti, que a mí; y si algo a mí, esto es después de ti, y bajo ti. Tú, pues, Señor, tú debes más, sabes más, puedes más que yo, tú más bien haz, que yo. No me agobie, Señor, el cuidado asumido de ellos, porque bastante me agobia la carga de mis pecados. No me agobien ellos, porque yo mismo soy demasiado pesado para mí; ciertamente yo mismo me agobio demasiado, no es necesario que otros me agobien. Pero tampoco a ellos les agobie mi carga, ni les impida mi pecado, ni les perjudique mi mal, no les perjudiquen mis males, a quienes deben beneficiar mis bienes, no me impidan, Señor, de quienes debí aprovechar; ni les perjudique, a quienes debí beneficiar: pues bastante me bastan mis delitos, no arrastren a otros conmigo. Pero tú, oh santo N., apóstol de Dios, tú que puedes, levántame a mí, y a ellos; llévame a mí, y a ellos; excúsame a mí, y a ellos; ayuda a ambos; dirige, y protege a ambos: para que yo, gozando de su salvación conmigo, y ellos de la mía con ellos, siempre alabemos a nuestro buen Señor Jesucristo, contigo, quien sea bendito Dios, y tú bendito apóstol suyo por la eternidad. Sea, sea. Amén.

TRATADO DE SAN ANSELMO SOBRE LA PAZ Y LA CONCORDIA.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo debemos mantener la paz con el prójimo.

Es sumamente necesario tener paz y concordia con los hermanos, obedecer al superior y ofrecer a Dios la pureza del corazón. Con los prójimos debemos sentir lo mismo, para que unánimes con una sola voz glorifiquemos a Dios. Conviene obedecer al superior, como dice el Apóstol: Obedeced a vuestros superiores y someteos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta, para que lo hagan con alegría y no gimiendo, pues eso no os conviene. Es necesario preparar la pureza del corazón para Dios, porque bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Veamos, pues, cómo se guardan estas tres cosas. Para mantener la concordia con los prójimos, esforcémonos en adelantarnos en honrarlos. Alguien se adelanta en honrar a su hermano cuando somete su voluntad a la de él. Los hombres dedicados al mundo suelen amar su propia voluntad, deseando que todos los demás les obedezcan. Esto es lo que cada uno anhela, lo que clama con palabras y obras. Quienes no consideran bien lo que quieren, nunca tendrán concordia en su voluntad. Sin embargo, tienen cierta concordia en que todos desean ser honrados, todos quieren ser amados, todos desean que los demás se conformen a su voluntad. Pero en lo que cada uno busca lo suyo y nadie busca lo del otro, hay muchas maneras de discordar. Pues en esto, que uno desea que se le exhiba sujeción y honor, y el otro busca lo mismo con no menor empeño; ni este podrá consentir a aquel, ni aquel a este. Este dice: Quiero que se me haga esto o aquello; aquel dice: De ninguna manera quiero que sea así. Discordando de esta manera, se disuelven los lazos de la paz y la concordia. Pero aquellos que desean agradar a Dios en la custodia de la paz y la caridad, establezcan para sí una regla de vida tal que lo que deseen que se haga a sus prójimos, también lo quieran para sí mismos. Y porque, como testimonia el bienaventurado Apóstol, es más bienaventurado dar que recibir, honrar que ser honrado, servir que ser servido, ¿no adquiere más aquel que sirve por caridad que aquel a quien se sirve? En efecto, quien ofrece a otro el oficio de la caridad, ya tiene aquello por lo que Dios le será agradecido. Pero aquel que recibe el servicio, no es así. Pues, ¿qué gracias me debe Dios si tú o cualquier otro me ama? Por tanto, es mayor tener aquello por lo que Dios dará una buena retribución, que aquello por lo que no dará ninguna; está claro que quien ministra por caridad tiene más que aquel a quien se ministra. Además, aquel a quien sirve la caridad de otro, recibe de ello un don superficial, a saber, honor, comida, o cualquier otro beneficio. El otro que sirvió por caridad, no solo retuvo la caridad para sí, sino que al compartirla la hace más amplia de lo que era. Pues las cosas se disminuyen al ser dispersadas, pero la caridad cuanto más se esparce, más se amplifica. De cuya administración creció sumamente el amor hacia ti, que la exhibiste, lo cual sin duda será para ti un cúmulo de mérito; porque por ti mismo creció en mí el amor hacia ti. Y aunque por eso mismo el oficio de la caridad me haya pasado; sin embargo, la recompensa de tu caridad, que nunca falla, siempre permanecerá. De donde también se puede concluir que es más excelente servir que ser servido. Y así, por tanto, en todo deben desear más dar la justicia de Dios que recibirla, y esforzarse más en obedecer la voluntad ajena que la propia. Quien quiera tenerse así, será partícipe de la voluntad del otro. Sintiendo lo mismo, existiendo unánime, de otro modo no podrá tener concordia. Pues, ¿cómo la tendrá, si no la busca diligentemente? No podrá buscar tenerla de otra manera; buscando de este modo la tendrá.

CAPÍTULO II. De la obediencia que se debe mostrar al superior.

Debemos guardar la sujeción y obediencia al superior desde el corazón; de otro modo, no mantenemos la norma que profesamos. Pues verdaderamente es sujeto y monje o canónigo aquel que se alegra de no ser suyo por Dios. Porque quien obedece no desde el corazón sino solo por la ley de la sujeción, si no se corrige, no tendrá la recompensa de la obediencia: en efecto, no es bueno si no es voluntario. Por tanto, es necesario que mantenga la ley de la

obediencia por amor, para que no pierda la recompensa de su posesión. Mientras no obedezca por voluntad, en cuanto a sí mismo persiste en su propia voluntad: en cuanto la tenga, es suyo, no de otro. Y si es suyo, vea con qué poder, con qué armas, con qué fuerzas se defenderá de quienes lo atacan. Es asombroso cómo el adversario que ronda buscando a quien devorar, no invade a este y aquel, invadiendo devora, devorando destruye; quien va por el camino donde se encuentra con ladrones, si no es reconocido, es atacado, golpeado, despojado. Pero si es reconocido, pero no tiene Señor y abogado cuya reverencia y temor evite las manos de los ladrones, lo aman y aprecian como si lo tuvieran. Si es rey o hijo de rey, o alguien muy poderoso, es tolerado por temor, saludado con reverencia, avanza ileso en el camino emprendido: si no, es despojado y golpeado. Así, hermanos, así sin duda ocurre en nuestras almas. Dios todopoderoso nos ha preparado su reino, al cual si queremos obedecer, no seremos siervos sino amigos y hijos suyos. Obedezcamos, pues, a él si podemos saber que quiere algo, nos esforzaremos en ejecutarlo con nuestra buena voluntad. Nuestra voluntad será buena y obediente si la sometemos a su voluntad, y nos preocupamos por obedecerle voluntariamente. Si concordamos nuestra buena voluntad con la voluntad del Señor, seremos llamados amigos, seremos hechos hijos de Dios. Lo cual, una vez hecho, podrá ir y pasar con seguridad a donde quiera. Pues no temerá las manos de los ladrones fuertes y demonios, no temerá malos encuentros, porque será rey e hijo de rey. Por tanto, cada uno cuide de no querer nada más, sino lo que con el autor Dios o su padre espiritual pueda querer lícitamente. Pero la licencia suele engañar; la obediencia y la desobediencia son contrarias. La licencia es el medio de estas. Por tanto, quien quiere lo que no debe querer, y sin embargo no quiere cumplirlo sino precedido por el hecho; la obediencia que en esto ha abrazado, excusará el hecho; pero querer lo que es contrario a la obediencia, será peligroso para él, a menos que se arrepienta: lo cual algunos no atendiendo, a menudo son engañados por la licencia. Por tanto, cuidando de no apoyarse más de lo debido en la licencia, aunque la licencia disminuye el castigo, no lo elimina por completo. Sepa que el diablo no teme tanto acercarse a nadie como a aquel que nunca quiere apartarse de la voluntad de su superior. Pues así como el ladrón que roba a aquel que se oculta del conocimiento de su superior, sin duda a menudo le sugiere cosas malas. Pero a aquel que se muestra a su superior tal como es, porque de ninguna manera quiere discordar de su voluntad, no se atreve a sugerirle con seguridad: pues cualquier cosa mala que le sugiera, se vuelve para él en vergüenza; cuando aquel a quien se le sugiere, o casi desprecia la sugerencia, o si por un momento consiente, se enmienda por la confesión y la satisfacción digna. Por tanto, en todo y por todo debe el súbdito obedecer a Dios y someterse a la orden del superior salvando la fidelidad a Dios. Pues si el superior ordena al súbdito perjurar, si le ordena robo, fornicación u otra cosa semejante, de ninguna manera debe obedecer, porque Dios prohíbe que se haga esto. Por tanto, obedezca a Dios en todo: obedezca a su superior guardando la voluntad de Dios en todo, y en cuanto a él, guardando la voluntad de Dios y del maestro, tenga paz con todos los hombres. Quienquiera que de este modo esté sujeto a la voluntad de Dios y de su superior, entonces obedecerá a Dios, y cuando haya obedecido a su superior en Dios, podrá alegar con confianza que no es suyo sino de Dios. Cuya alma, cuando esté en la salida de su cuerpo, no temerá la mano fuerte de los demonios que se le presenten, porque tendrá al Señor Cristo como abogado poderoso. He aquí cuánto bien adquiere la obediencia. Cuando esté en razón, de quién es el hombre, de dónde viene, a dónde va, a quién busca: Si ha obedecido a la voluntad de Dios, podrá decir que es de Dios. Si, por el contrario, permanece en su propia voluntad, y por esto ha sido contrario a la voluntad de Dios y de su superior, miente si dice que es de Dios: pues mientras vivió, vivió para su propia voluntad, no para la de Dios. ¿A quién, pues, tendrá como abogado? ¿A quién irá? ¿Quién le ayudará? ¿Qué intercederá? Ciertamente no podrá huir, será necesario que pase por el medio, tendrá o tomará el camino hacia la vida o hacia la muerte. Pregunto con qué poder, con qué fuerzas saldrá de las manos de los invasores. Será

atormentado el miserable, si no ha tenido a Dios y a su superior como autor de su voluntad y acción. En efecto, así son sacudidos por las tormentas de los vicios y los ataques de los demonios, quienes se alejan de la voluntad de su superior; como las naves son agitadas en un vado tempestuoso. Pues si se coloca un palo en un vado lleno de escollos, al cual se atan las naves con cuerdas; cuanto más lejos estén del palo, más serán golpeadas por la tempestad que se avecina. Cuanto más cerca estén unidas, menos sentirán la gravedad de la tempestad. Así, sin duda, quien se aleja de la justa voluntad de su superior, sin duda se pone en peligro en el afán de su propia voluntad; ni concordará con la voluntad de Dios, mientras discuerde de la voluntad del vicario de Dios: pues quienquiera que asume el cargo de prelado en la Iglesia de Dios, asume el deber de representar a Dios; y de cualquier manera que lo asuma, él verá. No es mi lugar juzgarlo, sino obedecer a su mandato, si no es injusto, como dice el Señor: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Por tanto, todo lo que os digan, hacedlo; pero no hagáis lo que ellos hacen. Y el Apóstol dice: ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie o cae, y no hay poder sino de Dios, y las que son de Dios, están ordenadas. Por tanto, quien resiste al poder, resiste a la ordenación de Dios. Y en otro lugar: Hermanos, no os hagáis muchos maestros, para que no caigáis en juicio. Se hace maestro quien indiscretamente reprende las obras de su rector. Por lo cual cae en el juicio de Dios, porque indebidamente usurpa el magisterio para sí; lo cual debe ser muy evitado, porque es muy temible caer en las manos del Dios viviente. Si, por el contrario, las obras del Padre son dignas de reprensión, que lo suplique con suavidad y modestia con reverencia. Pues está escrito: No reprendas al anciano, sino exhortalo como a un padre.

CAPÍTULO III. De la pureza del corazón que se debe ofrecer a Dios.

Hemos dicho que se debe guardar la pureza del corazón para Dios. Pues él solo es el escudriñador del corazón, que es el creador de la mente y del cuerpo. El hombre no puede ver el corazón del hombre; porque nadie conoce lo que hay en el hombre sino el espíritu del hombre que está en él. Pero Dios, a quien ningún pecado está oculto, ve libremente el corazón del hombre y su intención. Quien tenga el corazón puro, podrá ver a Dios; quien no lo tenga puro, sin duda no podrá ver a Dios. Por tanto, es necesario que tenga pureza de corazón quien desee tener a Dios como habitante en él: a quien nadie podrá tener, a menos que vacíe su corazón de la codicia terrenal, y se esfuerce por arder en el amor de Cristo. Pues en la medida en que alguien ame al mundo, en esa medida estará vacío del amor celestial. Y cuanto más alguien abandone a Cristo, más se alejará de la justicia de Dios pecando. Pues, ¿de qué le sirve a alguien ser bautizado, si no es justificado? En efecto, el que dijo: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios, también dijo: A menos que vuestra justicia abunde más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. ¿Por qué, entonces, muchos temiendo aquello se apresuran a ser bautizados, y no temiendo esto no se apresuran a ser justificados? Sin duda, Dios quiere que sea justificado por la observancia de sus mandamientos, y que sea amado por él, en cuyo corazón él mismo debería habitar. Pues así como el incienso desea el ardor del fuego para oler, así Dios desea el calor del amor para habitar. Por tanto, quien desee tener a Dios como huésped en él, que abrace sin fingimiento la disciplina de abstenerse de lo ilícito. Pues el Espíritu de Dios de la disciplina huirá del fingido, y es corregido por la iniquidad sobrevenida. Pues no pueden cohabitar la iniquidad y el espíritu de Dios, que es amor. Dondequiera que el amor de Dios haya sido hospedado, y aquel que le haya dado lugar, y haya dado lugar a la iniquidad en él, sin duda es corregido, y el amor o el espíritu de Dios es expulsado por la iniquidad sobrevenida, ni permanecerá si no se enmienda para la utilidad de su huésped. Y ciertamente no se convierten el amor de Dios y la iniquidad. Por tanto, quien desee ser hecho morada del Señor, que mantenga la pureza del corazón, que aleje los deseos

carnales, y así como una mujer casta, esposa fiel, desprecia hablar con el adúltero, desprecia sus palabras secretas, no consiente en nada de lo que desea, ni en secreto ni abiertamente, así el alma fiel no consienta en su voluntad a su propio apetito, no reciba su permiso, desprecie sus palabras, no admita sus halagos. Si hace esto, sin duda se constituye amiga y esposa de Dios. Si, por el contrario, consiente en los apetitos ilícitos, no será llamada esposa, sino adúltera. Por tanto, nuestra voluntad sea pura, para que sea llamada y sea esposa de Dios, no sea corrompida por la mancha de ninguna impureza, para que no se haga adúltera. Mientras consienta en la voluntad de Dios, es pura y esposa; cuando disiente de su voluntad, se corrompe, se mancha, fornicar. Suele suceder a veces que alguien, mientras desea estudiar la pureza del corazón, tiene pensamientos inmundos y execrables, que porque los escucha demasiado, se reprende gravemente a sí mismo porque tal cosa le vino a la mente, se juzga y se condena: y así, corrigiéndose a sí mismo, se trata miserablemente: ¿Qué he pensado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he sentido? ¡Ay de mí! ¿Cómo podré purificarme de tanta inmundicia, de tan nefando pensamiento? Temo ocultarlo, temo revelarlo. Tal cosa no solo no querría decir, sino que ni siquiera querría escucharla de alguien. ¿Cómo, pues, nombraré tal suciedad? Así, mientras se angustia consigo mismo, mientras trata lo que no querría ver, es más y más atacado, afligido, ni es liberado. Pero no se comporte así, si desea ser liberado. ¿Qué hará, entonces? Presta atención. Cuando lo que aborrece ver lo ataque, y sea demasiado importuno; que lo desprecie, no lo atienda, no le preste consentimiento, dirija su pensamiento a otra cosa, se dedique a alguna tarea, no se preocupe más si siente algo involuntariamente, que si una mariposa revolotea ante sus ojos. El viajero que es acosado por un perro, si se detiene y se defiende de su importunidad, inmediatamente sentirá al perro más importuno; pero si desprecia sus ladridos, pasa y no atiende, pronto toda esa impugnación canina cesa, de modo que el viajero pasa libremente. Así, quien se esfuerza por tener la pureza del corazón, desprecie los pensamientos vanos e infructuosos o inmundos, aparte su corazón, considere toda esa impugnación que sufre dentro como nada, no repita pensando lo que ha pensado: sino que desprecie por completo cualquier cosa mala que haya pensado menos cautelosamente. Pues no son condenados quienes están en la fe del Señor Jesús, quienes no viven según la carne. Si vivimos de esta manera, si tenemos este estudio, si nos presentamos así ante Dios, podremos ser hechos su morada, sus huéspedes. A quien, mientras vivamos, si nos esforzamos por amar y honrar; él sin duda nos devolverá mientras vivamos la reciprocidad de su amor y honor. Pues con la misma medida con que hayamos medido, se nos medirá por aquel que se entregó por nosotros, y nos liberó del abismo de la muerte, quien nos coronará con inmortalidad en la patria eterna; a quien sea el honor y la gloria por los siglos. Amén.